
CARAS Y CARETAS
1810 · 25 DE MAYO · 1934


Siendo
YBARRA...
que me
frian!
ACEITE PURO DE OLIVA
YBARRA



ROMANCE DE FRENCH Y BERUTI

◆ Por MARUJA VIDAL FERNANDEZ ◆

Buenos Aires, patria hermosa,
de entusiasmo engalanada,
la plaza de la Victoria
es templo, tribuna y ara,
donde un pueblo de valientes
su alta libertad proclama,
y de gloria enardecido
lucha y reza, sueña y canta.
Hijosdalgo de una estirpe
nunca en el mundo igualada,
que en decires y en haceres
bien demostraron su raza.
¡Cántenle los venideros,
téjanle lauros y palmas,
aprenda el niño sus nombres
y el hombre sus enseñanzas!

II

Día entre todos los días
aquel día de la Patria,
la fe que anida en los pechos
patriótico anhelo exalta.
Día en que todas las horas
fueron ungidas de gracia,
porque en su ritmo tuvieron
la armonía sacrosanta
de dos palabras eternas:
¡Libertad y Democracia!
La gran aldea de entonces
espera ansiosa en la plaza;
en el Cabildo, la Junta
discute, alega, proclama;
por los anchos soportales
de la Recova encalada,
las gentes forman corrillos
y se expresan en voz alta,
¡que ya no cabe en los pechos
ni el afán, ni las palabras!
Cruzando hacia la Recova
se ven venir de la plaza
dos jóvenes caballeros
de noble porte y prestancia.
De paño gris las levitas,
de airosos vuelos las capas,
de alta copa los sombreros,
y patillas bien cuidadas,
como las llevaba siempre
el rey Fernando de España.
¡Dos patriotas de la Junta,
French y Beruti se llaman!
Llevan prisa en los talones,
llevan fuego en las miradas,
y el bello cielo argentino
temblando entre sus palabras.
En la sombra de una tienda
la gloria les esperaba,
para prender en sus pechos
cintas azules y blancas.

Ya salen French y Beruti,
¡ya tiene enseña la Patria!
La que ondeará en cien combates
y triunfará en cien batallas;
la que cruzará los mares
siempre bendita y gallarda,
la que en los picos más altos
hará desplegar sus alas,
que son, como el cielo, azules,
que son, como el cielo, blancas.

. . . .

Aldea de Buenos Aires,
al través de la distancia,
¡con qué ardiente devoción
te ven los ojos del alma!
¡Quién entonces te intuyera,
quién así te imaginara,
con tus millones de seres,
tus rascacielos, tus plazas,
tus hermosas avenidas,
tus diagonales fantásticas,
que son como vías triunfales
por donde el progreso avanza!
¡Y tu inquietud, Buenos Aires,
la muy noble y muy dinámica,
la que hizo un timbre de gloria
de su herencia castellana!

¡Cintas de French y Beruti,
cintas azules y blancas!

Maruja Vidal Fernández

DIBUJO DE BATLLE

CARAS Y CARETAS

Un cenáculo literario del siglo pasado

El origen de los famosos epitafios de la revista "La Lira"

UNA ESPIRITUAL SERIE DE EPITAFIOS LITERARIOS Y POLITICOS FUE PUBLICADA EN LAS PAGINAS DE "LA LIRA", LA FAMOSA REVISTA LITERARIA QUE DIRIGIA DON NICOLAS GRANADA. COMO RASGO CARACTERISTICO DE AQUELLA EPOCA, DIREMOS QUE NINGUNO DE LOS EPITAFIADOS SE MOLESTO CON LOS AUTORES, QUIENES, EN SU AFAN DE ADELANTARSE AL FALLO DE LA POSTERIDAD, NO VACILARON EN DEDICARSE EPITAFIOS.



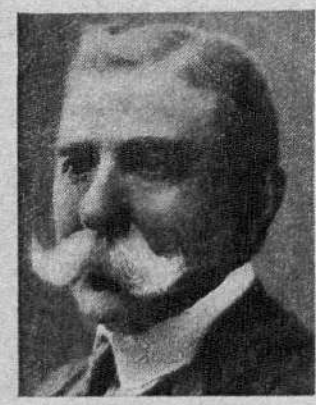




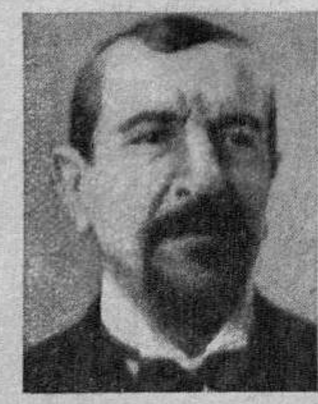
NICOLAS GRANADA.



JOSE MARIA CANTILO.



MIGUEL CANE.



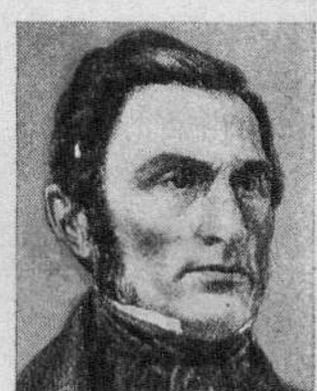
RICARDO GUTIERREZ.



EDUARDO WILDE.



SANTIAGO ESTRADA.



VALENTIN ALSINA.



ESTANISLAO DEL CAMPO.

Dirigía don Nicolás Granada una revista literario-musical, titulada naturalmente *La Lira*, la que se imprimía en los talleres del diario *El Orden*, del doctor José María Cantilo. La redacción de la revista, situada a pocos pasos de la casa de la calle Victoria, era el punto de reunión obligado de los más prestigiosos escritores de aquella época. Uno de los más asiduos era el poeta Carlos Guido y Spano, aun no inválido por el cruel reumatismo que lo tuvo postrado largos años, y a la sazón hábil conocedor de figones y hosterías en los que improvisaba pantagruélicos festines. Concurría Estanislao del Campo, envuelto en fantástica capa y tocándose con un chambergo que lo convertía en un héroe nato del estrepitoso Calderón. Santiago Estrada, que por entonces se dedicaba a la colección de anécdotas espirituales, que luego narraba con inimitable gracia, era otro de los que jamás faltaban. Eduardo Wilde, penetrante espíritu y alma de poeta que, como dice Granada en la crónica que glosamos, "refería las cosas más crueles y materiales con su tonada de tierra adentro y con palabras llenas de aticismo finísimo y original', era otro contertulio.

De vez en cuando recalaba Ricardo Gutiérrez, alto, demasiado grave, excéntrico, con su bigotillo y su barba dividida en dos ralos mechones que constantemente acariciaba con los delgados dedos; riéndose mefistofélicamente de todo, cual si se burlara de la humanidad cuyas amarguras cantaba y cuyos dolores curaba en su célebre clínica. Miguel Cané era otro de los asiduos, constantemente empeñado en recordar sus viajes y correrías por el mundo.

Fueron infaltables otros cuyos nombres no son tan familiares para el público de hoy. Por ejemplo, Matías Behety, inspirado adolescente cuya biografía llegó a trazar Arsenio D'Hussaye y que bebía demasiado, sirviéndose él mismo cuando alcanzaba alguna botella en la llamada "bodega" de la casa, a la vez con voz un sí es no es atiplada, decía invariablemente: "¡Ganímedes, escancia!" Concurrían, también, Luis Bernasconi, Dalmiro Costa y Juan Icazu, apasionados por la música; así como no dejaban de hacer acto de presencia algunos políticos como Olegario Ojeda y Manuel López Torres.

La alegría y el bullicio que reinaban en la redacción de *La Lira* es fácil de suponer y ni siquiera atenuaba su escándalo la entrada fugaz que cada día solía hacer el siempre atildado doctor Cantilo. Era el editor, y Granada ha dejado constancia de la puntualidad con que pagaba los sueldos a los redactores y colaboradores.

Pero, un día ocurrió algo inusitado. El periódico apareció con un anuncio, sin que su propio director lo supiera. Era, al parecer, por la composición tipográfica, un anuncio mortuorio. Empero, a poco de que se fijaba la vista sobre él, percatábase el lector de que se trataba de un epitafio, de un terrible epitafio literario que, a partir de aquel día, sería seguido por toda una serie. Decía así:

Yace bajo estos mastrantos,
Cantilo, escritor porteño.
Bien merece un largo sueño,
Quien hizo dormir a tantos...

El autor era Guido y Spano y la víctima el propio editor de *La Lira*, al que los redactores no podían tolerar ni la amable seriedad ni... los éxitos editoriales. Granada, desesperado, barruntando una catástrofe, acudió a ver a Cantilo. Le debía bastantes pesos y, a lo mejor, aquella osadía del poeta, equivalía a la muerte del periódico. Pero, al contrario, el epitafiado le tranquilizó diciéndole:

—¡Déjese usted de tonterías! Le tengo menos temor a un epitafio de Carlos Guido que a un discurso necrológico de Pastor Obligado.

Aquel mismo día arreció la lluvia de suscriptores, acuciados por una noticia publicada en *La Tribuna*, donde se decía que *La Lira* daría a conocer una serie de epitafios "a cuenta de la memoria que merecen muchos de nuestros hombres notables".

Y la serie, en efecto y contra los deseos de Granada, prosiguió.

Al siguiente número cayó otra víctima. El arma era una cuarteta:

Debajo de estos adobes,
Yace el cadáver de un hombre.
Lo aplastó el pesado nombre,
De Juan Andrés Gelly y Obes....

Era nada menos que el ministro de guerra. El director, angustiado, acudió a ver al político. Lo encontró sonriente. El general Mitre acababa de enviarle *La Lira* para que se enterara de aquella, que, según dijo, era una de las cosas más espirituales que había leído en su vida.

La tercera víctima lo fué de un dístico:

Bajo estas losas frías
Descansa don Félix ídem.

Félix Frías era una persona excesivamente seria. No le agradaban las bromas, y al único que toleraba era al doctor Gorostiaga, precisamente, porque era más serio e imponente que él. Refiere Granada que al llegar al Congreso, cuando tropezó con don Félix, escuchó al reciente epitafiado que, con una mueca de esas que en su casa llamaban sonrisas, le preguntó:

—¿Quién ha escrito esto?

—No sé...

—Tiene gracia... Hágame mandar todos los números del periódico.

Y sin agregar más, ordenó a su secretario:

—Llame a sala, Saravia.

La serie continuó. Le llegó el turno al doctor Valentín Alsina, ilustre político, que, como todo ser humano, tenía su debilidad. La debilidad de Alsina era la de pronunciar discursos inaugurales. Con motivo de la más ínfima y vulgar inauguración de edificios o servicios públicos, ya estaba él con su consabido discurso alusivo. Del Campo fué el encargado de confeccionarle el epitafio siguiente:

Yace en esta sepultura
Valentín el congresal.
Lo primero que inaugura
Sin discurso inaugural.

Después de *La Lira* fueron otras muchas las publicaciones que se dedicaron a la factura de epitafios. Mas, incuestionablemente, los del famoso cenáculo resultaron los más acertados y los más festejados por el público y por los propios interesados.

La manía de los epitafios llegó a su punto máximo cuando los mismos autores, a falta de candidatos eminentes, comenzaron a autoepitafiarse. Como la vez anterior, Guido y Spano fué el primero en iniciar la serie. Se sabía deudor de muchos pesos y se suponía perseguido por los acreedores más allá de la tumba. Por eso escribió este intencionado epitafio:

¡Hombre! No busques rencillas
Por unos míseros pesos...
¡He muerto! Toma mis huesos
Y véndelos para hornillas.

Hasta aquí la glosa de esas páginas inolvidables que nos recuerdan un aspecto de la vida literaria porteña, en una época en que era tanto el ingenio como la camaradería.

UN PACTO CON EL DIABLO

Por ELIAS R. TORRES

En la salida de la Hacienda del Ojocaliente, casi a las puertas de Aguascalientes, existe una roca basáltica de gigantescas proporciones, con una concavidad en la que se ve dibujada la silueta de un caballo y su jinete. A este fenómeno volcánico se debe esta leyenda, que circula de padres a hijos, en la florida y simpática ciudad de Aguascalientes.

TENDÍASE, perezosamente, desde los límites de la pintoresca villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguascalientes, hasta perderse, leguas adentro, en las cercanías del Real de Zacatecas, las vastas propiedades de los marqueses de Guadalupe. Los ricos señores rara vez cabalgaban por ellas, porque eran tan grandes, tan desiertas y tan erizadas de peligros, que sólo las cruzaban, de vez en cuando, partidas de nativos, que en furia homicida asaltaban los pequeños poblados españoles, matando sin piedad y llevándose, en las grupas de sus caballos, desmayadas y pálidas, a las mujeres de los colonos, que escapaban con vida de la tragedia.

Las casas principales de la villa, levantábanse a lo largo de la calle del Apostolado, por cuyo centro corría cristalina, cantando a la vida con monorrítmico son, el agua de los manantiales del Ojocaliente, que iban regando a su paso las espléndidas huertas de la villa, que fundara, entre otros, el recio doncel don Juan de Montoro; y seguía hasta el pueblo de indios que llamóse de San Marcos, para estancarse allí, formando un lago, como en rebelde protesta de perderse en el río, sin fecundar las tierras donde nació.

En esa calle levantó doña Guadalupe Ortega de Gallardo una casa, la primera de los marqueses en la villa, cuya inmensa huerta cercaban los membrillos y sombreaban los perales, cuajados de fruto por agosto; y perfumaban todo el año los rosales, que, con estupenda exuberancia, crecían silvestres.

Era sirviente de la casa un joven criollo que se hacía querer, no sólo por la gracia de sus modales, su incansable voluntad de servir, sus maneras casi finas; sino también porque era cosa sabida y no callada, que si cuando niño lo habían llevado a la villa de la Asunción, era porque él constituía la prueba viviente de una aventura galante del conde de Santiago, con una dama encumbrada y poco honesta.

Era el joven criollo, que llevaba el nombre de José de Altamirano y Ardilla, el encargado, no sólo de la casa, en las largas ausencias de la familia, que sólo iba de verano en verano a la villa de las Aguascalientes, sino de las tierras también, que ociosas y despobladas, se extendían, como llevo dicho, hasta las cercanías del Real de Zacatecas.

Cada vez que los marqueses llegaban veían con sorpresa, no sólo el progreso de sus propiedades, sino que el joven iba tomando el aspecto altivo y noble de la sangre que llevaba; y él, no era menos en notar, que una de las hijas de la señora Ortega y Gallardo se había transformado, de la traviesa chiquilla que corría por la huerta, cazando mariposas y arrancando flores, en una gentil señorita, gallarda y apuesta, que le hablaba por su nombre, con tal gracia, que era para él su voz más linda que el canto de los gorriones pechi-rojos, que desgranaban la sinfonía de sus amores, hechos música, en lo alto de los perales...



¿Pero cómo atreverse, un sirviente a pensar en algo más que en los vulgares menesteres del servicio?...

Coincidió con esto, la enésima incursión de los indios a tierras del Marquesado, llevándose todas las reses que había y perdiéndose, con su botín, en la sierra de Pabellón, con rumbo a sus ignoradas madrigueras.

La familia se dolía de tan grande pérdida, y eran duros sus comentarios, no sólo contra el gobernador de la provincia de Nueva Galicia, de quien por aquel entonces, dependía Aguascalientes; sino hasta contra el virrey que no enviaba las tropas necesarias para meter al orden a la incansable tribu.

Esa noche nuestro joven criollo hizo una invocación al Diablo: "Dame poder para todo lo que quiera y mi alma será tuya".

—Aceptado — dijo una voz que entró como relámpago luminoso y vibrante, por la ventana de la estancia de José...

Y así siguió un diálogo violento.

Aquella noche quedó cerrado el pacto: Ardilla pondría a prueba, en apuesta singular, la destreza del demonio; y si éste ganaba obtendría como victoria, el espíritu del criollo.

—Señora — dijo al día siguiente José, a la marquesa de Guadalupe, — voy en busca del ganado que se han llevado los indios y... algo más que habré de quitarles, porque no es justo que a tan buena dama se le despoje en esa forma.

Y hablaba así porque la apuesta era, con el diablo, que para las cinco de la mañana la Hacienda de Pabellón debería estar repleta de ganado, sin que hubiera potrero, ni ladera, ni quebradura, ni bosque, que al salir el sol no le saludara con el mugir de las reses o el balar de los corderos, blancos como copos de nieve, triscando la hierba de los campos.

Así sucedió, sólo que la astucia del caporal Ardilla (que eso era José) le sugirió la idea de que se pusieran algunas cruces en ciertas sementeras; y era natural que el Diablo no pudiera pasar por allí para poblarlos de ganado, perdiendo así la apuesta.

En esa forma recuperóse el ganado perdido y mucho más, según ofrecimiento del caporal; salvándose su alma de pérdida segura; y acrecentándose en la familia de los marqueses el cariño que le tenían... y más en aquella muchacha, cuya voz cuando le hablaba por su nombre, era para Ardilla, más linda que el canto de los gorriones pechirojos, que desataban la sinfonía de sus amores en lo alto de los perales...

Pero el Diablo no podía conformarse con esa burla y hablóle en esta forma al astuto caporal:

—Tú estás enamorado de la marquesita; pero difícil será tu unión con ella, pobre sirviente que eres, para tan encumbrada virgen. ¿Te parece que hagamos nueva apuesta?

—¿Cuál es?

—Tu alma por su amor...

—¡Aceptado! — dijo Ardilla. — Si veinte almas tuviera, veinte habría de darte por tenerla en mis brazos, cariñosa, y besarla en los labios siendo mía...

UNA rara transformación operóse en la Marquesita, no menos que en Ardilla. Buscábala él con ahinco; y ella dejábase ver. Iban con frecuencia, por la huerta como en los tiempos de su niñez, siguiendo mariposas y cortando flores; y siempre había descansos que alegraban las miradas amorosas de la Marquesita, o las frases fanfarronas del Caporal.

Otras veces cabalgaban por aquellas tierras de los marqueses, que, gracias a las continuas peticiones de Ardilla al diablo, ya no se tendían infecundas y perezosas, hasta perderse en las cercanías de Zacatecas; sino que ahora eran campos de trigales, que parecían un mar de oro; o tierras de maizales que agitaban sus espigas amarillas, como saludando, grácilmente, a la gentil pareja.

En las laderas, junto a los ríos o al pie de las montañas, habían surgido, como por encanto las rancherías llenas de niños robustos, de mujeres limpias, como el agua del río, de gallinas que cloqueaban saliendo de sus escondrijos, para anunciar la eterna reproducción; y de perros, que aunque bravos y furiosos, con los extraños, salían al encuentro de la pareja, meneando la cola con alegría.

Pero pasó el verano, y la marcha de la familia se hizo necesaria. Volvía a la metrópoli más rica y más contenta... sólo la Marquesita, se marchaba triste, porque dejaba en su casa del Apostolado el complemento de su vida.

COMO bomba recibióse la noticia en Aguascalientes: la Marquesita entraba en un convento de Méjico, después de haber rehusado a casarse con el conde del Valle de Opatla; y en la imposibilidad absoluta de contraer nupcias con el Caporal Ardilla; que si bien era un grande y buen servidor, como decía la familia, llevaba la mancha de una vergonzosa bastardía.

Con esto el Diablo perdió de nuevo; pero esta vez con amarga tristeza de José. De allí que por la noche, con el acostumbrado diálogo que con él sostenía, hubiera una final transacción:

—Mi alma te pertenece — decíale Ardilla, — me he valido de infinidad de medios para engañarte y hacerte perder las apuestas que hemos cruzado; pero todo esto por el inmenso amor, por el infinito amor que le tengo a la Marquesita. Tú has visto que nada he pedido para mí; sino su amor... todo ha sido para acrecentar sus bienes, aumentar su riqueza, rodearla de felicidad y de contento... El enorme sacrificio que he hecho ha sido todo por ella... Llévate mi alma, te pertenece; pero concédeme una gracia final...

—¿Qué es ella? — preguntó Lucifer.

—Que la vea unos cuantos momentos... sólo unos cuantos momentos... media hora más... una hora... si es posible.

—Mañana te espero a las cinco, a la salida del sol, en el Paso de Ojocaliente...

El resto de la noche Ardilla no durmió, y muy temprano oyóse el golpe de los cascos de su caballo en las piedras del camino; repercutido, agrandado, centuplicado por el eco, que parecía que lo iba desenvolviendo por los montes y las llanuras.

De pronto, en la incierta obscuridad del amanecer, el caballo se detuvo, levantó las orejas espantado y clavó en un rincón del camino su mirada escudriñadora.

Sobre una piedra esperaba de pie la Marquesita, con los brazos tendidos hacia José, cariñosa y sonriente...

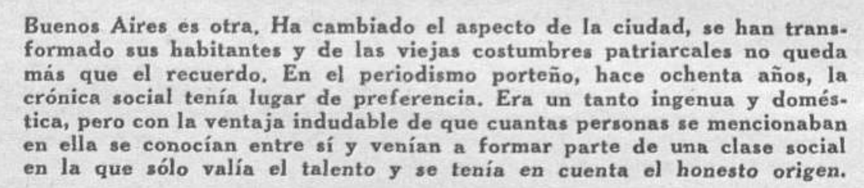
CUANDO ya entrado el día, un pastor acertó a pasar por esa rinconada del camino, se encontró, con espantoso asombro, incrustados en las rocas al Caporal Ardilla y a su caballo... Dió voces... vinieron más gentes... y con duros trabajos desencajaron de la roca al atrevido criollo, dejando estampada en ella, tal como hasta nuestros días se ve, la silueta del jinete y su cabalgadura...

Ardilla sobrevivió unos cuantos minutos, los necesarios para que se supiera que ya había echado, a la grupa de su caballo, a la Marquesita, para irse a desposar con ella a la iglesia más cercana; burlándose por la enésima vez, de sus pactos con el Diablo; cuando éste hizo desaparecer a la doncella y levantando en vilo al Caporal y su cabalgadura, los estrelló contra la roca, con fuerza tan grande, que los hundió en el basalto, como si éste fuera de barro deleznable...

Ardilla cerró los ojos y en el lúgubre campanilleo de la agonía, parecióle oír la voz de oro de su amada, más dulce que el canto de los gorriones pechi-rojos, que desataban la sinfonía de sus amores, en lo alto de los perales...



Una crónica social de hace ochenta años



Buenos Aires es otra. Ha cambiado el aspecto de la ciudad, se han transformado sus habitantes y de las viejas costumbres patriarcales no queda más que el recuerdo. En el periodismo porteño, hace ochenta años, la crónica social tenía lugar de preferencia. Era un tanto ingenua y doméstica, pero con la ventaja indudable de que cuantas personas se mencionaban en ella se conocían entre sí y venían a formar parte de una clase social en la que sólo valía el talento y se tenía en cuenta el honesto origen.

La crónica social ha evolucionado en nuestro periodismo. Ya ha perdido casi por completo aquel su marcado sabor familiar que la caracterizaba, y es muy posible que los viejos porteños se encuentren poco menos que perdidos entre los centenares de nombres que a diario se mencionan y hasta el constante y siempre creciente número de apellidos extranjeros les induzca y con razón, a afirmar que son pocos los que van quedando...

La aldea ha crecido. De gran aldea se ha trocado en enorme ciudad y es lógico, pues, que aquellos apellidos pertenecientes a las viejas familias entroncadas con las de la colonia y la época de la Independencia, aparezcan en muy reducida proporción.

Eran otros tiempos y eran otras personas. Ha cambiado hasta el arte de embellecerse. A los polvos, a las flores artificiales para engalanar los cabellos, al colorete para las mejillas, al corcho quemado para imprimir mayor atractivo a los ojos, al cosmético de los lunares y a los abanicos que servían para abroquelar el rubor de las damas, los ha desplazado una más complicada química al par que un más pronunciado deseo de aparecer sencillas, sin complicaciones, con menos trapos y más elegancia.

Después de la caída de Rosas cobró gran interés y lucimiento la crónica social. A las obligadas alabanzas y los enconos propios de la nefasta tiranía sucediéronlos las gentilezas y derroche de ingenio de poetas de tanta fama como apasionada admiración por las beldades de su tierra. Algunos nombres no han sido olvidados y hasta es posible que se hayan trasmitido sus galanuras de abuelas a madres y de madres a hijas. Juan Carlos Gómez fué uno de ellos. Sus *Hojas secas,* en el diario de los Varela, eran más que solicitadas por las niñas porteñas. Con él figuró también en primer término José María Gutiérrez, aunque no siempre, sino cuando descendía de las columnas del editorial, para firmar con el seudónimo de "Estearina".

Empero, el verdadero maestro en la crónica social fué Wenceslao R. Solveira, fundador del primer *Avisador de Buenos Aires.* Cuando comenzó sus crónicas estaban en boga los bailes campestres en San Fernando y en la recién fundada población de Belgrano. "Era el tiempo de la *chupandina,*—dice un cronista de la época. — Muchos usaban entonces el pelo largo y sombrero gacho de felpa negra y anchas alas. Sarratea y Pina, en San Fernando, y el galante Federico Miró, en Belgrano, abrían sus salones. Espinosa y Albornós marcaban el compás en mal templados pianos, y alguna discípula del maestro Tiburcio cantaba la "Aroma" de Echeverría, con música de Esnaola..."

En Belgrano, recién fundado por Tobal y Cardoso, funcionaba el club, edificado por Miró. En él bailaron, con elegantes señoritas en trance de veraneantes, Carlos Rodríguez Larreta, Juan M. Larrazábal, Diego Chaves... Uno de los asiduos era también Angel Plaza Montero, a quien el periódico *La reforma pacífica,* llamaba Antinoo.

Invariablemente, en diarios como *La espada de Lavalle* y *El Nacional,* todos los martes, insertábanse las muy solicitadas y leídas crónicas.

Bien merece ser reproducida una de ellas, publicada en *La Reforma* y perteneciente a Solveira. Relata la inauguración del club de Belgrano y dice:

"El domingo abrió sus puertas a los jóvenes elegantes, el club de Belgrano, recién fundado en el pueblo que lleva el nombre del invicto general, cuya vida sepultada en el atrio de Santo Domingo, ha sido un modelo de amor a la República Argentina, según don Bartolomé Mitre.

"¿Qué podremos decir en elogio de don Federico Miró, el iniciador?

"Nada que sea digno de joven tan progresista, sino que ha sabido reunir a toda la gente *bien*.

"Allí estaban un célebre pianista porteño, desterrado en la época de Rosas (alusión a Santiago Calzadilla), y un *petizo* amigo (alusión a Larrazábal), quien, como siempre, se portó perfectamente.

"Tampoco faltó el más largo de nuestros mozos (alusión a Melchor Arana), que tuvo su *temporada* con una *belgranera*.

"Pocos *cascotes* (hombres casados) se presentaron, y nadie *planchó*, — ninguna joven o vieja dejó de bailar.

"No hubo *clavos* ni *huesos* (niñas impresentables) y reino la alegría hasta la madrugada.

"La señorita M... que lleva el nombre de uno de los partidos del oeste de nuestra campaña (Mercedes), fué una de las reinas de la fiesta.

"Su hermanita R... que recuerda con su nombre a las rosas, intrigó mucho a J., empleado en el Banco de la Provincia.

"E. B., la sílfide de Belgrano, fué objeto de muchas atenciones y cautivó la fineza de un señor holandés, que le puso los puntos.

"Vestía traje verde de tarlatán, con cenefas de lo mismo, y tenía la cabeza adornada con dos rosas tan blancas como su alma.

"Las de P. M. B. y A. no dejaron nada que desear, porque sedujeron a todos los convidados hasta el venir del día, en que el sol comenzó a alumbrar los jardines.

"Olvidábamos decir que se sirvió un abundante refresco, y que muchos de los jóvenes pudieron obsequiar a las muchachas con yemas, dulces y hasta con las elegantes figuras que adornaban los hermosos ramilletes.

"Que se repitan tertulias como las del domingo es el deseo de todos los que asistieron, gustosos de ver reinar otra vez la sencillez de la confraternidad.

"Hasta entonces" — terminaba el cronista.


La Elegancia Porteña

periódico de Modas, labores y literatura, consagrado á la familia, últimos figurines de Modas y trajes iluminados en PARIS

ADMINISTRACION
LIBRAIRIE FRANÇAISE DE JOSEPH ESCARY
BUENOS AIRES

1885

Portada de *La elegancia porteña*, una de las publicaciones femeninas más en boga en el Buenos Aires de las postrimerías del siglo pasado. Comenzó a aparecer en el año 1885 y su editor era el librero Escary, cuyo negocio estaba en la calle Victoria, "frente al Club del Progreso".

Tiempos mejores, indudablemente. La vida era más sencilla, tenía menos complicaciones y la familiaridad era característica de toda reunión. Ya los boticarios han olvidado la fórmula del agua de toronjil, para las congojas, y por siempre cerró sus puertas la mercería de Inhiestas donde nuestras abuelos compraban rapé, guantes y corbatas de una blancura impecable, y almizcle, sin el cual algunos elegantes como Martín de Sarratea, no hubieran podido dar un paso por la calle de Florida.



LA IMAGEN FELIZ





Por Eugenio Julio Iglesias

ALZA los ojos del papel, para fijarlos lejos, en el infinito de sí misma, en busca de una imagen feliz. Pero la mirada, dirigida hacia los vagos confines de su mundo, cambia, sin quererlo ella, de ruta, y se detiene sobre el rostro del niño, que duerme plácidamente. Una sonrisa dulcemente triste, de madre en estado contemplativo, le anima los labios y, acodada en el borde de la mesa, sin abandonar la lapicera, permanece inmóvil largo rato. De pronto, envolviendo las palabras en un suspiro, murmura:

—¡Sólo creamos esperanzas!

Y vive lo por venir del hijo, hace pretérita la vida futura de éste. La maternidad le había revelado el milagro de hilvanar recuerdos del mañana, los únicos que consuelan — ¿consuelan? — de la carga que son los recuerdos del pasado.

El alma en suspenso, vigila, llena de temores, los primeros pasos del párvulo. Con las manos en alto y adelante, el pequeño equilibra el andar, mientras su vocecita repite: "¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!" Al llegar a una silla expresa el esfuerzo realizado, el placer de la resistencia vencida, y mira a la mujer medrosa con una sonrisa que deja al descubierto los dos únicos incisivos. Pero los triunfos del hijo despiertan sombríos presentimientos en la madre, y la imaginación de ésta se inclina a la tragedia, y dos brazos estrechan un espacio vacío, y los senos intensifican el contacto de una carne blanda que se queja y solloza.

La busca de la imagen feliz no existe ya.

El niño crece, asciende, camino del ¿por qué?, en la noche silenciosa.

El infante nada para no volver a la orilla de partida, lucha contra la persistencia del oleaje, renovado de continuo. ¡Qué interminable océano de misterios!

"¿Todavía más, mamá?"

"¡Todavía más, hijo!"

Y, ante el brío del nadador, la madre sonríe, sonríe para él solo, no para los otros que lo acompañan, y que también avanzan alentados por otras sonrisas.

"Las vigilias primeras del estudio, y esa melancolía que nace del aprender a conocer, o del aprender a desconocer, para ir en procura de lo más desconocido"...

Las paredes oyen: "dos más dos, cuatro...", "la tierra es redonda...", "el, artículo determinado..." ¡Con qué grave sonoridad repiten los muros las palabras del pensamiento materno, proyectadas en él por una voz de tono presentido! ¿Y los juegos? ¿Dónde han quedado los juegos? ¿Por qué no puede ella ver los juegos del hijo? ¿Por qué no recoge también las impresiones de las alegrías no gozadas aún? Y esos doce años tienen alegrías, cuentan con una historia de magníficas violencias infantiles, de aventuras pícaras, de audacias maravillosas, de gritos joviales... Sólo hay una cabeza que emerge de un delantal blanco, un cuerpo que se cansa en los pupitres. La madre no sabe ver más. Y la sonrisa de la madre es una mueca.

Cada vez más lejos, la imagen feliz que pedía el poema.

Las olas no corren en un solo sentido; embisten por todas partes; forman un remolino, y el nadador peligra. La voz alienta al adolescente, pero otras voces se juntan a ella, y el nadador se confunde. ¿A cuál de las del coro obedecer? ¿A la que lo invita a entregarse a las olas más mansas? Darse a ellas es como darse a unas manos acariciadoras, ador-

DIBUJO DE BATLLE

mecedoras, deliciosas; a unas manos que son como las de las mujeres que aman en las novelas de los quince años... ¿A la que le manda proseguir luchando contra las más bravías insondables, impenetrables como los abismos del conocimiento? Se vence una, y llega otra, y otra, y la angustia moral parece fundirse con la angustia física, y se hace necesidad el ansia de abandono... ¿A la que le insinúa a rendirse sumisamente a las que abren en sus flancos flores luminosas? Es como una música embriagante, y el nadador la escucha y le nace el sentimiento del olvido... Un grito desesperado, un ademán de desprendimiento, y nada más que dos voces entonces: la materna y otra, nueva, viril, propia: la de la conducta.

Siempre la tragedia. Pero, ¿por qué siempre la tragedia? La noche es un desierto, una ausencia de ruidos, sin la imagen feliz que se buscaba.

La madre sigue al hijo que se aleja, que cruza la línea del horizonte, que tiende una mano hacia otra mano nunca vista, pero que es mano de realidad. ¿Y no es todo realidad en el pensamiento materno? La realidad no está en lo visible que la rodea, sino en lo visible que ella sustenta, como en todos los que no son idiotas. Y es una realidad hermosa para él, exclusivamente hermosa para él, que no la sueña, no obstante estar elaborada con la "madera de los sueños"... ¡Para él solamente! La madre siente derrotado su sublime egoísmo. Ahora sí que su poder es un recuerdo del pasado. ¿Si se hubiese ahogado en el océano? El horror desata una borrasca cordial...

Llega el hijo. El reloj da las doce. ¿Esas mejillas no fueron antes de terciopelo? No había heridas del tiempo en la frente. Quizás las acentúen las angustias económicas. El hijo se inclina sobre la madre y la besa. Dos emociones distintas: una, la filial, piadosa; otra, la de la madre, dulce, divinamente profunda como un entrañable dolor gozoso. El no presume la existencia de este dolor; lo absorben sus pensamientos nuevos, su amor recién nacido, sus ilusiones. Y sus pensamientos, su amor y sus ilusiones se aprietan unos contra otros, y son como un muro para la emoción de la madre. El ama, y no sabe repartirse: matemático borracho, pierde el equilibrio y se entrega a una probabilidad...

Una pequeña queja. La madre vuelve del viaje. La lapicera, seca la pluma, cae sobre el papel que aguardaba la imagen feliz venida del infinito. El niño, despierto, busca el refugio de unos brazos, y la madre se los tiende, para recogerlo en ellos, y cuando lo aprieta contra sí lo besa con un beso desconocido, largo, mudo. Los labios, al despegarse, dicen:

"¡Hijo mío!"

Hijo de ella, hijo total en ese instante. Y lo mece. Y repite:

"¡Sólo creamos esperanzas!"

¿Y la imagen feliz? *Nono, nene, nono.*

Eugenio Julio Iglesias

EL SENTIMIENTO DE LA PATRIA



En 1716 Buenos Aires había merecido el título de muy noble y leal ciudad. En 1712 don Juan de Ulloa la llama ciudad famosa. "No la conocemos los que entonces la vimos — dice el padre Lozano — hase aumentado muchísimo el número de los vecinos, y se ha extendido el sitio casi doblado y mejorado en toda la calidad de los edificios". Desde esa época comienza su crecimiento sensible. Consolidadas las fortunas adquiridas por el ahorro sobre el trabajo esclavo y proletario, durante el siglo XVII, la riqueza modificaría los sentimientos de la clase dirigente, facilitando la comprensión simpática de la nueva filosofía liberal dominante entonces en Europa. La Revolución se nota en el estilo de los documentos públicos, en las tendencias humanitarias de los gobiernos, en cierta curiosidad por las cuestiones que se refieren al bienestar social, en el deseo de educarse que se manifiesta por la matrícula de los colegios. "Los quince mil blancos que había en Buenos Aires en 1773, dice Gutiérrez, dan una población escolar de mil doce alumnos, fuera de los que hay en casas particulares en que también se comprende bastante número".

En cuanto pueden notarse las cosas morales en una época sin literatura y arte, el sentimiento nuevo que aparece es el de la *patria*. A principios del siglo XVIII el padre Neyra emplea la palabra en sus viajes, sin relacionarla con el Rey o su servicio: "Es tan cierta la amorosa inclinación a la patria, dice, que no hay hijo por más inútil que sea, que alentado no se ofrezca, o a defenderla, si escucha que se la injurian, o a publicar las bondades que la idea le propone, si acaso ella no las tiene, pues la pasión le ha de hacer que, precisamente las halle: con lo raro, que ha sucedido enterrarse algunos vivos en celebración de dilatarle sus términos. Así lo hicieron aquellos dos hermanos Philenos, que saliendo al desafío con los otros dos de Ciro, vencidos éstos en la carrera, intentando hacerles la apuesta droga, propusieron que se confesarían superados si los Philenos se enterraban vivos en el sitio: en lo que vinieron gustosos, por ver dilatada su Cartago: que a esto se sacrifican los hijos, cuando encuentran ocasiones de engrandecer sus provincias y ciudades.

"Siendo, pues, la congénita inclinación a la patria, tan eficaz promotora; para que le impongan o refieran su belleza, ¿cómo pudiera sufrirlo la mía? Y mas, cuando no son idénticas sus bondades; sino tan conocidas de tantos sus influencias apacibles". En su concepto la patria es su ciudad. Era el concepto antiguo y clásico que se amoldaba bien con las condiciones geográficas y políticas del país.

. . . .

Como base de orgullo y amor propio, indispensables para que surja el patriotismo, estaba el sentimiento de la grandeza del país. A fines del siglo XVIII podía apoyarse en su corta historia, animada por unos cuantos incidentes guerreros suficientemente decorativos y románticos, para impresionar las imaginaciones. Las varias empresas de conquista de los holandeses, franceses e ingleses, todas rechazadas; las aventuras con piratas que pretendieron saquear la ciudad, Fontono en 1582, Cavendish en 1587, Pointis en 1698; las luchas con los portugueses, formaban una tradición popularizada por las guías o almanaques.

Juan Agustín García

La libertad para los fumadores

Algunas decisiones de índole económica, como ésta de la anulación de todos los estancos, inclusive el del tabaco — que ya se consumía en grandes cantidades, — evidencian en qué forma categórica y definitiva, estaban resueltos algunos hombres de los primeros días de la Revolución, a romper con la metrópoli y con sus ruinosos procedimientos para llenar, a costa de la población, las arcas fiscales.

El tabaco disfrutó siempre de las simpatías y de la devoción de los hombres de nuestra tierra, y, naturalmente, consumido en gran escala, no pasó inadvertido para los diligentes hacendistas de la colonia. Su monopolio transfirióse a raíz de la Revolución de Mayo a manos del gobierno y fué desde aquel punto, tanto una fuente de recursos para éste como un motivo de eterno disgusto y airadas críticas de parte de los que lo consumían. Tales molestias producía y malestares provocaba el monopolio, que la junta de gobierno, con fechas de 21 de febrero y 8 de marzo de 1811, respectivamente, decidió permitir a todo género de personas sin excepción la introducción y libre expendio del tabaco del Paraguay, aplicándole sólo un derecho de alcabala estimado en el cuatro por ciento.

Pero éste sólo fué el primer paso, paso que preparó el terreno para otra resolución gubernamental de más transcendencia, como que estaba destinada a concluir con el monopolio, "un delito severamente castigado por las leyes, y que sólo servía para mantener el lujo y la corrupción de los favoritos". La severidad con que a los cultivadores se aplicaba la ley de monopolio era excesiva. "Se desprecian los clamores de los infelices — decíase en la *Gaceta Ministerial* del 28 de agosto de 1812, — y si alguna vez la necesidad dictaba al propietario el arbitrio de expender sus productos a los particulares, o de hacer una especulación mercantil con este género de consumo, la cadena, el incendio de las casas y la ruina de las familias era el resultado infalible de un decreto exterminador".

El monopolio era incompatible con la libertad de los pueblos, y donde no pudiera el ciudadano cultivar lo que quisiera y vender sin trabas sus productos, la libertad era un fantasma, según opinión de los hombres de gobierno de aquella época.

Y el decreto, con fecha 22 de agosto de 1812, fué promulgado. Por él se suprimía la renta de tabacos en todas las provincias unidas y se restituían al comercio libre todos los ramos estancados que formaban la renta. El cultivo y la manufactura del tabaco, lo mismo que su comercio, se declaraban libres. Y todas las existencias de la renta fueron sacadas a la venta en pública subasta. En este último punto se recomendó la mayor diligencia y hasta se tuvo en cuenta a los antiguos empleados del estanco, cuya colocación y subsistencia el mismo gobierno prometía atender.

Este decreto lleva las firmas de Chiclana, Pueyrredón y Rivadavia. Evidencia una vez más que la revolución y desvinculación de la metrópoli se realizaba, también, desde el campo económico, más importante que el que tiene por escenario a las gestiones políticas y bélicas.

LA CASA DEL LOCO



CARAS Y CARETAS

Por Paul Bourget

ESTÁBAMOS reunidos algunos artistas y sabios parisienses. Se hablaba esa noche de los peligros que corren los médicos cuando fracasan en una cura y un enfermo irascible los hace responsables del fracaso. El reciente asesinato de un gran profesor había provocado esta conversación. Otro miembro de la Facultad, el doctor Currioles, alienista de nota, nos contó la siguiente historia:

*

—Yo también he sido víctima de una tentativa de asesinato por parte de uno de mis más pacíficos clientes. Como vive aún, le daremos un nombre que no es el suyo: Dupin.

Dupin era sastre. Ocupaba el cuarto piso de una casa de departamentos, con su mujer y tres hijos. El taller daba sobre una triste callejuela, y las habitaciones no tenían aire ni sol, en invierno. El color de los niños denunciaba la proximidad de la tuberculosis. La madre era una mujer delgada, gastada por el trabajo y la mala alimentación. Se había casado con Dupin a los veinte años. Era entonces una muchacha bonita y alegre; después, se fué agriando y envejeció prematuramente. Cuando miraba a su esposo encorvado sobre los trajes que zurcía, una sombra de tristeza pasaba por sus ojos.

Menciono todos estos detalles porque son indispensables para comprender la crisis mental por que atravesó Dupin. El también se moría de cansancio y aburrimiento en ese ambiente. Era un quincuagenario endeble, pálido, calvo, de frente surcada por pronunciadas arterias. Pero dos pupilas azules, de una profundidad singular iluminaban ese rostro marchito: eran dos pupilas de inspirado, de poeta, llenas de una ansiosa nostalgia. ¿Nostalgia de qué?... De una vida superior a ese destino miserable.

¿Su mujer?... Ya no la amaba, y hasta le tenía miedo. ¿Sus hijos?... Lo enervaban con su bullicio y con sus juegos inoportunos... Dupin se sentía vencido. Lo invadía una honda depresión nerviosa cuando le ocurrió la aventura que, unos meses después, lo condujo a mi clínica.

Como no tenía empleados, Dupin llevaba personalmente los trajes a sus dueños. Había comprado, para esas salidas, una bicicleta que pagaba por mensualidades. Sus únicos momentos de felicidad eran esos en que corría por las calles de París pedaleando incansable. Su personalidad oprimida, rebajada, se tonificaba con ese ejercicio de destreza: conducir su bicicleta entre los autos, los ómnibus, los tranvías, los coches y los camiones. Tomaba las calles más peligrosas y de más tráfico...

Las otras no son divertidas — me decía más tarde. — No se producen accidentes, en ellas".

Ese pequeño riesgo era una de sus alegrías. Otra era la excursión al campo, cuando alguno de sus clientes pasaba el verano en las cercanías de París. Precisamente, fué en uno de estos viajes que comenzó la aventura de Dupin.

Aquel día llevaba un traje a un "maitre d'hotel" que servía una gran comida en casa de un comerciante instalado cerca de Versalles. Era una tarde clara y serena de fines de mayo. A las tres, Dupin llegaba al parque de Saint-Cloud, haciendo correr su bicicleta alegremente. Al encontrarse en las alturas de las hermosas colinas, se detuvo impresionado por el espectáculo. Las rectas avenidas, el verde del follaje, las alfombras de césped, las estatuas, el canto de los pájaros, y, por encima del paisaje, un cielo azul, de un azul transparente y tierno.

Todas estas impresiones lo encantaban. Sentía la pureza del aire en sus pulmones, y hacía rodar con lentitud la bicicleta, para saborear mejor toda la belleza circundante. Era feliz. Había olvidado la callejuela malsana, su mujer regañona, sus niños impertinentes. Deseoso de estar más en contacto con el bosque. Dupin abandona entonces la ancha avenida principal y se interna por un sendero, luego por otro, sin rumbo. De pronto, una casa le llama la atención: viejos árboles la rodean de misterio, y está separada del parque por un jardincito lleno de rosales. En la verja, un cartelito: "Se alquila o se vende. Llaves en la misma".

¿Por qué ha llamado Dupin? Jamás ha podido explicárselo. Cuando aparece el cuidador, le dice que quiere visitar la casa. Le pregunta el precio del alquiler, y el de la venta; las comunicaciones, el horario de trenes, los impuestos, el vecindario. En fin, todas las preguntas que un comprador minucioso puede hacer. El pobre sastre sabía que no contaba con un solo franco de los cien mil que pedían por la casa. Estas informaciones eran una simulación.

Después de visitarla, pieza por pieza, Dupin abandona la casa, monta en su bicicleta y llega al término de su viaje. Una vez que hubo entregado el traje al "maitre d'hotel", vuelve al parque y se dirige nuevamente hacia la casa.

—"Ella" me atraía — explicaba después — como el imán atrae al hierro.

Se detiene ante la verja, pero no llama. Limítase a suspirar: "¡Qué bien se estaría aquí!" Y en su imaginación traza el cuadro de la vida feliz que llevaría en ese retiro, al borde del parque, en medio del silencio y la belleza. Y se abandona a este sueño como a una liberación.

Sentado sobre una piedra, con la bicicleta apoyada en un árbol, contempla las ventanas de esa casa, donde él vive... imaginariamente.

¿Cuánto tiempo permanece allí? No lo sabe. Advierte, de pronto, que ha llegado la noche, y vuelve a toda prisa a su casa. La bicicleta corre como el viento, y los sueños de Dupin también. Ha comprado la casa. Evoca todas las habitaciones, y las recorre proyectando la distribución. Esta será su biblioteca; aquélla, sobre el jardín, su dormitorio. Instalará el comedor en la planta baja...

Dupin sabe que es un juego de fantasía, pero se complace en él. No mezcla a su mujer ni a sus hijos, aunque la casa es bastante espaciosa. Precisamente es de ellos de quienes quiere huir, de su oficio, de su vida actual. ¡Con cuánta pena llega a su pobre departamento! Cuando su mujer le pregunta el motivo de su retardo — ha salido a las tres y son casi las ocho — inventa una historia: un pequeño accidente que ha causado desperfectos en la máquina... Ni una palabra de la casita.

A la mañana siguiente, el primer pensamiento es para ella: "Mi casa de Saint-Cloud", la llama, hablándose a sí mismo. Se sienta, toma su trabajo, maneja la aguja y las tijeras. Su mujer da vueltas. Los niños gritan. El no ve ni oye nada de esto. El sueño de la víspera continúa. Debe salir para llevar un traje, pero en lugar de hacer el camino más corto, hace un rodeo. Recuerda haber visto una lujosa tapicería, y corre hacia ella. Se detiene frente a las vidrieras, como el día anterior frente a la casa. Quiere elegir los muebles para su salón. Ninguno le agrada.

—En mi casa de Saint-Cloud — se dice — no puede haber más que cosas antiguas, puesto que la he heredado de mis padres.

La fábula se ha complicado: ayer compraba la casa; hoy, retocando su ilusión, se dice haberla heredado.

Sigue su camino. Encuentra una tienda de antigüedades y entra. Estudia los muebles. "He aquí un escritorio que me conviene; y también me conviene esta cómoda".

Pregunta los precios, regatea, y dice en voz alta:

—Son míos. Volveré.

Y murmura en voz baja: "Acabo de hacer una buena compra". Cuando llega a la casa de su cliente — el criado de un pintor — el artista está ausente. Dupin pide al muchacho que le enseñe el estudio. Un cuadro le agrada. Es una naturaleza muerta. En imaginación la compra y la cuelga en el comedor. Vuelve a su casa muy contento: decididamente, la vivienda de Saint-Cloud se organiza.

Escucha apenas a su mujer que le cuenta una nueva discusión con la portera.

—Te ríes — gime ella. — ¡Cualquiera diría que te encantan las escenas que me hace, pues no tratas de pagar el alquiler...

Dupin está encantado, en efecto, no de estas escenas, sino de la vida imaginaria que desenvuelve al lado de la vida real. Durante meses enteros se repiten jornadas semejantes a la que acabo de esbozar. Hoy se trata de comprar los muebles; mañana, la platería; pasado mañana, los cortinajes. No queda en París un solo negocio de lujo que Dupin no haya examinado con la atención del más exigente comprador.

—Nada era demasiado hermoso para mi casa de Saint-Cloud — repetía orgulloso y tristemente, narrándome esas búsquedas de comprador imaginario.

Lo curioso es que Dupin no volvió a ver jamás esa casa. "Estaba aquí", me decía, mostrándome su frente.

Pero en un interior tan bien instalado hacía falta una mujer. Y recorre la ciudad en busca de una compañera digna de habitar su palacio de Aladino. Se fija en una; luego, en otra; al fin elige una joven empleada. Se casa con ella. La instala en "mi casa de "Saint-Cloud". Tiene con ella dos hijos. Se entiende que ni ha intentado hablar a esa muchacha, asociada — sin saberlo — a la más fantástica de las bigamias.

Esta dualidad de su persona sólo podía mantenerse a condición de que hubiera un absoluto silencio, un tabique, entre el Dupin Saint-Cloud, rico, bien casado, entre sus muebles raros, en su florida soledad y el Dupin del pobre departamento, cada día más miserable y más acosado por las deudas y por su mujer.

Pero el sentido de lo real se iba aboliendo progresivamente en ese extravagante soñador. Si al comienzo de la aventura había habido en él una simulación, un piadoso engaño de sí mismo, no existía ni rastro de ello en el doble personaje posterior. Y una brusca catástrofe iba a traerlo a la vulgaridad de la más dolorosa de sus dos vidas.

Una tarde, estaba en su taller remendando un pantalón, cuando entró un hombre con un chaleco en la mano.

—¿Está el señor Dupin?

—No — respondió el sastre. — El señor Dupin está en su casa de Saint-Cloud.

Por primera vez desde el comienzo de su delirio, acababa de enunciar en alta voz su pensamiento.

Dupin se despierta, sorprendido por sus propias palabras. Se escucha pronunciar esta frase: "mi casa de Saint-Cloud", y la desorientación y el espanto se apoderan de todo su ser. Y el cliente, estupefacto, lo oye arrojar un grito que atrae a su mujer.

—¡Pero yo estoy loco! ¡Yo estoy loco!... — aúlla, tomándose la cabeza con las manos. — ¡Yo estoy loco!...

*

Fué a raíz de esta escena que me trajeron a Dupin. ¿Para su desgracia o su felicidad? Ustedes juzgarán.

Después de unas semanas, el sastre abandonaba mi clínica, hecho un hombre normal. Lo que significa que yo lo había devuelto a su departamento malsano, a su mujer, y sus niños, a toda la aplastante y lúgubre existencia de la cual su delirio lo había libertado El palacio de Aladino ha desaparecido; ha desaparecido la tierna y linda compañera; han desaparecido los hermosos niños. No queda más que un buen viejo, para quien las diligencias a través de las calles de París son ahora un suplicio. Pasa frente a los negocios que su imaginación desvalijaba tan alegremente hacía un tiempo. Reconoce los objetos. *Este bimbo estaba en mi casa de Saint-Cloud... Este reloj estaba en el comedor de mi casa de Saint-Cloud... Esos vasos estaban en el salón de mi casa de Saint-Cloud...* Y una honda melancolía le oprime el corazón, hasta hacerle llorar de pena.



Pero, ¿quién era la causa de su desgracia actual sino el médico, que lo había arrancado definitivamente de las delicias de su quimera? ¿Quién sino el médico había exorcizado al hermoso demonio de la ilusión para siempre, con sus duchas, sus drogas, su electricidad y sus palabras?... ¿Quién, sino el médico, lo había arrojado de nuevo en ese infierno, cerrándole las puertas de su paraíso?... ¿Quién le había hecho más mal que el doctor Currioles?

Este rencor, hecho carne de su espíritu, se fué convirtiendo en una idea fija: la de vengarse. Un día veo entrar en mi consultorio a Dupin, con el pretexto de una nueva consulta.

Apenas quedamos solos, saca de su bolsillo un revólver y dispara sobre mí a quemarropa.

Su mano, temblorosa de odio, erra el tiro. Yo me arrojo sobre él y lo desarmo. Mi criado entra corriendo y me ayuda a sujetar a Dupin.

Ocho días más tarde, Dupin abandona París con su familia, para trasladarse a su pueblo natal. Abrumado por la vergüenza y el remordimiento, me escribe, antes de partir, una carta bañada de lágrimas, agradeciéndome por no haberlo denunciado y pidiéndome perdón...

Pero... cuando pienso en el pobre sastre ahogado en el ambiente malsano de su miseria, soportando la acritud de una mujer prematuramente envejecida y las impertinencias de las criaturas anémicas; cuando recuerdo el acento de orgullo casi religioso con que decía: "mi casa de Saint-Cloud", me pregunto con amargura:

—¿No soy yo quien debe pedir perdón a Dupin, por haberlo arrancado de su hermosa vida?

PAUL BOURGET

EN LA ZONA ARQUEOLOGICA DE XOCHICALCO



Cabeza de una serpiente, ángulo suroeste del templo de Xochicalco.

Cuando el viajero posa la planta fatigada en la cumbre del cerro que sirve de asiento a las ruinas de Xochicalco, experimenta una especie de deslumbramiento mezclado de asombro. Se le había prometido la contemplación de las reliquias de un templo y se encuentra maravillado, en el centro de una zona arqueológica, extensa y muda, donde por todas partes la mirada, tropieza con vestigios elocuentes de una ciudad sagrada.

Tres largas horas apenas bastan para echar un vistazo a la gran zona, cuyas dimensiones pueden calcularse en tres kilómetros de longitud por 2,5 de anchura. Las pirámides, algunas imponentes, colosales y de cuatro pisos, otras pequeñas, como simples montículos enanos, se divisan en torno, cubiertas casi enteramente, pues apenas si en algunas se asoma de cuando en cuando la arista de un talud, hecho de piedras arredondadas, cuya unión destruyeron las fuertes raíces de los árboles en su incansable trabajo de crecimiento.

A partir de Cuernavaca, cuya distancia en línea recta, a través de la hostil serranía morelense es de 25 kilómetros, hemos recorrido un tramo del camino a Acapulco, entre el polvo que levantan los coches y aun las humildes cabalgaduras. En la asoleada extensión, Alpuyeca, pueblo triste y anciano, se irgue a la vera de la carretera como un oasis, con su abundante arboleda y su pequeña presa de aguas verdosas que invitan al baño. Estamos en el kilómetro 100, a partir de Méjico. Unos cuantos metros adelante del puente de Alpuyeca una doble bandera con leyendas indica el principio del camino a Miacatlán, Tetecala, Mazatepec y Coatlán del Río, que, andando el tiempo, ha de prolongarse hasta las Grutas de Cacahuamilpa y trasponer los límites del estado de Méjico.

Doblando sobre la derecha entramos en esa nueva vía, que recorremos en una extensión de poco más de 8 kilómetros, pues ya cerca del noveno otra bandera situada a unos pasos, a la derecha del camino marca la ruta de las ruinas. Es preciso salir de la carretera de Miacatlán y emprender la marcha por la vereda que inicia el ascenso a los lejanos superpuestos y visibles a simple vista, señalan el asiento de las preciosas reliquias.

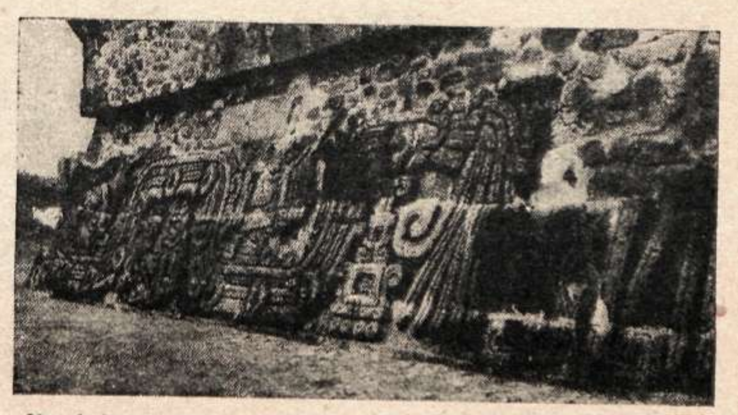
Es imposible que el automóvil recorra el sendero más de tres kilómetros adelantando en zigzag, lillos espinosos y uno que otro dejando a los lados escasos arbo- "cuaxiote" de corteza rojiza y fácilmente desprendible. Hay necesidad de escalar el levantado cerro, cuya meseta se eleva a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar, siguiendo una veredilla pedregosa, llena de tierra, sin una sospecha de sombra, bajo los dardos de un sol irritado que hace más difícil la ascensión. Son cuarenta minutos de marcha, a paso decidido, en que el viajero es alentado solamente por el anhelo de contemplar unas ruinas de extendida fama. La sed nos fatiga más de lo debido en aquel montuoso yermo, donde en vano se buscaría una fuente, un arroyo. Por todas partes cerros, barrancas, pequeños valles cerrados. La senda avanza en espiral y, al fin, cuando ya se recela no llegar nunca, se pone el pie en la explanada última del cerro, entrando por el lado del noroeste. Doblando un espolón que después resulta ser una pirámide soterrada, las miradas se clavan en las ruinas del Templo de Xochicalco. Al contemplarlo, la fatiga desaparece, la sed nos abandona por un momento. Querríamos conocer, de un solo vistazo, abarcar en una sola visión el conjunto del monumento único, hecho de piedra obscura, con sus altos relieves de serpientes emplumadas, sus extrañas figuras en que una inspección más detenida nos hace ver efigies enteras de guerreros y de sacerdotes, signos cronológicos, numerales, epigráficos y otros más, llenos de misterio, que hasta ahora han desafiado la sagacidad de los arqueólogos.

Llenos están los libros especiales de descripciones de este magnífico templo. El doctor don Antonio Peñafiel ha hecho una excelente; el padre Alzate, el barón de Humboldt, los señores Bancroft, Dupaix, Orozco y Berra y otros muchos han hablado también de él. Mas todo cuanto se diga sólo dará una imagen muerta de la bella realidad que ofrece el templo con sus dos cuerpos, su talud inferior lleno de relieves, su friso en que la obra de reconstrucción, realizada en 1910, ha repuesto algunas de las figuras, y con su alta cornisa de fuerte saliente. El edificio, que vuelve sus cuatro fachadas más o menos en la dirección de los cuatro rumbos cardinales, aunque en rigor la inclinación de sus ejes puede calcularse en unos cinco grados, tomando como base el plano del doctor Peñafiel, tiene la escalinata única por el lado poniente, formada por catorce peldaños de alto peralte y menor huella, con alfardas laterales y ningún vestigio de la división central, que, según las reconstrucciones, debió de haber tenido. La base cuadrada y alargada de norte a sur, mide 21.35 metros por 18.61 (medidas del doctor Peñafiel), y la altura de los dos cuerpos no pasa de siete metros. Pero no es por sus dimensiones por lo que llama la atención el monumento, sino por sus relieves y figuras, cuyas aristas conservan todavía la vivacidad que debieran de tener hace largos siglos.

Tal parece que el templo acaba de ser abandonado por sus constructores y que el paso de los años ha sido impotente para desgastar las piedras labradas que lo forman. En el fondo del relieve no es raro hallar vestigios de las pinturas, verdes, rojas, azules, moradas, amarillas, que correspondieron a la fábrica primitiva.

Seis serpientes gigantescas, en cuyos cuerpos simétricamente ondulados van intercalándose caracoles estilizados, ocupan los taludes de las fachadas norte, sur y oriente. En cada cara, las cabezas de las serpientes quedan hacia los ángulos, y las colas con suntuosos penachos de plumas y colgajos están hacia el centro, aunque separadas una de otra por figuras que, para algunos arqueólogos, representan un pedestal.

En las ondulaciones (cuatro para cada una de estas serpientes), los espacios circunscritos son ocupados, los dos centrales, por regias efigies de guerreros, y el que corresponde a la cola, por el signo del Fuego, sobre un cuadrete de figuras misteriosas y un numeral formado por signos nahoas y otros que acusan inequívoca semejenza con los mayas.



Una de las serpientes emplumadas que adornan las ruinas de Xochicalco.

La ondulación que toca a la cabeza tiene también figuras, pero escasas y de menores dimensiones, pues la mandíbula inferior del reptil y la lengua y los colgajos llenan el espacio casi por completo.

Son las efigies de los guerreros el detalle más saliente, por su semejanza con las mayas. Es imposible no reconocer la similitud. La posición sedente, las piernas cruzadas, el rostro de perfil, con facciones no muy distintas de las que se ven en las ruinas del Mayab y, sobre todo, a nuestro juicio, el tocado, que representa una serpiente estilizada, cuyos dientes ciñen la frente del hombre, y cuyo ojo se ve en el centro del mismo tocado, nos están diciendo que por allí pasó, si no la mano, por lo menos la sabia influencia de los constructores del sureste. De paso diremos que tal tocado revela cierto parentesco, por su estilización, con el que tiene el bellísimo guerrero de la estela de Calakmuul, cuya fotografía fué traída a Méjico por el arqueólogo don Enrique Juan Palacios. En ambos se halla la estilización de la serpiente, sólo que en la figura maya, el proceso simbólico es más avanzado, mientras que en el original de Xochicalco se presenta en un grado inferior.

Un detalle que llama la atención es el signo de la palabra que se ve ante la boca del guerrero, pero que aquí no reviste la forma simple, que recuerda nuestro signo de interrogación invertido, sino que lleva adornos de pétalos y colgajos, como indicio de que el personaje habla florida y bellamente, articulando quizá, pensamos, un himno o alabanza a la divinidad emplumada entre cuyas ondulaciones permanece desde muchos siglos.

En la fachada occidental, dividida en dos por la escalinata, se observan otras dos serpientes, una a cada lado, pero con una sola ondulación, en cuyo campo se alzan los relieves de signos cronológicos, de los cuales se pueden identificar con relativa facilidad, el Calli (casa) y el 11 Ozomatli (mona), ambos en la porción norte de la fachada de que hablamos, y unidos por una atadura o soga que una mano sujeta por una de sus extremidades.

Maravilla el primor con que está trabajado el relieve de un guerrero sentado con las piernas cruzadas, en la parte lateral de la escalera. Por desgracia, la figura se halla incompleta y sólo se ven las piernas, el escudo cruzado por las flechas, que cubre el pecho, una de las manos, que sostiene una banderola mutilada, los brazos encorvados y simétricos del sillón, las patas de éste y la estera, graciosamente figurada con cuadros de estrías, cuya dirección se alterna en unos y otros.

Muy poco resta del segundo cuerpo, reconstruído en su mayor parte y donde sólo se ven algunas piedras labradas, aunque son también de la mayor importancia. Por el lado sur, parte exterior, se nota el relieve de otro guerrero, pero muy distinto de los anteriores. Su tocado recuerda lejanamente ciertos sombreros chinos; el pelo largo y dividido en dos crenchas no trenzadas, le cae por la espalda. Como las demás figuras de su índole en Xochicalco, lleva el chimalli cruzado por las flechas, frente al pecho.

El signo Acatl se ve en varias partes de los dos cuerpos. En el superior, el amable vigilante de las ruinas, don Jenaro Verazaluce, que ya ha mitigado nuestra sed con el agua de su "guaje", nos muestra unos relieves como volutas que, según nos dice, re-





El templo de Xochicalco, visto por el ángulo suroeste.

presentan la "yerba rasposa", o "tlanchichinole", abundante en la región. Nos señala más tarde, a ambos lados de la entrada del segundo cuerpo, la cintura y las extremidades inferiores de un sacerdote, algunas de cuyas ropas se vislumbran todavía en el relieve. El ministro se halla de pie, en actitud hierática, quizá con las manos extentidas hacia adelante, frente a un braserillo colocado sobre un fuego que simulan unas aspas radiadas y elegantes. Encima está la vasija del incienso, y, más arriba, graciosas curvas realzadas dan la idea de humo.

Hay otros muchos detalles, pero su descripción se sale de los límites de este sencillo relato.

¿Se trata simplemente de un sistema de fortaleza, como apuntan algunos conocedores? La respuesta es dudosa. En torno del templo, como hemos dicho, hay otros muchos montículos, el más cercano de los cuales se ve a una distancia de unos cuantos metros de aquel edificio, del que solamente lo separa un pasillo.

Hacia el norte hallamos una enorme pirámide de cuatro cuerpos casi toda cubierta por la tierra y el pasto, pero una de cuyas aristas asoma a pesar de todo. En el resto de la explanada y en las eminencias circundantes yacen otros montículos, también cubiertos, también esperando la experta piqueta del arqueólogo para asombrarnos con las bellezas que guardan.

Desde lo alto del cerro, el vigilante se muestra el juego de pelota y una de las piedras a él anexas, de forma circular, con un agujero en el centro.

Apenas si visitamos la entrada de uno de los subterráneos, el número 18, donde aun se conserva parte de un piso primitivo. Es imposible ir a los demás, donde se nos dice que se hallan todavía las pinturas de los constructores, porque ni hay tiempo, ni luz. Es precisco conformarse con lo poco que se nos puede referir acerca de ellos.

Desde la altura se domina una gran extensión del territorio, lo que parece robustecer la hipótesis de que se haya tratado de un sistema de fortificaciones de los aborígenes. Al suroeste, en una hondonada, el lago del Rodeo semeja una rodela de plomo, tendido al lado del camino que va a Miacatlán.

Treinta minutos de marcha y estamos en el sendero pedregoso, casi al pie del cerro, donde podemos emprender el regreso en automóvil.

CESAR L. RAMOS



Efigie de guerrero, con tocado de serpiente estilizada, en las ondulaciones de la serpiente emplumada.

La misma raza

ARA esclarecer estas líneas, debo contar los agravios que estuvieron a punto de sumergirme en los abismos de la calumnia y de la injuria.

Yo soy patriota andaluz. El andaluz patriota, que no tiene siquiera el consuelo remoto de una autonomía, es la antítesis viviente del Judío Errante. "¡Descansa, descansa, descansa!", le grita la universal opinión, y el andaluz haraganea, en tanto que los viñedos, los trigales y los olivares se cultivan merced a la generación espontánea, y todos los frutos de Andalucía, fruta del mundo, amontónanse sobre los "docks" del puerto de Jauja. Un cotidiano milagro del pan y de los peces en unas perpetuas bodas de Caná, eso resulta el país donde se atan con longaniza los "perros chicos" y las "perras grandes".

Hijo de padres castellanos, yo soy criollo andaluz. Por eso, mi amor a la patria chica que casi estuvo a punto de no verme nacer, tiene grandes exageraciones. En el libro del viajero más observador y fiel, advierte mi patrioterismo mentiras, insultos y calumnias. En las alabanzas del turista mejor intencionado sorprendo frases irritantes. Sólo reconozco a mis paisanos, y a los españoles que merecerían ser andaluces, el derecho de exagerar y mentir acerca de nuestros usos y abusos.

Yo recuerdo descripciones de corridas en las que la fiesta española además de bárbara resulta disparatada. Y no hablemos de los bailes, las serenatas, las borracheras y otros excesos descriptivos.

Hay cinco horas escasas de diferencia entre el sol de los labriegos y artesanos andaluces y el sol de los peones y obreros argentinos, ambos imperiosos y madrugadores capataces. Lo que nadie puede calcular es la diferencia que media entre las lunas de los ociosos de la Bética y del Plata.

Cuando en las dehesas de la llanura sevillana sestean ya los bravos toros de lidia, bajo la vigilancia de los vaqueros, los jinetes de la pampa inician sus labores. Duro es el trabajo en las dos partes, regateada la recompensa, árida la vida, limitado el horizonte espiritual, ilimitado el horizonte terreno.

Allí se pastorean toros aptos para un combate; acá, mansas reses de matadero y de frigorífico que durante cuatro espantosos años fortalecieron marciales estómagos. De este modo, por ley fatal, la ardiente sangre y la nutritiva carne sirve para alimentar inútiles luchas.

No sé si la civilización ha llevado a las ganaderías andaluzas nuevos métodos de crianza y trabajo. Todo es posible, porque la economía política sabe meterse donde menos la llaman. Quizás, anden a estas horas ensayando procedimientos ahorradores de espacio y de plata. Si tal cosa sucede, el vaquero andaluz, el gaucho de las dehesas vive sus últimos instantes.

El alambre de púa, los administradores ingleses y otros aparatos limitan la libre acción de los vaqueros argentinos. Todos los poetas y prosistas estamos de acuerdo en que el gaucho desaparece. Ya no hay haciendas misturadas que apartar, ya, por medio de trampas y tablones, las reses caen rápidamente en manos del matarife.

Pronto llegará el día en que un muchacho sea capaz de pastorear miles de cornúpetas, sentado a la sombra de un ombú ("sub tégmine ombi") y tocando al bandoneón el tango de moda.

Y vendrán otros hombres, otros jinetes, y una nueva leyenda, forjada con verdades y mentiras, adornará a los nuevos héroes del trabajo. Y alguna vez, las viejas lanzas de los gauchos de Güemes, y las antiguas garrochas de los vaqueros de Bailén, volverán a hincarse en el pecho de los valientes y en las espaldas cobardes.

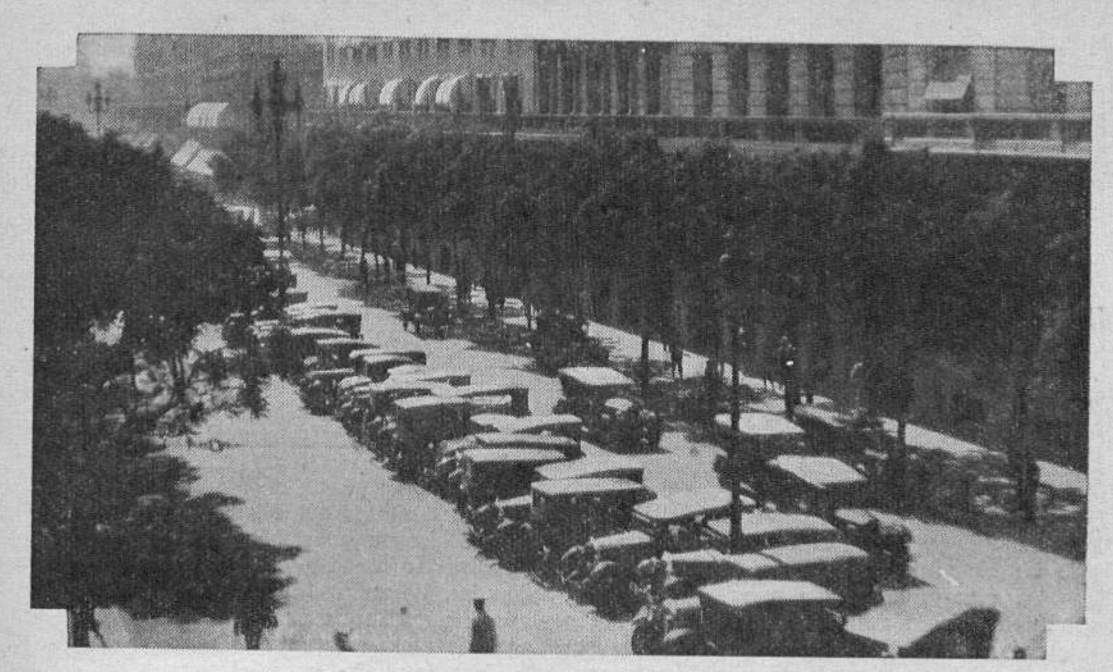
Propios y extraños, indígenas y viajeros, en libros y en conversaciones, dedicaránse entonces como ahora, a juzgar ligeramente pueblos entrevistos y usos complicados.

De ese modo, por ley fatal de prejuicio y la ignorancia, todo ha de alimentar inútiles luchas.

 *PEDRO LEMAIRE* 



Ayer. Cuadra comprendida entre las que son hoy calles Victoria y Rivadavia.



Hoy. Entre Victoria y Rivadavia se abre la avenida de Mayo.

CIUDAD SIN PASADO...

Por ALFONSINA MASI ELIZALDE

Buenos Aires de Mayo. Buenos Aires de aniversario... Porteño, ¿conoces el alma de tu ciudad?

Porteño de 1934, los huesos de tus abuelos descansan en todas las tierras del mundo. Porteño que llevas todavía en las pupilas la mirada rubia de tu padre lituano, o la risa de tu madre encendida bajo el sol de Sicilia, que hace arder las olivas plateadas y la tierra olorosa.

Porteño de 1934 que ayer me cruzaste en la calle con tu andar tranquilo y tu hermética palidez de marfil viejo. Llevabas de la mano a Aiko. Aiko es tu chiquilla preciosa. No estamos seguros que no la compraste en la juguetería. Pero hace unos días, ¿sabes?, la compañera de banco de escuela ha interrogado a Aiko.

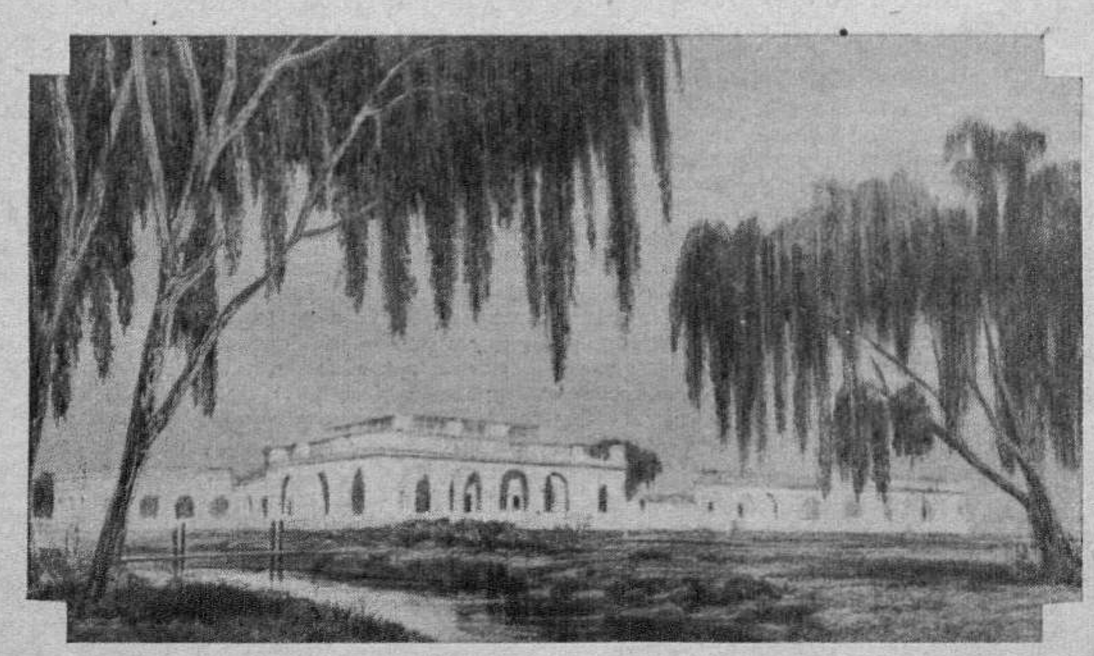
—Japonesita, ¿es verdad que en tu país tiembla la tierra 2000 veces al año? Lo dice el libro de geografía...

Aiko se ha recogido un instante en la hondura de sus pequeños ojos de almendra. Ella sólo sabe que cuando va contigo por las calles de su Buenos Aires risueño, su andar copia tu andar tranquilo (tu andar tranquilo al pie de los altos pisos de cemento y de hierro). Y no oyó nunca el tamborilear del suelo bajo la fuga de tus pies espantados...

Y Aiko se ha encogido de hombros, y ha respondido con su sola verdad sin equivocación:

—¿Japonesita? No. Argentina...

Porque tus abuelos duermen en todas las tierras del mundo, porteño de 1934. Y sin embargo tú eres eso: porteño, porteño, en esta



Ayer. La casa de Rosas en Palermo.



Hoy. Donde estaba la casa de Rosas se encuentra el Rosedal.

Buenos Aires, crisol de razas pero matriz de argentinos.

Porteño de 1934, los abuelos de mis abuelos caminaban ya por estas calles donde ahora se encuentran, como dos palabras silenciosas, tu mirada y mi mirada. Porque tú y yo somos hermanos. Lo sabías, ¿verdad? Y yo sé comprender la muda, la resignada interrogación con que escrutas el rostro de tu Buenos Aires de Mayo.

Ciudad sin pasado. Ciudad sin alma... Y tú vienes de un tiempo cansado de siglos. Siglos lentos de arte, de oro o de oropeles, pesados de pensamientos o de gloria, o precipitados en la catarata sangrienta de las guerras. Y has aprendido que los siglos dejan su huella en las piedras grises, en los muros y en los puentes de las ciudades de los hombres. En las vías gastadas por millones de pasos.

Y en toda la anchura de tu Buenos Aires de aniversario sólo hallas el hoy. El hoy sonoro, estridente, apagador de la tierna y melancólica música del pasado... Apenas de cuando en cuando la hondura del mármol o el bronce te señalan un rostro o un nombre que nada te dicen. Acaso a la urbe magnífica ya no le importa que sepas de ella sino su sitio en la Enciclopedia. "Entre las diez primeras ciudades del mundo"...

¿Ciudad sin pasado? ¿Ciudad sin alma?... Almas de Buenos Aires que sólo duraron un día, pero un día del tiempo profundo que está por encima y por fuera del tiempo. Ahí están refugiadas en un puñado de viejas estampas. ¿No vendrá nunca el poeta que sepa cantarla, con la voz que todos escuchen y ya nadie olvide?

Y yo sólo sabría decírtelas como el que repite una letra que aun espera su música. Pero es la letra de una historia que no necesita aprenderse. Gotea en mis venas con toda la mitad de mi sangre argentina.

Y hay una que yo amo entre todas. (Una en que están todas). Y ésa sí me gustará contártela ahora, porteño de 1934, mientras marcho llevando delante mío tu paso elástico y tus anchos hombros sajones, por esta siesta de sol sobre la Avenida Costanera. (Bajo lo azul del otoño porteño el río lodoso es el mar florecido de lilas). Porque hoy más que nunca llevas tu pregunta en las claras pupilas. Y buscas, y no hallas. Y yo cierro los ojos y el hoy se me pierde en la noche obscurísima, entre las sombras que vienen con paso insonoro por la bajada de las Monjas...

Buenos Aires indiana... Buenos Aires esclava y virreina... Acaso has hojeado las viejas estampas, porteño, o algún libro que sueña pintando sus dulces visiones de aldea. Sus techos de teja, sus torres de iglesia entre los árboles de las quintas, sus altas veredas, desiertas al toque de ánimas, sus zanjones por donde ya se puede navegar en cuanto ha llovido un poco...

¿Y el alma? Buenos Aires indiana... Un eco apagado de pompa de reyes, y una miseria que nunca mejora porque nunca recoge el fruto de su trabajo. El tremendo problema del mundo con todo su viejo planteo: dos clases bien netas, la fuerza y el hambre. Dos clases bien netas. Esclava y virreina.

¿Y el alma? Yo te la digo al oído, y al punto sonríes conmigo, porteño, ¿no es cierto? Deliciosa Buenos Aires contrabandista frente a ese personaje increíble que era un monarca europeo del siglo XVIII... Yo adoro tu gracia rebelde, tu larga esperanza tranquila, mientras eras pirata y aventurera bajo la férula lejana de un rey que decía "mis tierras de América", como decía "mi manto" o "mi cuerno de caza".

La costa talar y los ranchos de palo a pique entre los sauces y los paraísos. ¿Quién presentía el gran puerto cegado de cascos y mástiles? (Y acaso, quién sabe...) Una vez al año se hacía a la vela la flota del rey, custodiada por barcos de guerra, rumbo a las Antillas doradas, llevando el tesoro de América. Una vez al año. Y que nadie desobedeciera. (Diez años de remo en galera te están prometidos).

Una vez al año... ¿Y el resto del año? Tus cueros, tus lanas, tus vinos de Cuyo, tu plata labrada del Norte... ¿Y la costa talar, y los ranchos entre los paraísos? ¿Y la noche, y la loca aventura? Deliciosa Buenos Aires contrabandista...

¿El oro? ¡Oh, no! No fué el oro. Nunca fué Buenos Aires ciudad mercader. No era el oro, era el gusto... ¿Comprendes? (Era el pregusto del hoy altanero). Nunca fué Buenos Aires ciudad mercader.

¿Sabes cuánto recibiera por trueque el dueño del primer terreno que se vendió en Buenos Aires? (En la esquina de Victoria y Bolívar. Hoy la avenida suntuosa le ha afilado los flancos, y con sus altas vidrieras de luces parece una proa que zarpa. Todas las esquinas de Buenos Aires son hoy una proa que zarpa).

¿Sabes cuánto le dieron por ella a su dueño? Un caballo blanco y una guitarra. (Sería andaluza). ¿Nada más que eso? Nada más. Un caballo. Pero un caballo blanco. ¿Imaginas qué cosa magnífica puede ser un caballo blanco, porteño? Y la guitarra sería andaluza, pero a lo mejor, sin saber lo que hacía, se había atado al cuello una cinta celeste...

Tres leguas de pampa al galope, bajo la noche estrellada, y una ventana que se abre sin ruido al reclamo de cuerdas sensibles, bien valen un solar aunque sea a dos cuadras del Fuerte...

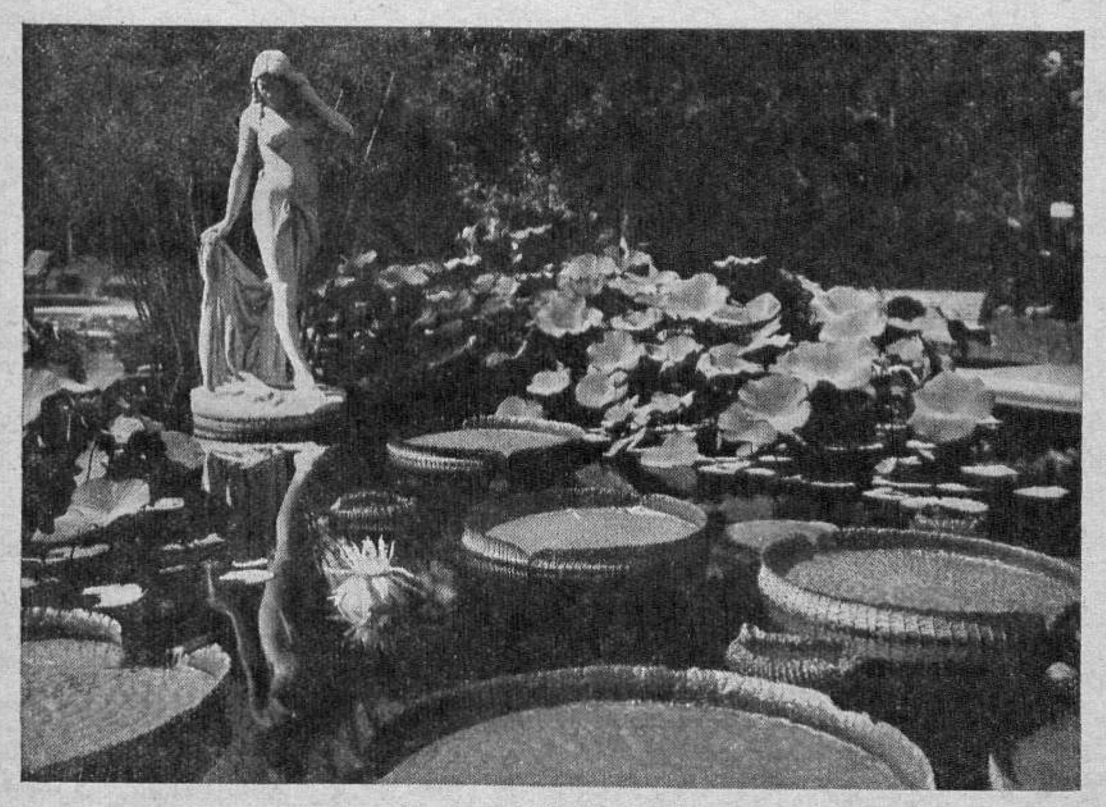
No fué el oro, porteño. Este don Juan de Narbona, contrabandista distinguido, que en 1717 da veinte mil pesos para la fundación del convento de los Recoletos, este don Juan de Narbona lo prueba.

No fué el oro. Fué la hazaña, y el reto. Fué el aviso del alba de Mayo, del alba de América que estaba rompiendo sin ruido a todo lo largo de la espina del Andes...

Eran cosas de América. Divinas locuras de América. Nacían las patrias del mundo nuevo frente a los feudos de Europa. Porque esto tan simple y tan fácil de "patria", porteño, esto de "patria" es cosa de América. Lo inventaron Filadelfia, Bogotá, Buenos Aires...

La ciudad y los siervos del Rey... ¿Y qué es eso? Aquí sólo sabemos: el pueblo. Eso, el pueblo de los hombres todos iguales. (Deliciosa Buenos Aires adolescente y rebelde, ¿y el respeto a la ley? — Que dé el pueblo su ley, y sabremos guardarla. — Y es verdad que mañana soportarás veinte años la neurosis de tu don Juan Manuel, que el pueblo ha encumbrado, pero la mesa. Y tú dices: Ciudad sin alma. Y tu Buenos Aires de aniversario es una tarde de sol y de multitud en la plaza del Congreso. Y un vaso de cerveza en las veredas de la avenida de Mayo.

Pero no importa. Porque llevas de la mano a tu hijo argentino. (Acaso mañana el presidente de la República).



Un rincón del Jardín Botánico.

a los ingleses ladinos los echaste de un soplo).

Y cuando vino al fin la riqueza (tú ayudaste a sacarla del fondo de las pampas), cuando vino el vendaval de riqueza, aventó las casitas blanqueadas, y alzó la gran urbe. Nada más. Eso es todo. Porque el alma, el alma es la misma, porteño. Es la que te llama, y te arrastra y te trae desde todos los rincones del mundo.

Y tú dices: *Ciudad sin pasado. Ciudad sin alma*... Pero no importa.

PORQUE te hemos franqueado la entrada a la casa por todas las puertas. (La casa abierta para todos los hombres del mundo). Y tienes tu sitio de hermano en

MÁRMOL estático en la calma de un silencioso jardín de Buenos Aires. Las sirenas de las fábricas y el jadear de las máquinas de velocidad apagan sus rumores al borde de tu atmósfera perfecta. Y el presente se detiene un instante cuando percibe tu gesto inmóvil, asomado a los bordes bulliciosos del tiempo...

Yo sueño con que tienes en tus ojos de estatua la visión de una ciudad lejana. Es al extremo del mar incruzado, cuando la Rosa de los Vientos no conocía otro rumbo que el de la estrella Polar. Al margen de un río lodoso, una ribera de sauces susurra en voz baja, sin turbar el silencio infinito y solitario de la pampa que espera...



Alfonsina Masi Elizalde



Gloriosos veteranos de la Patria

Expedicionarios al Desierto del Ejército y Armada

El heroísmo de los Expedicionarios. — El verdadero concepto sobre la guerra contra los indios. — No era una simple cacería de animales salvajes. — La estrategia y la táctica de los aborígenes. — Complicidad con los blancos. — Las tres conquistas: 1833 - 1876 - 1879. — Juan Manuel de Rosas y el heroísmo de sus gauchos. — Hasta dónde llevó Rosas la civilización. — Segunda conquista: Adolfo Alsina. — Los sobrevivientes de aquella cruzada sublime de valientes. — Tercera conquista: Julio A. Roca. — Aventuras y desventuras. — La eficacia del Centro Militar de Expedicionarios al Desierto del Ejército y la Armada. — Escuela de patriotismo.

Por JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

El heroísmo de los Expedicionarios

CUANDO se habla de la Conquista del Desierto, decimos:

—*Esos indios salvajes...*

A mí no me parece que fueran tan salvajes: *sabían hacer la guerra con la sabiduría de las naciones más civilizadas...*

Hay que decirlo en homenaje a los conquistadores del desierto. Ellos no tuvieron que pelear con una masa estúpida, sin inteligencia. Los indios no eran víboras. La lucha fué más alta y más honrosa. El enemigo que encontraron en las tolderías ya no era el indio extático e ingenuo de Pedro de Mendoza, fácil de deslumbrar con mentiras de vidrio. Los indios que hicieron frente a Rosas, a Alsina y a Roca, tenían tres siglos de experiencia en su lucha constante contra los españoles. Habían aprendido a hacer la guerra. Seguían siendo bárbaros, pero no salvajes. Ignoraban, sin duda, el nombre de la estrategia, pero, en contacto con el yaguareté, dominaban a fondo la ciencia de la astucia. Desconocían el nombre de la táctica, pero el avestruz los adiestró en el arte de la gambeta heroica. No peleaban solamente con flechas: esgrimían fusiles y lo peor era que los indios — como todos los indios — tenían una vista tremenda: su puntería no fallaba jamás...

Si se quiere otra prueba de que no eran salvajes, la tenemos en su convivencia comercial con los blancos:

—"*Esos indios* — decía Avellaneda — *mantienen relaciones comerciales con los habitantes de las provincias meridionales de Chile. Todo el ganado que roban en las estancias argentinas lo pasan al país vecino por la Cordillera y allí lo venden a muy bajo precio. Por un vaso de caña...*

Conviene repetir estas cosas para que la verdad histórica no salga de su quicio. El tiempo pasa; las generaciones nuevas olvidan la gloria de las viejas; desaparecen los testigos; se borra la tinta de los documentos... Es preciso gritarlo: *la conquista del desierto no fué una simple cacería de animales salvajes.* Fué, después de la guerra de la Independencia, la más terrible, la más hermosa y la más grande de todas las empresas sublimes que haya realizado el genio de la patria.

1833

LA Conquista del Desierto puede dividirse en tres etapas:

1833: Juan Manuel de Rosas. — 1876: Adolfo Alsina. — 1879: Julio A. Roca.

En los comienzos de la actuación política de Rosas, los indios del sur llegaban hasta las mismas puertas de Buenos Aires. Sin embargo, Rosas pudo seguir gobernando sin preocuparse de los indios. Pero, su claro instinto de gaucho y (¿porqué no?) su patriotismo, le hicieron ver la importancia histórica de una campaña contra los salvajes. ¿Qué mejor pedestal para su gloria? En 1833, Rosas era uno de los tantos hombres de gobierno llamados a perderse en las obscuridades de la política de barrio. ¡Cuántos hombres como él, nacidos a la vida pública, en el túnel de la anarquía tenebrosa del año 20, se esfumaron en el vacío de sus propias sombras! Rosas quiso sobrevivirse. Inventó la Conquista del Desierto, por inspiración divina, como Moisés creara las tablas de la ley...

El proyecto de Rosas era obligar a los indios a pasar el río Negro. Ese río sería la línea divisoria entre la civilización y la barbarie. En 1833 emprendió la patriada, como general en jefe de sus tres divisiones, secundado por Féliz Aldao y Ruíz Huidobro. Llegó hasta el río Colorado, donde ¡coincidencias de la historia! Rosas se encontró con el célebre naturalista británico Carlos Darwin, a quien salvó la vida. Los indios iban a matarlo... La lucha con los aborígenes tuvo carácter de epopeya. Nadie ha pintado todavía la grandeza de aquella expedición de soldados desnudos y hambrientos, casi sin armas y sin municiones, que avanzaban ciegos de coraje, a ensartarse en las lanzas pamperas...

—"*Hubo muchas ocasiones* — contaba Rosas — *en que mis gauchos atropellaban a pie a la indiada, peleando a cuchillo, cuerpo a cuerpo, o degollando a sable desde sus caballos. Y lo peor es que con frecuencia, peleábamos con el estómago vacío; con hambre de tres o cuatro días, masticando el cuero de la tercerola para que la boca no se nos secara*"...

En esta forma, Rosas llegó hasta Choele-Choel; y, en seguida, partió en procura de la confluencia del Limay con el Neuquén, donde barrió, a la indiada. Su triunfo militar resultó una tragedia. Después de largos días de pelea, los milicos de Rosas, enfurecidos de hambre, penetraron en las tolderías, con ansias de hallar víveres; algo para comer. Sólo encontraron piedras; piedras; piedras...

Otra de las divisiones del ejército rosista, consiguió seguir el curso del río Colorado y desviarse hacia el noroeste. Llegó al Cerro Payén. Allí fué enarbolada, por primera vez en las cumbres del sur la bandera argentina.

Rosas volvió a Buenos Aires en 1834, como un verdadero triunfador. Y, en efecto, el hombre a quien hoy todavía la posteridad moteja de salvaje y retrógrado, consiguió extender la civilización de su país, hasta las regiones más sombrías de América. El pueblo lo aclamó como a un César. Las mujeres alfombraron las calles con flores para que pasara su caballo. El voto popular le otorgó un título que sus crímenes no han podido quitarle:

—"*Héroe del Desierto.*"

Y hoy, Rosas, expulsado como Moisés de su Tierra Prometida, puede mirar con la frente muy alta, desde su Monte Nebo — "Campaña del Desierto" — a su triunfadora Tierra de Canáan...

1876

BAJO la tiranía, los indios volvieron a avanzar. Amparados en el ruido que hacía la Mazorca, se fueron aproximando, poco a poco. Después cuando estalló Caseros y el país comenzaba a marchar sobre rieles, Urquiza planeó una nue-

va expedición destinada a extender la línea de fortines. No pudo. Las ambiciones — "los indios de adentro" — le salieron al paso, impidiéndole realizar su proyecto. En 1876, siendo presidente de la Nación don Nicolás Avellaneda, los estancieros de la provincia de Buenos Aires, ya no podían vivir. Los malones eran tan frecuentes y tan bárbaros, que el pánico se extendió por toda la república. Fué entonces cuando el ministro de Guerra, don Adolfo Alsina, propuso a Avellaneda la realización de una campaña para la nueva conquista del desierto. Avellaneda con el entusiasmo propio de su talento, apoyó y fomentó la idea del ministro. Alguien le preguntó:

— *¿Hay dinero para poner en marcha a los soldados?*

— *¡No!* — contestó Avellaneda. — *Pero, los soldados argentinos han aprendido a no necesitarlo.*

La expedición se puso en marcha. El propio ministro de Guerra, a pesar de no ser militar, colocóse a la cabeza de las tropas. Aquellas columnas de soldados criollos obedecían ciegamente a Alsina cuya palabra los magnetizaba. Muchos no habían servido jamás en el ejército. Eran jóvenes de las más antagónicas clases sociales, desde el niño aristócrata de la calle Florida hasta el humilde criollo peleador de Palermo... Otros eran milicos de carrera. Todos hallábanse indignados por los crímenes horrendos de la indiada bestial. Una fiebre patriótica, una ansia de civilización, los unía; los llevaba derecho al sacrificio. Partieron de Buenos Aires sin provisiones, con uniformes de verano. El invierno los sorprendió en las tolderías y así, con trajes de brin, en alpargatas, el ejército de Alsina logró penetrar hasta el mismo corazón de la selva. Algún día, cuando aparezca la historia que está escribiendo con paciencia de santo, el erudito Padre Pedernera, se verá la magnitud de esta odisea. Los indios fueron desalojados de sus posiciones. Se construyó una línea defensiva con doscientos fortines. Además, para evitar el avance del enemigo, Alsina hizo abrir, en toda la extensión de la línea, una zanja o foso de 200 kilómetros de largo.

— *Se peleaba a toda hora* — me ha dicho uno de los heroicos sobrevivientes de la Conquista, el hoy ilustre general Victoriano Rodríguez. — *Y, a pesar de que estábamos mal alimentados, luchábamos con gusto. El gobierno nos debía 38 meses de sueldo. Nadie protestaba...*

Por otra parte, los aborígenes unían a su salvajismo natural, los conocimientos adquiridos en guerras anteriores.

— *Sobre todo* — me dice otro bravo sobreviviente de aquella expedición, el señor David Cogan — *los indios poseían una caballada magnífica, mientras a nosotros se nos morían los caballos y no teníamos cómo reponerlos. Es necesario imaginarse lo que era aquella zona del país: regiones sin agua potable, sin leña, sin ganado. Pantanos, tembladerales, roca viva, escarcha, nieve, vientos, tempestades. Todo lo soportábamos orgullosos, dentro de nuestros rotosos uniformes de brin... Para comer, hacíamos charque con hacienda baguala. Nos entregaban un pedacito de charque a cada uno y "¡métale nomás, compañero, en nombre de la patria!..."*

Los ojos del señor Cogan reviven con orgullo la juventud vivida. Para darse cuenta de la intensidad vertiginosa de la lucha, es suficiente leer la foja de servicios de cualquiera de los expedicionarios. Veamos, por ejemplo, la del señor Cogan:

Su actuación militar comienza antes de la expedición de Alsina, en Entre Ríos. Luego, en 1874, siendo cadete, pelea en la batalla de Santa Rosa, y es ascendido a alférez. En 1875 combate con los indios en el Paso de los Chilenos y en 1876 inicia la campaña del Desierto en una larga sucesión de batallas sangrientas. Léase la nómina de algunas de las acciones de guerra empeñadas solamente en el año 1876:

"Paso de los Chilenos", "Batalla de Catriel y Bandurria", "Sauce Corto", "Las Horquetas", "Laguna Paragüí", etc. Ese mismo año — 1876 — Cogan se incorpora a las fuerzas de Alsina y siguen las batallas: "Masallé", "Puan", "Sierras de Currumalán", "Salinas Grandes", etc. La lista es muy larga...

La expedición de Alsina fué más eficaz que la de Rosas y facilitó el camino a otra formidable hazaña: la de Roca.

Desgraciadamente, Alsina tuvo que abandonar la campaña emprendida. Hallándose en Carhué, en pleno triunfo, enfermó gravemente. La mala alimentación, las mojaduras, el frío, la constante tensión nerviosa en que vivía, minaron su sólido organismo. Fué menester traerlo a Buenos Aires, donde falleció el 29 de diciembre de 1877. El doctor Alsina nació y murió en la calle que entonces se llamaba Potosí. Hoy lleva su nombre:

UNA PAGINA DE HISTORIA

(Escrita para "Caras y Caretas", por el general Ezequiel Pereyra, presidente del Centro Militar de Expedicionarios al Desierto)

Al teniente coronel don Juan Laborda, único oficial sobreviviente de la columna del coronel Fotheringhan.

LA columna expedicionaria del coronel Fotheringhan, partiendo de Formosa el 15 de octubre de 1884, marchaba sobre Las Juntas como primer objetivo. En ocho días había recorrido treinta kilómetros.

Desde el primer momento comprendimos que el calor, la sed, los tábanos, moscas bravas, mosquitos, jejenes, polvorines, garrapatas, piques y las más variadas y venenosas víboras, no nos darían cuartel y serían nuestros enemigos más crueles e implacables; ni siquiera el oficialito tenía la esperanza de ganarse un suncho o de morir con un poco de gloria, como había ocurrido con el salvaje de las pampas en los choques de las lanzas y el roce de los pechos turgentes por el ansia bravía de dominar y de vivir...

AL mediodía de la octava jornada acampamos en el lugar que habría de llamarse Indio Muerto. Se hizo conocer a las fuerzas que la necesidad de construir una picada haría reiniciar la marcha algunas horas más tarde que de ordinario y, en consecuencia, aquellos que quisieran escribir podrían hacerlo remitiendo su correspondencia con el último chasque que se enviaría a Formosa.

La columna marchaba silenciosa, sin otro ruido que el producido por los cascos de las bestias, el roce de los sables, fusiles y carabinas y también por el ritmo de las respiraciones.

¿Qué causas habían influído para que esos milicos veteranos del 7 de Infantería y del 6 de Caballería trocaran sus sonoras carcajadas, sus alegres comentarios y el intercambio de sus pullas por la actitud adusta y muda de esta marcha en que los hombres llevaban las barbas pegadas al pecho? En vez de las cabezas erguidas con que la víspera se burlaban del sufrimiento, ahora iban meditabundos...

Es que esos hombres de almas endurecidas por los golpes de la suerte (acorralados por sabe Dios qué necesidades o razones que los llevaron al enganche) recién habían volcado o hecho volcar en sus cartas la ternura de sus mejores sentimientos: la madre, la mujer, el hijo, la novia, el amigo. Cartas cerradas con sus adioses que no sabían si serían cortos, largos o eternos.

Por rara coincidencia fatídica las bandadas de cuervos, que ordinariamente se cernían y quedaban en los vivaques abandonados, se multiplicaron, y, cual lúgubre presagio, acompañaron a la columna en ese día, como si fueran deudos enlutados que despidieran a su muerto querido...

DE pronto se siente a retaguardia un clarín que toca "a degüello" y un graneado tiroteo de fusiles. El coronel que va llegando lentamente a la cola de la columna, en su habitual recorrida desde la cabeza, precipita furiosamente su cabalgadura y nos arrastra en su carrera (1). ¿Qué había ocurrido?...

La guardia de retaguardia, compuesta del sargento Acosta y cuatro soldados — cuya misión era auxiliar a los infantes en los casos frecuentes que les ocurría de ser redomonas las mulas que cabalgaban — la guardia, repito, había sido atacada cuando los hombres se hallaban dispersos en su tarea, por el cacique Rafael y 60 indios montados. Según se supo después, por declaraciones de cautivos tomados en el encuentro posterior con el cacique cambá, aquellos indios venían siguiendo la columna desde tres días atrás.

El toque de "a degüello" fué tan oportuno que impidió el aniquilamiento de la pequeña tropa de Acosta; aun cuando quedaron, en esos breves instantes dos víctimas pertenecientes al batallón 7 de Infantería: el soldado Cabrera, muerto con 17 lanzazos y el soldado Narváez, gravemente herido de 14 lanzazos, que falleció más tarde. Al negro trompa de indios sargento Chapaco se le disparó la mula que montaba después de haberlo tumbado...

En cuanto a la indiada fugó seguidamente y se internó en los bosques perseguida por el subteniente Arriaga y algunos soldados, quedando el cacique Rafael cortado en el estero y desmontado por un tiro de fusil que hizo blanco en el codillo de su caballo y que fué disparado por el soldado Díaz, de la escolta del coronel.

El cacique Rafael fué fusilado previo consejo de guerra verbal. Formé parte de ese consejo como oficial del arma de artillería.

Tal fué el bautismo de fuego de la columna del coronel Fotheringhan. Al recordarlo en estas líneas, propóngome, en mi carácter de presidente del Centro Militar de Expedicionarios al Desierto del Ejército y la Armada, salvar del olvido los nombres de esos humildes soldados, por si alguna vez se resuelve entregarlos a la consideración de las futuras generaciones. Fueron héroes caídos en la conquista de los miles de leguas arrebatadas al salvaje y que, transformadas hoy en centros de civilización, cultura y riqueza, constituyen el orgullo de la Nación Argentina.

EZEQUIEL PEREYRA
General de brigada.

(1) El suscripto era auxiliar 1º de la Sección Técnica y marchaba hacia el lugar donde sonó el clarín, a la cola de la columna para confrontar los rumbos con el agrimensor Thompson, quien iba a la cabeza en el raid a su escolta y al subteniente Arriaga con sus soldados, a cargo de la caballada.

—*Alsina.*

Bien merece ese honor quien murió luchando contra la barbarie.

1879

La campaña emprendida por Alsina fué tan eficaz, que hubiera sido un crimen abandonarla cuando ya la victoria iba a brindar sus frutos. El encargado de reemplazar a Alsina, debía ser un hombre superior. Y lo fué nada menos que el general Julio A. Roca, cuyas condiciones excepcionales de talento y de acción, eran garantías seguras de que el indio iba a ser incorporado, definitivamente, a la civilización de la república.

Roca salió de Buenos Aires con rumbo al Desierto, el 16 de abril de 1879. Antes de partir, dijo:

—*El próximo 25 de Mayo lo festejaré con mis soldados en la isla de Choele - Choel...*

La promesa parecía una jactancia irrealizable. Choele - Choel era el centro de las tribus más bélicas. Hasta allí había llegado Rosas cuarenta y cinco años antes, pero, los indios, reforzados con armas y oficiales extranjeros, constituían una valla infranqueable.

—*No importa* — dijo Roca. — *Llegaremos.*

Y en efecto, el 25 de Mayo de 1879, Roca comunicó al gobierno que, merced al heroismo de sus expedicionarios, estaba festejando con ellos en Choele - Choel, la conquista total del Desierto. Fué una bella campaña repleta de rasgos heroicos, en que también tomaron parte los soldados de Alsina. En ocho meses, quedó establecida la línea militar de Río Negro y se incorporaron a la civilización, 400.000 kilómetros de territorio nacional. Además, Roca consiguió someter a 14.000 indios, que se destinaron a la formación de colonias ganaderas y agrícolas. Los aborígenes entregaron a Roca, cuatrocientos ochenta cristianos que vivían, como cautivos, en las tolderías. La mayor parte eran mujeres raptadas en las estancias y pueblos de la Pampa...

La conquista terminó, definitivamente, cuatro años después, con las expediciones del general Villegas a Nahuel Huapí y a las altas combres de la Cordillera. Sobre esos picachos, Villegas hizo flamear gloriosamente nuestro pabellón...

1934

Los sobrevivientes de aquellas aventuras heroicas, son verdaderas reliquias. En la actualidad viven ciento diez. Muchos de ellos, — como el glorioso coronel Juan J. Gómez, héroe del Fortín de la 1ª División, o como el general Victoriano Rodríguez, han pasado ya los ochenta años. Se reúnen en el "Centro Militar de Expedicionarios al Desierto del Ejército y Armada", que actualmente preside el ilustrado general de brigada Ezequiel Pereyra, cuya brillante foja de servicios honra a las armas nacionales. La institución fué fundada en 1910, y desde entonces ¡cuántos claros se notan en las filas de estos hombres de hierro! Quedan ciento diez — compañeros de Alsina, de Roca y de Villegas — que constituyen otras tantas páginas de historia. El 9 de Julio de 1916, por iniciativa del gran lelislador doctor Miguel B. Pastor, el Congreso sancionó una ley mediante la cual se salvaba a estos héroes de una grave injusticia, pues se les reconocía, — como a los guerreros del Paraguay — "en actividad de servicios", dándoles una pensión más digna de su rango.

¡Con qué alegría estos viejos venerables y fuertes, evocan en su serena y augusta ancianidad, las terribles horas de su juventud! Sus vidas son lecciones de optimismo. Las generaciones nuevas debieran tributar a estos ciento diez ancianos, un homenaje popular. Son los últimos héroes auténticos. Poco a poco, se nos van de las manos... ¡Cuidémoslos! ¡Que no se nos vayan de nuestro corazón!... Porque hay que decir la verdad: los conquistadores del desierto no sólo fueron a pelear con los indios; fueron a conquistar nuestro derecho sobre las tierras argentinas del sur y realizaron la obra magna de establecer la verdadera línea divisoria del país. Fueron ellos los que se anticiparon a todas las comisiones científicas de límites. Fueron ellos los que trazaron en el mapa de América, las fronteras legales de la patria. Y las trazaron humildemente, con la tinta caliente de su gloria: con sangre...

Soiza Reilly

Indolencia glandular

A menudo las glándulas del cuerpo son indolentes, no cumplen con su misión reguladora. Se impone entonces un estimulante enérgico que combata la indolencia y active el funcionamiento de todo el sistema glandular.

De acuerdo con la teoría: que los efectos se curan con la misma causa, recomendamos

Nucleodyne

(El tónico que dá fuerza)

a base de extracto testicular de toros jóvenes, cuyas glándulas han sido extraídas cuando el animal está en pleno vigor.

A este extracto agregamos fósforo orgánico, alimento del cerebro y estricnina, tónico de los nervios, por excelencia.

Con esta feliz combinación se obtienen espléndidos resultados en casos acentuados de decaimiento de vigor físico y mental.

En todas las farmacias y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires



PERTENECE A LA ESTIRPE DEL GENTLEMAN INGLES, QUE SABE VIVIR NOBLES AVENTURAS Y NARRARLAS ARTISTICAMENTE. CORAZON Y TALENTO; HE AQUI LO QUE SUPO DERROCHAR EN SU LARGO PEREGRINAJE POR EL MUNDO. DURANTE SU PERMANENCIA EN LA ARGENTINA, COMPARTIO LA EXISTENCIA DE LOS GAUCHOS, A QUIENES DESCRIBE ADMIRABLEMENTE.

UN GRAN AMIGO DE LA ARGENTINA

R. B. Cunninghame Graham

Cómo hablan los gauchos

La conversación se generalizaba; se hablaba de la invasión de los indios, de que los infieles en su última entrada habían quemado el rancho de Quintín Pérez, de que se les había visto retirándose a la luz de las llamas, hacia Napostá, arreando una caballada por la huella que va al Romero Grande, costeando el estero al oeste. Los hombres que en estos decires se entretenían, eran por lo general altos, cenceños y nervudos, con no pequeña dosis de sangre india en sus enjutos y musculosos cuerpos. Si las barbas eran ralas, en desquite el cabello, luciente y negro como ala de cuervo, les caía sobre los hombros, lacio y abundante. Tenían la mirada penetrante y parecía que contemplaban algo más allá de su interlocutor, en horizontes lejanos, llenos de peligros, rondados por los indios, en donde a todo cristiano le incumbía mantenerse alerta con la mano sobre las riendas. Centauros delante del Señor, torpes a pie como caimanes embarrancados, tenían, sin embargo, agilidad de relámpago, cuando era necesario. Parcos en hablar, capaces de pasar todo el día a caballo, uno al lado del otro en las llanuras, sin cruzar palabra, excepto alguna interjección como "jue pucha" si el caballo tropezaba o se espantaba, porque una perdiz saltaba a sus pies.

"Se enfurecían fácilmente: echando espumarajos por esas bocas y pidiendo sangre a voces; un instante después (pasada la tormenta), tornaban a ser los mismos graves centauros de antes. Así, los mares tropicales, tan tranquilos como si nada pudiera alterar el lento y prolongado balanceo de sus ondas, se encrespan, se cubren de espuma, rugen y se tragan a los barcos; luego, tras el furor de la tormenta, arrojan los cadáveres de los náufragos en la arena de la playa, tan suavemente, que las olas parecen acariciarlos mientras flotan en la marejada.

Tales eran los centauros de aquellos días, vestidos de poncho y chiripá. Calzaban botas de piel de potro, hechos los talones del corvejón, dejando salir los dedos para agarrar el estribo, formado por un nudo de cuero.

"Su estado de gracia espiritual interna, era una mezcla extraña de cristianismo contenido en su desarrollo, matizado de supersticiones indias; su temple de ánimo era melancólico. La alegría no arraiga en aquellas desiertas estepas; esto sucede generalmente con los habitantes de las llanuras, cuyas vidas se pasan solitarias, ya en grupos de tiendas, como entre los árabes, ya en ranchos aislados como en las pampas del sur.

Belleza Natural



con ayuda de esta mezcla secreta de aceites de palma y oliva

LA JUVENTUD moderna no procura ser otra cosa que natural, espontánea, adorable! Con seguridad que elige un jabón que es la fórmula embellecedora de la misma naturaleza: Palmolive, *el jabón de juventud*, hecho de una mezcla de los más finos aceites cosméticos naturales.

El aceite de oliva da ese color verde natural y esa espuma balsámica al Palmolive que *penetra* en los poros librándolos fácilmente de impurezas, dejando el cutis suave, terso, gloriosamente fresco y lozano.

Aproveche la Oferta Especial y siga este tratamiento de belleza:

Compre hoy 4 pastillas. Comience este sencillo tratamiento recomendado por más de 20.000 especialistas de belleza: de mañana y por la noche dése un buen masaje con la rica espuma del Palmolive; luego enjuáguese y séquese delicadamente . . .

Hoy OFERTA ESPECIAL
4 PASTILLAS POR $ 1
(Estampillado provincial aparte)
Pídala a su PROVEEDOR

35 cts.

PALMOLIVE

El frasco a la izquierda muestra la cantidad de aceite de oliva que entra en cada pastilla del Palmolive.



▼ Plaza de Mayo ▼

La torre del Concejo Deliberante ofrece una nueva perspectiva del histórico lugar. Al fondo, las aguas del Plata, con aspecto y horizonte marinos, más cerca, la dársena y el puerto, y, en primer término, la Pirámide, la Casa Rosada y las edificaciones del barrio bancario. La plaza de Mayo es nuestro salón de actos patrióticos. En su recinto descubierto las multitudes realizan, con entusiasmo, las conmemoraciones de la fecha magna argentina. El día del Centenario, en 1910, Buenos Aires se congregó allí. La grandiosa escena es inolvidable; arrancaba lágrimas. Un calofrío general pasaba como una brisa de gloria, y el Himno, coreado por el pueblo, surgió imponente, majestuoso, afirmando la continuación del esfuerzo, del sacrificio.

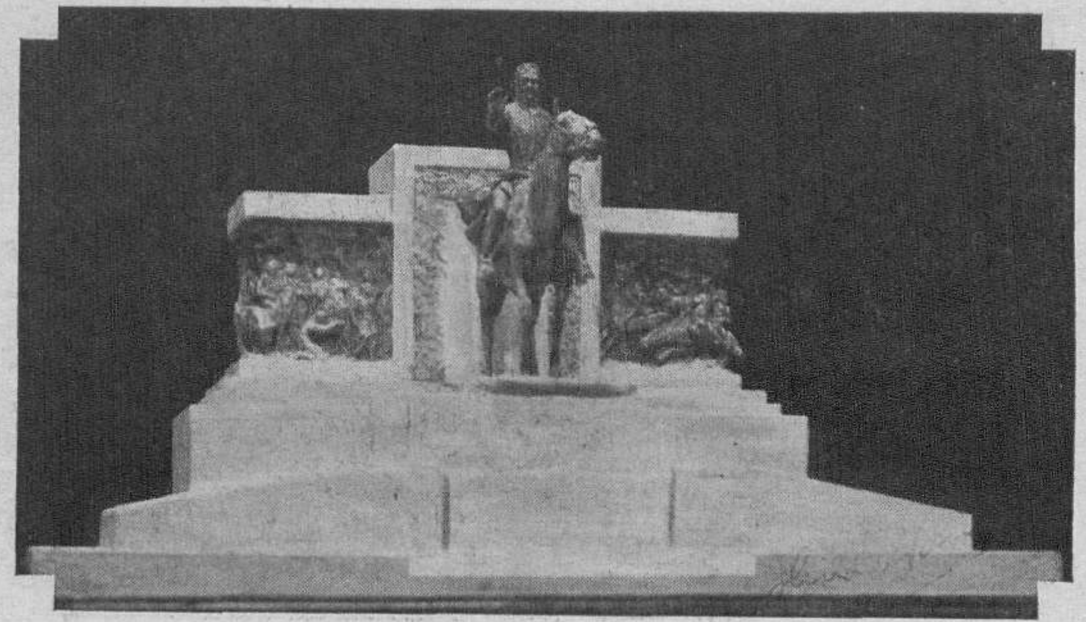


La tropilla

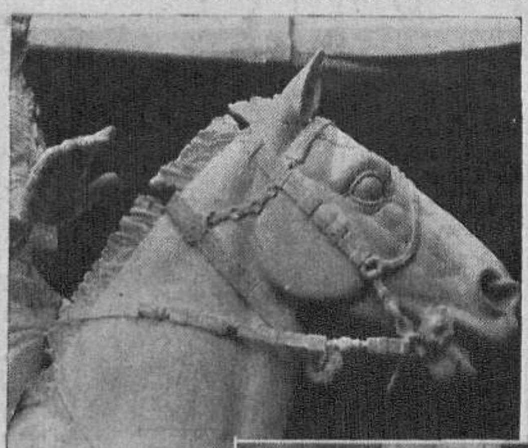
Un pequeño torbellino, una carga sin jinetes. Expansión de fuerzas jóvenes, desatada por el temor o el capricho bullicioso. Galopan hostigados hasta que se les da el alto. Entonces vienen las horas calmas y lentas del pasto. Relinchos, retozos; un tranquilo ir y venir de animal satisfecho. De tiempo en tiempo, alguno levanta la cabeza y parece escuchar la llegada de enemigos. Ese cuadro se repite a cada pedazo de pampa, como una serie que es testimonio de riqueza.



La estatua del general Estanislao López



Boceto del monumento que la provincia de Santa Fe dedica a la memoria del general Estanislao López. La obra ha sido concebida y ejecutada por el escultor argentino J. C. Oliva Navarro.



La cabeza del caballo que figura en la estatua.



La figura del gran santafecino Estanislao López.



Santa Fe honrará dignamente la memoria de uno de sus próceres. El general Estanislao López tiene ya su monumento, obra de uno de nuestros más conocidos escultores argentinos, el señor Oliva Navarro. La figura ecuestre se destaca en el conjunto y pone de relieve las condiciones del artista que la modeló. El Presidente de la República, durante su visita al taller del autor del monumento, manifestó su satisfacción por el trabajo realizado, digno de los antecedentes del escultor, cuyo talento interpretativo será valorado como se merece por el pueblo de la capital santafecina, en el acto inaugural, que contará con la concurrencia de los poderes públicos, los cuales, anhelantes de honrar dignamente las figuras históricas de positivo relieve y de señalados méritos en el proceso de nuestro desenvolvimiento, han confiado en esta ocasión en la habilidad de un escultor argentino, que ha puesto todo su entusiasmo en la interpretación del monumento al general Estanislao López.



El Presidente de la República y su edecán naval con el escultor Oliva Navarro, durante la visita que los primeros hicieron al taller del artista.



▼ Palermo Chico ▼

HAY rincones propicios al desarrollo de un arte arquitecto-diminuto, que parece una reminiscencia de aquél empleado por los antepasados. Mientras Buenos Aires esfuérzase en buscar la altura, se multiplican los puntos donde el amor al "home" se extasía en la fabricación de chalets y "petits-hotels". Palermo Chico es uno de estos focos. Y se distingue por sus construcciones entremezcladas, de diversos estilos. Pero, la prolijidad y la higiene brillan con esplendores de lujo.

L.I.P.

Multiplicando los mates...

Un mate tras otro, siempre con la misma cebadura! Pero no se le ocurra exigir ésto a una yerbita cualquiera; un rendimiento así, se lo podrá brindar única y exclusivamente una yerba legítima paraguaya: ¡la Flor de Lis!..

◆

LA INDUSTRIAL PARAGUAYA S. A.
Sucursal y Molino en Bs. Aires: Chile y Paseo Colón

MARCA REG.



Visiones · evocadoras · del · pasado · histórico

Escenas y personajes del Museo de Cera. – Un esfuerzo digno de estímulo. – Las notas solemnes del Himno. – El interés de la historia. – Valor de la enseñanza objetiva.

Por RAUL DORIA



CUANDO los indígenas nativos de Huana Khanni le dijeron a Colón el nombre de aquella isla, el navegante obsesionado por la idea de haber llegado al cabo de su estupenda aventura científica al imperio de Cipangu, pensó que pisaba tierra en una de las siete mil islas de que había hablado Marco Polo. Contribuyó a afirmar esta creencia la circunstancia de que los indígenas señalaban con los dedos la cantidad de siete.

El navegante hallábase, en efecto, en una de las siete islas del grupo de las "Lucayas" o "Bahamas" y de ella tomó posesión en nombre de los reyes de España. La bautizó con el nombre de "San Salvador" y partió en busca de otras tierras que se conformaran mejor con la concepción de su mente genial.

En el Museo de Cera integrante de la feria realizada en los jardines del Paseo Colón la escena del descubrimiento del Nuevo Mundo constituía una evocación ilustrativa de singular atractivo para el público. Para muchos tuvo, quizá, el valor de un acontecimiento que no había adquirido hasta entonces la concreción de la forma plástica, y en tal concepto llamóles la atención como novedad. Para otros fué incentivo estimulante de conocimientos y estudios que suelen ir confundiéndose y esfumándose con el correr de los años si la lectura no los refresca.

El interés de la historia

ADVIÉRTESE en todo el mundo una marcada tendencia a intensificar la enseñanza de la historia. Los gobiernos evidencian su preocupación e interés porque aparte de constituir poderosamente a la formación y afianzamiento del espíritu nacional, el conocimiento de la historia, desbrozada de deformaciones apasionadas, es factor de solidaridad entre los pueblos.

Todos los elementos capaces de servir dicho objetivo entran en juego a impulsos de la saludable corriente. De ahí que las reconstrucciones en dimensiones naturales de acontecimientos, episodios, personajes y escenas del pasado para ser exhibidas al pblico merezcan, aparte del indispensable apoyo, cierto control mediante el cual sea posible despojar a las iniciativas del peligro de interpretaciones erróneas o caprichosas, susceptibles de influir dañosamente en el espíritu de las colectividades.

La inclusión de figuras y detalles arbitrarios en obras destinadas a la exhibición conspira contra la finalidad educativa que constituye el justificativo de tales espectáculos. Sería absurdo que se llevaran a efecto proyectos de esta índole sin otro móvil que el de un beneficio pecuniario, por considerable que fuera el aporte en provecho de las autoridades.

"Las notas solemnes del Himno"

LLEGÓ a su casa — dice Lucio Vicente López en su artículo "Cómo fué escrito el Himno" con referencia a su abuelo don Vicente López y Planes — a las diez de la noche. Encendió la luz: la familia dormía; y allí sobre la mesa, casi vertiginosamente, cayeron una a una las octavas que un año después debían sonar en todos los ejércitos argentinos y ocho años después en toda la América del Sur. López no durmió aquella noche; leyó y releyó sus estrofas; su entusiasmo, su excitación no le permitieron enmendar los versos débiles de que algunas de ellas se resienten. Al día siguiente, López, como Rouget de Lisle, buscó a sus amigos, a Luca, a Passo, a García, y les leyó su borrador, arrancando en ellos las primeras lágrimas de entusiasmo que debía arrancar en rostros argentinos la canción patria. El 11 de mayo de 1813 la presentaba a la Asamblea y era aclamado unánimemente.

"Poco tiempo después — añade — un selecto concurso se agregaba en la estrecha escalera de la casa del Consulado; nuestros abuelos y bisabuelos, las señoritas y las matronas de aquella encopetada villa con sus vestidos "collant" de raso, en los que la moda mundana y semipagana del primer imperio reinaba en todo su esplendor, tomaban asiento en el gran salón para oír el primer ensayo del Himno, puesto en música por don Blas Parera. Estaban allí las mujeres de los primeros valores argentinos, doña María Sánchez de Thompson, doña Mercedes Escalada, doña Eusebia Lasala, etc.; todos los jóvenes de la revolución, sus tribunos, sus sacerdotes, sus guerreros. Aquel concurso se puso de pie y con respetuoso silencio oyó las notas del Himno que debía ser el monumento más duradero de la Revolución de Mayo".

Visiones evocadoras del pasado

EN la reconstrucción de escenas animadas con figuras de cera — uno de los espectáculos de mayor atractivo en la feria municipal — las visiones evocadoras del pasado distinguiéronse por un relativo valor documental. Tratóse de un ensayo digno del estímulo necesario para que en otra oportunidad alcance un grado más elevado de perfeccionamiento. Para conseguirlo bastará complementar la habilidad del modelador, evidenciada ya en lo que el público ha visto con admiración no simulada, con una orientación mejor definida en los límites de la historia.

La iconografía corriente no suele ser muy respetuosa de la verdad y, por lo tanto, es fuente en la que no se puede buscar inspiración sin riesgo de caer en las mismas deficiencias de que ella padece.

Raul Doria



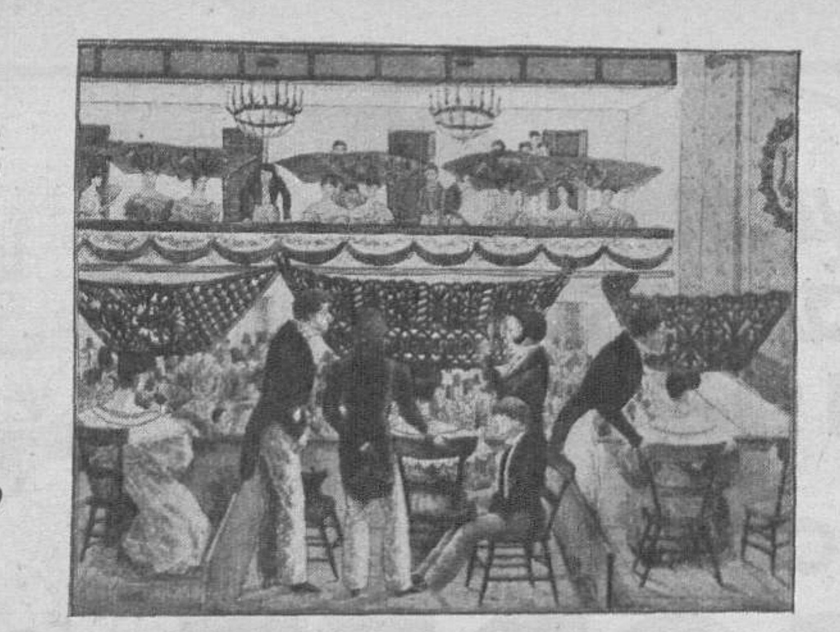
Apunte del natural, por el pintor alemán Rugendas.

El hijo del patrón

HABÍA heredado del padre su afición a la campaña. En la ciudad, vestía airosamente trajes a la moda; sabía distinguirse por las noches en las tertulias; su gentil planta, su educación de hidalgo, conquistaban preferencias femeninas. Pero en los ocios urbanos se sentía fuera de ambiente. El atavismo impulsábale a vivir la libertad de los campos; y ese amor de independencia fué el germen de los movimientos emancipadores de la patria. De a caballo, como en un sitial prócer, el futuro heredero lucía su airosa figura de jinete. Todos sus subordinados le respetaban, sin sentirse oprimidos. Era firme y cortés en el mandar, ducho en las labores. En su alma, recta y noble, preparábase un despertar de esa dignidad colectiva, que es base del sentimiento patriótico. En él tenía su tierra natal un creador de rebaños, un cultivador de mieses, un conductor de ejércitos. Y llegó el día en que sus dotes varoniles fueron requeridas. Estaba la patria en peligro, y él respondió diligente, dispuesto al sacrificio. Y el hijo del patrón fué patrón a su vez, mas en labores sangrientas, arreadas de soldados, siega de enemigos... Y tras la paz, continuó el esfuerzo de sus trabajos favoritos; sobre los campos, abonados por la sangre, dedicóse a reconstruir, infatigable, preparando, augurando lo futuro.



Gran Concurso
1934
del
CHOCOLATE
GODET
Hay un premio para Vd.
gánelo consumiendo el más exquisito y nutritivo de los Chocolates.
1 automóvil sedan 1934.
1 regio juego de comedor.
2 hermosos aparatos de radio,
y 343 importantes premios.
Canjee las etiquetas por cupones para intervenir en este
GRAN CUNCURSO
que se sorteará con la lotería de Navidad 1934.
Su proveedor le entregará por cada 5 etiquetas UN CUPON.
CONSUMA PRODUCTOS Bassi
Daniel Bassi y Cía S. A.
BARTOLOME MITRE 2538-54- Bs.As.



Centenario de una moda

EXTRAVAGANCIAS DE 1834

♥ ♥

El verdadero centenario es el de una colección de caricaturas, existentes en el Museo Histórico. En ellas se ridiculiza el abuso de los peinetones gigantescos, que, por aquella época, juntos con los miriñaques, afeaban a la mujer. Afeaban es un vocablo del que nos arrepentimos, pues a la mujer hermosa no hay aditamento, por extravagante que sea, capaz de quitarle hermosura. Si una linda carita servía de base al peinetón, la moda se justificaba. En estos tiempos del celuloide y demás productos similares, el carey puede ser imitado bien y baratamente. Entonces la cosa resultaba más difícil: había que valerse de las astas de los bovinos, materia menos dócil al moldeo. La moda de los peinetones ha sido tema de muchos artículos de revistas y páginas de libros. Hoy, más bien que nunca, es justo recordarlos. Unos autores creen que fué un señor de apellido Masculino quien dió a ese adorno las colosales proporciones, origen de tantas bromas; otros sostienen que solamente se le debe la iniciativa de haberlos introducido en Buenos Aires. "Peinetones — dice en un artículo el cronista español Beltrán — llamáronse esas peinetas de gran tamaño, algunas de las cuales llegaron a medir hasta 30 centímetros de alto, por más del doble de ancho. Moda fué ésta más generalizada de lo que muchos creen: satirizada desde su aparición, puesta en ridículo por todos los medios, gráficos, escritos y representados; moda romántica, de grotesca exageración, inconcebible ahora que el gusto en el vestir y ataviarse parece haberse encauzado en cierto buen sentido, más reposado y discreto." Sarmiento les llamaba a los peinetones "fragatas de alto bordo", y describía las maniobras que las lindas transeúntes veíanse precisadas a realizar, cuando dos de ellas iban por la misma vereda. Sarmiento, a veces, fué un genial caricaturista.




Influencia de la sangre



Aquí la mezcla de la sangre fué imposible, manteniéndose correcto el ángulo facial del europeo y, más especialmente, del español que predominaba en la masa popular. Las primeras generaciones nacidas en suelo americano conservaron tradicionalmente el espíritu belicoso de los compañeros de Mendoza y de Juan de Garay, haciendo la guerra a los indios para mantener la conquista y preservar sus haciendas de los malones del pampa sanguinario y valiente, que se volvió terrible desde el día que supo adiestrar los caballos salvajes para la guerra, porque fueron más rápidas sus jornadas y más desastrosos sus ataques.

De esta lucha surgió el gaucho jinete, gallardo y valeroso, conservando en medio de la rusticidad intelectual, la rectitud del carácter y la nobleza del corazón. En las ciudades los criollos mantuvieron vivas muchas tradiciones que el aislamiento hizo perder a los hombres del campo.

Las rencillas entre las personas más encopetadas sobre mejor cuna y limpieza de sangre, eran aquí tan frecuentes como en España. Una insinuación cualquiera a este respecto, daba motivo a informaciones judiciales y pleitos ruidosos en que salían a relucir pergaminos y abolengos, para dejar establecidas alcurnias y progenies, entroncadas en los godos del tiempo de Don Rodrigo o en los famosos compañeros de Don Pelayo. De estas actuaciones se encuentran ejemplares en todas las audiencias y tribunales de la colonia. Muchas genealogías se formaban por mera vanidad o para atestiguar servicios, sin que en esto entrara la idea de acreditar nobleza, sino simplemente, tener ascendencia gótica sin mancha de sangre africana, moruna, judaica o indígena.

Existía verdadera preocupación sobre este punto y de ello se formaba la idiosincrasia en el tipo social de la colonia, y, como la población no aumentaba sino por los dos factores de nacimientos y recién llegados de España, la fisonomía moral no se modificó en la mayoría, y cuando los mestizos entraron a formar parte de una manera visible en el padrón de las ciudades, se conservaron siempre en una minoría que no pudo hacer cambiar la índole ya bien acentuada de la población blanca.

Debióse a este modo de formarse la familia argentina en los puntos que hemos determinado, la conservación de las costumbres, el mantenimiento de la religión, y el respeto consagrado a la autoridad política y civil emanada del soberano y ejercida exclusivamente, en los primeros tiempos, por delegados de la Corona, enviados ex profeso, bien de España, bien de Lima, donde el virrey tenía facultades para proveer las vacantes y remover empleados por causa de mejor servicio.

El carácter, en cuanto expresa el genio nacional, se conservó entero en las colonias del Río de la Plata, y Buenos Aires tuvo ocasión, la primera, de diseñar en alto relieve la naturaleza briosa y arrogante de sus hijos. Aquí no había encomiendas ni encomenderos; los esclavos que eran pocos se destinaban al servicio doméstico; el trabajo de los campos requería brazos robustos, y el gaucho lo desempeñaba con seguridad y con destreza. Los negros no eran buenos jinetes; los indios eran ladrones; el gaucho era de a caballo, honrado y valiente.

MARIANO A. PELLIZA

El dedo de Rosas

Yo estaba seguro de que Rosas tenía, fuera de proporción, un dedo más corto que otro, y que este defecto no era natural, como no podía serlo una cicatriz longitudinal, casi imperceptible, que corría por su frente entre las cejas y la nariz.

. . . .

¿Pero en *qué mano?* Yo veía el dedo, tal como lo acabo de describir; estaba seguro de que ese dedo había existido así; ¿pero en qué mano?, lo repito.

Mis recuerdos eran deficientes, y se explica, porque probablemente Rosas tenía, esto no lo sé, esa coquetería tan humana que nos hace ocultar, en cuanto es posible, nuestros defectos físicos — aunque sean de origen glorioso — y a la inversa — coquetería a la que no se sustrajo el mismo Julio César.

¿A quién apelar que tuviera más competencia, tratándose de las manos de Rosas, que a su hermana menor, a su hermana predilecta, que lo llamaba tatita? ¿Quién, mejor que mi madre, podía decirme si el dedo era el de la mano derecha o el de la izquierda?

Vean ustedes la escena con los ojos de su imaginación...

. . . .

—Mamita, ¿en cuál mano tenía mi tío, un dedo imperfecto?

—¿Qué dices, hijo? Tu tío no tenía *nada* imperfecto.

Aquel *nada* era toda una profesión de fe radical, indestructible, con proyecciones eternas, como el amor de Dios para sus criaturas.

Insistí... con esa tenacidad amable del convencimiento intimo—siendo el interlocutor, no sólo mujer sino mujer de todo mi respeto.

Mas ella, llena de *saudades* afectuosas por el pasado y lo pasado, insistió a su vez, y como no habría sido gentil de mi parte continuar, concluí con uno de esos movimientos de cabeza y uno de esos gestos de incredulidad, que dicen más que la frase que los acompaña, denotando al mismo tiempo cierta molestia, por no haber podido persuadir cuando está convencido:

—Está bien; así será, como usted dice...

Ella, que tiene muchísimo tacto, y porque sintió quizá vacilar sus recuerdos, repuso:

—Cuando venga *Fulano*, le preguntaré.

Fulano es un viejo de aquel tiempo, frío, sin odio por los unitarios, pero cuya pasión federal nada ha calmado, memorista formidable, que sabe la vida y milagros de media República, porque estuvo en todas las intimidades de Rosas, que posee la clave y el secreto de algunos entusiasmos y de no pocas cobardías de entonces; en dos palabras, que es un diccionario anecdótico andante.

Y habló con él.

Y, como yo lo sostenía, resultó que, en efecto, Rosas tenía la deformidad digital (1) y la cicatriz casi imperceptible que yo veía, entre las brumas confusas de mis reminiscencias de antaño.

Y mi madre, con esa unción fraternal por quien fué objeto de cariño acendrado, exclamó:

—¡Qué raro, que yo no le hubiera nunca visto eso a Juan Manuel!

LUCIO V. MANSILLA

(1) Se lo había tronchado "pialando" un potro, y el lazo, al cortarse, lo azotó en la frente.



Origen del ganado en la Argentina

Todo país del mundo tiene escrito sobre su suelo el destino que le corresponde en el camino de la civilización humana, y el nuestro lo tiene grabado, y en letras de oro, sobre sus pampas extensas y fertilísimas, sobre sus tierras majestuosas e imponentes, sobre sus valles hermosos y pintorescos y en todas partes donde pueden tenderse los rieles de acero y penetrar la reja del arado civilizador.

Favorecida con generosidad por la naturaleza, la Argentina ostenta especiales y grandes condiciones y aptitudes para un rápido y próspero desenvolvimiento agrícola y ganadero. Su posición en la extremidad meridional del continente americano, su forma geográfica, que avanza en las tres zonas: tropical, templada y fría; sus sabanas sin límites, surcadas por ríos y arroyos caudalosos, de suelo fecundo y de grueso espesor en su capa vegetal, cubierto de pasto naturales abundantes y nutritivos, han sido indudablemente las condiciones previas e indispensables que han permitido que las especies animales importadas de Europa se multiplicasen y adquiriesen, desde el primer momento, grande y espontáneo desarrollo en su natural y primitiva evolución.

Pocos ignoran que la América del Sur, cuando fué descubierta y conquistada, no tenía ninguna de las especies de animales que llamamos domésticos. Narran las crónicas que don Pedro de Mendoza, enviado por el rey de España Carlos V, en 1535, a conquistar y tomar posesión de las tierras que baña el río de la Plata, trajo consigo 72 caballos, y que los indios querandíes, que ocupaban las regiones donde fundó la ciudad de Buenos Aires, hostilizaron tanto a los recién llegados que tres años después tuvieron que reembarcarse y abandonar el territorio, dejando en él 7 caballos y 5 yeguas.

Cuarenta años después, cuando don Juan de Garay volvió y fundó, por segunda vez, la ciudad y puerto de Santa María de Buenos Aires, innumerable ganado caballar pastoreaba en esos campos en estado completamente salvaje.

Más tarde, en 1569, don Juan Ortiz de Zárate, nombrado gobernador del Río de la Plata, mandó desde el Perú a la Asunción 4000 cabezas de ganado vacuno, 4000 ovejas, 500 yeguarizos y 500 cabríos, siendo repartida esta hacienda entre las provincias del Paraguay, Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires. Simultáneamente, y según otros, algunos años antes y de la misma procedencia, se introducía ganado de estas mismas especies en las provincias de Tucumán y Córdoba.

Sometida esta hacienda en los primeros tiempos a un régimen de cuidado y vigilancia, encerrando de noche las vacas, haciéndolas pastorear de día y marcándolas a fuego, como distintivo de propiedad y encontrando en el clima sano y templado y en las extensas praderas de las pampas las mejores condiciones para su desarrollo, los rebaños se multiplicaron de tal modo que su sumisión ya no fué posible, y abandonados luego a su reproducción natural y espontánea, alcanzaron proporciones numéricas incalculables, resultando su explotación una riqueza natural más que industrial, de la que se utilizaba únicamente los productos de más fácil y rápida posesión y realización comercial: cueros, grasa y lana. Y esta producción ganadera natural era tan abundante, que su propiedad no tenía dueño: era del primero que la utilizaba y todo el mundo estaba autorizado para hacerlo. Basta leer las crónicas de aquellos tiempos para darse cuenta de lo fabuloso que eran sus proporciones y del inverosímil abultamiento que adquirían algunos episodios que caracterizaban la ganadería de estas regiones del Río de la Plata a fines del siglo XVII y principios del XVIII.

Dicen que los indios de la pampa se alimentaban únicamente con carne de yeguarizo, y en sus cacerías lograban juntar tantos animales alzados de esta especie, que su exportación constituía objeto de tráfico con Chile. Y era tal la abundancia de ovejas, que la carne de carnero cayó en desuso, a tal punto, que los mendigos se resistían a comerla, y para sacarles la lana se mataban los animales y se la arrancaban cuando el cuero estaba casi podrido, y, en fin, a estar a las mismas crónicas, las iglesias de Buenos Aires antiguo fueron construídas con ladrillos quemados con reses de carneros.

Con estos detalles de desorganización y de barbarie industrial, se nos presenta el cuadro de la ganadería colonial en la región del Río de la Plata en los albores del año 1810, cuadro que se extendía al sur hasta el río Negro, al norte hasta Jujuy y al oeste hasta la cordillera de los Andes. Y así llegamos a la Revolución de Mayo, que hoy conmemoramos por 123ª vez, que con la independencia del pueblo y con la creación de la nueva y gloriosa nación argentina abrió sus puertas al comercio con el exterior y con todo el resto del mundo.

El nuevo régimen civil y político permitió que se desenvolvieran los factores de todo progreso latentes en la raza y en el ambiente, y sobre esos elementos primordiales de la industria ganadera se inició también esa evolución activa, inteligente y constante que debía llevarla más tarde al grado de progreso y de perfeccionamiento, que constituye hoy su mejor timbre de verdadera gloria. — *H. M.*

Factores de la evolución ganadera

En la rápida, activa y sorprendente evolución que ha sufrido la ganadería argentina en su desarrollo extensivo y en sus métodos zootécnicos de explotación, especialmente durante la segunda mitad del siglo pasado, entre los diversos factores que han intervenido en sus resultados, dos han sido de acción fundamental y decisiva: los alambrados y la importación de reproductores finos de razas puras y seleccionadas.

Si bien hay constancia de que en las regiones serranas de las provincias de Córdoba, en las norteñas y en las andinas, se empleaban, desde el siglo XVI, cercos de piedra en seco, cuyos restos diseminados o perdidos hoy mismo admiramos en aquellos lugares, para limitar las propiedades rurales y encerrar los ganados, y aunque más tarde, cerca de 1836, se empleaban para los mismos fines en la pampa, sobre el estuario del Plata, zanjas y cercos vivos, sobre todo en las zonas del centro donde abundan los bosques, con líneas de palo trabado con ramas secas, como úsase hoy todavía, malgrado, decimos, estos antecedentes, está comprobado que el primer alambrado, con materiales importados de Inglaterra, fué construído por Jorge Newton en 1844, en su estancia Los Jagüeles, principalmente, para proteger las plantaciones de árboles y los sembrados, siendo más tarde en 1854, diez años después, Pablo Halbach, quien lo aplicó en gran escala para el cercado de su estancia en el que es hoy el partido de Cañuelas.

Con la importación al país de rollos de alambres, que desde esos años había tomado gran volumen y con la utilización del poste de ñandubay, madera que abundaba naturalmente, no tardó el alambrado en extenderse y multiplicarse en todo el territorio, no tan sólo para establecer el signo visible del límite de la propiedad rural fundaria, sino también para su fraccionamieto y subdivisión en potreros, corrales, mangas, etc., que permiten la separación de los ganados, por especies, sexos, edades y otras condiciones y que consienten la alternativa de los campos de pastoreo para su conservación y crecimiento y todas aquellas operaciones que constituyen los detalles de la ganadería moderna y perfeccionada.

Pero los ganados originarios, procedentes del período colonial, reproducidos y multiplicados en estado salvaje más que natural, habían perdido sus cualidades originarias, que, por otra parte, no respondían ya más a las exigencias de las nuevas orientaciones industriales y reclamaban su mejoramiento, su refinamiento, por lo cual se hacía necesaria la importación de reproductores de razas finas y puras.

Ya en 1810, según unos, y en 1794, según otros, el doctor Manuel José de Labardén introdujo al país 10 carneros y 20 ovejas de raza merina, traídos de España a bordo de la fragata "Santa Ana". Pero, fué más tarde, en 1813, que don Tomás Lloyd Halsey importó de Lisboa y llevó a Morón, 100 ovejas merinas con su dotación de padres, constituyendo así el primer plantel de ovejas merinas en el país, aunque más tarde, en 1825, por iniciativa de Rivadavia, se importaron 100 ovejas más de esta misma raza. El mismo don Bernardino Rivadavia, en esa época, introdujo un lote de ovejas de raza inglesa, la South Down y el rebaño de esta raza que tiene la estancia San Juan de don Leonardo Pereyra Iraola, deriva, según parece, de esos mismos carneros.



Tratando de mejorar la producción de la lana en el rebaño ovejuno, fué que se introdujeron en 1837, los primeros ejemplares de ovejas sajonas, de lana más fina y más fuerte.

Allá por los años 1855 a 60 se importaron ovejas Rambouillet, que pronto se difundieron con el mayor entusiasmo de los ganaderos y, en fin, en 1860, empezóse a importar, por los señores Gibson hermanos, en el partido de Ajó, estancia Los Ingleses, ejemplares de la raza Lincoln, que reúne, como es sabido, las cualidades requeridas para la producción de lana y carne.

Más moderna es la introducción al país de reproductores vacunos: fué el primer toro de raza Durham, traído de Inglaterra por don Juan Miller en 1848 para el señor Wite, dueño de la estancia La Campana. Este toro se llamaba Tarquino, de ahí que los criollos de entonces llamasen "tarquinos" a todos los descendientes de aquella raza. En 1872 se importó el primer tono Niágara, de raza Hereford, y, más o menos en la misma época, se introdujeron los primeros elemplares de las razas Polled Angus y Holandesa y más tarde los de raza Flamenca.

Menos impelida que otras por exigencias comerciales o industriales ha sido la cría del ganado caballar, en cuanto a su mejoramiento, y cabe también a don Bernardino Rivadavia el mérito de haber introducido el año 1825 algunos ejemplares de reproductores de tiro pesado que llamaron frisones, aunque procedían de Inglaterra. El "pura sangre" de carrera, en cambio, fué importado por primera vez por el señor Lathan, en 1852, y fué Bonnie Dundee su primer ejemplar, y más tarde, en 1881, se importaron más yeguas y padrillos de pura sangre y además reproductores de las razas Trakenen, Sufolk, Hakney, Anglo-Normando y de tiro pesado.

En cuanto a las especies cabrías, las razas Angora y Tibet fueron también importadas por Rivadavia, y hacia mediados del siglo pasado se empezó el mejoramiento de las razas suinas por la introducción de cerdos de razas inglesas y norteamericanas Yorkshire, Berkshire y Poland China.

Son estos antecedentes los que constituyen el origen del pedigree, del noble abolengo, que ostentan hoy las diversas y numerosas razas que pueblan las cabañas y estancias que forman su más valioso estock ganadero. — *H. M.*



El cultivo de la alfalfa en los progresos de la ganadería argentina

La feracidad de los campos de la Argentina y el poder nutritivo de sus pastos, son hechos indisputables y conocidos desde la época colonial, pero la observación y la experiencia habían demostrado, desde entonces, que la producción forrajera espontánea y natural, en todo el territorio, está subordinada en primer término a la marcha climatérica de las estaciones y las largas, repetidas y obstinadas sequías que asolaron, en otros tiempos, las pampas argentinas, son hechos notorios para referirlos en detalle.

La introducción de reproductores finos de las razas más nobles y afamadas del mundo, que ha determinado por la mestización y el cruzamiento nuevas fases y más felices orientaciones en la explotación de la industria ganadera en los primeros períodos de su evolución progresiva, demandaba, pues, en forma imperiosa e ineludible, otra reforma fundamental e importante: la transformación de los campos naturales en prados artificiales y estables, porque no basta la más racional selección o el más acertado procedimiento en la mestización de las haciendas con las razas más finas, más puras, del más noble linaje, si no está asociado y coadyuvado, el procedimiento, por una alimentación adecuada, sana, nutritiva y permanente. De ahí la introducción y el cultivo de forrajeras diversas y principalmente de la alfalfa, excelente y apropiada más que ninguna a las condiciones telúricas y climatéricas de nuestras pampas.

El desarrollo imponente de esta leguminosa en su gran zona clásica que comprende el sur de Santa Fe, Córdoba y San Luis, norte de la Pampa y oeste de Buenos Aires, ha cubierto un inmenso territorio de vastas praderas de verde y tupido manto en las estancias y cabañas destinadas a la reproducción y engorde del ganado vacuno principalmente. Desde las estanzuelas modestas hasta los grandes establecimientos, hay de todas dimensiones y no son raros en el sur de Córdoba los latifundios alfalfados, vastas sabanas verdes, de 6 y 8 leguas cuadradas, ¡15 y 20.000 hectáreas de alfalfa, de un solo dueño y señor!

La magnitud del fenómeno de la alfalfa impresiona, si consideramos la extensión y rapidez con que se ha desarrollado, pues en 1890 no había más de 600.000 hectáreas, en 1904, eran ya 2.000.000 y hoy casi llegan a 6.000.000 de hectáreas en todo el país distribuídas en su mayor parte en las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, La Pampa y San Luis, y el resto, en proporciones menores o minúsculas, desde Jujuy hasta Río Negro y Santa Cruz.

Dadas las naturales condiciones de clima y de suelo, óptimas a no dudarlo, de la zona en que mayormente ha invadido su cultivo, en su zona que llamaríamos "clásica", el desarrollo vegetativo de esta planta es asombroso. Sus raíces, en condiciones normales de suelo, penetran y se extienden a más de un metro de profundidad, pero es fácil encontrarlas de 2 y 3 metros de longitud y en algunos casos, hemos medido raíces de 5 y 7 metros. Su tallo se eleva generalmente a 1 metro de altura, pero en las mejores tierras de su reino llega fácilmente a 1.50 y en zonas de riego hemos visto ejemplares de casi 3 metros. Sus ramas forman grueso y tupido haz de finos tallos que, en casos excepcionales, llegan a 2 y más centenares en una sola planta.

De su productividad podemos decir que en su buena zona, por lo general, da 4 cortes al año, pero si la estación es favorable, con lluvias oportunas, son 6, y con riego, pueden obtenerse, en algunas regiones, hasta 8 ó 10. Un promedio de 6 a 8 toneladas de pasto seco por hectárea y por año, se consigue sin mayores dificultades, pero los chacareros de alfalfa, que la cuidan con esmero, realizan también de 12 a 14 y, en fin, en las mejores zonas de riego, se señalan rendimientos de 20 y más toneladas por año.

La alfalfa en nuestro país es de un poder nutritivo muy elevado, pues contiene del 18 al 20 y más por ciento de materias proteicas, de 2 a 4 por ciento de materias grasas y de 30 a 40 por ciento de hidratos de carbono, según numerosos análisis efectuados. Comparando estas cifras con las similares de otros países de Europa y Norteamérica, resulta que la alfalfa de nuestros prados es siempre superior a la mejor del mundo, y ésta su óptima calidad lo prueba el hecho de poder alimentarse, en buenos alfalfares y durante la buena estación, durante 6 y 8 meses del año hasta 15 a 18 cabezas de animales vacunos por hectárea.

Por su longevidad excepcional la alfalfa podríase casi calificar de *imperecedera:* la duración de los alfalfares depende principalmente de la calidad y estructura del suelo. En su zona natural, típica, que llamaríamos, de suelo rico, suelto y profundo, en buenas condiciones, puede durar entre 15 y 20 años para los destinados a pastoreo y llegar a los 25 en los de corte, y vimos alfalfares, todavía en buen estado, de 30 años.

En esta breve nota, un tanto optimista porque en la fecha en que aparece, todo lo que es de la patria, se glorifica, no hemos querido trazar la apología de la alfalfa, sino demostrar que al desarrollo gigantesco de este cultivo, como factor auxiliar aunque sea, se deben en buena parte, los progresos importantes de la evolución de nuestra industria ganadera.

H. M.



La juventud de hoy, cultivadora del deporte, usa también el Heno de Pravia; el jabón neutro, el de los finos aceites y el perfume inconfundible.

Sabe lo bien que suaviza y lo mucho que protege, al lavarse, el frotar la piel, lenta y repetidamente, con su espuma cremosa. Conoce el bienestar que acompaña al cutis limpio y sano y a los poros libres de impurezas; y sabe también cuánto favorece esa práctica higiénica la tersura y lozanía del cutis.

Recuerde esto, y use siempre el Heno de Pravia.

$ 0,70
EN LA CAPITAL FEDERAL

Jabón HENO de PRAVIA

PERFUMERÍA GAL. - MADRID. - BUENOS AIRES

Para limpiar los dientes suavemente, desinfectar y perfumar la boca, Pasta Dens (tubo, $ 1,35). Para baño y fricciones, y para perfumar el pañuelo, la finísima Agua de Colonia Flores del Campo (Floralia).



La plaza de los Dos Congresos

Dentro de un año, cumplirá sus bodas de plata. Fué hecha en pocos días, merced a un propósito firme de conceder a los argentinos más amplio sitio para la celebración de las fiestas centenarias. Desde entonces, el vasto cuadrilátero, que da la necesaria perspectiva al palacio del parlamento, cumple dignamente sus fines. Aun le afean algunas construcciones de la ciudad antigua, que no tienen mérito histórico.

Toda una fábrica para producir el jabón

LE SANCY

Un jabón de belleza como el Jabón LE SANCY debe ser vigilado y controlado en todas las fases de su elaboración.

El Jabón LE SANCY se elabora en fábrica propia, lo que permite que estos requisitos se llenen por completo.

DUBARRY puede garantizar la elaboración perfecta y la pureza del Jabón LE SANCY por las razones antedichas.

Además, la enorme producción y la adquisición de materias primas en gran escala permiten vender este jabón a precio popular.

Tableta Le Sancy

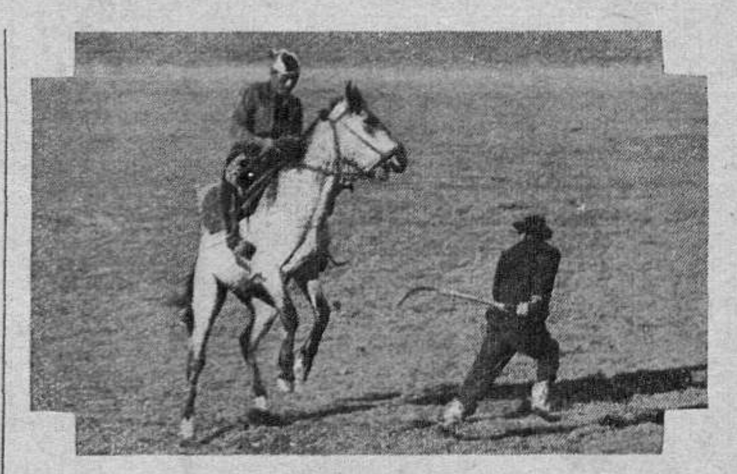
4 Jabones de 0.35 c/u por $ **1.**

El jabón LE SANCY suelto 0.35

¿Qué es la Tableta Le Sancy?

Son 4 Jabones Le Sancy de 35 ctvos., el famoso jabón de belleza, perfumado con el "bouquet" de lavanda Dubarry y que ahora en su tamaño corriente de 115 gramos cada pastilla se venden en esta presentación especial para familias a UN PESO.





La doma

Este es trabajo de algún tiempo, de tres o cuatro meses, pues antes no se les puede redomonear, es decir, hacerlos redomones, palabra que significa a caballos que se ensillan y pueden montarse, pero que son ariscos todavía, y no toleran el freno, sino simplemente las riendas o bocado, una soguita de cuero crudo que se les ata en la boca, en vez del freno de hierro.

Ahora, para hacerlos caballos mansos y de freno, es menester por lo menos un año, y aun para ese resultado es necesario que salga de buena índole, que no sea propenso a adquirir mañas que luego dan mucho trabajo, y que se muestre corriente en todo.

Aunque mucho influya la condición natural del potro, también es de suma importancia el saber del domador, hombre que debe tener ciertas dotes para no malograr los animales.

Pero vamos al cuento.

Recibida la orden del patrón, el capataz hace echar las manadas al corral, cosa que hacen inmediatamente los peones, y manda al domador que dé el primer galope a los potros designados de antemano.

El peón domador elige uno de dichos animales, lo enlaza desde a caballo, y lo saca fuera del corral.

Otro peón que ha quedado a pie, lo piala de las manos, tira del lazo — movimiento que acompaña desde a caballo el domador que lo enlazara del cuello — y de ese modo lo derriban al suelo. Manteniéndolo así atado de las manos, lo embozalan y lo enriendan, pónenle en seguida una manea en las patas, dejan que se pare, y dominado de ese modo con el bozal, la rienda y la manea, comienzan a ensillarlo, es decir, a ponerle todo el recado, las jergas, la carona, los bastos, y la cincha, agregando a esto una jerguita liviana, un cojinillo y el cinchón.

El potro queda listo ya para montarlo.

Las manadas quedan encerradas en el corral, para que el animal no se inquiete demasiado, como sucedería viendo a sus compañeros en libertad y cerca de él.

El domador asegura entonces las patas del potro con un maneador para quitarle la manea, como lo hace, dando el maneador a uno de los peones presentes para que retenga al caballo atado de las patas y quieto, mientras él lo monta.

Otro peón está ya a caballo, esperando a que salga para apadrinarlo, es decir, seguirlo en cuanto el potro eche a la carrera, y ponérsele a la par y ayudar al domador a dirigirlo como desee. Monta el domador, se acomoda bien en el recado, y dice al que tiene sujeto al animal.

— ¡ Ahora, suéltemelo !

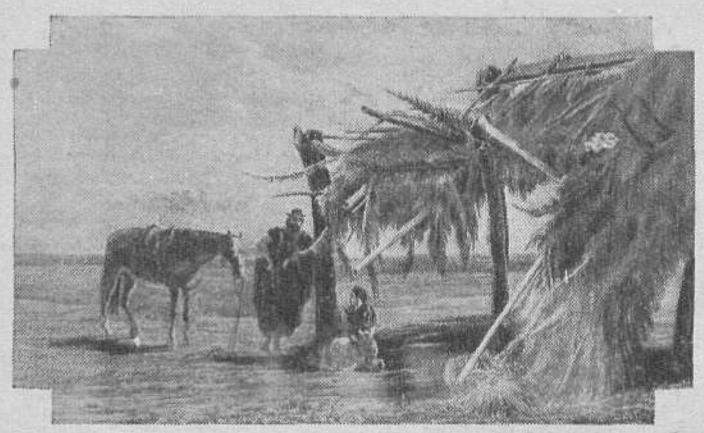
Y en cuanto lo hacen, aprieta las piernas al bagual, le da unos cuantos chirlos bien fuertes con el rebenque, y el potro sale en furiosa carrera, hamacándose para ambos lados, dando brincos, bellaqueando, entre un torbellino de polvo.

El apadrinador no ha tardado en ponérsele a la par, y dirige al potro, de acuerdo con el domador, empujándolo con el pecho de su caballo, arrimándosele, y gobernándolo a voluntad. Esto, tan sencillo al escribirlo, tiene sus graves dificultades y peligros en la práctica.

Así lo hacen correr hasta que se cansa, y una vez fatigado, cuando ya no da trabajo para hacerlo obedecer y deja de bellaquear lo vuelven al corral, tírase el domador, se aseguran las patas del animal con un maneador, se le desensilla y dejándolo con bozal y cabestro únicamente, lo atan al palenque (hilera de postes parados clavados en el suelo, que se utiliza para atar animales) o en uno de los palos más gruesos del corral para que se palanquee, es decir, para que afloje el pescuezo y aprenda a obedecer al cabestro.

En efecto, como se trata de un animal arisco, apenas se ve atado al palenque cuando trata de libertarse tirando hacia atrás, y lo hace con tal fuerza que el dolor del pescuezo lo hace acercarse de nuevo a los palos.

E.



La ramada

La ramada es construcción subsidiaria de importancia capital. Unas veces se la construye adosada a la casa, de la cual forma, entonces, parte integrante, y se usa como cocina o dependencia más subalterna: dormidero para aves, depósito, etc. Otras veces se la construye a algunos metros de la casa y está destinada, especialmente, a servir de reparo a las caballerías. Este es, en realidad, el destino clásico y más difundido de la ramada en todo el país.

Por extensión, se emplea la ramada a guisa de depósito, especialmente para guardar los arreos de las cabalgaduras, y se utiliza, además, como sitio de reunión o de trabajo para determinados menesteres domésticos.

En la región serrana los árboles suplen con ventaja este destino de la ramada, y es por esta circunstancia que la construcción de que me ocupo es relativamente escasa en la sierra.

Sin embargo, parece que hasta hace algunos años la ramada ha sido mucho más difundida y tenía una aplicación absolutamente regional: servir de soporte a la (pirúa), es decir, al depósito de la algarroba, construcción que ha de hacerse siempre levantada del suelo y con dispositivos especiales para asegurar la conservación de la fruta. Año a año, las prácticas tradicionales van desapareciendo de la región, y entre ellas ha caído en desuso, casi por completo, la de aprovechar los frutos silvestres, especialmente la algarroba, que sólo en regiones apartadas se sigue utilizando y donde la cosecha de esta fruta sigue siendo todavía la cosecha por antonomasia. Por esta circunstancia no me ha sido posible documentar en Córdoba ninguna "pirúa", propiamente dicha.

La ramada es realmente típica y de antigua fábrica, encima de la cual se construía cada año, hasta no hace mucho, la pirúa, entonces indispensable. En la actualidad los pobladores viejos de la vivienda suelen recoger algunas bolsas de algarroba, que almacenan sin mayores precauciones. Morfológicamente representa también el tipo clásico: cuatro horcones, sobre los cuales se tiende un techo plano de cañas y ramas.

Menos difundido — importado quizá del litoral — es el tipo de ramada, es siempre de mayores proporciones; hace las veces de galpón y sólo se encuentra en casas de pobladores progresistas que disponen de elementos de trabajo en relativa abundancia.

El doctor Lehmann-Nitsche se ha ocupado, en una monografía especial, de esta dependencia de la vivienda rural de nuestra campaña, pero "en lo que hace a una descripción esmerada de la construcción campestre que nos ocupa — dice, — no es posible darla". En esta monografía el autor ha estudiado "ante todo la designación para esta parte de la vivienda del gaucho" haciendo un estudio comparativo de las diversas acepciones que, a través del tiempo, han tenido en el calepino oficial las voces: ramada y enramada. Analiza las opiniones emitidas al respecto por filólogos y gramáticos americanos, y hace luego un balance del empleo de ambos términos por literatos y escritores de diversos países de América. En conclusión, afirma Lehmann-Nitsche que (en la Argentina se da preferencia a la forma arcaica de ramada).

Al hablar del emplazamiento de la vivienda he insistido acerca de la importancia del árbol como factor determinante de este hecho. Es que el árbol desempeña, en realidad, los servicios que suple la ramada en regiones donde no existe una vegetación aparente. En Córdoba, donde abundan los hermosos ejemplares de árboles, éstos son utilizados como una verdadera dependencia de la vivienda, por eso creo oportuno referirme a ellos en este lugar, considerándolos como una especie de ramada natural.

En primer término se los utiliza a modo de palenque; luego, como refugio nocturno para las aves de corral, y, finalmente, constituyen el verdadero "living" de estas rústicas mansiones, donde sus pobladores pasan la mayor parte del día entregados al descanso habitual o al desempeño de sus escasas ocupaciones. En las casas provistas de corredores el árbol comparte con éste tales funciones; en las que no lo tienen, corren por cuenta exclusiva de los elementos naturales. — *E.*

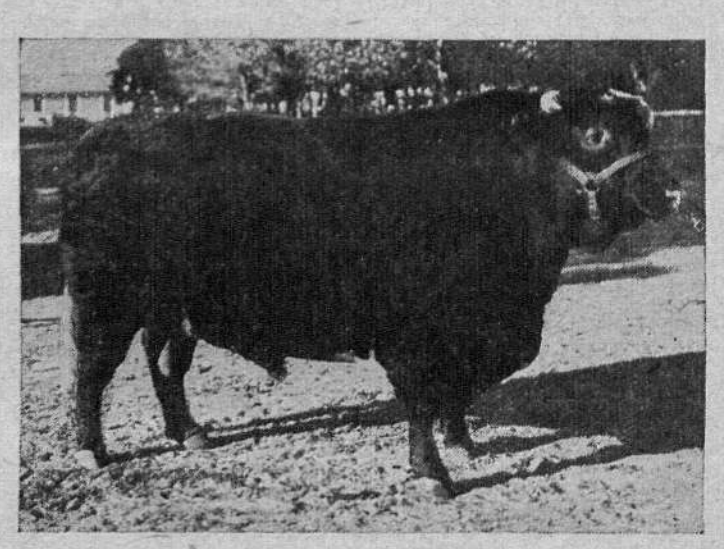
Los progresos de la ganadería argentina

La difusión de los alambrados en la campaña, la importación de reproductores de razas puras y selectas, la extensión del cultivo de la alfalfa, la edilicia rural que ha provisto de galpones y establos para productos y animales, la plantación de árboles para sombra y abrigo, la acción de fomento y defensa realizada por la Sociedad Rural Argentina, de notoria y benemérita acción progresista y de la Dirección General de Ganadería del ministerio de Agricultura de la Nación, con sus servicios sanitarios, han determinado, en su origen, la iniciación y más tarde el desenvolvimiento constante y progresivo de la ganadería, hasta convertirla en una de las industrias madres fundamentales y de colosales proporciones de grandiosidad y perfeccionamiento.

Los resultados de esta evolución se evidencian cada vez que se realiza el inventario de nuestra riqueza pastoril, que registra hoy una población ganadera de 32.000.000 de cabezas de vacunos, 44.500.000 de lanares, casi 9.000.000 de yeguarizos, 4.000.000 de porcinos, 5.500.000 de caprinos y 1.000.000 de asnales y mulares. Y el grado de mestización alcanzado por el rebaño argentino, en un período de tiempo relativamente corto, es absolutamente admirable, si se considera que, en estos totales, el ganado mestizo está representado con un 70 por ciento en los vacunos, predominando la raza Shorthorn y en segundo término la Hereford, Polled Angus y Holandesa; en los lanares con un 90 por ciento, con predominio de las razas Lincoln y Merino argentino; y en los yeguarizos con un 22 por ciento, principalmente de las razas Percheron, Clydesdales, Shire, Anglonormando y otros.

Otro aspecto de esta riqueza, es el valor que adquieren los ejemplares puros nacidos en el país, de reproductores importados, que puede apreciarse todas las veces que se presencia un remate de las famosas exposiciones que anualmente organiza la mencionada Sociedad Rural Argentina, en sus magníficos locales de Palermo, con la participación de jurados ingleses y la concurrencia de todo lo más intelectual del gremio y que constituyen, en cada año, un acontecimiento no solamente industrial, sino también una de las más altas y elegantes notas sociales. Hemos visto allí pagar el campeón de raza Shorthorn del año 1905, "Polikao II", 40 000 pesos; el de 1913, "Americus", que fué pagado 80.000 pesos y "Faithful 20", gran campeón de la misma raza, de propiedad de don Federico Seeger, adquirido en la exposición de 1925, por los señores Bartolomé Ginocchio e Hijo Ltda., en la suma de 152.000 pesos moneda nacional, batiendo así, la ganadería argentina, una vez más, el récord universal en la compra-venta de estos productos.

La industria del frigorífico, cabe anotarlo en esta breve reseña, también ha cooperado eficazmente a la cría y engorde de las haciendas, facilitando el consumo interno y sustituyendo la exportación del ganado en pie, por la de la carne enfriada, congelada y conservada. Tenemos, en el país, 16 frigoríficos, con un capital invertido, entre todos, en instalaciones, edificios, maquinarias, etc., de cerca de 150.000.000 de pesos y un capital social de casi 200.000 000 de la misma moneda. Y hay además numerosos saladeros y fábricas de conservas, en las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe, Mendoza y gobernación del Chaco, que tienen invertidos más de 25.000.000 de pesos y un capital social de 53.000 000. Todos estos establecimientos frigoríficos, saladeros y fábricas de conserva, han sacrificado durante el año pasado, 1933, para exportación y consumo interno: 2.500.000 de cabezas de vacunos, más de 5 000 000 de cabezas de lanares y 678 000 de porcinos.



Faithful 20, campeón 1925.

El comercio de exportación de productos de la ganadería, está representado en 1933, por 182 millones de pesos en carneros, 81 millones en cueros, 94 en lanas, 20 de manteca, queso y caseína y 35 millones y medio de subproductos, como ser huesos, guano, sebo, tripas, etc.

Todas estas cifras, datos y referencias, brevemente expuestos y comentados, demuestran y documentan las enormes y brillantes proporciones que adquirió nuestra industria ganadera en su desarrollo y los resultados en un relativamente corto período de su evolución progresiva. Pero, en los momentos actuales, también sufre su crisis, por efecto principalmente de la baja de los precios de los productos y la disminuida exportación de los mismos y de tal manera, que ha puesto a prueba el valor y la resistencia económica de los ganaderos. Esto no obstante, el esfuerzo de los mismos, secundados por la Sociedad Rural Argentina y la cooperación del ministerio de Agricultura, con el envío de la misión Roca a Inglaterra, la creación de la Junta Nacional de Carnes y otras iniciativas de importancia, constituyen un conjunto de medidas, cuyo resultado final, no solamente ha de conjurar la reagravación de la crisis, sino que ha de acelerar su solución, aunque no inmediata. Por lo pronto el consumo de carne en el país está en aumento, la exportación tiende a normalizarse y se está esbozando una sensible reacción en el panorama comercial de este renglón, que ha de infundir un poco de optimismo en el ánimo de los pioneers beneméritos de la ganadería argentina y ha de llevar la noble industria, nuevamente y pronto a sus primitivos y brillantes destinos. — *H. M.*



Paseo del domingo.

Agricultura primitiva y colonial

El cultivo de la tierra en esta parte de América que es hoy la Argentina, es tan antiguo como su historia y parece aún anterior a su industria hermana, la ganadería, pues remonta a la época en que Sebastián Gaboto, en sus expediciones al Río de la Plata, por el estrecho de Magallanes, sembró en tierra hoy argentina, cincuenta y dos granos de trigo en el mes de septiembre y surgió, se dice, cinco mil en el mes de diciembre del mismo año. Es ésta la noticia más antigua que se tiene, a este respecto, pero más tarde cuando don Juan de Garay fundó en el año 1583, por segunda vez, la ciudad de Buenos Aires, trajo 60 soldados, a los cuales les repartió una manzana de tierra a cada uno en la ciudad y lotes afuera para chacras y estancias, que se extendían desde la barranca donde termina la actual calle San Martín, hasta San Isidro, en una superficie aproximada de 9.000 hectáreas.

Los pobladores se dedicaron desde ese tiempo a la agricultura, "cosechándose excelente trigo, como no se daba mejor en Valencia" al decir de los cronistas de aquella época. Tanto trigo se cosechaba en las campiñas del Río de la Plata, que "el primer comercio de los vecinos de Buenos Aires fué el de harinas, que se exportaban al Brasil y que en 1597 fué de 1498 fanegas, por valor 39 280 reales plata".

En el interior también se cultivaba trigo desde tiempos inmemoriales, ya que pocos años después de la fundación de Córdoba, por Jerónimo Luis de Cabrera, en 1573, eran numerosas las instalaciones de molinos hidráulicos, y tahonas destinados a la fabricación de harinas "para evitar, dice un historiador, el mucho trabajo que ocasionaba a los vecinos, a causa de moler los indios a mano que es excesivo trabajo".

La sumisión, por amor o por fuerza, de los indios naturales de las regiones del Río de la Plata, porporcionó brazos en mayor cantidad, los cuales, si bien se ocupaban con preferencia en la ganadería y en las minas, en las zonas norteñas, también aplicábanse, en parte, a la agricultura que explotaba las plantas indígenas: batatas, maíz, maní, zapallos y otras, y más tarde, en las regiones del norte, el algodón, la mandioca, la caña de azúcar, el tabaco, y entre las importadas, trigo, cebada, habas, repollos, cebollas y algunos frutales, como ser, membrillo, higuera, durazno, vid y olivo. Y así es que el mismo Garay, al fundar Buenos Aires y colonizando, por así decirlo, sus alrededores con agricultura y ganadería, además de los 60 hombres que trajo de Asunción, empleó, como elemento de auxilio y complemento, más de 9000 indios reducidos y mansos, que se ocuparon en las tareas que hemos mencionado.

El cuadro de aquella agricultura incipiente era original y sencillo por demás: para habitaciones se construían ranchos, como muchos de los que se ven todavía en la campaña argentina, con horcones y cumbreras de espinillo o algarrobo, que debían abundar en aquellos parajes, forrados de barro pisado con pasto seco y techo de totora o paja colorada. Para arar se usaba el arado de palo, como todavía úsase en algunas zonas pobres de pobres provincias, y para emparejar, la rastra de ramas. La siembra se hacía al vuelo, de a caballo, a veces en pelo, esto es, sin labranza previa, tapando la semilla con arado. La siega con hoces o cuchillos, la trilla con yeguas, en un corral de tierra pisada y la aventada con pala de madera, sobre la misma era. Para el transporte de productos, a falta de vehículos, se empleaban cueros secos de vaca, con bordes levantados y tirados a la cincha, por un hombre a caballo. En un país donde los cueros abundaban y poco o nada valían, éstos eran materia prima utilizable y barata para el acarreo de gavillas hasta la era, o para el "naque", donde se desgranaba el maíz con un palo, o donde se pisaba la uva para hacer vino, o para tapar una parva de trigo o, en fin, para una "pelota", original embarcación en que se cruzaba un río.

Pero las leyes que prohibían la exportación de productos que pudieran hacer competencia a los similares de la madre patria, España, las restricciones referentes a la distribución de tierras a los cultivadores, y los daños causados por las sequías y la langosta a los ganados y a las sementeras, obstaculizaron en todo tiempo el normal desarrollo de la agricultura en la colonia. Y en este estado de organización absolutamente primitiva se encontraba la industria de la explotación del suelo, cuando estalló el grito de Mayo de 1810, que hoy, conmemoramos en su 124 aniversario, con el mismo fervor y unción patriótica que nuestros antepasados. — *H. M.*



Un decano de los inmigrantes pobladores

Don Pedro Carrique

Ejemplo de energía vasca. — El soldado de la guerra francoprusiana que vino a la Argentina, después de la paz. — Su hermosa odisea campera. — Todo por la patria adoptiva y por los hijos criollos. — Bondad y renunciamiento. — Un matrimonio modelo.

HOY al cumplirse el aniversario glorioso que precede a las bodas de plata de la celebración de la centuria maya, narraremos a los argentinos la historia de un varón ejemplar. Sesenta y una fechas patrias ha visto el señor Pedro Carrique, el vasco francés que buscó en nuestro país su segunda patria, la patria de su prole.

No es un grano de arena la obra realizada por la firme voluntad de ese inmigrante: supone miles de hectáreas que fertilizó, luchando contra millares de obstáculos y riesgos. Un gran rincón de la inmensa Argentina enriquecióse mediante el trabajo tesonero del admirable pionner.

Un bisoño del 70

Conocimos a don Pedro Carrique durante una de sus visitas a la metrópoli. Cierto entusiasta criollo, rastreador de cosas memorables, nos lo presentó.

El héroe de la cultura agricologanadera es un anciano excepcional. La milenaria raza euscalduna vive en él, comunicándole fuerzas de perenne juventud.

Con palabra fácil nos cuenta su historia.

Primero, como exordio, rinde homenaje a la tradición ibérica: "La historia nos dice — afirma orgulloso, — que todos los vascos pertenecían antiguamente a cuatro provincias españolas: Guipuzcoa, Navarra, Alava y Vizcaya: La línea divisorio pirenaica "cortó" a los vascos franceses.

En el modismo "cortó" asoma el hacendado.

"Yo nací en los Bajos Pirineos, el día 17 de septiembre de 1851. Era el noveno de diez hermanos, hijos del muy honrado y cabal Pedro Carrique y la muy virtuosa señora Magdalena Urrutibehety.

"Fuí a la escuela, los queridos viejos me educaron honradamente. Desde muchacho tuve que trabajar, y lo hice con alegría, voluntarioso y obediente.

"A los 18 años vino la primera prueba dura de la suerte. Francia había sido invadida. Decíase que los alemanes iban a llegar hasta París. La memoria de aquellos días del año 1870 aun no me falla.

"El gobierno apuró la conscripción, y mi clase fué llamada a las filas. En el sorteo saqué el número 9 y los médicos me declararon apto para el servicio. Fui destinado al arma de caballería. En el cuartel estuve recibiendo la instrucción militar, y ya iban a enviarme al frente cuando se hizo la paz.

"Me soltaron; trabajé en casa por algún tiempo.

"En aquella época el servicio militar activo duraba siete años. Medité y saqué en consecuencia que aquellos siete años eran los mejores para el porvenir de mi vida, me los perdía sin remedio.

"De acuerdo con mi padre, que era hombre de mucha experiencia, se decidió el modo de remediar el asunto. Había que emigrar.

"Siendo soldado poco iba a realizar en provecho de mi patria arruinada. Si en América hacía fortuna, más valiosamente la ayudaría.

"Atravesé la frontera francoespañola, en compañía de mi padre. Me pagó el pasaje y me dió 1000 francos. Todavía recuerdo la pena de los pobres viejos y mi propia pena.

"Yo tenía dos hermanos en Chascomús.

"El viaje del vapor fué largo y de muchas molestias. Anclamos en la rada de Buenos Aires, y de aquí me dirigí a Chascomús. Llegué a esa ciudad en noviembre de 1872.

"¡Figúrese la alegría de mis dos hermanos! El mayor se llamaba Fabián y el menor Ignacio. Fabián era soltero e Ignacio casado; el menor estaba establecido con almacén y ambos tenían tropas de carretas".

Las carretas de bueyes eran en esos años los elementos mejores, casi únicos, para transportar frutos directamente a Buenos Aires, por falta de ferrocarriles.

"El Gran Sud recién llegaba a Chascomús y no tenía aún construída la estación. El ferrocarril del Oeste solo alcanzaba hasta Mercedes.

"Las carreteras del sur de la provincia desembocaban en Constitución; las del Norte, en el Once. Las de Tucumán, con sus ejes de madera atravesando el desierto de Santiago del Estero, Córdoba y los ricos campos de Santa Fe venían a estacionarse en la Plaza del Once.

"Los principales consignatarios de frutos del país eran: Bellocq, vasco francés, establecido en Plaza Constitución, y Unzué, de origen vasco español, en la Plaza del Once. ¡Cómo trabajaba la recia gente montañesa en el llano!

Comienza la lucha

"Mi buen hermano Ignacio me propuso darme dinero para que, unido al oro que me había regalado mi padre a costa de un generoso sacrificio, completase el importe de una carreta.

"Acepté su ofrecimiento, y a los siete días de haber desembarcado — nunca hay que desperdiciar las horas — salí para la estancia "La Quinua", del señor Pedro Luro — otro luchador de origen vasco —, ubicada en el partido que hoy se llama de General Guido, provincia de Buenos Aires, a cargar lana.

"Al poco tiempo trabajé por mi cuenta, con tropas de carretas, que fueron aumentando. Esto duró hasta 1879, año en que decidí variar de labor.

Surge el ganadero

"Y lo hice. En pocos días liquidé las carretas. Veíase que los ferrocarriles iban a terminar con ellas. El porvenir estaba en otro lado.

"Arrendé un campo en el partido de Chascomús, adquirí vacas y ovejas. Me producía el negocio; en 1880 tomé de segunda mano, 3000 hectáreas que vendía el gobierno. Esta compra la hice en condominio con mi hermano Ignacio.

"La propiedad estaba situada en los campos desiertos de Guaminí.

"Teníamos la obligación de poblar personalmente esas tierras. La hectárea nos costaba 10 pesos, que habíamos de pagar en un plazo de 7 años.

"Decidido a luchar como bueno, vendí las ovejas para irme preparando la marcha con vacunos, yeguarizos y caballada, a fin de poblar el pedazo desierto.

"Compré a la señora María Mendiburu, viuda de don Tomás Escaray (que fué más tarde mi suegra), 220 vacas, con las que completé un plantel de 500 excelentes reproductoras.

"El día 9 de octubre de 1882 salíamos con nuestro arreo en dirección al campo. Orgullo y esperanza de ese arreo eran dos lindos toros Durham puros por cruza, comprados al señor Senillosa, dueño de una de las cabañas mejores de aquella época.

"Cincuenta días duró la marcha: el 30 de noviembre llegamos a los terrenos de Guaminí. En el viaje perdimos bastantes vacas por los pastos venenosos.

"Se cumplían los diez años de mi venida al país, que ha sido tan pródigo conmigo. Comenzaba una nueva etapa de mi existencia.

"No pueden imaginarse ustedes lo que era aún en aquellos años la empresa difícil de poblar de animales un sitio desierto como nuestras 3000 hectáreas. Todo se volvía obstáculos sobre obstáculos. Era menester improvisar muchas cosas.

"Hoy día, las redes ferroviarias facilitan la tarea. Los desembolsos son menores. El país cada vez se "va haciendo" con menor indocilidad de la naturaleza.

"Mi hermano Ignacio y yo convinimos en poblar por separado nuestros correspondientes lotes, es decir, 1500 hectareas cada uno. Eso facilitaría la obra.

"Como base de mi establecimiento elegí el médano más alto. Esta es la razón del nombre de Loma Alta, en La Larga, donde aun vivo.

El héroe busca compañera

"Ya les hablé de la señora María Mendiburu, viuda de don Tomás Escaray, a quien hice la compra de vacas. Añadiré que el 9 de abril de 1883 contraía yo enlace con su hija Graciana.

"Compañera ideal ha sido para mí esa esposa, que gracias a su cariño hallé en la vida el mayor aliciente para los rudos trabajos, y el más dulce consuelo en las dificultades y desengaños. Nuestros siete hijos también la bendicen.

Paso a los jóvenes

"Pues, bien; aunque todavía estoy, a Dios gracias, fuerte, hace dos años decidimos mi esposa y yo que había llegado la hora de ceder paso a los jóvenes.

Y al decir estas palabras extrajo de su cartera un documento donde las formalidades de rúbrica y el cariño paternal se mezclan sencillamente.

—Señor Carrique, ¿nos permitiría tomar copia de ese pliego, que es una ejemplaridad?

—Haga lo que quiera. Yo no oculto mis acciones.

El documento

Todo está especificado en sus renglones cortos. Revela equidad. Leedlo: constituye una lección.

Los que suscribimos, Pedro Carrique y Graciana Escaray de Carrique, manifestamos a nuestros queridos hijos, María Benedicta C. de Rodal, Lucía María C. de Carrique, Pedro Ignacio Carrique y su señora María Luisa Uhalde, María Magdalena C. de Miguel Peñaranda, Julia Graciana C. de Redondo, Fernando Mauricio Carrique y su señora Alicia Dauga y Marta Celina Carrique; que estamos dispuestos a hacerles una donación en concepto de anticipo de herencia, de la mitad de nuestros bienes inmuebles que poseemos. Dicha donación la haremos en siete partes de igual valor, de acuerdo al justiprecio de la calidad de las tierras, que con la mayor exactitud hemos trazado, avaluando los campos del partido de Caseros en 230 pesos cada hectárea, los del Partido de Guaminí en 175 pesos, no siendo los cuadros que llevan los Nros. 29 y 30, como también el campo del Partido de Adolfo Alsina, que por su ubicación y bondad de la tierra están valuados en 190 pesos la hectárea; la Población denominada 6 de Enero en 12.000 pesos y la llamada Las Horquetas en 9.975 pesos. La parte que donamos es la que se denomina la primera fracción, tomándose como medianeros los alambrados y molinos linderos. El valor básico de la donación es de 105.000 pesos para cada uno de los hijos. A los que no les alcance a esa suma, la fracción que se les adjudique en hectáreas al precio que corresponda, le abonaremos en efectivo hasta igualar; y lo mismo los que pasan tendrán que darnos igualmente en efectivo lo que excede de la base, respetando las divisiones de cada parte. En la actualidad están totalmente liquidadas las partes. Solamente al hijo Pedro Ignacio le haremos una pequeña distinción considerando que es el que más ha contribuido con su ayuda, dándole además de su fracción correspondiente; veintiocho hectáreas y la Población denominada Loma Alta, de ésta reservándonos el derecho de habitar en ella.

"Por fin la donación antes dicha se hará efectiva, al finalizar el contrato de sociedad civil que tenemos con nuestros dos hijos, que gira bajo el nombre de Pedro Carrique e Hijos; y termina el 30 de junio de mil novecientos treinta y cuatro. En cuya fecha podrán entrar cada cual en posesión de la parte que le corresponda.

"Igualmente manifestamos nuestros deseos de que una vez fallecidos nosotros, tomen posesión de la otra fracción de acuerdo con la base antes dicha, numeración de las divisiones y plano de colores que en otro sitio se encontrará; abonando en efectivo los que tengan mayor valor a los de menor, cosa de igualar las siete partes sin modificar las divisiones.

"En el testamento ológrafo que tienen los esposos Carrique, queda especificado que al fallecimiento del último de ellos, se repartirán por partes iguales la otra mitad de las 7078 hectáreas que en la actualidad no pesan sobre ellas ningún gravamen, como así también la hacienda y el dinero depositado en los bancos.

"De modo que enterados nuestros siete hijos de las modalidades de esta donación; y agradeciéndola con todo el reconocimiento filial que merece; manifiestan su conformidad desde ya, lisa y llanamente obligándose todos y a cada uno a reiterar dicha aceptación".

Otros beneficios de la donación

Por derechos fiscales de la donación o anticipo de herencia ha recibido la Dirección General de Escuelas de la Provincia la suma de 21.470.44 pesos, impuesto que corresponde a la mitad de lo que se halla tasada la fortuna obtenida por el gran inmigrante vasco francés y su esposa.

El señor Pedro Carrique sigue con la dirección de Loma Alta, que queda a tres leguas y media de La Larga, a pesar de estar a sólo 2500 metros de la importante estación Andant, F. C. Midland.

Es, indudablemente, un prototipo de hombres laboriosos, tan útiles y necesarios a la Argentina.



Fotografía tomada con motivo de sus bodas de oro matrimoniales. Los esposos Carrique, están rodeados de sus siete hijos, con sus respectivas esposas y esposos, veinte nietos y un biznieto.



En esta fotografía se puede apreciar la fortaleza física del señor Pedro Carrique, que, a pesar de sus 82 años, todos los días visita a caballo su establecimiento de campo. Los novillos que aparecen en el grabado, han sido vendidos al frigorífico "La Blanca", por la Sociedad Pedro Carrique e hijos, y serán embarcados el 26 del corriente en la estación Andant.



La inmigración y su rol en la agricultura argentina

Hablar de inmigración en estos tiempos de desocupación parecería un contrasentido, pero como estas notas tienen vistas retrospectivas y fines conmemorativos principalmente, creemos que, al recordar los factores más notables del engrandecimiento nacional, no podemos olvidar la inmigración, que ha sido preponderante y decisiva en el desenvolvimiento agrícola, industrial y económico del país.

Todos los gobernantes y estadistas que han regido los destinos de la Argentina desde los principios de su vida libre e independiente, se preocuparon, por todos los medios, de fomentar la inmigración europea, y el primer paso en el camino de esta política ha sido el decreto de 4 de septiembre de 1812, inspirado por Bernardino Rivadavia, que ha constituído el principio de toda la legislación que se ha sancionado después y que ha promovido la inmigración europea, a la que se ofrecieron tierra y auxilio a los que quisieran dedicarse a las tareas del campo.

La Argentina, dotada por la naturaleza de vasto e interminable territorio, con climas los más diversos y opuestos, con tierras de enorme fertilidad productiva, por su fecundidad natural acumulada por los siglos, pero desprovista de población, estaba entonces en aquellos tiempos en condiciones excepcionales para abrir sus puertas a las corrientes inmigratorias espontáneas o provocadas. Fué, pues, gracias a la iniciativa que mencionamos, al espíritu liberal de nuestra Constitución y de la legislación derivante, que pudieron organizarse y encauzarse las corrientes inmigratorias desde Europa, que, engrosando cada vez más, llegaron a tener, en algunos años, proporciones salientes.

La estadística de la inmigración ha sido, en el pasado, el índice de nuestro desenvolvimiento agrícola, industrial y económico, y recorriendo sus columnas se observan todas las fluctuaciones y oscilaciones de nuestro estado. Iniciada en 1857 con 4951 individuos, llega en 1863 a 10.000, y sube veinte años después a 90.000. Con la concesión de pasajes subsidiarios acordados por el gobierno solamente durante algún tiempo, aumenta sucesivamente, hasta llegar el año 1889 a 260.000 inmigrantes, y batir el récord en 1912, con casi 380.000. Desde que se inició hasta hoy, han llegado al país más de 6 millones de inmigrantes de ultramar, de los cuales más de tres millones y medio han quedado arraigados en la Argentina, prestando la contribución de su trabajo para iniciar, elaborar y consolidar la prosperidad propia y la del país que generosamente los hospeda.

En el amplio horizonte territorial de la Argentina y en su ambiente variado y diverso, todas las razas humanas del mundo encuentran condiciones favorables de adaptación, y en efecto, los barcos que llegaron a nuestros puertos trajeron gente de todos los continentes, aunque, como es natural, las razas europeas constituyen la mayoría y la italiana y española las predominantes.

Juzgar del valor étnico que esas corrientes abundantes y multiformes hayan traído para nuestras campañas es un tanto difícil, y más aún lo es traducido en cifras. Pero creemos que, en conjunto, es dable creer que esos elementos humanos han sido buenos y, a veces, valiosos en sumo grado. Las leyes libérrimas de la Argentina y la generosa hospitalidad de nuestra población nativa abrieron las puertas del país a toda clase de gente y es natural que, con suma facilidad, hayan penetrado en él elementos indeseables, de antecedentes dudosos, pero, en general, la mayor parte de la inmigración y sobre todo la que se arrojó en la campaña, está constituída por elementos sanos y dignos que la vieja Europa lanza a las playas argentinas, no como escoria, sino como elemento sobrante de su densa población, de su vigoroso aumento vegetativo, a los que los estrechos límites territoriales a los escasos recursos económicos no han permitido un cómodo o próspero porvenir.

En verdad podemos decir que, de todos los oficios que los contingentes inmigratorios han traído al país, el de los trabajadores del suelo es el que mayormente ha influído en el poderoso desenvolvimiento de nuestras industrias madres, y puede observarse que a medida que la inmigración poblaba los campos de la Argentina, el área cultivada iba en aumento constante, y desde que el saldo inmigratorio ha quedado, en estos últimos años, disminuído o paralizado, tampoco la agricultura progresa en su extensión, lo que demuestra la falta que hacen los brazos para poner en función activa y productiva nuevas tierras, y con ello nuevos progresos y nuevas riquezas.

Desgraciadamente, la crisis ha obligado al gobierno a limitar y restringir la inmigración. Es de esperar que con la reacción que forzosamente ha de producirse en la situación económica de la agricultura y ganadería en la Argentina, vendrá el equilibrio y el bienestar de las fuerzas vivas del país y deberán entonces reactivarse las estancadas corrientes inmigratorias del país y llegará la Argentina a poblarse en relación a su capacidad territorial, emprendiendo nuevamente su camino ascensional hacia las cumbres de sus mejores y más altos destinos. — *H. M.*



Polvo
LE SANCY
en tonos:
ocre
rosado
piel natural
morocho
chair
rachel
caja
tricolor
0.50
Perfumería
Dubarry
Soc. Anón.
INDUSTRIA ARGENTINA

Belgrano y la ortografía de la palabra libertad

COMENZABA a obscurecer, los patriotas se retiraron dándose cita para esa noche en la casa de Nicolás Rodríguez Peña, para ponerse de acuerdo sobre la actitud que debían asumir al día siguiente. El pueblo, incluso los más indiferentes vecinos se agitaban cada vez más, el momento decisivo se acercaba y no había tiempo que perder.

Belgrano se quedó solo, con la esperanza de obtener buenos resultados para la causa revolucionaria. Entró en la habitación su hermano Domingo Belgrano, canónigo de la Catedral que volvía de asistir a las vísperas de San Ignacio.

—Buenos tarde — saludó al entrar.

—Buenas tardes, reverendo.

—Las cosas se agitan y la paz se altera en nuestra ciudad cristiana; pero, esto no importa, siempre que sea por la voluntad de Dios y el bien de la patria.

—Dios y el pueblo lo quiere, "vox populi, voz Dei".

—Así es; pero, más que del pueblo, ni de ningún otro poder de la tierra, nuestro triunfo depende de la justicia divina y a ella debemos dirigirnos para que nos ayude...

El toque de la oración de todas las iglesias interrumpió las palabras del sacerdote y los dos hermanos oraron en silencio.

El verdadero Dios, el Dios de la cristiandad, reemplaza a Marte dios de la guerra en el espíritu del pueblo. La gente de la ciudad, el paseante que detuvo sus pasos en calles y plazas, el trabajador su tarea, hicieron la señal de la cruz, inclinaron sus frentes, elevaron el alma al cielo y dedicaron su plegaria al triunfo de la Revolución.

Por la noche, la gente se había recogido muy temprano en sus hogares, una que otra sombra misteriosa, agentes políticos tal vez, veíase en las calles mal alumbradas. A cada hora el grito del sereno rompía el silencio nocturno:

¡Las doce han dado y sereno!

El día siguiente, lunes 21 de mayo, amaneció con todas las bellezas de un día otoñal. En las primeras horas de la mañana, las devotas se dirigían a la primera misa de la iglesia de San Ignacio y el movimiento poco a poco fué acentuándose. De los suburbios de la ciudad, la gente de trabajo entraba para ejercer sus ocupaciones habituales; unos para dirigirse al río y otros para dejar la mercancía que proveían a la población. Se vió pasar a la lavandera con una batea llena de ropa sobre la cabeza y en la mano la pava y sus zapatillas, el panadero montado sobre un caballo flaco en medio de dos árganas de cuero, el lechero, el vendedor de escobas a pie calzando zuecos, la vendedora de tortas, envuelta con un rebozo y sobre la cabeza el cesto de mimbre, el vendedor de pasteles vestido de chiripá, calzoncillo cribado y descalzo, el apagador de faroles corriendo con su escalera al hombro, el mendigo que se instala en los atrios mostrando sobre el pecho un letrero que dice: "Policía. Mendigo Nº...", vestido de chiripá y calzoncillo, el vendedor de velas, el aguatero montado sobre el pértigo del carro cuyo vaivén hace sonar la campanilla que auncia su presencia en las casas que carecen de aljibe, el vendedor de pescado, el carro del pastero seguido de un perro, el carnicero que va montado en el caballo de tiro de la carreta, y, finalmente el habitante de la campaña, que emprende sobre su caballo bien cuidado la vuelta al pago, después de haber comprado el día anterior lo que hacía falta en su rancho. En aquella hora, la mirada impertinente, podía ver por la reja saliente de la ventana, a la dama porteña sentada con la cabellera suelta y tomando mate alcanzado por un negrito esclavo, seres infelices objeto de venta que se ofrecían hasta por el periódico.



Manuel Belgrano.

Muy temprano, Manuel Belgrano se dirigía por la calle Victoria hacia la imprenta de Niños Expósitos, situada a la altura de la calle Villanueva, con el propósito de preparar el material del próximo número del "Correo de Comercio" que debía salir el sábado 26 de mayo.

El "Correo de Comercio" aparecía los sábados de cada semana; el precio de suscripción era de un peso al mes para la capital, diez reales en los pueblos comprendidos en la administración principal de correos, y doce reales para los de Perú y Chile. No admitía suscripción en la ciudad menos de tres meses, y de seis afuera, debiéndose anticipar su importe. Se remitía a los suscriptores de la ciudad y fuera de ella franco de todo porte.

Belgrano, además de gran patriota, era un hombre de talento, sus nobles sentimientos y su capacidad intelectual, los dedicaba al bien del pueblo. Escribía en su periódico brillantes artículos sobre el Consulado del cual era secretario, artículos llenos de observaciones cuerdas y de consejos útiles al progreso de las provincias; daban una idea precisa de todo, y recomendaban especialmente la ciencia de la estadística, que enseñaba el verdadero estado de un país.

Después de concluir su tarea en la imprenta, se dirigió al Cabildo para informarse sobre la reunión del Ayuntamiento. Algunos niños de escuela con sus libros bajo el brazo, jugaban en la plaza con las expansiones propias de su edad, entreteníanse en hacer figuras, y escribir palabras, con la punta de la regla sobre la tierra arenosa. Se fijó al azar que uno de ellos había escrito la palabra "livertad" y se detuvo para decirle:

—Vea amiguito, esa palabra no se escribe así, es con b larga.

El niño lo miró con extrañeza, algo turbado por el error de ortografía cometido; Belgrano le pidió bondadosamente la regla, corrigió, y sobre la palabra "libertad" dibujó una figura representando un gorro frigio.

—¿Qué es eso? — preguntó el niño — parece un gorro catalán.

—Efectivamente, esta figura representa un gorro; pero, no es catalán sino un gorro frigio, que usaron los republicanos en Francia y se adopta como emblema en todo país que quiere libertad. Eso mismo que tú has determinado sobre este suelo de nuestra patria la que pronto será libre. ¿Y por qué escribiste esa palabra y no otra?

—Porque en casa y en la escuela oigo hablar de revolución, de libertad. Muchas personas recuerdan también el nombre de usted.

Y salió corriendo detrás de sus compañeros, había llegado la hora de entrar a la clase en la escuela que existía en el convento de San Francisco.

SERAFIN LIVACICH

25 de Mayo de 1879

Párrafos de un discurso de Bernardo de Irigoyen: Conmemoramos este primer acto del movimiento grandioso que, partiendo de esta ciudad, inflamando los hombres y los pueblos, levantó el estandarte de la independencia en las llanuras argentias, entre las olas del océano y sobre las elevadas montañas de la América Meridional.

Solos, desconocidos hasta entonces en el mundo, sin ejércitos, sin telégrafos, sin ferrocarriles, sin empréstitos, sin los elementos conquistados por la ciencia y por el progreso de la humanidad, aquellos hombres verdaderamente grandes acometen la empresa de reivindicar los derechos de un mundo, y, estimulados por el santo patriotismo que ardiera en sus pechos, afrontan todos los peligros, vencen las más hondas dificultades, improvisan ejércitos, convierten débiles embarcaciones en escuadras y alcanzan una palma en cada jornada y una espléndida victoria en cada combate.



Bernardo de Irigoyen.

Las provincias del Río de la Plata, Chile, Perú, Colombia constituyen el vasto escenario en que se desenvuelven aquellos esfuerzos del heroismo. San Martín y Bolívar vienen de polos opuestos para encontrarse en los lugares en que la libertad peligra. Belgrano, Sucre, Necochea, Alvear, O'Higgins y otros muchos argentinos, chilenos y colombianos, hacen triunfar la libertad en todo el continente sin distinción de jurisdicciones, de audiencias ni de obispados; y al disiparse el humo de la inmortal batalla de Ayacucho, postrer esfuerzo de la monarquía, el sol alumbra nuevas repúblicas, independientes, ricas y generosas: desenlace final de la jornada que iniciaron nuestros antepasados en este día.

Aquellos grandes hechos se produjeron bajo la influencia del desprendimiento y de la justicia que inspiraban a los pueblos americanos: las rivalidades, las ambiciones territoriales no existían en aquella época. Para los hombres de la Revolución de Mayo, la patria no tuvo otros horizontes que los grandes océanos que bañan la América, y el mapa del Nuevo Mundo sólo se desenvolvía entre ellos para señalar el punto en que era necesario vencer a los defensores de la monarquía, o para demarcar, dentro de los límites argentinos, los ricos desprendimientos con que la voluntad nacional quiso contribuir a la creación de tres repúblicas, libres e independientes.

Las legiones argentinas regresan cubiertas de heridas y de gloria, sin haber usurpado un palmo del vasto territorio que han recorrido. Los héroes de aquellas jornadas no vuelven, como los guerreros de la antigüedad, cargados de riquezas y de tesoros. Traen por única recompensa sus nobles pechos labrados de cicatrices que atestiguan su denuedo. San Martín se aleja de nuestras playas llevando, por único tesoro, el estandarte de Pizarro, y al descender a la tumba, se detiene un momento para devolverlo a la tierra de los Incas...

¡Epoca grande y generosa, época de abnegación y de sacrificios; sus actores han alcanzado dignamente el aplauso de la posteridad y las bendiciones del cielo!

BERNARDO DE IRIGOYEN

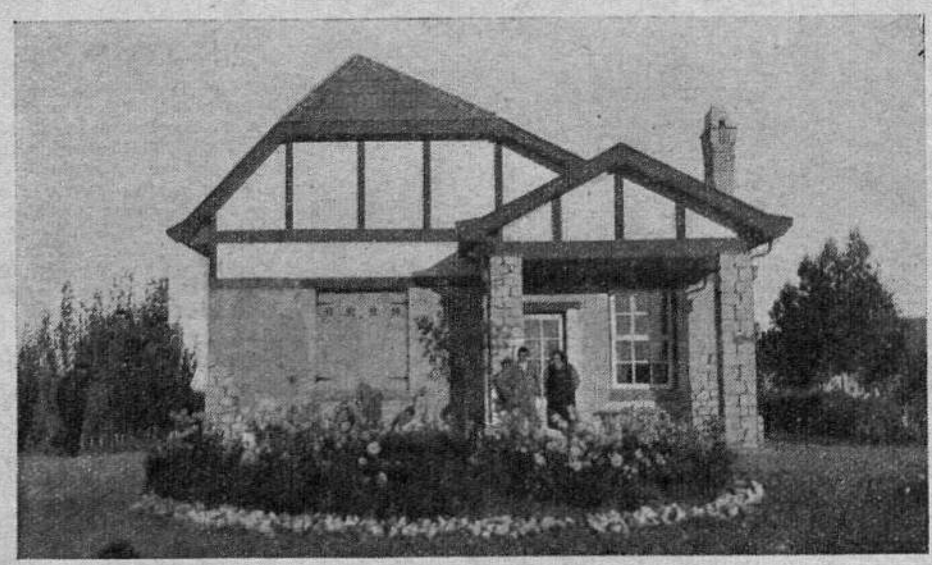
La trilla



En medio del movimiento acelerado e incesante de la trilladora, el motor silbaba, resollaba vapor y vomitaba humo por el caño. Entre este ruido infernal, que tendría alarmados a los zorros y vizcachas de una legua a la redonda en el fondo de sus cuevas, el personal, que se compondría de veinte hombres, trabajaba, en un silencio melancólico, agobiado por el calor. El maquinista — como se llama al director del motor — estaba, con aire científico, al lado de su pieza, y un peón echaba a cada instante paja de trigo en la hornalla, mientras otro, a brazadas, se la amontonaba al lado. Un tercero, en lo alto de un carro atracado a la trilladora y rebosante de gavillas, las echaba por arriba una tras otra con una horquilla, y en cuanto quedaba vacío, poníasele otro repleto al lado mientras aquél volvía nuevamente a llenarse en las parvas. La máquina, de esta manera, tragaba constantemente gavillas, entretanto que por abajo arrojaba, como si fuesen residuos, la paja pura, que era llevada en rastras a la cincha y arrojada lejos. Atrás había cuatro bocas, por las que salía el trigo en grano a borbotones, limpio, puro, y caía en otras tantas bolsas abiertas, a estilo de las aguas corrientes.

Llenadas las bolsas, se sacaban, pero reemplazándose en el acto con otras vacías, que se colgaban de ganchos y tocaban el fondo en el suelo. Las bolsas llenas se cosían allí mismo, se colocaban cruzadas unas sobre otras y formaban pilas que nunca eran enormes, porque carretas de bueyes, en incesantes viajes, las llevaban a los galpones de la estación. Nadie hablaba una palabra, y en medio de este rudo trabajo tan dividido, cada miembro de este personal iba y venía y llenaba su tarea en el más completo silencio. No se oía, en ese desamparo, más que el ruido de la máquina y los silbatos y pujos del motor que transmitían la impresión de una fábrica de trigo a la intemperie.

¿Cómo se verificaba esta transformación? Cómo una gavilla atada era en el acto desatada, convertida en paja inservible y en un choro del codiciado grano, era una operación que nunca quise averiguar. No he nacido para violentar mis sesos, y temí que como el político de aquella célebre caricatura, empeñado en comprender el tratado de Berlín, estallase en explosión. Me imagino..., como en la segadora, que, en el acto de entrar la gavilla por la boca, una mano la desatará, mientras que otras, con igual celeridad y maestría, la despojarán de todos sus granos. ¿*Qué más nos importa* saber? ¿Qué tenemos que ver cómo la gavilla se convierte instantáneamente en un chorro de granos? Contentémonos con llevar las bolsas vacías, para retirarlas rebosantes, con más prontitud que si se tratara de agua. ¡De rodillas deberían presentarse abiertas, porque sólo tenemos derecho a la admiración! — *Arturo R. O'Connor.*



La vivienda de un colono propietario o en vías de serlo, en una colonia granjera moderna de la Argentina.

La colonización agrícola en la Argentina

La colonización agrícola en nuestro país tiene antecedentes honrosos de antigua data, por la iniciativa de gobernantes y estadistas, por la cooperación eficiente de los particulares y por el desenvolvimiento que ha adquirido en sus mejores fases evolutivas.

Es con la independencia argentina que iniciose una nueva era caracterizada en sus prolegómenos, por diversas medidas de orden legislativo, en las que predominaba el espíritu clarividente y patriótico de Bernardino Rivadavia, para promover la inmigración europea, ofrecer tierra y auxilio a los que quisieran dedicarse a las tareas del campo, prohibir la introducción de esclavos y fundar un jardín de aclimatación y una escuela de agricultura en la Recoleta. Más tarde en la provincia de Buenos Aires se dicta una ley para la demarcación de una legua de campo alrededor de cada pueblo de campaña con destino a la agricultura y así llegamos a 1852, año en que el inolvidable Sarmiento va a Chivilcoy a inaugurar, no una colonia propiamente dicha, sino el primer reparto o distribución de tierra para chacras a los pobladores locales.

Pero es recién al resolverse los acontecimientos políticos que tenían entonces dividida la familia argentina y que han terminado en Caseros, que, bajo la egida fraternal de la confederación y al amparo de la nueva constitución de 1853, empieza una nueva era de tranquilidad política que pudo permitir al país abrir nuevamente los puertos a la inmigración e iniciar la colonización agrícola en la República. Y es así que se funda en 1856 la colonia Esperanza, 10 leguas de la ciudad de Santa Fe, por iniciativa del ciudadano argentino Aarón Castellanos, con 200 familias de suizo-alemanes, franceses e italianos, dándoseles a cada una una "concesión" de 20 cuadras, 33 hectáreas, útiles, animales, casa de habitación, semillas y alimentos, hasta recoger los frutos de las venideras cosechas, al precio de 25 a 50 pesos bolivianos, esto es, 20 a 40 pesos oro la concesión y a largos plazos.

El ejemplo dado por Santa Fe fué imitado por la provincia de Entre Ríos, donde en 1857, bajo la protección del general Urquiza, se establecieron 100 familias de agricultores, en la colonia San José sobre la costa del río Uruguay, Córdoba, a pesar de sus buenas leyes dictadas, no pudo iniciar la colonización hasta 1870, cuando las vías férreas pusieron en comunicación sus campos con los puertos de embarque de Rosario y Santa Fe, fundando la primera colonia de Tortugas, por la compañía cesionaria de los derechos del ferrocarril Central Argentino. Y, en fin, en la provincia de Buenos Aires, con la ley de centros agrícolas, pudo extenderse la agricultura tanto como lo consentían la época y sus circunstancias.

La colonización, pues, como medio de subdividir la tierra y entregarla, en venta liberal, al que la trabaja, esbozada en sus principios y simultáneamente en diversas zonas del país, pudo tomar incremento fuerte y difusión rápida, solamente cuando se hizo sentir eficaz y poderosa la acción de sus factores auxiliares ineludibles: brazos y medios de transporte, esto es, inmigración y ferrocarriles. Y así fué que iniciadas en 1857 y organizadas y encauzadas convenientemente las corrientes inmigratorias desde Europa, llenaron su misión engrosando cada vez más hasta llegar a proporciones salientes en algunos años, y lo mismo dígase de los ferrocarriles.

Pero, la colonización tan bien iniciada y encaminada, que llegó a civilizar, por el arado y la siembra, millones y millones de hectáreas, estableciendo miles de núcleos de poblaciones que hoy son ciudades florecientes todavía, empezó a declinar a fines del siglo pasado, hasta detenerse completamente, porque la valorización constante de los campos, por el trabajo agrícola, que llegó a precios excesivos y exorbitantes, ha inducido a los propietarios a retener sus tierras o entregarla en arrendamiento en dinero efectivo o al tanto por ciento de la cosecha. Pero esta seudo colonización, a base de agricultores nómades, sin arraigo, que ocupa hoy las dos terceras partes del total de las chacras argentinas y que ha dejado imperante todavía el latifundio en la campaña, no es factor de progreso agrícola, de bienestar, de riqueza. Es causa de estancamiento y de miseria, y lo es porque vemos que el área total cultivada en el país no aumenta sensiblemente desde hace años y el gremio de los arrendatarios es el que más que ninguno sufre hoy los efectos de la crisis agraria actual.

Necesitamos, pues, reaccionar y promover una expansión colonial a base de agricultores propietarios, buscando tierra disponible en buenas zonas y población que la trabaje, hasta que el total de las chacras argentinas sean explotadas por sus dueños, ya que la posesión de la tierra es el anhelo constante del proletariado rural del mundo, y la estabilidad de la riqueza agrícola de una nación se funda en la tierra explotada por sus propietarios y mejor aún por pequeños propietarios, y a eso debemos llegar para consolidar el patrimonio valioso y apreciable de nuestra industria fundamental: la agricultura. — *H. M.*



Una cosechadora de doce pies de ancho, tractor de 15-30 HP., que siega, trilla y embolsa el trigo de 15 a 20 hectáreas en un día de trabajo.

Los progresos de nuestra agricultura

Las corrientes inmigratorias, la extensión de las líneas ferroviarias, la colonización de las tierras y el comercio habilitador en la campaña, han sido, con la acción orientadora y legislativa del gobierno, los factores primordiales y eficientes que desde el principio han despertado las fuerzas latentes en el ambiente natural del país y han llevado a la producción agrícola, en poco más de medio siglo, a proporciones gigantescas y majestuosas.

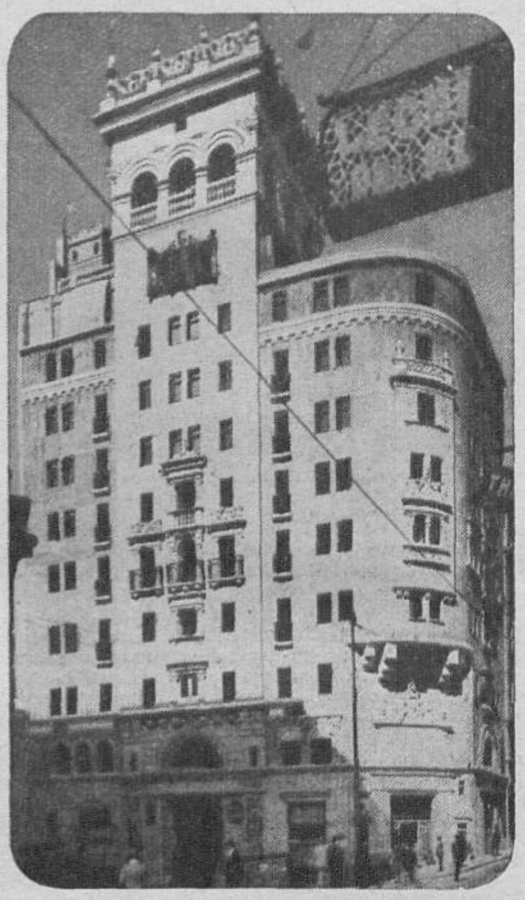
Los censos que cada tanto se efectúan y la estadística que metódica y continuadamente se lleva a cabo, nos instruyen de los progresos rápidos e importantes que ha sufrido el área cultivada en la Argentina, pues mientras en 1872 tenía la República apenas medio millón de hectáreas cultivadas, en 1895, eran ya cerca de 5 millones para 5 millones de habitantes, y hoy son más de 26 millones de hectáreas de tierra bajo cultivo, con una población de cerca de 12 millones de habitantes, comprendiendo este inmenso vergel todos los cultivos, de todos los climas. Los cereales, naturalmente, constituyen su mayor extensión: el trigo con 7.650.000 hectáreas que fueron más de 9 millones en 1928-29 y el maíz con 5 millones; el lino con casi 3 millones y la alfalfa con 5.500.000; siendo el resto ocupado en buenas proporciones por los demás cereales, inclusive el arroz, caña de azúcar, algodón, tabaco, maní mandioca, tártago, hortalizas, viñas, frutales, yerba mate y otras plantas forestales. Del volumen de su producción dan cuenta las estadísticas, que no vamos a reproducir por no llenar de cifras esta breve nota, baste decir que la Argentina ocupa el primer puesto en el mundo como productor de semilla de lino, el segundo para el maíz y el cuarto para el trigo.

El cuadro de la producción nacional, grandioso en sus proporciones de extensión, es racional y adecuado en la distribución de sus cultivos, pues, conforme lo establece las leyes naturales de ambiente natural y económico, cada cultivo tiene su zona preferida: Ceres extiende su reino en las vastas llanuras del litoral y del centro; la alfalfa, la maravillosa forrajera, ha elegido para su imperio las suaves planicies extensas y tranquilas del centro de la República y especialmente en las pampas fecundas de Córdoba, Buenos Aires y San Luis; Baco reposa en su lecho de pámpanos al pie de la cordillera andina; Pomona, sienta sus reales en el huerto de las Hespéridas, en las pintorescas islas del Delta paranaense y en los valles hermosos que bañan el Río Negro, las faldas de las sierras de Córdoba y en las provincias de Cuyo; los cándidos azahares de las provincias y territorios del norte, alternan sus dominios con la caña de azúcar, el tabaco y los níveos capullos de algodón; Diana, la reina de las selvas alejándose de sus dominios seculares, extiende sus pompas un poco en todas partes, formando, con el aromático eucalipto, el trémulo álamo de Italia, el sauce llorón, el paraíso, el plátano y las coníferas, lindo mosaico de verdor y sombra en parques y jardines, bosques y avenidas, que rodean y embellecen estancias y chacras, huertas y quintas. Bien puede decirse que desde los trópicos hasta la Patagonia, desde los Andes hasta las fluviales o atlánticas playas, se extiende el trabajo del hombre, creador y renovador de la naturaleza productora.

Referente a sistemas y procedimientos, en materia de agricultura, también hemos realizado bastante progresos, sobre todo en estas últimas décadas. A la monocultura imperante en sus prolegómenos, hemos sustituído la policultura, con tendencia y orientación hacia la granja. La mecánica ha reducido las tareas manuales a su mayor perfección, con el arado de asiento, la sembradora de línea, el empleo del tractor a nafta, las espigadora-atadora, las colosales trilladoras que embalsan hasta 600 quintales de trigo por día y 1200 de maíz las desgranadoras, las cosechadoras o cortatrilla, que siegan y embolsan, por pocos centavos por quintal el producto de 15 a 20 y más hectáreas por día. Y, en fin, la importación de árboles frutales de alto linaje y la genética oficial y particular que provee al agricultor de semillas de cereales y lino de variedades puras y selectas que duplican el rendimiento y elevan su valor panadero o industrial.

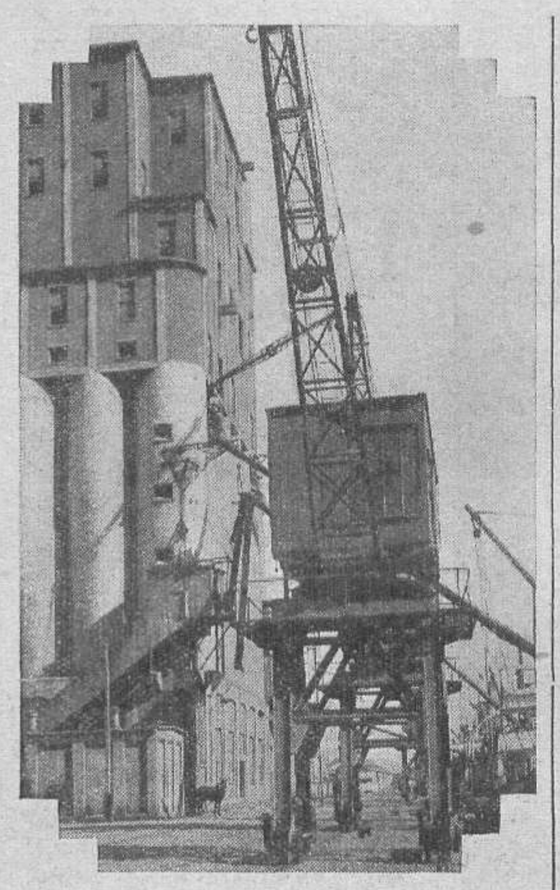
Han sido factores eficientes de esta evolución progresiva en estos últimos años, y cabe recordarlo con justiciero aplauso, el ministerio de Agricultura de la Nación, por medio de escuelas, viveros, estaciones experimentales y principalmente de los agrónomos regionales, verdaderos apóstoles de su misión, consejero y amigos de los agricultores, la Defensa Agrícola y Sanidad Vegetal, la Estadística Agrícola, los Laboratorios y las numerosas comisiones, y juntas de granos, de frutas, de carne, de yerba mate, de langosta, lechera, de colonización y otras. Lo han sido también, las facultades de Agronomía, con su falange numerosa de egresados ingenieros agrónomos; la Bolsa de Cereales, con sus concursos agrícolas y, en fin, el Banco de la Nación Argentina, con el crédito agrícola que auxilia a los agricultores en sus necesidades económicas más apremiantes.

Hugo Miatello



Lo antiguo en lo moderno

La sencillez de las líneas, ideal de la arquitectura nueva, halla matices gratos del adorno en los primores de la suntuosidad de antaño. De ese modo el dibujo rompe la monotonía y tiene sorpresas para el espectador, el cual se satisface al encontrarlas. El feliz artificio es continuación de otros, ya usados. Baste recordar numerosos ejemplos en los que el artista de siglos pretéritos buscó, afortunadamente, una alianza imprevista de lineamientos geométricos puros y de formas refinadas. El buen gusto sabe sacar partido de los caprichos. Todo esto se está empleando en la época renovadora actual. Los arquitectos compiten en la búsqueda, y hallan soluciones de verdadera gracia, ingeniosas y atrayentes. Hay que confesar que estos recursos arquitectónicos sientan mejor a la claridad de nuestro cielo. Las imitaciones de la pasada arquitectura porteña resultan moles obscuras, propias de otros países. El balcón recargado, la "mansarde" y otros estilos pasaron de moda, afortunadamente.



El, sin descanso, consigue proveer a las necesidades de los hombres de otras tierras.

Un granero del mundo

DE la inmensidad pampeana, que el esfuerzo de los hombres convirtió en llanura fértil, llegan los tesoros dorados de las cosechas. El elevador y su mucamo diligente el guinche trabajan incansables para fecundar la riqueza del país. Y los buques reciben el alimento de los habitantes de otras tierras donde es escaso el producto de las espigas. El elevador es una doble fuente que recoge y distribuye con largueza. Previsor y bondadoso, da sus bolsas o el chorro de granos, a cambio de un precio, que redundará en beneficio de los agricultores y, por lo tanto, de la Argentina. Sus jornadas de continua labor sean benditas. En su interior, los cereales hállanse a salvo de los enemigos que se oponían a su generosa existencia. Para ellos es un puerto hospitalario, donde preparan su partida para el destino definitivo. La esperanza de millares y millares de personas enciérrase allí, en aquellas columnas, sostenes de prosperidad.

Distorsión

IGUAL que los bordes paralelos del camino o de los rieles de la vía férrea, los muros de las casas son dóciles a la mentira. ¶ Ver las cosas como no serán nunca es privilegio de los ojos, sanos y anormales. Las distorsiones que alteran la realidad visible son muchas. Ya estamos habituados a ellas y sabemos descontarlas; gracias a esa facultad eliminatoria puede el hombre vivir, más o menos tranquilo. ¶ Todos persiguen el punto imaginario donde dos esperanzas paralelas se reúnen, allá en lontananza. Y al llegar a la meta ilusoria, vemos que fuimos víctimas de la distorsión. Los ensueños descansan, defraudados, durante un momento, y después prosigue el ensoñar con esperanzas paralelas. ¶ Una copla andaluza compara a los "railes del tren" dos cariños, porque continúan sobre el suelo "too seguío, too seguío". El anónimo autor sabe de distorsiones; no se deja engañar: ni la vista ni la esperanza le mienten. Era un hombre práctico y, al mismo tiempo, un amante capaz de resignación. ¡Cuántas veces las distorsiones amorosas producen desengaños crueles! ¶ Decía un filósofo que la muerte es el punto preciso en que se reunen las rectas paralelas. Algunos matemáticos aseguran que el lugar de la ansiada cita es el infinito. A pesar de tales aseveraciones, la gente ilusa continúa creyendo que, en plena vida, los rieles, los bordes del camino, las fachadas de las calles y los muros de las casas se juntan allí, allí...

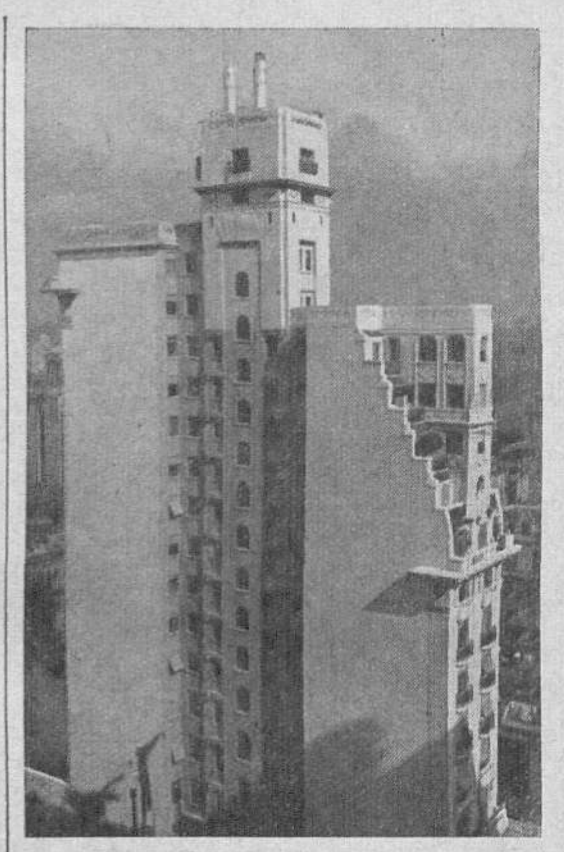


RAUL P. OSORIO



Abriendo el surco

HERMANADOS en el esfuerzo, todos a una, el trabajador y las bestias rompen la superficie aun inculta, indócil, áspera. Es una colaboración en la que la inteligencia domina al instinto, como siempre. Sobre otro terreno los seis animales arrastrarían el carro de un vencedor cruel. Allí tiran penosamente de la máquina, donde un vencedor pacífico rompe la superficie de la tierra madre, que pronto devolverá el cariño de sus hijos dándoles la retribución de la tarea, amorosa, como siempre.



Excelsior, más arriba, más luz, más espacio, parece decir el rascacielos.

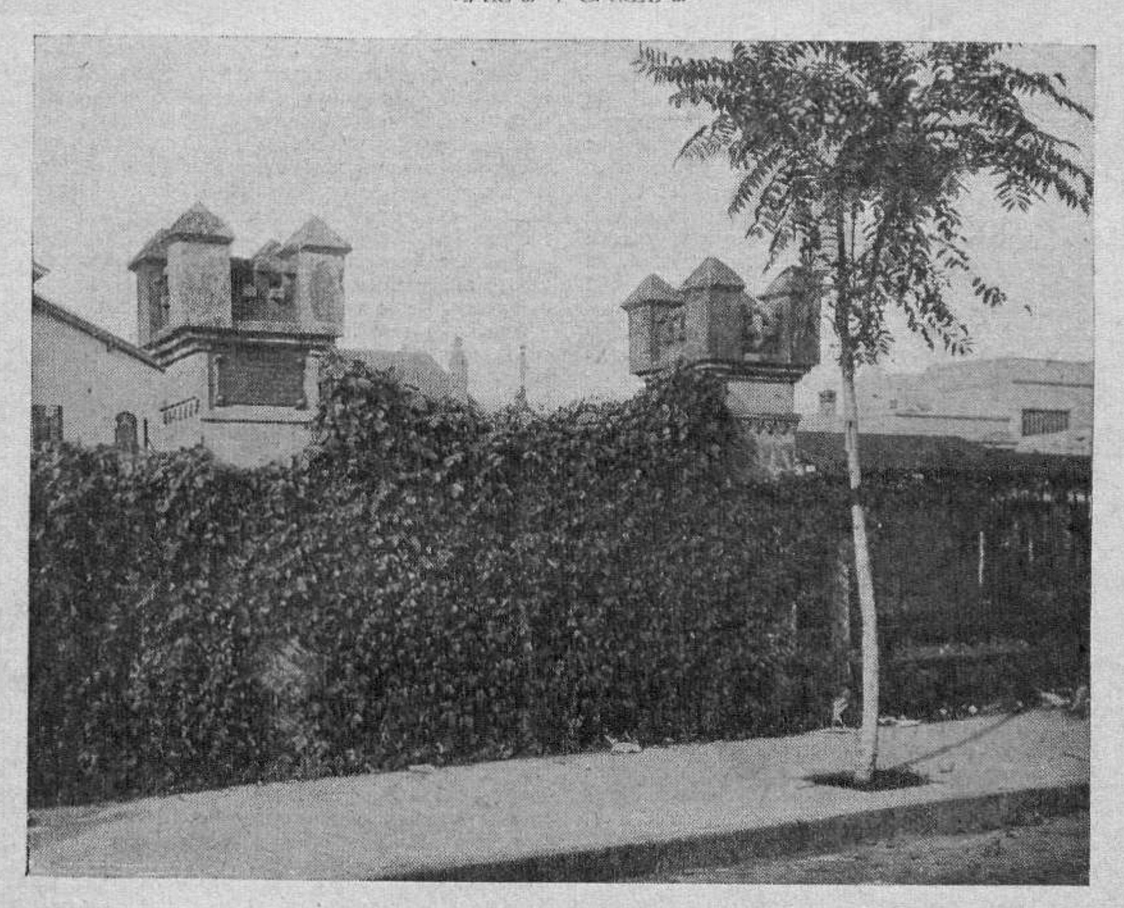
Nuevos aspectos porteños

La metrópoli crece en altura, a intervalos, cada vez más espaciados. Se dispone a presentar definitivamente su renuncia de gran aldea, es decir, ya dejó de serlo. La iniciativa particular hace su obra, que extiende la empresa realizada por la acción fiscal. Junto a las antiguas viviendas, en las que la tradición criolla conservaba el tipo impuesto por las costumbres, álzanse los rascacielos audaces, donde el porteño encuentra hogares cómodos. De no haber surgido este movimiento de renovación arquitectónica, Buenos Aires hubiera continuado extendiéndose como una mancha sobre la llanura. Aunque el lugar restante es enorme, la continuación de tal ensanche significaría una amenaza para la Argentina futura, que necesitará aprovechar el terreno. Además, la ganancia en elevación resuelve muchos otros problemas de tráfico. He aquí uno de los edificios, que al privar de la caricia del sol a las casitas circundantes, beneficia a la ciudad y contribuye a esbozar la urbe del porvenir.

CARAS Y CARETAS



Barranca de Vicente López, antiguo Parque Hotel y residencia que fuera del virrey Juan José de Vértiz y Salcedo.



Puerta de entrada al parque histórico donde se levantó la residencia del virrey Vértiz. El Ferrocarril Central Argentino hizo colocar una placa recordatoria sobre la misma.

Los progresos del partido de Vicente López

Lo antiguo y lo moderno. – La casa del Gobernador y luego Virrey, Juan José de Vértiz y Salcedo. – Un ombú secular. – Portón histórico. – Vicente López y Planes, autor del Himno Argentino. – Los grandes adelantos del partido desde su fundación a la fecha.

Por VICTOR YANTORNO

Todo cuanto puedan reunir aunadas la naturaleza y la mano del hombre, en gracia, poesía, plasticidad, color y elegancia, se encuentra confundido en la extensión comprendida por el partido de Vicente López, limítrofe a la Capital Federal, como si ambas avasalladoras fuerzas hubiéranse propuesto hacer del mismo un lugr privilegiado, donde la luz, las flores y las arboledas, armonizando con mansiones suntuosas y elegantes construcciones, habrían de recrear el espíritu respondiendo a las necesidades modernas.

Tendido muellemente a orillas del luminoso río, haciendo alarde de las bellezas de sus pintorescas costas, formó parte otrora de esa gran extensión de territorio solitario y desierto que recorriera el caballo o la carreta, por sus agrestes campos sin caminos y sus llanos y barrancos limitados sólo por el horizonte.

Luego en sus tierras abrió surco el labrador y apacentaron en ellas los ganados, para, poco a poco, dar lugar a los pequeños poblados coloniales con sus quintas y jardines dilatados, quedando en pie hasta hace pocos años, como reliquia histórica de nuestra antigua Colonia, un edificio secular que fuera residencia del primeramente Gobernador y luego Virrey del Río de la Plata: don Juan José de Vértiz y Salcedo, natural de Méjico, que tanto se distinguiera en ambos cargos por su actuación social y progresista.

La acción demoledora de la piqueta del progreso no respetó los muros de esta casa histórica y, a pesar de las encomiables gestiones de las autoridades, de las sociedades de fomento de la localidad y de los comentarios de la prensa en general, por salvar de la reducción a escombros al edificio que fuera morada de personajes ilustres, señalándolo como lugar indicado para escuela, museo o colonia de vacaciones, el inmueble fué vendido en subasta pública, y la vandálica demolición levantó las protestas de todos los argentinos que hacen un culto de los monumentos del pasado, como reliquias vivientes de los tiempos que fueron.

En todos los países cultos del globo se empeñan en conservar los monumentos o sitios que evoquen personalidades o sucesos memorables de su historia. ¿No era, pues, lícito pensar que habría de corresponder igual suerte a esta residencia, vinculada a nuestra evolución colonial y evocadora de la figura preclara más sobresaliente entre los gobernadores y dirigentes del Virreinato?

Juan José de Vértiz y Salcedo fué el propiciador entusiasta de la instrucción pública; fundó el famoso colegio de San Carlos, el Museo y la Biblioteca Nacional; fué propulsor infatigable de la beneficencia pública, fundador de la Casa de Niños Expósitos, del Hospital y Asilo de Mendigos; a él se debió el primitivo alumbrado público, y fué él, finalmente, quien embelleció la ciudad con la nivelación y el empedrado de las calles y quien fundó el teatro "Casa de Comedias".

¡Bien digno era, en verdad, de tal homenaje, por parte de las generaciones presentes, quien hizo tanto por asegurar el bienestar y la prosperidad de las pasadas y futuras generaciones!

Aun queda de tan interesante solar el viejo portón que daba entrada al hermosísimo parque poblado de árboles seculares y que descendía barranca abajo hasta la margen del río. Está formado por dos gruesos pilares y por herrumbrosa verja. Lleva el pilar de la derecha la inscripción "San Antonio", apenas perceptible por la acción del tiempo, y "1763" el izquierdo.

En la actualidad, se encuentra a escasos metros hacia el noroeste de la estación Vicente López, dentro del terreno de la Empresa y a un costado de la vía.

La empresa del F. C. C. A., en un gesto digno de encomio, ha conservado este portón como recuerdo histórico, haciéndolo restaurar y colocando una placa que dice:

1763 - 1933

Este portón histórico, restaurado por el F. C. C. A., perteneció a la residencia del Virrey don Juan José de Vértiz y Salcedo.

Es pues éste el único vestigio que queda de

lo que fuera la tradicional casa de Vértiz, ya que hasta hace dos años se podía admirar todavía un ombú de 500 años, al que en 1914 la Sociedad Forestal Argentina había colocado una placa con la inscripción "Ombú histórico que cuenta cinco siglos de existencia y que perteneció al Virrey Vértiz"; pero cupo al árbol, desgraciadamente, la misma suerte que al edificio, y cayó bajo las hachas devastadoras de los que habían de vender el terreno que ocupaba.

Algunas quintas solariegas, una avenida que enlazaba éstas a la Capital Federal y una que otra arteria transitable, fué lo que constituyó en un principio este partido que tanto auge había de tomar con el correr del tiempo.

Sus primeros centros de población fueron Olivos y Florida, constituído el primero tan sólo por ocho manzanas cuadradas, y por modestas y aisladas viviendas, el segundo.

Surgió posteriormente una nueva población que, como las anteriores, formó parte del partido de San Isidro, alrededor de la estación levantada en el terreno donado por el señor Llavallol, con el fin de darle el nombre de Vicente López, en honor del autor de nuestro Himno.

Es también bajo esta égida y llenando las aspiraciones del doctor Angel T. de Alvear, que, vislumbrando el porvenir de esta maravillosa zona, se rebelaba ante el hecho de que fuera una barriada del solariego San Isidro, que el Senado y Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires sancionan el 15 de diciembre de 1905 la creación del partido, designando como cabeza del mismo al pueblo conocido con el nombre de Olivos.

Cual si al nacer hubiérasele infundido el espíritu dinámico del poeta prócer que le diera nombre, lentamente primero y luego con suma rapidez, ha ido desarrollándose desde esa fecha el desenvolvimiento expansivo de los primeros núcleos de población que lo constituyeron, surgiendo así nuevos centros y villas, mientras que su área de 33 kilómetros vese hoy surcada, en todas direcciones, por líneas de ferrocarriles, llegando a contar en la actualidad con 10 estaciones, cifra no igualada por ningún otro partido.

Dijérase que su evolución adáptase exactamente a las diversas etapas, sucesivamente escalonadas, de la vida del cantor nacional.

Arrullado por las ondas del Plata, sumido en la quietud de sus arboledas, ostentando la lujuriante vegetación de sus barrancas y costas, piérdese en los albores del descubrimiento americano la historia de la infancia de estas tierras.

Del mismo modo, sin hacer prever lo que serían las manifestaciones espirituales de alto vuelo que habría de desplegar el gran patricio, se deslizaron plácidamente los años infantiles de Vicente López y Planes, en aquel hogar de costumbres coloniales, constituído por su madre, doña Catalina Planes, porteña, y su padre, don Domingo López, colono asturiano, honesto comerciante de la ciudad de Buenos Aires, gozando de la paz de aquella vieja casa solariega, en la que viera la luz en 1785 y donde habría de exhalar su último suspiro en 1856.

El movimiento provocado en el partido por las primeras elecciones comunales, que tuvieron lugar en 1907, y por las cuales fué designado primer intendente el entonces comisionado señor Juan Manuel Gutiérrez; las aisladas manifestaciones del despertar a la vida del progreso, que habrían de evidenciarse luego francamente — el primer alumbrado público en 1909, la



Una vista del parque tomada desde un aeroplano.

apertura de nuevas arterias el aumento lento pero promisor de las construcciones — en el lapso de tiempo que corre desde la primera elección municipal en 1907, hasta 1926, año en que, iniciada la pavimentación, el adelanto se hace visiblemente notorio: podría parangonarse a la adolescencia del ilustre varón, transcurrida en las aulas del Colegio de San Carlos, ilustrando su espíritu con la educación clásica y filosófica impartida por los severos maestros Carolinos, enseñanza disciplinada que prestaba a los caracteres la energía de que hiciera gala la pléyade de Mayo; familiarizándose con los retóricos y aprendiendo a imitarlos en las aulas, lo que había de reflejarse luego en sus odas guerreras de la emancipación americana.

Infancia y adolescencia que, en el desenvolvimiento de los pueblos como en el de los hombres, significan acopio de fuerzas, que han de hacer eclosión en la edad robusta y viril.

Así, la época del verdadero florecimiento del partido concrétase, en forma categórica, en el impulso tomado en los últimos años, a partir de 1926 hasta nuestros días: con sus hermosas avenidas, con sus calles de hormigón armado, con sus pintorescos balnearios, con sus arquitectónicos edificios municipales y particulares, entre los que se destacan: la suntuosa casa quinta donada por Villáte Olaguer a fin de que sirviera de residencia al primer magistrado de la República, y que el actual Presidente ha hermoseado haciendo ejecutar numerosos e importantes trabajos de reparación; el Hospital Municipal, que ha respondido a uno de los más caros ideales del partido, habiéndosele dotado de los adelantos científicos más modernos; la iglesia parroquial, el Olivos Golf Club, cuyas cómodas dependencias hacen de él un centro de grato esparcimiento; con sus obras sanitarias y de aguas corrientes; con su cuerpo de bomberos voluntarios; con los más modernos elementos de barrido y limpieza; con la primicia acordada por los Yacimientos Petrolíferos Fiscales a esta zona para las instalaciones domiciliarias de Supergas; con sus diversas bibliotecas, escuelas provinciales y particulares, que evidencian el interés prestado por las autoridades a la instrucción pública y entre cuyos institutos particulares merecen citarse el Colegio Internacional de Olivos, el de las escuelas Cristianas y el de Santa Teresita del Niño Jesús, cuyo suntuoso edificio responde a las más estrictas normas didácticas e higiénicas, y con la acción aunada de las autoridades y de las numerosas sociedades de fomento, que crean en la localidad una moderna organización social y de cultura.



Escudo del virrey Vértiz, que se conservaba en la antigua casa.

Correspondiendo tan sorprendente progreso del partido — al continuar el símil — a la carrera pública y actuación destacada como hombre de letras de Vicente López, marcada por gloriosos sucesos la primera, y jalonada la segunda con "El Triunfo Argentino", cantando las invasiones inglesas en 1808, y con el Himno Nacional, cantando a la patria naciente, en 1813.

Perdurará en la memoria de los argentinos el recuerdo del docto prócer autor del canto de victoria de nuestras viejas legiones, pero el sacro legado de que hicieran depositario al partido los honorables legisladores de la provincia de Buenos Aires, con el fin de que evocara constantemente la insigne figura, ha sido cumplido: el partido de Vicente López ha logrado destacarse entre sus iguales, y el nombre preclaro que lleva se pronuncia hoy, gracias a su airoso desempeño, con reverencia hacia la personalidad que evoca, y con creciente admiración hacia el progresista partido que con tanto honor lo ostenta.

Yantorno

Datos estadísticos del partido de Vicente López

Población, habitantes		43.000
Propiedades edificadas		18.500
Establecimientos comerciales		1.007
Establecimientos fabriles		25
Escuelas Provinciales		16
Escuelas particulares	5	
„ „ incorporad..	3	8
Población escolar		5.596
Personal docente		199
Universidad popular		1
Bibliotecas		3
Academias y conservatorios		10
Sociedades culturales, deportivas y mutualistas		30
Diarios y periódicos		8
Broadcastings		6
Líneas de colectivos y ómnibus		12
Permisos de edificación acordados en el año 1933		2.800

CARAS Y CARETAS

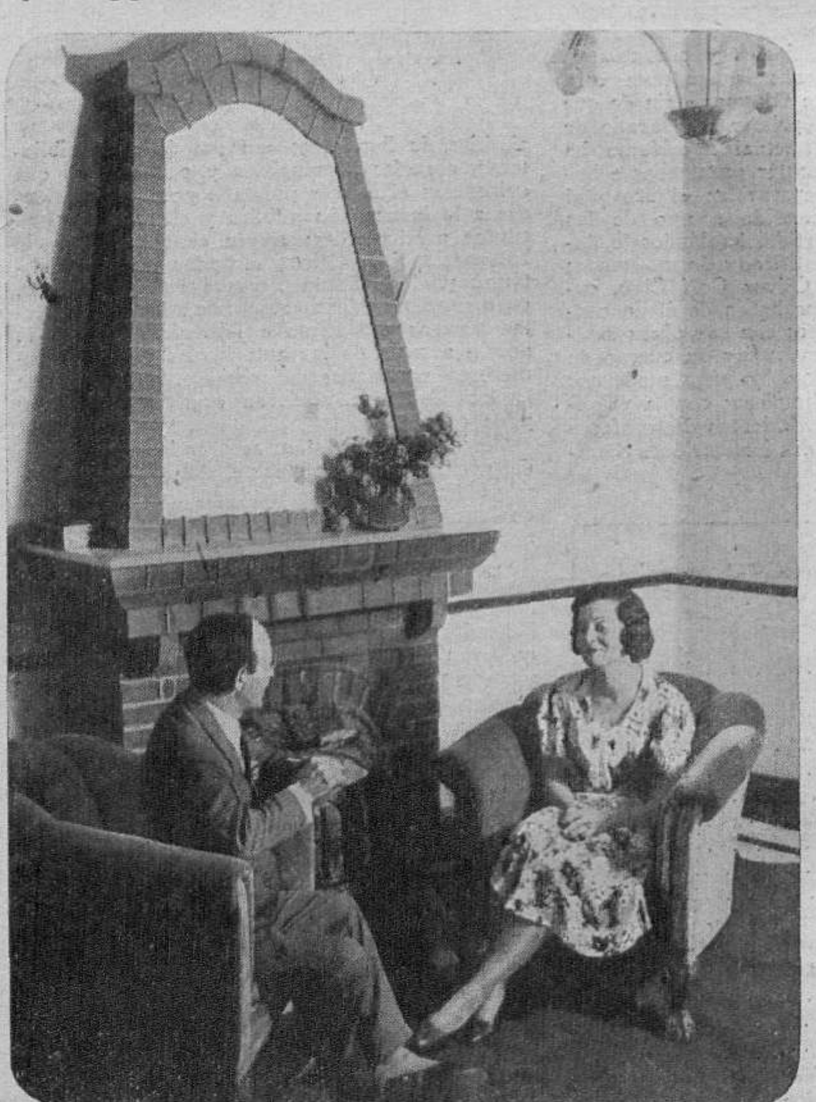
Yacimientos Petrolíferos Fiscales con su constante obra nacionalista, contribuye con una nota de progreso al engrandecimiento de Vicente López, acordándole la primicia de las ins talaciones domiciliarias de Supergás



Entre los países sudamericanos, el nuestro es el primero que posee el servicio de Supergás. — Interviú a una distinguida dama de la localidad. — Producción del Supergás y perfecta distribución del mismo.

La obra constructiva y de absoluto nacionalismo que paulatinamente viene realizando la Dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales en el orden económico del país, y que cada día va adquiriendo mayores y más vastas proporciones al punto de que no ha de pasar mucho tiempo sin que se la califique de gigantesca, ha sorprendido a la población del partido de Vicente López, haciéndole objeto de la primicia del servicio de Supergás.

Entre los países sudamericanos y gracias al esfuerzo dirigente de Yacimientos Petrolíferos Fiscales que ha sabido salvar con verdadero tino y sentido comercial, las dificultades y obstáculos técnicos que se oponían a la producción constante y normal de este gas líquido, el nuestro es el primero que posee este servicio moderno de confort para el hogar, por ende, Vicente López uno de los lugares privilegiados que lo disfruta como primicia de su consumo.



Señora María Elida de S. de Carreras Viguria, durante la interviú con nuestro enviado especial, señor Víctor Yantorno.

Este signo de prosperidad local que advertimos en nuestro recorrido, nos indujo a ponerlo de manifiesto y para compenetrarnos de su importancia real así como de su positiva utilidad en el hogar, nos propusimos visitar algunas de sus residencias. A tal efecto, la primera que se nos presentó a la vista fué la del doctor R. Carreras Viguria, en la que fuimos atendidos por su distinguida esposa doña María Elida de S. de Carreras Viguria a quien expresamos el motivo que nos llevaba y le rogamos nos concediera una entrevista a la que gentilmente accedió.

Preguntámosle:

—¿Encuentra usted en el Supergás un elemento de combustión que le significa una palpable comodidad moderna?

—Sí, efectivamente; nos contestó. Al poco tiempo de iniciarse el servicio aquí en Vicente López, decidimos adoptarlo para sustituir al carbón.

—¿Podría enumerarme las ventajas que observa con el uso?

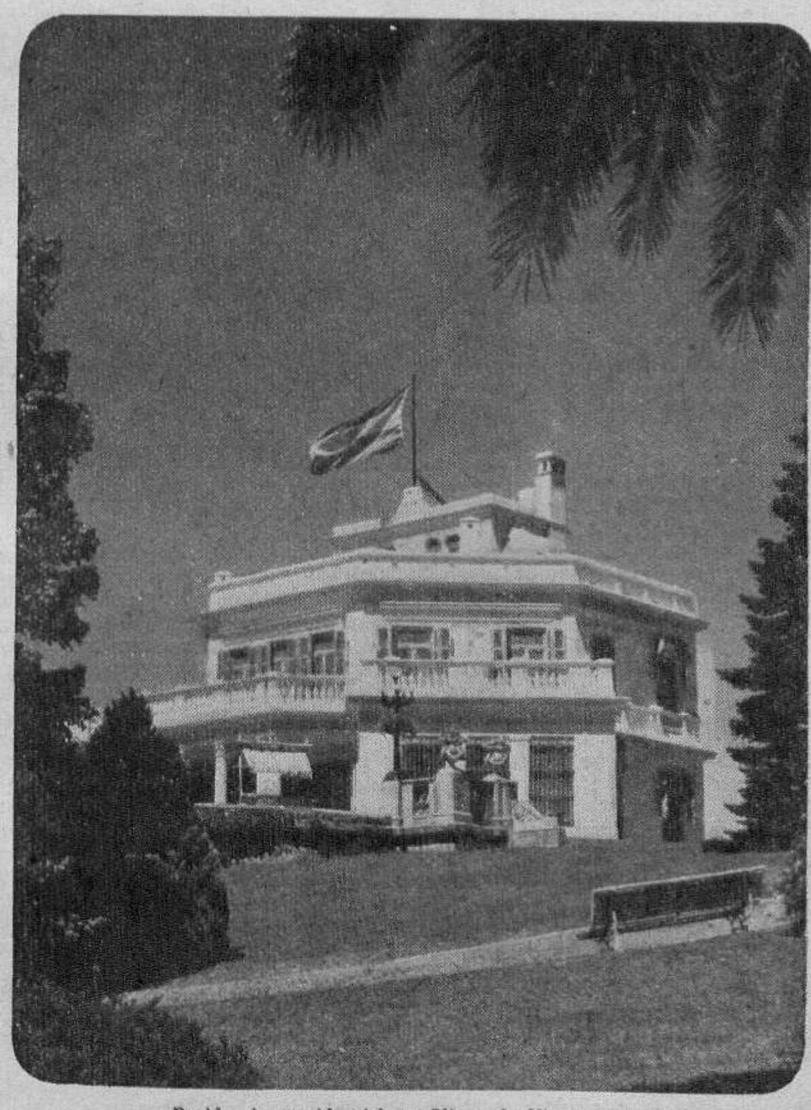
—La higiene, el tiempo que se economiza, la facilidad que proporciona al trabajo que demanda la cocina, y el embellecimiento en las instalaciones del propio hogar. Tengo entendido que esos son los motivos que animan a la gran mayoría de las dueñas de casa para disponerse a obtener el nuevo elemento de confort.

—¿Entonces, favorece a las dueñas de casa?

—Para la mujer que debe atender las tareas domésticas, la cocina se le presenta como una de las más pesadas, sobre todo cuando no dispone de los medios necesarios para poder realizarla con el menor esfuerzo posible.

—¿Luego el uso del Supergás, economiza tiempo y esfuerzo?

—Sí; actualmente, la vida moderna obliga a valorizar cada vez más el tiempo; contrariamente a lo que les sucedía a nuestras abuelas, ya no nos quedan muchas horas disponibles al cabo del día. Recuerdo el ejemplo de una joven amiga que reside habitualmente en Nueva York. Pese a su posición más o menos buena y no obstante la atención que le demandan el cuidado de sus hijos, se ve precisada a realizar más de la mitad del trabajo que represente el tener su casa en orden. Todo ello lo consigue fácilmente gracias a la ayuda que le significa, el contar con una serie de aparatos que disminuyen enormemente sus quehaceres. Esta tendencia se ve acentuada cada vez más, también en este país, donde las costumbres han evolucionado rápidamente en los últimos años.



Residencia presidencial en Olivos de Vicente López.

— ¿Qué desventajas ofrecen las cocinas de carbón o leña?

— En lo que se refiere a esas cocinas, *imagínese* el programa diario de la mujer cuando ha de pasarse largas horas en la preparación de las comidas *manejando una cocina* de leña o carbón; al final del día queda extenuada por las molestias continuas que ha de soportar.

— ¿De modo que el uso del Supergás ofrece la ventaja de evitar esa mortificación?

— Decididamente; creo que el Supergás será un elemento que contribuirá a independizar a la mujer argentina, quien ya demanda más tiempo para sus actividades y las atenciones sociales que le son indispensables. Pero, perdone, tengo un postre en el horno, que debo vigilar...

Comprendiendo que el momento era delicado dimos por terminada nuestra entrevista, dándole las gracias, y, más tarde nuestro fotógrafo sorprendió a la distinguida señora en el instante que abriendo el horno de la cocina exclamaba: ¡Qué apetitoso está!



¡Qué apetitoso está!

Nos retiramos convencidos de que hoy día la cocina donde se hace uso del Supergás ofrece a las dueñas de casa un atractivo insospechado, moderno, pues con la desaparición de los inconvenientes del calor y suciedad de los otros combustibles, la permanencia es grata en ella y eleva el espíritu señorial de las damas que dirigen personalmente los trabajos del hogar. Esas tareas resultan ahora simpáticas, agradables; constituyen un motivo de distracción a la par de las demás labores del hogar, porque no se teme ya las fatigas a que inevitablemente debían someterse las dueñas de casa cuando se disponían a preparar las comidas. No debe ya temerse al humo, al hollín, a las cenizas. Cocinar con Supergás, resulta más bien un placer, un entretenimiento predilecto de las damas o las niñas que ayudan en las tareas domésticas. La dueña de casa goza así hasta de independencia, no queda como antes, sujeta a los caprichos de la cocinera. Puede fácilmente prescindir de sus servicios.

Por lo demás, la organización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales es tan eficaz y efectiva en la distribución y suministro de este combustible, que por un simple llamado telefónico se renueva el cilindro vacío del Supergás mientras el envase suplementario sigue atendiendo las necesidades de la cocina. Un cilindro de Supergás siempre está en función constante y proporcionando el combustible que ella requiere por espacio de uno o dos meses, según la importancia del consumo.

El Supergás es el gas natural que se extrae de los pozos petrolíferos o que se obtiene en las destilerías de petróleo. Para ser más fácil y económica su distribución, se licúa a una moderada presión, y una vez obtenida su concentración, se envasa en los cilindros de acero preparados especialmente para soportar la fuerza expansiva del gas y los traqueteos del transporte a largas distancias; esto permite proveerlo a los puntos donde no existe el gas de alumbrado. Al utilizarlo, el Supergás sale del cilindro en estado gaseoso, sin proporcionar molestias de ninguna naturaleza. Quema formando una llama limpia, azul transparente, porque su calidad y pureza son extraordinarias debido a que, en los procesos técnicos de su elaboración se aprovechan únicamente los compuestos más valiosos. Por eso, el Supergás, como elemento combustible puede ser definido sintéticamente como "el corazón del gas".

Es, pues, el combustible ideal, económico,

limpio, rápido en el uso, de fácil aplicación a todas las cocinas de gas, mediante un dispositivo especial y siempre listo para prestar servicios inmediatos.

Fuera de la cocina, una de las cosas más estimadas y que se ambiciona constantemente en todos los hogares, es poder disponer de agua caliente a discreción; ella es tan necesaria para el baño, la higiene, la ropa, etc. Bien; con el Supergás no hay demora, no debe esperarse que el agua se caliente; basta con hacer funcionar el calefón y el agua sale en seguida a una temperatura que permite su empleo inmediatamente.

El Supergás, constituye dentro del país, una nueva industria que los Yacimientos Petrolíferos Fiscales implantan para resolver el problema que presenta la poca difusión del gas, en virtud de los fuertes capitales que demanda su instalación para organizar un servicio público y de ser, hasta ahora, elaborado siempre con materia prima importada.

Las potentes y modernísimas plantas de gas líquido que posee Yacimientos Petrolíferos Fiscales en La Plata y Comodoro Rivadavia, como hemos dicho, son las primeras construídas en Sud América, con una capacidad suficiente como para atender con toda solicitud y esmero, a muchos millares de consumidores domésticos e industriales; especialmente, por el empleo del novísimo sistema de distribución adoptado, característico de este producto.

La acción de Yacimientos Petrolíferos Fiscales no se reduce sólo a la producción y distribución del Supergás sino que ejerce con su amplia organización un severo control sobre todos los aparatos y cocinas que se emplean para su uso, lo que significa asegurar la eficiencia constante en el servicio. Por ello, en beneficio del consumidor sólo permite el empleo de artefactos cuando son aprobados por su departamento respectivo, cualquiera que sea la procedencia de su fabricación.

Como contraste notable con respecto al gas de alumbrado, el Supergás tiene la ventaja de que no es venenoso, pues no contiene óxido de carbono, ni otros compuestos nocivos, lo que constituye una garantía más para el consumidor.

Yacimientos Petrolíferos Fiscales, en su plan de distribución a largas distancias se propone hacerlo llegar paulatinamente a todos los puntos de la República, representando un innegable beneficio para todas las poblaciones donde no existe gas de alumbrado.

En Vicente López, tanto la mansión presidencial como la más modesta y apartada vivienda ,disponen de instalaciones domiciliarias de Supergás; como lo demuestra la nota gráfica que publicamos. Y hemos sabido, que por disposición del presidente de la República, se ha dotado de Supergás no sólo a la residencia presidencial, sino también a la Colonia de Vacaciones de Niños Débiles, que funciona periódicamente en su hermoso parque.



Modesta y apartada vivienda con instalación de Supergás.

E N V I A D O E S P E C I A L

Mayo de 1934.

El Gran Sud se remoza

Nunca será bastante bien alabada la gesta conquistadora de los ferrocarriles argentinos. Ellos hicieron más fácil el dominio de tierra. Con rapidez, a costa de incalculables gastos, extendían sus rieles, tentáculos colosales de monstruo bueno. Mirad el mapa de la República, asombroso entrelazamiento de ramales de acero, que con audacia surcan los llanos y las montañas. Constituyen un alarde de energía creadora, que merece ser encomiada. No termina en eso su misión. Renovarse es para ellos una necesidad. Ahora le toca el turno al ferrocarril del Sud, cuyo edificio terminal de plaza Constitución se rejuvenece y agranda. Terminadas esas obras, que se realizan sin interrupción de enorme tráfico. La estación quedará convertida en una de las más hermosas del mundo, añadiendo su lujo arquitectónico a los progresos edilicios de la metrópoli.



Un aspecto de las grandiosas reformas de la estación, a poco de ser emprendidas.

La farmacia de Luis J. Carrá, en Florida F.C.C.A.

En nuestra excursión periodística por Vicente López, al llegar a la esquina de la calle San Martín y España, nos llamó la atención un elegante edificio de reciente construcción, con una farmacia instalada que tenía todos los detalles del estilo moderno que, en conjunto, formaban un cuerpo de distinción y elegancia, una nota de progreso local, que nos propusimos analizar detenidamente.

Penetramos en el establecimiento y, al saludar a su dueño don Luis J. Carrá, pudimos advertir la satisfacción que se siente al admirar la obra de arte de sus instalaciones y el extenso material de sus laboratorios. Gentilmente dispuesto a nuestro reportaje, Carrá nos informó que era natural de Italia, llegado al país a la edad de 16 años y que 8 años más tarde, en 1914, después de haber aquilatado los conocimientos de su profesión, bajo la tutela y dirección de su tío Ernesto Carrá y con el patrocinio de la Asociación de S. M., fundaba la farmacia de referencia sobre la estación Florida, entonces única en la zona.

Con el transcurso del tiempo adquirió la propiedad donde se levanta el hermoso edificio moderno, y arraigado así a la tierra que le diera sus mejores energías y el proceso científico y comercial, ya en franca vía de prosperidad, se presentó en carácter de extranjero como candidato a concejal. Elegido miembro del Concejo Deliberante en el año 1930, por su acción persuasiva y tesonera obtuvo la sanción de una ordenanza municipal creando en Vicente López la zona industrial, por la que quedan exceptuadas de impuestos comunales todas las fábricas



Señor Luis J. Carrá, con nuestro enviado especial, señor Víctor Yantorno.

que se instalen en ella. Posteriormente, elegido de nuevo concejal para un segundo período, fué autor de la ordenanza que crea recursos para el Hospital Municipal y la ampliación del mismo con un nuevo pabellón. Ultimamente, cuando la convención de la primera zona electoral de la provincia lo designó como candidato a diputado provincial, en obsequio a su labor eficiente y destacada, declinó la designación en virtud de los deberes y cuidados que le demanda su establecimiento farmacéutico, donde tiene motivos para prestar señalados servicios al público de la zona, con el aplauso sincero de cuantos le conocen y le distinguen con su amistad.

ENVIADO ESPECIAL

Mayo de 1934.

El Gran Cine Teatro Electra Palace de Vicente López

El aporte edilicio de don Luis Camuyrano. — Hombre de negocios, progresista y de clara visión de la importancia que el destino depara a Vicente López, contribuye a su embellecimiento.

◆

El vecindario de Vicente López, a pesar de estar acostumbrado a observar constantemente en los últimos años, notas de evidente progreso edilicio con el levantamiento de hermosas construcciones de casas-quintas, elegantes chaléts y soberbios edificios de líneas modernas, con los que va adquiriendo un tono aristocrático y lucimiento estético poco común, en los primeros días del mes de septiembre de 1931 sufría una evidente ansiedad por un acontecimiento de esa índole esperado en la localidad. Se trataba de la inauguración del "Cine Electra Palace", que dotaba a Vicente López de un templo de arte moderno, similar a los mejores que ostenta la capital federal y que alcanzó lucidos contornos sociales.



Frente del edificio ocupado por el Cine-Teatro Electra Palace.

Desde entonces, el público local goza de las mismas ventajas y comodidades del de la Capital, porque está favorecido con un programa novedoso, extenso y variado con los últimos estrenos de las mejores películas, al punto de que las familias no sienten ya la necesidad de trasladarse a la Capital para asistir a espectáculos de esta naturaleza.



Señor Luis Camuyrano, propietario del Cine-Teatro Electra Palace, con nuestro enviado especial, señor Víctor Yantorno.

La contribución de don Luis Camuyrano al embellecimiento de Vicente López fué recibida con viva complacencia por el público, que aprecia debidamente el esfuerzo tesonero puesto al servicio de una idea progresista. Por ello es que se ve en él al promotor generoso que sin reparar en los sacrificios económicos, y con el entusiasmo vigoroso de todos aquellos que realizan obra de aspiraciones largamente sentidas, procuran materializar sus concepciones dando curso natural a su instinto creador.

El "Cine Electra Palace", que levanta su imponente figura en la Avenida Maipú esquina Llavallol, por su exterior da la sensación de una belleza arquitectónica singular y original; la que concurre a dar forma a la fisonomía propia de Vicente López con una nota de distinción y buen gusto. En el interior, el aspecto de la sala ofrece una impresión de conjunto notable, por su magnificencia, los motivos decorativos empleados y la dotación de instalaciones modernas. Todo ello demuestra la inteligencia de su propietario puesta al servicio de un ideal generoso y al deseo incontenible de ofrecer a Vicente López una obra de utilidad cultural, que significara una contribución de grandeza ornamental. Y ha logrado con creces sus aspiraciones.

Concurrencia a los espectáculos del Cine-Teatro Electra Palace.

◆ ENVIADO ESPECIAL

Mayo de 1934.



Una crisis hace 40 años

En enero de 1894 escribía el señor Tomás Mendoza, en la "Revista Nacional", un estudio sobre finanzas, del que merecen ser reproducidos varios párrafos.

El año de 1894 ha comenzado en fatales condiciones financieras para la República Argentina, sufriéndose desde su principio las consecuencias de la fuerte sequía experimentada en los últimos meses de 1893, así como los efectos de la paralización comercial que en los propios meses limitó el movimiento de la exportación nacional.

Los tres grandes factores de la riqueza pública, el comercio, la ganadería y la agricultura están hondamente afectados, hasta el grado de que, como resultado de una prolongación mayor, se llegó a temer el desarrollo de una crisis que podría dejar recuerdos muy tristes de su paso.

Por fortuna, hay síntomas consoladores que indican una inmediata reacción, o sea el fin próximo de los males sufridos. Las lluvias, aunque tardías, han comenzado a mejorar el estado de los campos, esperándose que, como efecto consiguiente, cese la mortandad de ganado, cuyas proporciones presentaban un carácter demasiado alarmante. Respecto del comercio, hay fundadas esperanzas de que pronto se opere un cambio favorable, dando mayor actividad a la importación, y muy especialmente a la exportación, cuyo movimiento ha sido en extremo limitado durante los tres últimos meses.

"El monto de la exportación es, sin duda, la mejor prueba que puede presentar cada país de su respectiva riqueza. En este concepto la República Argentina la tiene bien acreditada, porque anualmente arroja un exceso de producción en la agricultura y en la ganadería, lo cual sirve para infundir suficiente confianza respecto del anhelado empeño de llegar, en pocos años, a cubrir con la exportación todas las necesidades del comercio exterior, servicio de deudas nacionales y de capitales radicados en el país.

Para el año de 1894 tiene el país por exportar como la mitad de la lana producida en la última esquila; toda la cosecha de trigo y lino; los cueros vacunos y lanares de matadero y epidemia; los productos de saladero, harina, pasto, afrecho, etc., etc. De todos estos artículos, los más valiosos e importantes son la lana y el trigo, para los cuales no manifiesta grande interés la exportación. Respecto de la lana, debe culparse a los estancieros que, descuidando las majadas, se han encontrado con una producción defectuosa, poco aceptable en el mercado. En cuanto al trigo, cuya cosecha es abundante y buena, en lo general, hay que luchar con la baja constante del precio en Europa, en donde abunda aquel cereal. Pero como la venta de la lana y del trigo deberá hacerse forzosamente, para lo que bastará sólo reducir los precios, se debe esperar pronto un movimiento más activo en la exportación en beneficio de los intereses nacionales.

La sequía ha sido causa de la pérdida de la cosecha de maíz, perjudicando a la exportación en una suma respetable. Por fortuna, el exceso de producción en el trigo puede compensar la diferencia en contra que, por aquella pérdida, sufriría el comercio exportador. No sucede lo mismo respecto de la importante industria de los saladeros, pues no contando con animales de suficiente gordura, las faenas serán muy reducidas, resultando una disminución de productos exportables, que es, en definitiva, un déficit en la exportación anual, compensado en parte por los mejores precios que se obtendrán en los productos de aquella industria.

En breves palabras queda explicada la situación financiera del país, que es poco satisfactoria por excepcionales circunstancias, pero habiendo perdido los caracteres alarmantes que presentó al finalizar el año de 1893 y al comenzar el actual de 1894. Puede decirse, en consecuencia, que la crisis comercial que asomaba, se conjuró, y que es probable vaya mejorando lentamente la situación, sufriéndose únicamente pequeños quebrantos en relación con los cuantiosos intereses comprometidos.

La importación indica con toda exactitud el principio y desarrollo de la crisis, porque limitándose el consumo, viene inmediatamente la suspensión de pedidos, que se acredita con el poco rendimiento de los derechos aduaneros. En este particular puede afirmarse que, a pesar de las dudas y temores del comercio, en lo relativo a modificaciones anuales en el derecho de importación, ésta no ha disminuído en el mes que hoy termina, comparándose con lo importado en igual mes del año anterior. Según los datos oficiales que se han publicado, la Aduana percibió en enero de 1893 en oro y papel, reduciendo aquél al tipo correspondiente, 10.000.000 de pesos en moneda nacional, y en enero de 1894, haciendo igual reducción, 10.600.000 pesos de curso legal. La comparación de estas cifras es algo ventajosa para el mes que hoy termina.

La formación de la tarifa de avalúos, que es la base del cobro en los derechos de importación y exportación, presenta año por año serias dificultades, supuesto que el citado trabajo no puede estar concluído con la oportunidad requerida, y ser necesario, además, corregir más tarde los errores y faltas que la práctica señala. En el año actual, por ejemplo, sólo pudo darse a conocer la tarifa de avalúos el 26 de enero, para comenzar a regir el 1º de febrero, en la forma dudosa e incompleta de los años anteriores. Es éste un grave mal de carácter administrativo que es necesario desaparezca.

El gobierno así lo comprende, sin duda, pues con fecha 13 de enero se publicó un decreto del ministerio de Hacienda, nombrando una comisión especial de once miembros, para estudiar y proyectar las modificaciones que sea necesario introducir en las leyes aduaneras y tarifa de avalúos que regirán en el inmediato año de 1895.

TOMAS MENDOZA

La Industria Textil en Vicente López

Nuestra visita a la Fábrica de Tejidos de Punto de los señores Daubagna, Bureau y Cía.

EN nuestra recorrida indagatoria por Vicente López, detuvimos accidentalmente a un antiguo vecino de la localidad que encontramos a nuestro paso, pidiéndole que nos indicara alguno de los principales establecimientos industriales, que fuera un exponente del progreso local. Sin el menor esfuerzo de memoria nos contestó, accediendo a nuestra solicitud:

—La fábrica de tejidos de punto de Daubagna Bureau y Cía., que se encuentra ubicada en la calle General Roca esquina Avenida Maipú.

En efecto, al llegar a este punto, nos impresionó el sobrio aspecto del amplio edificio, que circundado por la característica hilera de árboles que se observa en todas las calles de Vicente López, se destacaba soberbio y elegante. Por su tamaño y apropiada arquitectura parecía consciente de la importante industria textil que contenía en su seno, donde desarrollan sus actividades fabriles alrededor de 200 obreros, entre mujeres y hombres, con una producción de 3.500 prendas diarias, según supimos después, al saludar y entrevistar a los dueños y altos dirigentes del establecimiento.

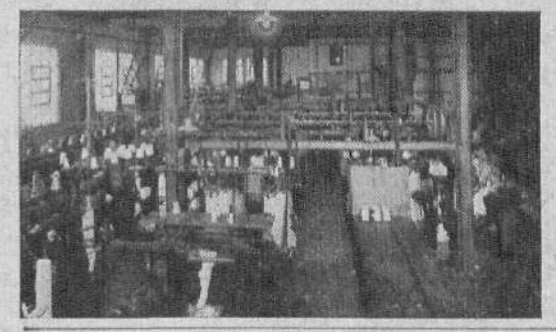
Son ellos don Juan José Daubagna, don Juan Bureau, don Emilio Cingiale, don Jesús Pravia y don José M. Pravia, todos argentinos, que, solidarizados en un ideal común y llenos de fe y optimismo en el porvenir económico del país, adquirieron la industria de referencia para elevarla a un nivel superior. El éxito alcanzado en la actualidad en nuestro mercado textil, donde se destacan por su especialidad en el tejido de punto tipo "Zimmerly", y la importancia gradual que año tras año han sabido imprimir a su industria en todos sus aspectos, son signos evidentes de honda satisfacción, que premian los fines y los esfuerzos iniciales de la empresa.



Juan José Daubagna, Emilio Cingiale y Juan Bureau, con nuestro enviado especial, señor Víctor Yantorno.

En nuestra visita al establecimiento que nos ocupa, fuimos gratamente sorprendidos, cuando al penetrar en la oficina de la Dirección tuvimos la oportunidad de observar un cartel prendido de la pared que decía: "Fomentar la industria nacional es obra de positivo patriotismo y de gran beneficio para el trabajador". Pensamos en seguida que este sabio principio, tan sencillamente expuesto a la lectura del visitante, y que contiene tanta verdad y profundidad, como pensamiento de gobierno, debía ser un precepto inculcado en la mente de todo argentino, y, especialmente, en la de sus gobernantes.

Al detenernos a examinar las numerosas instalaciones del salón de máquinas y salón de costuras, nos fué fácil apreciar el alto grado de adelanto y la perfección que se advierte en la producción, como obra del esfuerzo, la perseverancia y la inteligencia de estos "pioneers" de la industria argentina, que al disciplinar con acierto técnico y manufacturero a 150 mujeres y 50 hombres, para la producción metódica y de suprema calidad textil, merecen no sólo el aplauso de las autoridades y vecinos de Vicente López, como factores destacados del progreso local, sino que ha de agregarse espontáneamente y con toda justicia, los de todos aquellos que tienen la visión clara del significado que encierra la obra industrial de Daubagna, Bureau y Cía. como propulsores del progreso argentino.



Sección máquinas mallosas y rectilíneas.

ENVIADO ESPECIAL

Mayo de 1934.

Día de gloria

EL día 25 de Mayo se presentó nublado, amenazando lluvia. La gente desde temprano se aglomeró en la plaza Victoria a punto de ser dificultoso hasta a los mismos jefes militares contener los soldados que hacían causa común con el pueblo. El Cabildo reunido, se informó de la nota enviada por la Junta respecto al descontento del pueblo, y contestó no haciendo lugar a una nueva elección, aconsejándole se hiciera respetar por medio de la fuerza que tenía a su alcance y haciéndola responsable de las consecuencias que pudiera causar cualquiera variación a lo ya resuelto. Una contestación tan categórica e irrespetuosa a la vez para el pueblo, produjo el efecto que era de prever; la gente se exasperó, invadió los corredores del Cabildo y afuera en la plaza frente a los portales, bajo la lluvia, manifestaban a gritos su disconformidad y pedían la inmediata separación de Cisneros. Estas escenas, que a excepción del terror, tenían mucha semejanza con las escenas de la Revolución Francesa, consternaron a los miembros del Ayuntamiento, como también habían consternado a los españoles, y a los "godos", que así se llamaba a los criollos partidarios del virrey, pues, todos ellos se habían encerrado en sus casas desde el día anterior. — *Serafín Livacich.*



Una manchita en la pampa

UNA manchita y nada más. Pero, así se hacen las cosas, a fuerza de manchitas, de tropezones, de hacer en este sitio lo que los obstáculos desharán a poca distancia. Es el esfuerzo realizado, casi a tientas, con voluntad incansable. Si las labores fuesen ciencia exacta, indudablemente se irían años y siglos en tanteos. Es necesario hacer, contra viento y marea. De este modo, tesoneramente, el buen argentino saca provecho al terruño y a los que el terruño alimenta. Una manchita sobre el suelo de la pampa.

Una entrevista con la razón social Boccazzi y Cía.

La empresa constructora que más se ha destacado en las obras de pavimentación del partido de Vicente López.

Conversando con un prestigioso miembro del Concejo Deliberante de la localidad, preguntamos, por qué el partido de Vicente López ofrecía el hermoso aspecto de tener todas sus calles bien pavimentadas con hormigón armado. Puede usted imaginarse — nos contestó — que en primer lugar se debe a los efectos de las ordenanzas municipales que permiten o estimulan estas obras; y luego a las empresas constructoras de afirmados, que las financian y las ejecutan; pues los vecinos las pagan al contado o a largos plazos, según sean sus posibilidades.

—¿Y cuál es la empresa que más se ha destacado en estas obras dentro del partido? — inquirimos.

— Boccazzi y Cía. — nos dijo.

Ya con este dato, nos dirigimos a las oficinas principales, que se encuentran instaladas en la calle Humboldt Nº 1458, donde abordamos a los componentes de la firma, el ingeniero Walter Boccazzi y el doctor Oscar Boccazzi, quienes impuestos de nuestra misión se prestaron gentilmente a secundarnos.

— Nosotros estamos establecidos desde el año 1898 — nos informan. — Hemos realizado obras de pavimentación en General Lamadrid, Florencio Varela, General Sarmiento, San Martín, Avellaneda, Navarro, Adrogué y Vicente López. En este último partido hemos pavimentado unas trescientas cuadras.

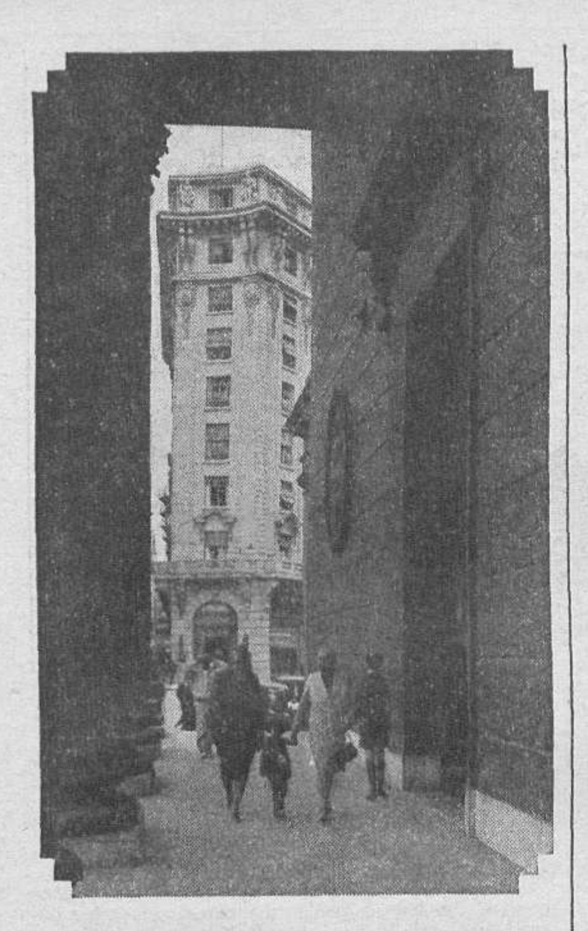
— Se ha dicho que los caminos son las arterias de una nación — prosiguió el ingeniero Walter Boccazzi. — No hay símil más perfecto. Esta verdad palpable pónese de manifiesto en nuestro país, donde los progresos alcanzados por la locomoción automotriz requieren el complemento indispensable de los buenos caminos, mejor dicho, de los caminos pavimentados, logrando así alcanzar el adelanto edilicio que observamos, con sus compactos núcleos de edificación moderna a cuya ejecución contribuyen las empresas de pavimentación financiando las obras con millones y más millones de pesos.



El ingeniero Walter Boccazzi y el doctor Oscar Boccazzi con nuestro enviado especial, señor Víctor Yantorno.

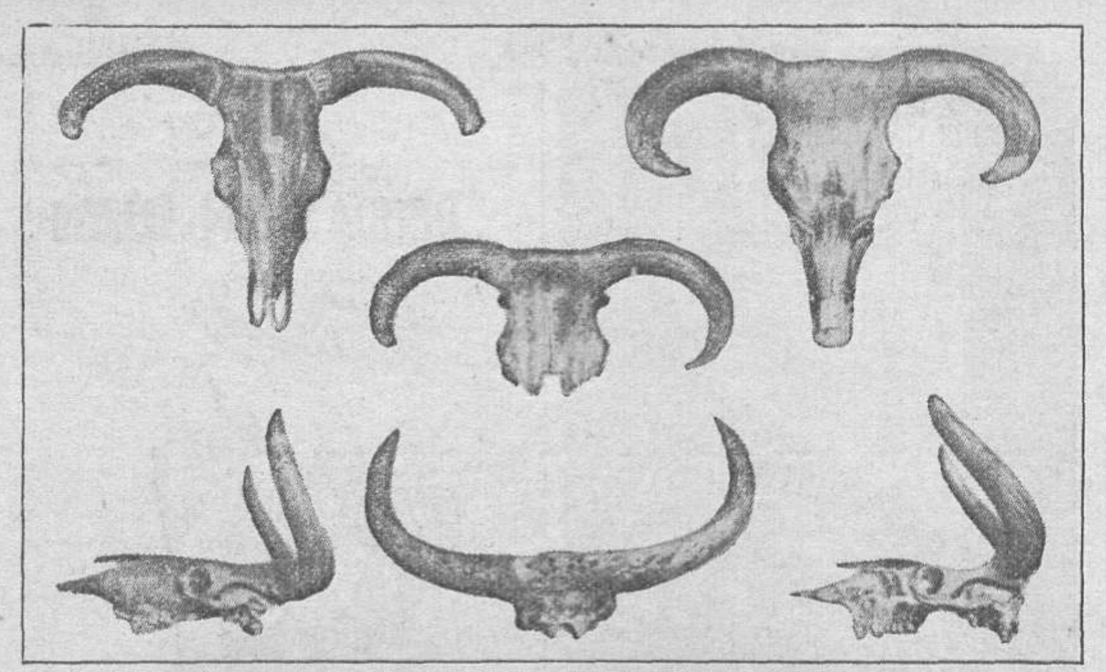
Después de lo oído nos despedimos, pensando en la acción vigorosa de las empresas de pavimentación que tienen importancia como la de Boccazzi y Cía.

ENVIADO ESPECIAL
Mayo, 1934.



Un contraste edilicio

DESDE el pórtico de la Catedral se contempla un edificio moderno. Lo antiguo sirviendo de marco a lo moderno, tal es el contraste artístico que el fotógrafo supo ofrecer gráficamente. El viejo templo metropolitano, que ya era, con sus reformas, una belleza de la ciudad, hállase ahora enmarcado a su vez por los palacios y jardines de la histórica plaza de Mayo. Allí se congregan las reliquias arquitectónicas de nuestro pasado glorioso: el antiguo Cabildo, la Pirámide conmemorativa y ese templo, en cuyas entrañas está la tumba del Libertador. Aunque Buenos Aires se transforma rápidamente, procura respetar en lo posible las reliquias antiguas. Ir contra el pasado equivale a cometer una traición. Por eso, nuestra Catedral y los edificios que la acompañan en la plaza de Mayo reciben cariñosos cuidados. Se les restaura, procurando que siempre conserven su aspecto. Así lo exige el amor a las tradiciones del suelo patrio, en el cual los argentinos pusieron todo el fervor de sus espíritus.



Cráneos de uros. Arriba: vista de frente. Abajo: vista occipital. A los lados: vista lateral.

El uro, toro primitivo

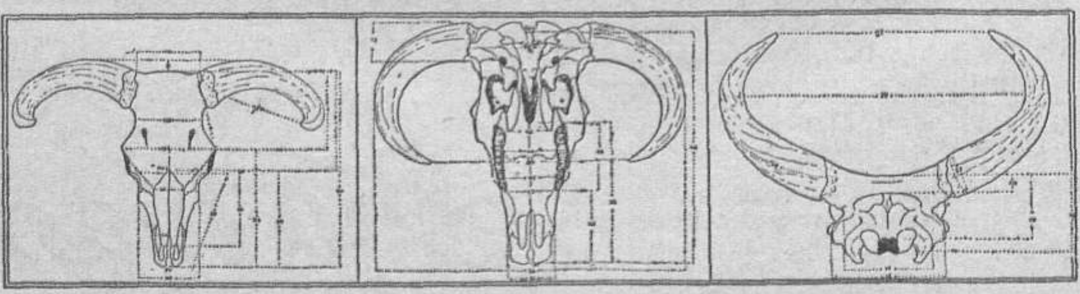
Dos especies de bóvidos vivían en otro tiempo en Europa, constituyendo un aspecto típico de la fauna salvaje de la época que siguió al período glacial: los toros bisonte y uro. El primero, no desaparecido aún totalmente, pues los últimos ejemplares supervivientes de este mamífero (que es, por cierto, el mayor de Europa) han sido conservados con gran cuidado, confiándose con ellos poder conservar la especie.

El uro, en cambio, el verdadero toro primitivo salvaje europeo ha desaparecido totalmente, habiendo sido capturados los últimos ejemplares a principios del siglo XVII, al sur de la Prusia oriental (Masuria).

Cuando los caballeros alemanes de la Orden llegaron a la Prusia oriental en el siglo XIII, existían allí todavía uros, aun cuando empezaban ya a escasear bastante, puesto que en los libros de cuentas de la Orden se encuentra, entre otras, una nota en que se dice que ocasionalmente se había logrado capturar algún ejemplar de este poderoso bóvido, lo que fué considerado como un valioso regalo, y parece probable que la Orden alemana conservase uros en su parque zoológico. A esta época corresponden también algunos restos de uros que se conservan en el Museo Nacional de Historia Natural y Prehistoria de Dantzig, descubiertos hace algún tiempo no lejos del sitio que ocupaba en Dantzig el palacio de la Orden. Uno de estos restos es un trozo de cráneo con los muñones de las astas; el otro es un cráneo desprovisto, no sólo de las astas, sino también de los muñones o prominencias óseas que les sirvieron de asiento. Las astas debieron ser cortadas, sea para colgarlas como trofeos en el palacio de la Orden, sea para utilizarlas como cuernos para beber en los festines. Estos restos encontrados constituyen valiosos documentos para la historia de la civilización y confirman los datos que ya se poseían acerca de la existencia de los uros en Prusia oriental, en la época de los caballeros alemanes.

Casi no se concebía cómo un animal tan notable como el uro hubiera podido desaparecer sin haber dejado de él más datos, habiendo todavía en 1600 (como había) ejemplares vivos del mismo. Ni una descripción detallada, ni una representación algo segura, ni una piel o resto de cualquier otra clase de este animal. ¿El uro era negro, pardo o manchado, como son ahora la mayor parte de las reses vacunas? ¿Cómo tenía los ojos, las orejas, la cola? ¿Su piel variaba de verano a invierno? Casi nada sabemos sobre el particular, y casi es imposible conjeturar nada. El barón austriacoHerberstein, que vivía hacia el 1550, vió todavía uros vivos en Masovia (Polonia septentrional), según refiere en sus relatos de viajes, habiendo traído de ellos a Viena una piel de uro que le regaló el rey de Polonia y allí la hizo preparar y la tenía en su casa junto con otra de bisonte. Recibió, además, enviados por la madre del rey de Polonia, dos señidores de piel de uro, tenidos como objetos muy valiosos y dotados de poder mágico. En la actualidad, tales objetos tendrían un valor todavía mucho más elevado por su gran rareza y serían de un interés extraordinario para la ciencia, si no hubieran desaparecido sin dejar rastro.

Para poder reconstruir la imagen del desaparecido uro, nos hemos de valer, no sólo de los restos de huesos, sino de todos los demás datos que podamos disponer. Entre ellos, los más importantes son los dibujos de animales y las pinturas rupestres de los hombres de la edad de piedra, algunos de ellos representan bastante bien el uro.



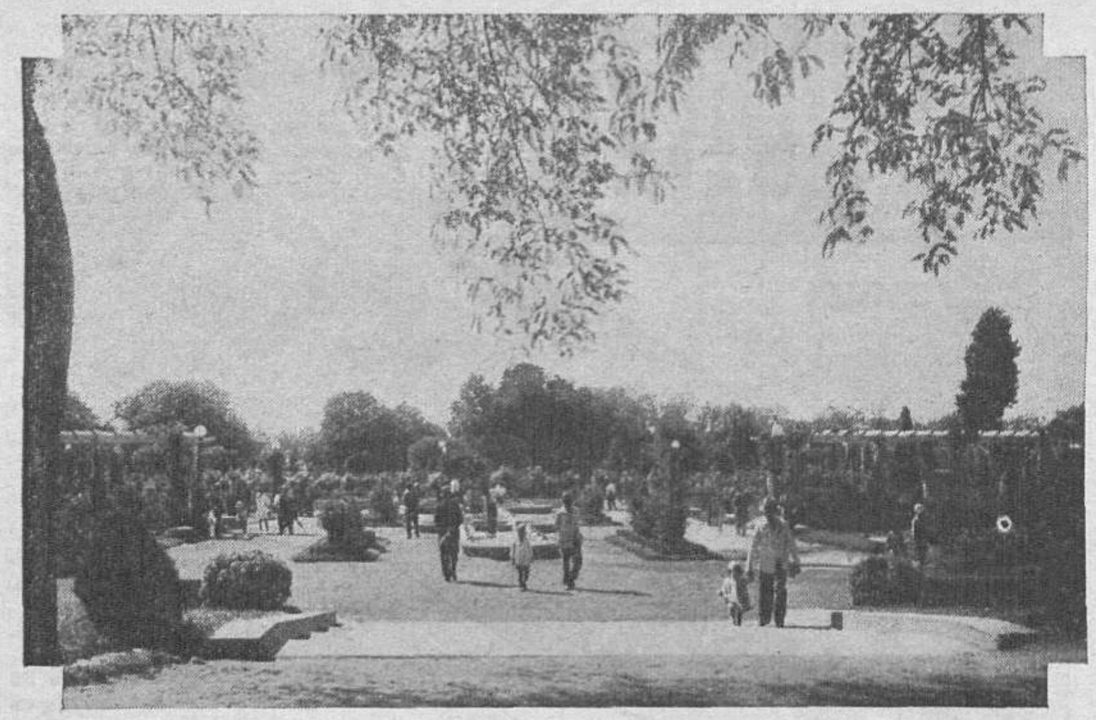
Principales medidas y proporciones de un cráneo, en tres posturas: por delante, por encima y por abajo.



▼ Riña de gallos ▼

DEJEMOS aparte las consideraciones referentes a la odiosidad del cruel espectáculo, repugnante, como toda guerra. El gaucho no inventó ese pelear de dos animales nobles: otras razas cultas fueron las promotoras. Deseoso de diversiones, criado en un medio donde la propia defensa fué una necesidad cotidiana, el paisano no iba a regatear la sangre. Fijémonos en los pormenores, admirablemente reproducidos por el artista. El más característico consiste en la formación de la pista. Los interesados sostienen la lona que limita el ruedo de la pelea. Este detalle es original de nuestra antigua vida; no lo veréis, lectores, en dibujos similares.

Hay mucho de ingenuo en tal improvisación de un campo de combate.



▼ El parque Chacabuco ▼

ALEGREMENTE hospitalario, con sus árboles tupidos y sus paseos y pérgolas, el Parque Chacabuco es una continuación de los hogares circunvecinos. Jardín de todos, claro y placentero, refugio de la gente seria y de la gente menuda, acoge a los paseantes con paternal solicitud. Y todos respetan las galas de sus flores y de sus adornos, en justa retribución.

Las pavimentaciones

Como en toda ciudad que no conserve a ultranza lo viejo, aquí es una escena de trabajo, muy frecuente en las calles. La calzada sufre una operación de cirugía estética; con los arreglos va a quedar como nueva. Ya no estamos en los tiempos que describía Haigh: "Pocas calles del centro están pavimentadas, pero en general se siente grande incomodidad por los lodazales en la estación lluviosa, y el huracán de polvo en la seca. Las veredas son estrechas y desagradables, con postes colocados casi junto a las casas, que hacen el caminar extraordinariamente fastidioso, en especial porque muchas de las veredas son calzadas levantadas dos o tres pies del nivel del suelo.





LO PRIMERO:
NO HACER DAÑO

Desde muy antiguo, la ciencia de curar ha adoptado como precepto fundamental, como norma intangible, no hacer daño al enfermo, y lo expresaba así: primo: non noscere (lo primero, no hacer daño), llamando de este modo la atención de los que olvidaban que el cuerpo humano es muy frágil y que pretendían curar las enfermedades arremetiendo contra todo, incluso contra los delicados órganos del hombre.

Cuando Neisser descubrió el gonococo, microbio productor de la blenorragia, se creyó que bastaba matar al causante del mal con cualquier antiséptico, para que la enfermedad desapareciera. Pero los primeros ensayos vinieron a demostrar que una cosa era el gonococo suelto, y otra muy distinta en la uretra del hombre. Los antisépticos usados empeoraban la enfermedad, la hacían crónica y no proporcionaban alivio al paciente. El remedio era peor que la enfermedad.

Fué entonces cuando se empezó a pensar en una substancia que fuese mortal para el gonococo pero que no atacara al organismo. Desgraciadamente, en aquella época la química no estaba tan adelantada, y fué necesario esperar muchos años hasta que se realizara aquel sueño.

Hoy día, la química moderna nos ha dado un producto de acción selectiva sobre el microbio, dejando intacto el organismo. Son los compuestos acridínicos (principio activo de las Píldoras BEIZ), enemigo mortal de la enfermedad y aliado del cuerpo humano.

No perjudique su organismo ni agrave su enfermedad, ensayando lavajes e instilaciones o introduciendo cuerpos extraños en la uretra, pues es causa frecuente de complicaciones. Asegúrese la ayuda del verdadero remedio contra la blenorragia y trastornos de las vías urinarias, iniciando de inmediato su tratamiento por las Píldoras BEIZ. Y sentirá en carne propia las ventajas de no contrariar el sabio precepto: lo primero: no hacer daño.

La enorme difusión y prestigio que han alcanzado las Píldoras BEIZ, ha hecho que personas poco escrupulosos falsificaran el producto, con grave perjuicio para la salud de los enfermos. Muchos de éstos han sido engañados, pues se les ha vendido, en lugar de las BEIZ legítimas, simples confites plateados.

PARA SALVAGUARDA DE SU SALUD, exija el nuevo estuche de garantía y, antes de tomar las píldoras, corte una cualquiera con un cuchillo y compruebe Ud. mismo que no es azúcar lo que ha comprado. (Poniendo los trozos en un vaso de agua, ésta se colorea de amarillo al cabo de unos minutos).

DIEZ Píldoras por día

completan su tratamiento con la seguridad del remedio más perfecto.

LA MEJOR PROPAGANDA

Los mejores propagandistas de las Píldoras BEIZ, los más entusiastas, son los enfermos que las han tomado. Continuamente recibimos agradecimientos efusivos y los más valiosos testimonios, que prueban prácticamente lo que aseguramos más arriba. Continuamos publicando algunos ejemplos. Como siempre, los originales a disposición de los interesados.

D. M., Río 4º — Sufría desde hace más de un año de blenorragia que fué considerada como incurable por cuantos me vieron... estaba en un estado de gran desesperación... Por último leí un aviso de las Píldoras BEIZ y pensé hacer la última prueba... tomé 5 frascos, y ahora estoy de una salud inmejorable... le agradezco... etc.

J. C., M. Saavedra. — ...felizmente tuve conocimiento de sus píldoras, a las que tuve que agradecer un completo restablecimiento de un rastro que aun conservaba de otro tratamiento ineficaz... deseo que envíe el librito que ofrece... etc.

J. C., Paraná. — ...le agradeceré me envíe el librito... le participo que soy uno de los consumidores de sus píldoras. Actualmente estoy muy mejorado de mi enfermedad, y estoy satisfecho por su gran efecto... etc.

G. B. W., Trinidad (Antillas). — Muchas gracias por el envío de 4 frascos, de los cuales he empezado a tomar hace una semana. Deseo manifestarle que estoy muy satisfecho del resultado y creo que es la mejor medicina que he tomado para esta clase de enfermedad.

J. M. (farmacéutico). — Sírvase cotizarme precios de sus píldoras. Soy un propagandista de su producto, pues he conocido personalmente su bondad y deseo introducirlo en esta zona... etc.

USENSE: en dos tomas de 5 píldoras cada una, mañana y tarde, antes y después de comer (es lo mismo). Cada frasco lleva un prospecto con instrucciones para el uso.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS.

Gratis

Señor Concesionario de las Píldoras "BEIZ", C. de Correo Nº 2495, Bs. Aires.
Sírvase enviarme gratuitamente un librito titulado "Blenorragia y Enfermedades de las Vías Urinarias, Cómo se conocen y se tratan", en sobre cerrado y sin membrete. Adjunto estampilla de 10 centavos para el franqueo.
C. C. 26-5-34.

Nombre
Calle .... Nº
Localidad .... F. C.

PILDORAS BEIZ PLATEADAS

EL UNICO GRAN REMEDIO POR SU REAL EFICACIA

Algo sobre nuestros intereses ganaderos

Exposición de nuestras carnes en Londres.

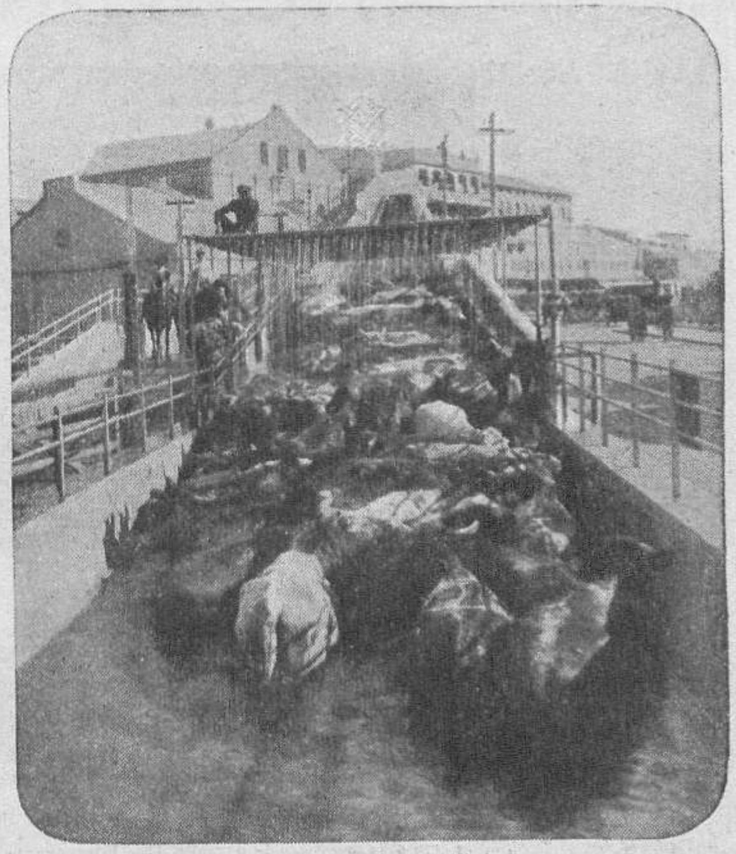


NO es nuestro propósito en este reducido comentario analizar causas ni profundizar el ya muy discutido problema ganadero en nuestro país, pero sí, nos complace como criollos que somos netamente y muy arraigados en el alma campera, hacer algunas observaciones por lo mismo que la ganadería es la espina dorsal del país y, hasta no hace mucho, su única fuente de recursos. No dista tanto aquella época en que los verdaderos criollos no se ocupaban sino de vacas; la agricultura era cosa de gringos. Pero esa que por tantos años fué noble e interminable fuente de recursos, siguiendo el ritmo universal, también ha debido claudicar y hoy nos encontramos con el fenómeno consecuente — a reducción de las exportaciones, aumento de las ofertas de ganado — consecuencia, super stock del mismo en el país, especialmente en las regiones que producen hacienda vacuna o lanar que antes se industrializaba para el mercado continental, que ya no nos compra sino en muy pequeña escala. Felices tiempos aquellos en que Alemania nos compraba carnes congeladas hasta 120.000 toneladas por año; Francia 100.000 toneladas, Bélgica, Italia, etc., otras 100.000 toneladas y cuando los Estados Unidos en otras formas llevaban 80.000 toneladas. Estas 400.000 toneladas representan 2.000.000 de animales menos, que paulatinamente han sido excluídos de la exportación y es eso lo que produce la agitación actual, pero desgraciadamente no hemos querido razonar y hemos preferido levantar la voz de protesta porque no nos compraban todo lo que producíamos.

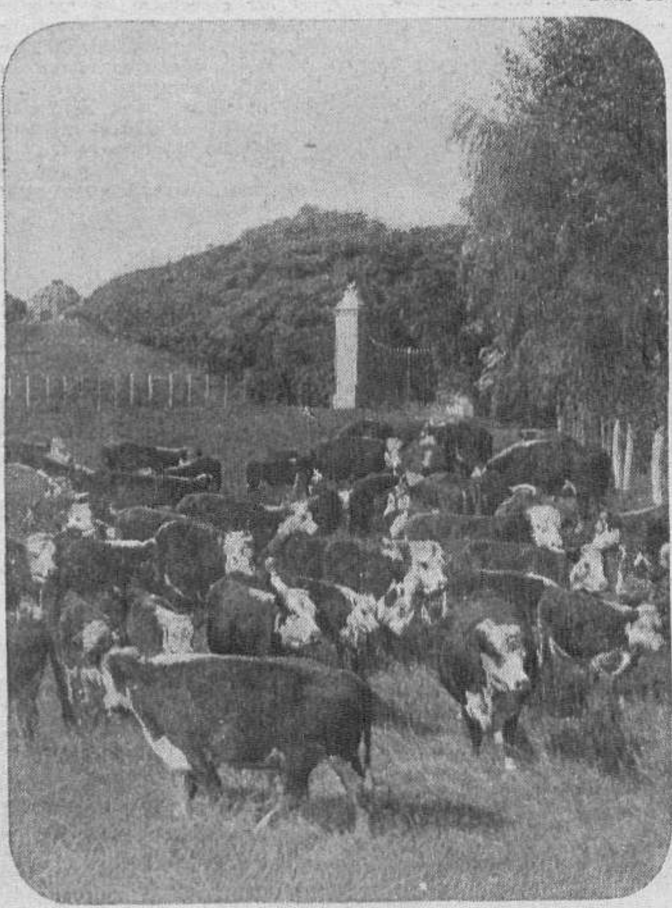
¿Qué podríamos hacer para tratar de reducir esa superproducción? Ya lo han dicho hasta los mismos exportadores de carnes — aumentando nuestro consumo interno muy susceptible al decir de las personas capacitadas, de experimentar un sensible incremento si nuestros ganaderos se preocupan y ocupan de ello. Debemos resignarnos de una buena vez a trabajar ordenadamente, ya que aquellos lindos tiempos en que las estancias en manos de mayordomos rendían ampliamente, para que sus propietarios pudieran vivir holgadamente en el extranjero. ¿Volverán? Tal vez, pero no es cuerdo esperarlo. ¿Qué debemos hacer ahora? Orientarnos hacia el único recurso al alcance más o menos cercano de nuestra mano y dentro de

nuestras propias fronteras. Aumentemos nuestro propio consumo interno de carne haciendo ingenio de la misma habilidad con que se han impuesto ya otras actividades. Pero no echemos a perder el único comprador de chilled serio y consecuente que nos resta, desordenando los envíos de carne o desprestigiando su calidad. Antes por el contrario, mejorémosla. Y si a esto agregáramos una mayor consideración de parte de las autoridades por el elemento productor e industrial aligerándolos de impuestos y alentándolos eficazmente, eliminando ciertas trabas en lugar de crear nuevas, habríase dado un gran paso hacia la restauración económica de los importantes intereses ganaderos. Pero conviene no olvidar que en tal sentido una buena parte de esa misión la llevan a cabo las empresas transformadoras, que con tenacidad inquebrantable vienen desde su organización realizando una labor no interrumpida, digna de mayor aliento.

Con facilidad olvidamos los grandes acontecimientos



Baño de novillos en fábrica.



pasados y uno de ellos lo constituye precisamente la explotación de nuestra industria ganadera en forma tan amplia como inesperada. Basta hacer una simple operación aritmética para compenetrarse de las ingentes sumas de dinero que esa industria representa, dinero que en gran proporción ha sido aportado por muchos miles de accionistas, que sugestionados por las promisoras perspectivas que nuestra generosa Constitución ofrecía, no vacilaban en colocar así sus ahorros.

Este órgano periodístico, tan de nuestro pueblo, desearía ver una mayor armonía entre productores e industrializadores, convencido de que tanto se necesitan ambos para complementarse en el mejor desenvolvimiento de su negocio. A menudo vemos que la prensa tendenciosa trata de ponerlos el uno frente al otro con un deseo subalterno de producir noticia sensacional, pero en el fondo no puede nadie que discuta de buena fe pretender que los industriales quieran destruir a los ganaderos, puesto que la ruina de éstos fatalmente constituiría la ruina de aquéllos.

RUBEN DARIO SOIZA REILLY

Rodeo. 

CINCO MINUTOS DE INTERVALO



Heather Angel también es una cara nueva en la pantalla. Una interrogante más, pero sobre la cual ya es posible anticipar mucho halagüeño.

Buenos Aires tenía hasta el presente fama de ser una de las ciudades que contaba con salas cinematográficas más modernas, confortables y lujosas Este mismo año y en estas mismas páginas hicimos referencias al esfuerzo privado y al optimismo y confianza que comportaba esa inversión de cuantiosos capitales en construcciones, que podian competir con las más renombradas de los Estados Unidos y Europa. Nuestra capital era algo así como la ciudad de los cines... Pero, ha dejado de serlo, o, si la sensatez no alcanza a los miembros de la Sociedad de Exhibidores, dejará de serlo quizá para siempre. Porque es el caso que dicha entidad ha resuelto obligar a sus asociados a no construir ninguna sala para espectáculos cinematográficos en un plazo de diez años. Motivos: varios. Empero, ninguno tan valedero como para poner este prolongado paréntesis de espera en una actividad que constantemente se perfecciona, modifica y populariza. La sociedad ejercerá presión y hasta excluirá de las actividades gremiales a aquellos exhibidores que se empeñen en poner el negocio cinematográfico a la altura de extranjero y de los constantes progresos. Hay algunas razones de índole momentánea y circunstancial. Mas, repetimos, ninguna de ellas es suficientemente imperiosa como para retrasar en diez años este aspecto arquitectónico y exterior de la cinematografía. Equivale a declararse sin fuerzas ni recursos para una lucha, — comercial o como se la quiere llamar, — en la que el optimismo y el espíritu de empresa valen tanto como el dinero. Y, además, significa una injusta postergación y un indebido alejamiento de quienes pueden intentar nuevas actividades. Hasta es un atentado a la libertad de comercio y, sobre todo, un paso hacia atrás en el progreso de la ciudad que hasta hoy fué casi la Meca de la cinematografía.



Lionel Barrimore ha tenido nuevamente oportunidad de demostrar hasta qué punto sabe sacar partido de los roles que se le confían. Su labor en el film titulado *En la pendiente* refirma nuestro convencimiento de que en la cinematografía son contados los actores con personalidad y que pueden ir más allá de lo concebido por sus directores. El es uno de ellos, quizá el primero entre los actores.

* Una pelicula folletinesca: *La casa de la calle 56*, tiene el único mérito de mostrarnos con los cabellos blancos a la siempre interesante Kay Francis. Un argumento por momentos deshilvanado y, desde luego, incongruente. Actividades de "pequeros" y tahures que pecan por su ingenuidad y apelan a recursos rayanos en la candidez. Resulta inconcebible cómo una estrella de los méritos de Kay Francis puede perder vida, interés y personalidad en manos de un director inexperto. Cada vez se aparta más de aquella figura excepcional que contemplamos en *La cita*.

* Un film de excepcional interés: *La vida amorosa de las plantas*. Llega a compensar las ambigüedades de *Víctor y Victoria*.

* Jean Harlow ha renovado su contrato con la Metro. Sus directores luego de comprobar su eficiente labor en *Cena a las ocho*, no han vacilado en asegurarse su colaboración por una prolongada temporada. Otro de los actores que, a fuerza de trabajo, ha logrado esa rara fortuna que en el presente es una renovación de contrato, ha sido Stuart Erwin, quien, en *Viva Villa* tiene una feliz actuación.

* Norma Shearer, desde hace año, permanecía inactiva. Su último film, nos la mostró como la heroina ideal de O'Neill, en *Raro interludio*. En estos momentos termina la filmación de *Deslices*. Irving G. Thalberg que tiene, por otra parte, motivos más que particulares para conocerla, dice que Norma, en su viaje al viejo continente, ha aprendido lo suficiente como para encarnar cual ninguna otra actriz el papel de una mujer moderna, independiente y, por lo mismo, atormentada. En este film tendrá por compañeros a Robert Montgomery y Herbert Marchall, el eficaz actor que se reveló con *Un ladrón en la alcoba*.

●



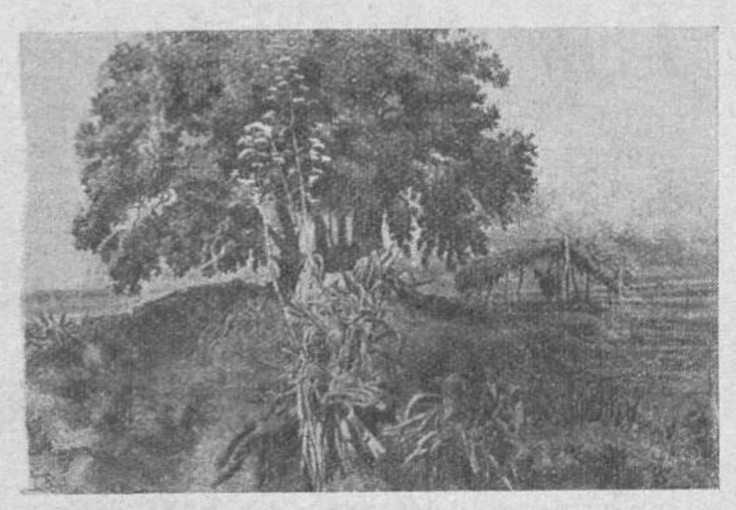
Dos célebres bandidos duermen la siesta: Ella, Carol Ann Beery, que va camino de "robar corazones"; él, displicente, amodorrado, encarnando al caudillo mejicano en la próxima y esperada película *Viva Villa*.

Florine McKinney, una agraciada figura que aguarda la oportunidad de destacarse en algo más que las fotografías llamadas "de publicidad avanzada"... que, en muchos casos, no pasan de eso.

●

* Katherine Hepburn, que se aloja en un hotel de Mérida, Méjico, bajo el vulgar nombre de Catalina Smith, aguarda la sentencia del tribunal que le concederá el divorcio. La interesante estrella no adoptó ese apellido deseosa de ocultarse en la extrema vulgaridad que significa un Smith o un Pérez. Es que su esposo responde al nombre de Ludlow Smith...

* Lo que jamás termina en los films de actualidades: "Deportes sobre el hielo".



Plantas medicinales americanas

La historia de los trabajos sobre plantas medicinales de América podemos resumirla brevemente con los datos siguientes: Entre los tripulantes de la nao "Santa María" figura el maestre Alonso, físico, de Moguer, quien fué sin duda el primer médico que pisó con Colón la tierra americana. En la relación de su primer viaje, Colón menciona varios árboles y trata de relacionarlos con los de las Indias Orientales, a las que creía haber llegado. Buscó en vano la canela y otras especias. Pero desde ese viaje notó que muchos indios andaban con tizones de yerbas en las manos, que usaban a guisa de sahumerios, fumadores sin duda: observaron por primera vez el maíz, los ajíes y gustaron de las batatas. En el segundo viaje del año siguiente fué con Colón el médico Diego Alvarez Chanca, de Sevilla, quien escribió al Ayuntamiento acerca de algunos vegetales observados. Américo Vespucio, el calumniado usurpador inconsciente de la gloria de Colón, menciona en sus cartas varias plantas útiles desconocidas entonces. En el tercer viaje de Colón se descubrió el jengibre, el palo brasil, nombre que tenía en la India y que lo comunicó a esta región de América, y una especie de canela. Pedro Mártir de Anghiera, primer cronista de la América, resumió los datos sobre vegetales, entresacándolos de las relaciones escritas y verbales de los conquistadores mismos. Fernández de Enciso (en su "Suma de Geografía", entre otras plantas), hablaba hasta del fantástico Arbol del agua, que lo figuraba con lámina proveyéndola a chorros, fábula que ahora queda reducida a la modesta laurina Oreodaphe foetens, de Nees.

Los cronistas en verso, como A. Ercilla, Oña, Alvarez de Toledo, Mendoza Monteagudo, Juan de Castellanos, celebraban las virtudes de algunas plantas. Nuestro primitivo cura poeta, el arcediano don Martín del Barco Centenera, cuyos versos nos hacen aún sonreír, en su "Argentina", describe plantas americanas. Hablando del Mburucuyá o Flor de la Pasión, la señala en esta estrofa:

"Figúranse los doce consagrados — De un color verde y amarillo, — La corona y los clavos tres morados".

Aun más característica es la descripción que hace de la Mimosa:

"Un árbol hay pequeño de la tierra, — Que tiene rama y hoja menudita; — En tocando la hoja, ella se cierra — Y en el punto se pone muy marchita. — Yo he visto, yendo veces a la guerra — Por los campos aquesta yerbita, — Caycobe se llama, y es tenida — Por viva yerba, y nómbranla de vida".

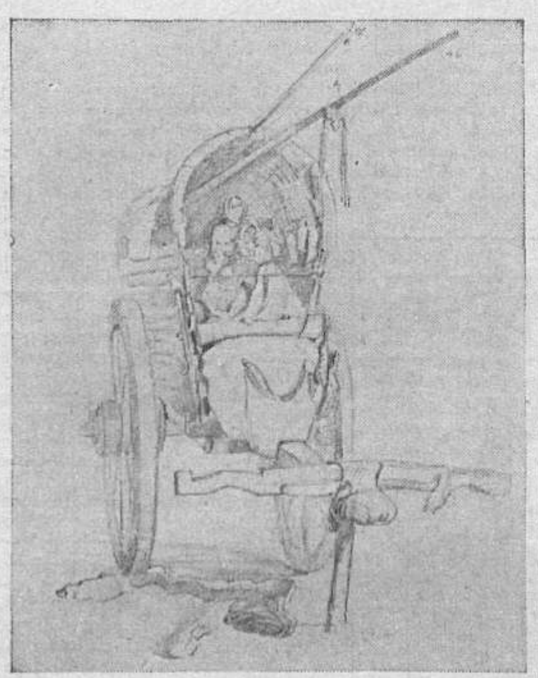
Nuestro buen cura hace una observación exacta, la ausencia de árboles en la pampa, cuyo arraigo lo compara al amor de las mujeres en estos curiosos versos:

"...Aquesto bien podemos — Probar, que árbol alguno no sotierra — Sus raíces, aunque sea de grandeza; — Pues ¿cómo la mujer tendrá firmeza?"

Podríamos multiplicar, con fácil erudición, los ejemplos de plantas americanas descriptas por los primeros historiadores, conquistadores, viajeros y *mentirosos* de profesión que han recorrido esta América.

PEDRO N. ARATA

Principios de la vialidad



El descanso en la carreta de antaño.

Las miras del virrey Ceballos fueron secundadas desde Chile por un administrador no menos inteligente que él. El general O'Higgins, padre, ha dejado monumentos que muestran cómo entendían aquellos hombres la importancia de las vías comerciales. Los faldeos de las montañas de los Andes fueron abiertos y parapetados para prestar base sólida al tránsito. En la región alpina de ambos lados se edificaron casuchas para abrigo del correo y pasajeros durante el invierno, provistas de carbón y vituallas. Fundóse la villa de Santa Rosa de los Andes, previendo que allí, a la salida de las montañas, el comercio alimentaría una ciudad populosa; y como el camino continuase a Santiago, pues que el de Valparaíso aun no era muy frecuentado, O'Higgins, para completar su obra abrió el camino carril que ostenta hasta hoy en las cuestas de Prado y de Zapata la munificencia del tesoro y la ciencia de los ingenieros. Un conjunto de trabajos públicos igual no se ha realizado después en Chile para servir a un interés comercial, si no son los proyectados edificios para los almacenes francos. Correspondiente a la magnitud de aquellos trabajos debió ser el tráfico que se proponían facilitar, pues que habiendo el presidente de Chile pedido al Consulado Real de Santiago cuenta de los productos de pontazgo en la villa de San Felipe, y éste demandado informe a los ministros de la Real Hacienda, se estableció, con presencia del expediente de visita que trata del origen y productos de pontazgo de Aconcagua, "que constaba por informe dado por la tesorería general en 15 de noviembre de 1781, haber rendido dicho ramo, cuarenta y cinco mil doscientos cincuenta y siete pesos, añadiéndose al final estas palabras: "sin poder hacer discusión del desfalco erogado de él, por aplicación hecho por Su Majestad a alguno de los corregidores en aquella provincia, y mucho menos de la suma aplicada a beneficio de los propios de aquella villa" (1000 pesos anuales y otros 1000 a los Andes).

Si suponemos que este comercio empezó a tomar actividad desde 1778 después del decreto de Ceballos, y cuando se expidió el título de Aduana a las cajas reales de Mendoza, aquel crecido producto del derecho de pontazgo solo corresponde a tres años.

DOMINGO F. SARMIENTO

La inmigración

¿Adónde llegaremos? No es dado preverlo; pero necesitamos hacer síntesis para ver el porvenir y aproximarlo sabiamente, pero no con el criterio de la actual necesidad, porque resulta que lo que hicimos ayer con el pensamiento en el futuro lo ha alcanzado y excedido la generación presente, actualizando su posteridad. Habré de repetiros, sin embargo, que nos faltan hombres y que la despoblación perjudica la armonía de nuestros progresos, porque hemos vencido al indio pero no al desierto. Si a un escolar italiano, francés o belga se le obligara a definir el concepto, estaría en lo justo al contestar: desierto es un territorio con dos hombres en cada kilómetro cuadrado. Y siendo ése el inventario de nuestra población, debemos esforzarnos en promover la corriente inmigratoria que es capital, trabajo, ideas, luz y fraternidad.

¿Qué camino seguir para impulsarla? La inmigración artificial se encuentra desprestigiada en Europa y en América y debemos convencernos de que penetrar en la noción del mundo no es un cometido que se abrevia con los usos llamativos que suelen emplear los industriales. Mi resistencia es antigua contra estos sistemas efectistas y me fué grato traducirla en un acto de gobierno al suprimir la red de agencias, inútil supervivencia de los pasajes subsidiarios. Ellos fueron en realidad la única contribución, efímera por fortuna, que la nación ha prestado al fomento artificial de la población y ese corto intervalo no cuenta contra la unidad sencilla de nuestra política. Desde la Representación de los Hacendados, a lo largo de los ensayos de la Revolución, pasando por la libre navegación de los ríos, por el principio de la igualdad civil para nacionales y extranjeros y el porte de los últimos a la vida comunal, se ve en *la mente de nuestros gobiernos* la asociación espontánea del emigrante a la actividad de la nación. El territorio está abierto a todas las energías; tócanos hacerlas útiles y prósperas por la legislación y las costumbres, por la fácil adquisición de la tierra, por las garantías del régimen, por la estabilidad de la moneda y la rápida justicia.

Decía, señores, que el problema inmigratorio no ha de solucionarse por medios artificiales sino avanzando en perfeccionamiento y garantías. Son estos progresos positivos los que han de procurarnos a la vez la naturalización del extranjero y no el ofrecimiento insuficiente para hacer cambiar de patria. El hombre que depone su ciudadanía nativa necesita sustituirla por una nueva existencia en que se mire como unidad eficiente, como factor y sujeto de derechos más amplios que los que ejercía o cuando menos igualmente considerados. Habremos, pues, de prestigiar el alto título de ciudadano *argentino* y para hacerlo estimar de los demás no debemos prodigarlo sino cuando fundadas presunciones de hecho o de derecho *nos indiquen que el interés o el* afecto, la residencia o el tributo, nos aportan ciudadanos de verdad y de corazón. Tal es la ley que nos gobierna y que expliqué hace veinte años en el Congreso de Wáshington.

ROQUE SAENZ PEÑA



de la salud de su bebé

es la Leche de Magnesia de Phillips, el antiácido-laxante ideal, recomendado por eminentes médicos. Ella hace más digerible la leche de vaca y evita y corrige los trastornos digestivos, estreñimiento, gases, diarreas. etc.

Leche de Magnesia de Phillips

el antiácido-laxante ideal

Sintonice L. R. 3, Radio NACIONAL — AUDICION LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS — de 13.15 a 14 horas todos los días



BUENOS AIRES, 26 DE MAYO DE 1934

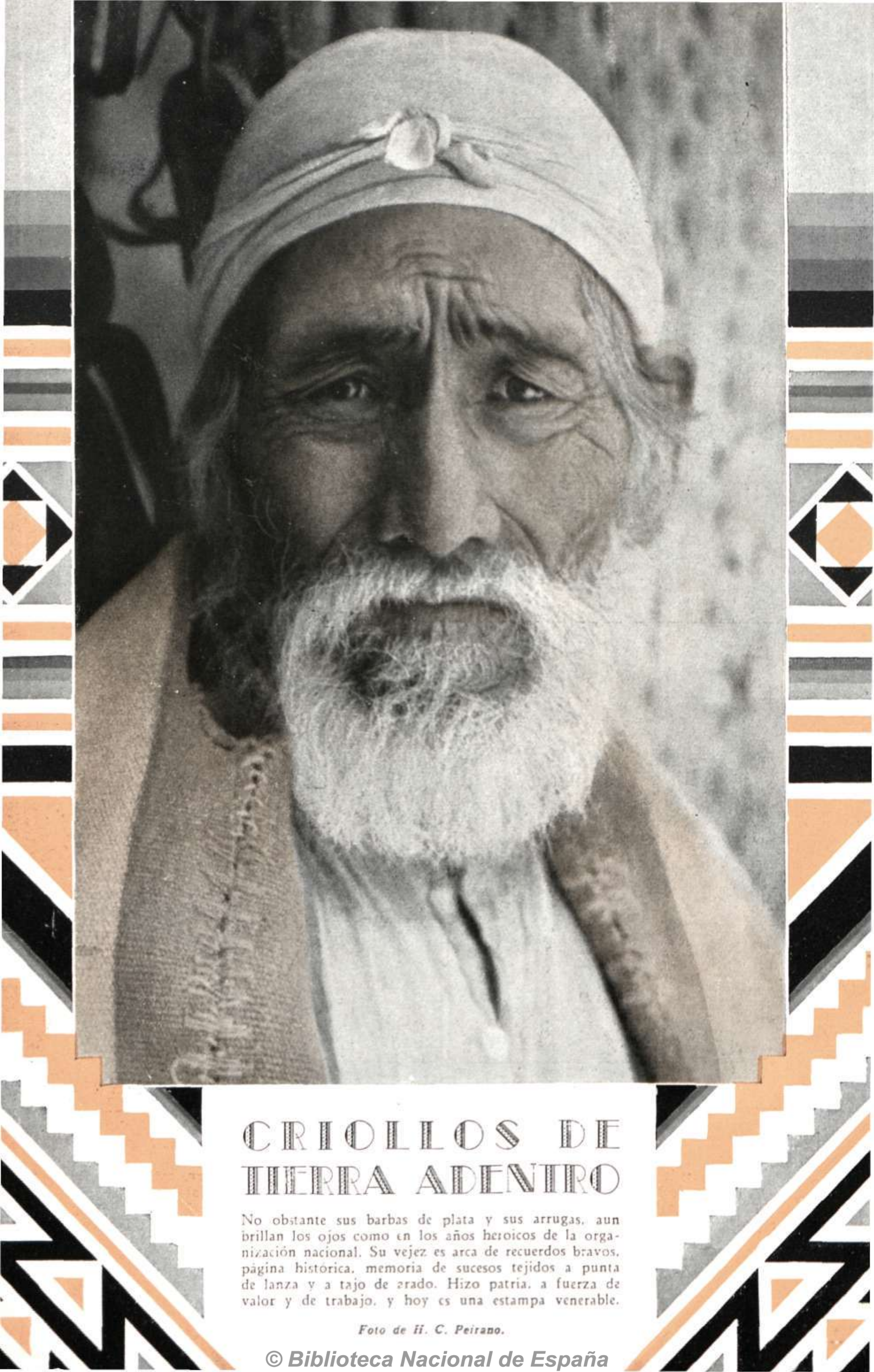
AÑO XXXVII **CARAS Y CARETAS** NUM. 1860

JOSE S. ALVAREZ
Fundador

"DIA PATRIO"

Elegantes, lucen las mujeres sus atavíos ricos de color y, junto al airoso caballero, ostentan la innata distinción de las criollas. El marco — la plaza de la Victoria y el viejo Cabildo — acuerda con los personajes de esta obra, tela de gran tamaño pintada por Alonso en 1933, que refleja un aspecto festivo del año 1840 y que fué adquirida por el Excmo. Señor Presidente de la República, general Agustín P. Justo.

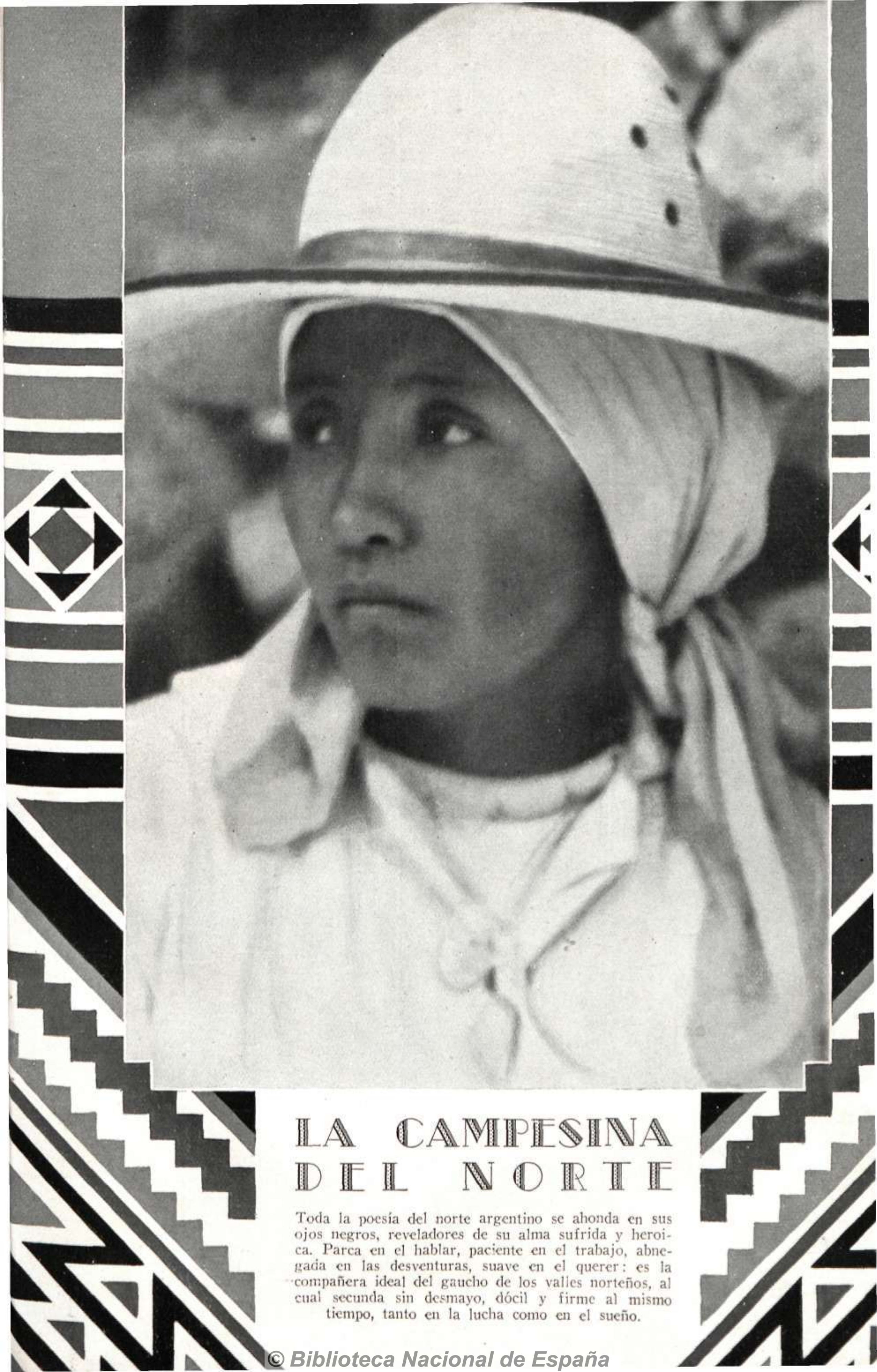




CRIOLLOS DE TIERRA ADENTRO

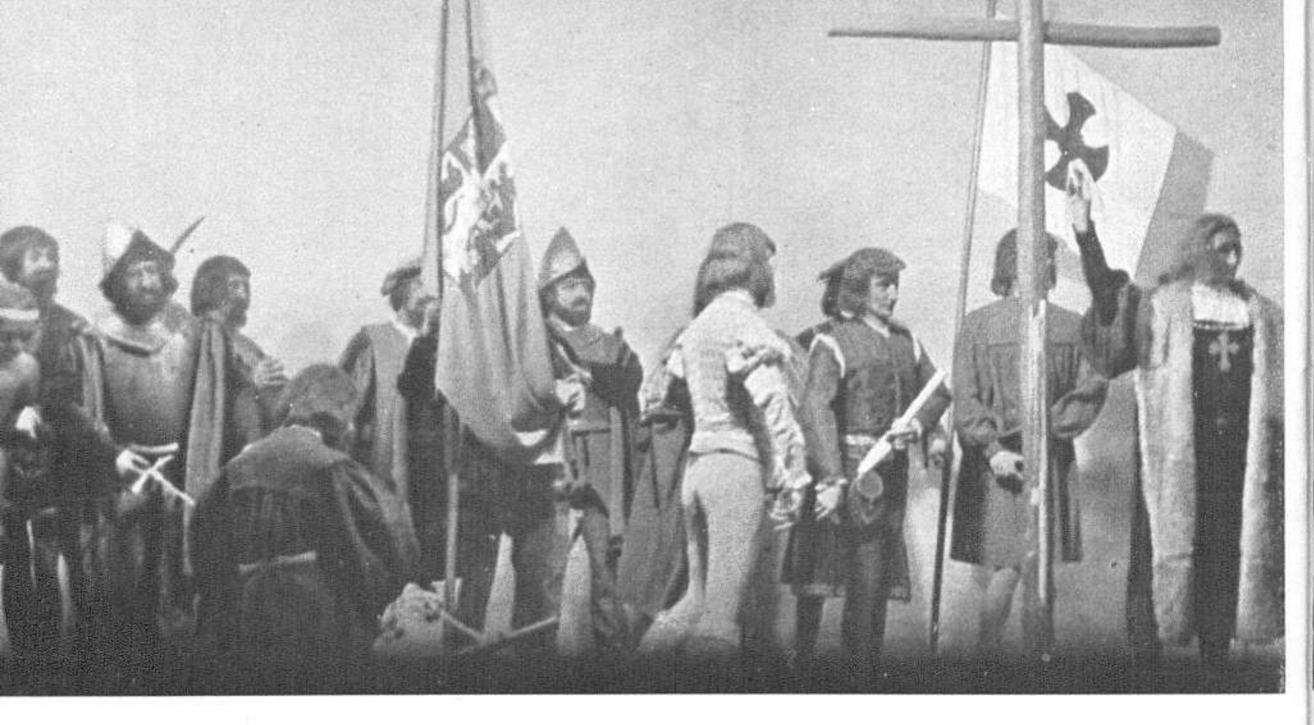
No obstante sus barbas de plata y sus arrugas, aun brillan los ojos como en los años heroicos de la organización nacional. Su vejez es arca de recuerdos bravos, página histórica, memoria de sucesos tejidos a punta de lanza y a tajo de arado. Hizo patria, a fuerza de valor y de trabajo, y hoy es una estampa venerable.

Foto de H. C. Peirano.



LA CAMPESINA DEL NORTE

Toda la poesía del norte argentino se ahonda en sus ojos negros, reveladores de su alma sufrida y heroica. Parca en el hablar, paciente en el trabajo, abnegada en las desventuras, suave en el querer: es la compañera ideal del gaucho de los valles norteños, al cual secunda sin desmayo, dócil y firme al mismo tiempo, tanto en la lucha como en el sueño.





La escena del descubrimiento del Nuevo Mundo constituye una evocación ilustrativa de singular atractivo.

VISIONES EVOCADORAS DEL PASADO HISTORICO

Escenas y personajes del Museo de Cera. — Un esfuerzo digno de estímulo. — Las notas solemnes del Himno. — El interés de la historia. — Valor de la enseñanza objetiva.

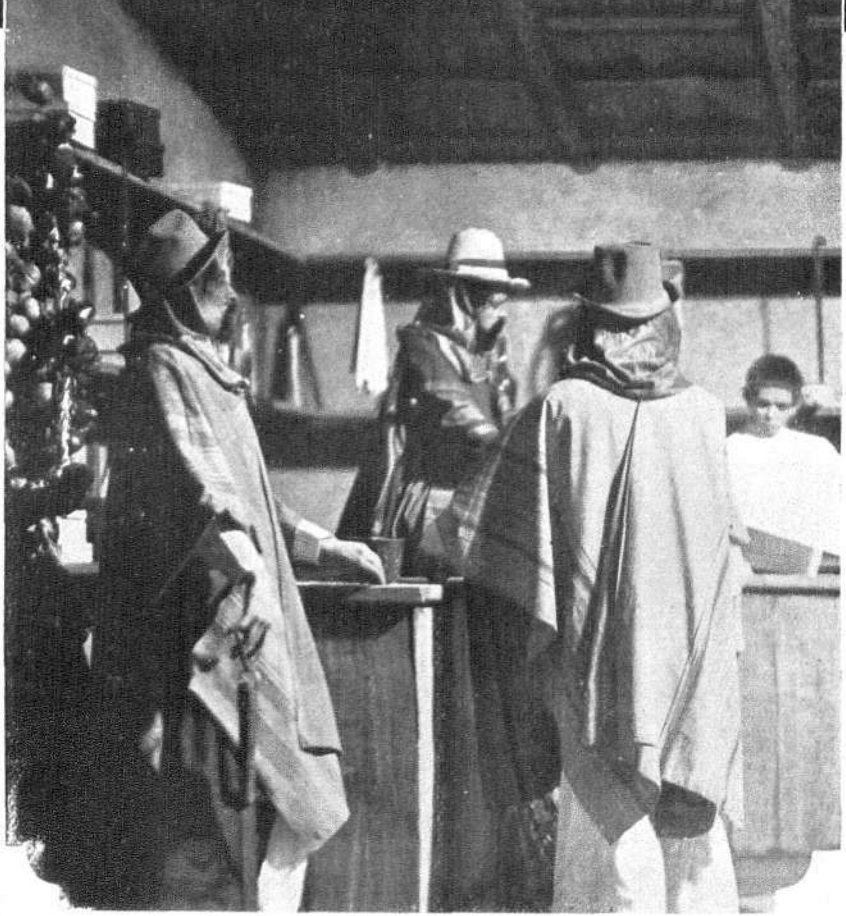
Por RAUL DORIA

La fundación de Buenos Aires por don Juan de Garay se ofrece como eficaz elemento de enseñanza objetiva.





Aquel concurso se puso de pie, y con religioso silencio oyó las notas del Himno".



Gauchos románticos y andariegos reunidos en una pulpería allá por 1860.



Instante en que el sargento Cabral salva la vida del Libertador en plena batalla de San Lorenzo.

♥ ♥
♥

Otro rincón de la vieja y clásica pulpería, con tipos de nuestra campaña.

DIRECTORIO

Pío Collivadino, vocal.

Rafael Girondo, presidente.

Carlos López Buchardo, vocal.

MAÑANA, 25 DE MAYO, TENDRA LUGAR LA FUNCION DE GALA DEL COLON

Athos Palma, director general.

C. Grassi Díaz, administrador general.

MAESTROS DIRECTORES



Fritz Busch.

Héctor Panizza.

Ottorino Respighi.

Franco Paolantonio.

REGISSEURS







Karl Ebert.

Lothar Wallerstein.

Hermann Geiger.

DIRECTOR ESCENOGRAFO
Héctor Basaldúa.

DIRECTOR COREOGRAFO
Boris Romanoff.





SOPRANOS


Leonora Boener.


Marcelle Bunlet.


Edith Fleischer.


María Malberti.


Isabel Marengo.

SOPRANOS


Hina Spani.

Margarete Teschemacher.

MEZZO SOPRANOS Y CONTRALTOS


Karin Brandzell.


Nadia Covaceva.


Angélica Cravcenko.

TENORES


Hans Fleischer.


Pedro Mirassou.


Koloman von Pataky.


Gotthelf Pistor.


Carlos Rodríguez.

BARITONOS


Víctor Bacciato.


Stefano Ballarini.


Víctor Damiani.


Walter Grobmann.


Carlos Tagliabue.

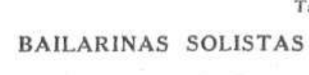
BAJO

Giacomo Vaghi.

PRIMER BAILARIN

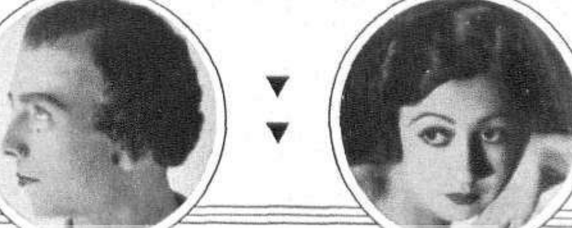
Michel Borowsky.

BAILARINAS SOLISTAS


Gema Castillo.

Rosa del Grande.







SOPRANOS



Sara Menkes. — Adelina Morelli.



Claudia Muzio.



Ella de Nemethy.



Lily Pons.

MEZZO SOPRANOS Y CONTRALTOS

DIRECTORES DEL CORO

Camila Kallab.



Julia Spott.



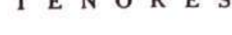
Mercedes Trilla.



Rafael Terragnolo.



César Stiattessi.



TENORES

PRIMERAS BAILARINAS

Tito Schipa.





Willi Worle.



Leticia de la Vega.



Dora del Grande.



Lydia Martinoli.

BAJOS



Joaquín Alsina.



Salvador Baccaloni.



Alexander Kipnis.



Felipe Romito.



Hellmut Schweebs.

BAILARINAS SOLISTAS



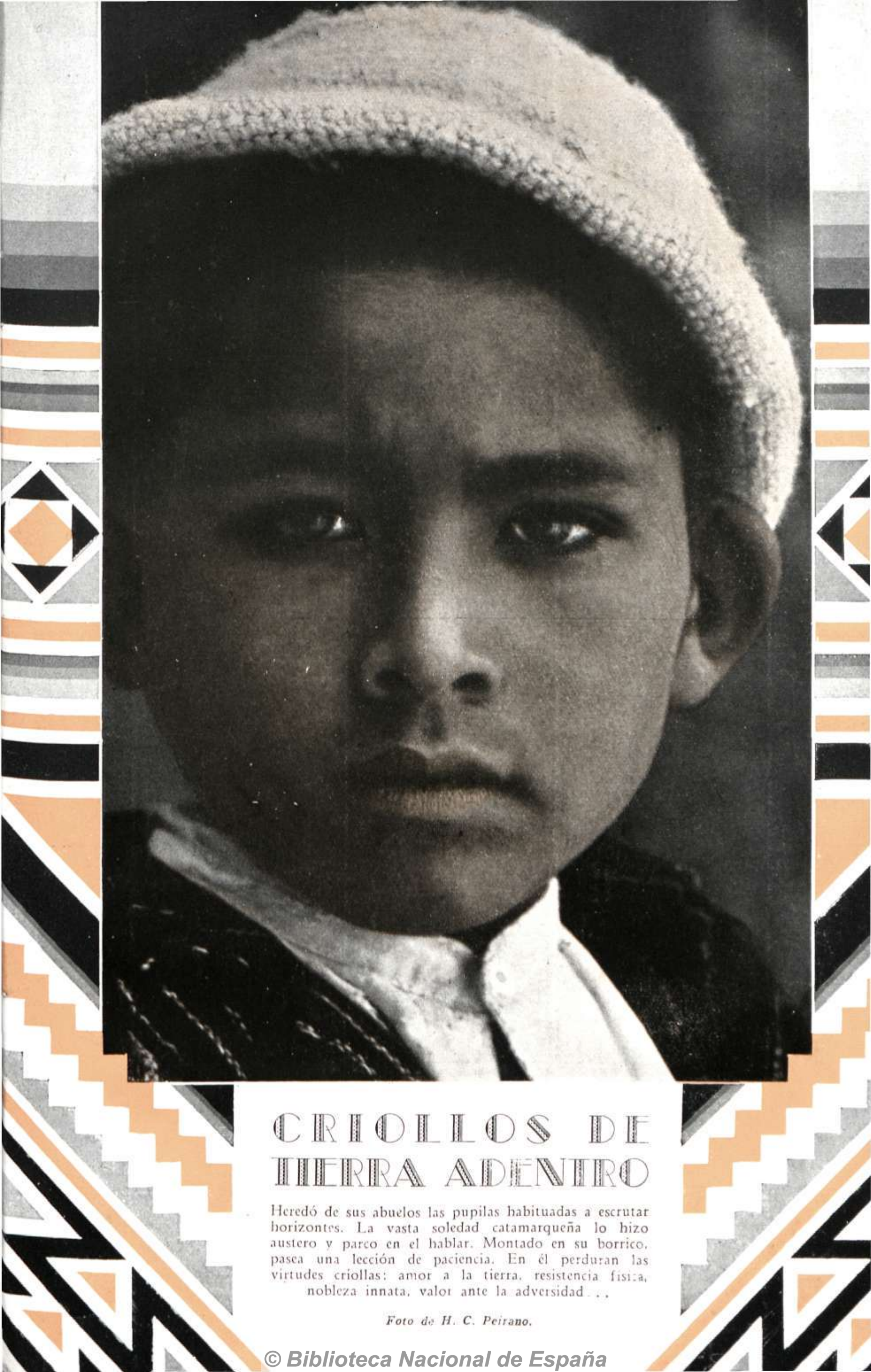
Lydia Galiani.



Mercedes Quintana. — Angeles Ruanova.



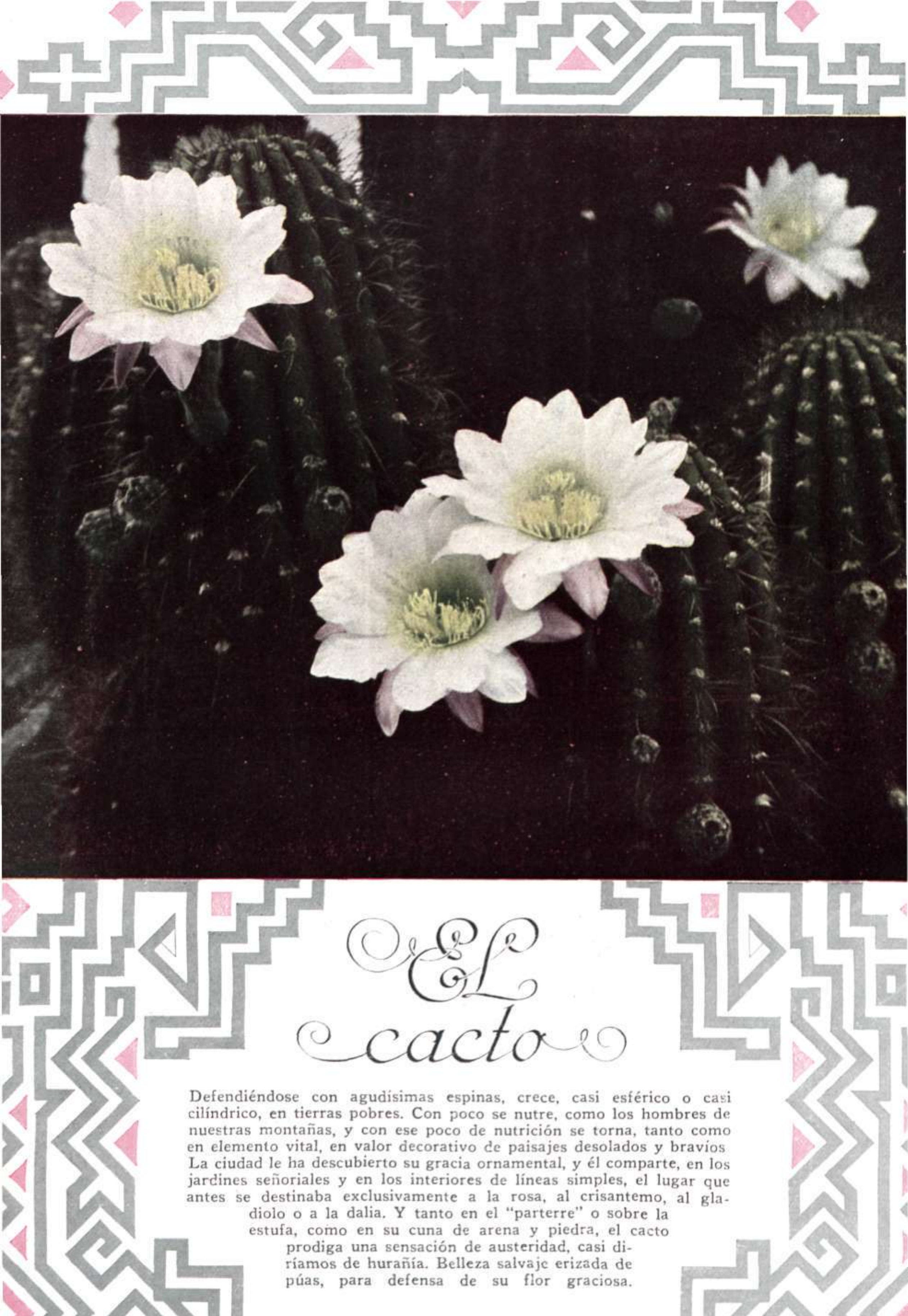
Blanca Zirmaya.



CRIOLLOS DE TIERRA ADENTRO

Heredó de sus abuelos las pupilas habituadas a escrutar horizontes. La vasta soledad catamarqueña lo hizo austero y parco en el hablar. Montado en su borrico, pasea una lección de paciencia. En él perduran las virtudes criollas: amor a la tierra, resistencia física, nobleza innata, valor ante la adversidad...

Foto de H. C. Peirano.



El cacto

Defendiéndose con agudísimas espinas, crece, casi esférico o casi cilíndrico, en tierras pobres. Con poco se nutre, como los hombres de nuestras montañas, y con ese poco de nutrición se torna, tanto como en elemento vital, en valor decorativo de paisajes desolados y bravíos. La ciudad le ha descubierto su gracia ornamental, y él comparte, en los jardines señoriales y en los interiores de líneas simples, el lugar que antes se destinaba exclusivamente a la rosa, al crisantemo, al gladiolo o a la dalia. Y tanto en el "parterre" o sobre la estufa, como en su cuna de arena y piedra, el cacto prodiga una sensación de austeridad, casi diríamos de huraña. Belleza salvaje erizada de púas, para defensa de su flor graciosa.

El pundonoroso jefe del ejército argentino durante una parada militar, de la cual fué comandante de las tropas, en el Hipódromo Argentino.

El 30º año de generalato de don Pablo Riccheri

Significativo homenaje de la Cámara de Diputados de la Nación y de diversas instituciones a un jefe que es honor de nuestro ejército.

Un recuerdo de la mocedad del glorioso veterano, cuando iniciaba su brillante carrera.





Uno de los últimos retratos del general Pablo Riccheri.

Con el general Roca, del cual fu ministro de Guerra, en una visita Campo de Mayo.



¿Qué argentino no conoce el nombre del general Riccheri? Fué un organizador del ejército, un gran ministro, un gran patriota. La Cámara de Diputados, al rendirle un homenaje por unanimidad, honra a la Nación. La ancianidad del general *Riccheri* es una lección de energía y de valor ciudadano, y CARAS Y CARETAS, en este número de Mayo, le ofrece su mejor palabra de admiración y cariño.

Gloriosos veteranos de la Patria

Expedicionarios al Desierto del Ejército y Armada

Por JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

CARAS Y CARETAS

Algunos sobrevivientes de la heroica Conquista del Desierto, en el Centro Militar de Expedicionarios del Ejército y Armada. De izquierda a derecha, sentados: teniente coronel Francisco Bidot, capitán de fragata Mariano L. Saracho, coronel Pedro Escola, general de brigada Ezequiel Pereyra, teniente coronel Juan L. Bruzzone, teniente coronel Sebastián J. Carrasco; de pie: mayor Cristóbal Miranda, teniente de fragata Angel Ustariz, capitán Jerónimo de la Serna, teniente coronel Ambrosio P. Escalada, capitán de fragata Antonio L. Mathé, señor David Cogan, teniente coronel Enrique Zimmermann Saavedra y capitán Nicanor Zapiola.



Señor David Cogan y teniente 1º Antonino Lara Reyes.

Teniente coronel Ambrosio Escalada, mayor Cristóbal Miranda y teniente de fragata Angel Ustariz.

La tertulia de los ilustres veteranos de la Conquista del Desierto

Lea en las primeras páginas el texto de esta nota.

Coronel Juan J. Gómez con el teniente coronel Angel Alegre.

Teniente coronel Francisco Bidot y el capitán de fragata Eugenio M. Leroux.

El presidente del Círculo de Expedicionarios general Ezequiel Pereyra, ofreciendo una copa de champaña a Soiza Reilly en homenaje a "Caras y Caretas".

Teniente coronel Francisco Bidot y mayor Cristóbal Miranda.

Capitán de fragata Mariano L. Saracho y teniente 1º Benito F. de Surra.

General Ezequiel Pereyra, vicepresidente coronel Pedro Escola y secretario teniente coronel Juan L. Bruzzone.



LA ARGENTINA PANERA del MUNDO

"Panera del mundo". Así denominó míster Hooveer a nuestro país. Expresión certera. Esta espiga pródiga y esta escena son símbolos maravillosos de nuestra abundancia agrícola, tesoro de economía donde se fundamenta sólidamente y en gran parte la prosperidad de nuestro pueblo, dueño de un suelo generoso.

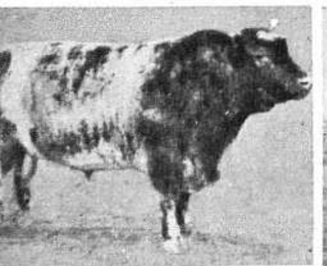




"Fariña", H. B. A. 3986, campeón de 1900, expuesto por don Celedonio Pereda.

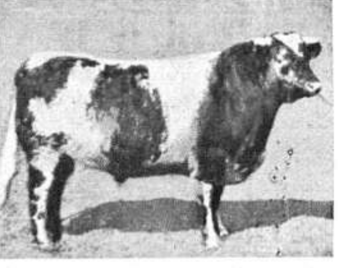


"Ras Betty", H. B. A. 6185, toro expuesto por don Leonardo Pereyra y campeón de 1901.

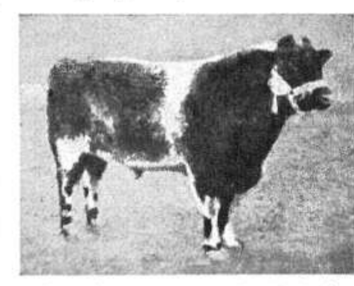


"Faithful 20", expuesto en 1925 por don Federico Seeger, no sólo conquistó el gran campeonato, sino el precio más alto registrado universalmente: fué adquirido en la importante suma de 152.000 pesos.

"Oxford Baron", H. B. A. 6443, campeón de 1904, expuesto por don B. Giménez Paz.



El campeón de 1905, "Polikao 2º", H. B. A. 8483. Expositor: Sucesión de Narciso Vivot.



"Sanquhar's Conqueror", H. B. A. 10253, campeón de 1906, expuesto por don Manuel J. Cobo.

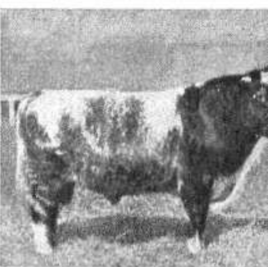
EL TRIUNFO DE LA GA
ES EL EXPONENTE DE



El campeon de 1910: "Golden Fame 1º", H. B. A. 11828, expuesto por Bmé. Ginocchio e hijos Ltda.

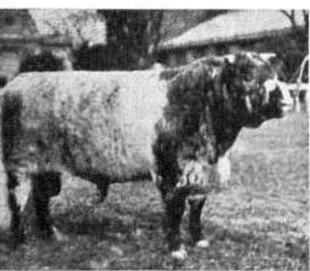


"Royal Fashion", H. B. A. 19151, campeón de 1911, expuesto por los señores Domingo, Pablo y Adolfo Olivera.



El campeon de 1912: "Best of All", H. B. A. 23808, expuesto por el señor Eduardo Healy.

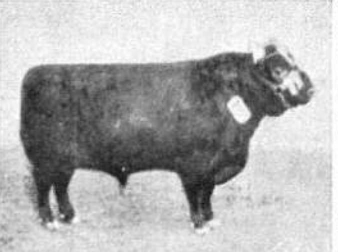
"Americus", H. B. A. 26744, campeón del año 1913, expuesto por el señor Leonardo Pereyra.



"Pearl Hunter", H. B. A. 44172, campeón del año 1918. Expositor: don Miguel A. Martínez de Hoz.



"Collynie Prince 28", H. B. A. 46209, gran campeón de 1919, expuesto por Nicolás Bruzone e hijos.

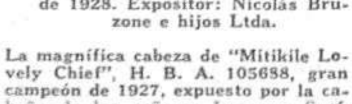


"Faithful" H. B. A. 53955, gran campeón del año 1920, expuesto por el señor William Angus.



El gran campeón de 1921: "Deputy", H. B. A. 62563. Expositor: don Miguel A. Martínez de Hoz.



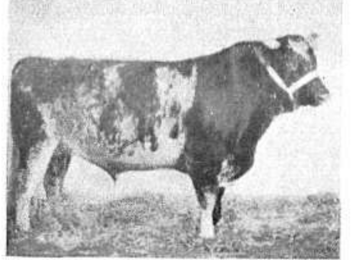


"Esther Bletchley Challenge 1", H. B. A. 108559, gran campeón de 1928. Expositor: Nicolás Bruzone e hijos Ltda.

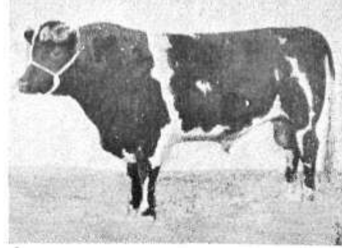


El gran campeón de 1930: "Oakland Pride", H. B. A. 134735. Expositor: el señor Carlos Brown.

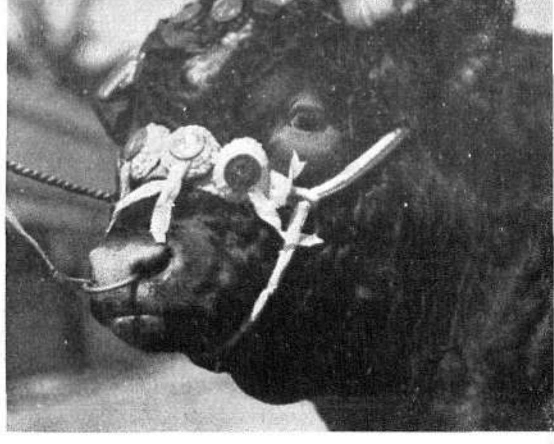
La magnífica cabeza de "Mitikile Lovely Chief", H. B. A. 105688, gran campeón de 1927, expuesto por la cabaña de los señores Lacau y Seré.



"Ladas 9", H. B. A. 4575, que obtuvo el campeonato de 1902. Expositor: señor Tomás Bell.

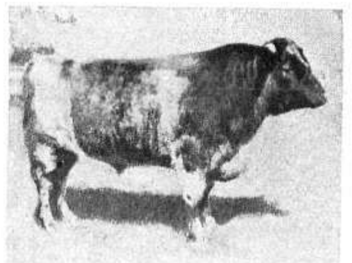


El campeón de 1903: "Ladas 5", H. B. A. 4572, expuesto por la cabaña de don Tomás Bell.

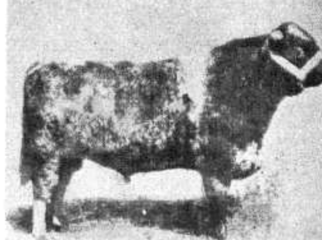



La cabeza de "Esther Bletchley Challenge 18", H. B. A. 116928, soberbio toro de la cabaña "Nicolás Bruzone e hijos Ltda. Comercial y Ganadera S. A.", que obtuvo el campeonato de 1929.

"Newton Stone 17th.", H. B. A. 12055, campeón del año 1907, expuesto por el señor Cecilio López.



El campeón de 1908: "Oxford Barón 14th", H. B. A. 13397. Expositor: don Eduardo Healy.

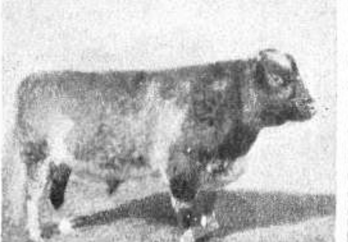


"Cxford Baron 28th", H. B. A. 15711, campeón de 1909, expuesto por el señor Eduardo Healy.

NADERIA ARGENTINA NUESTRA GRANDEZA



El campeón de 1914: "Quilmes Collynie 5", H. B. A. 26765. Expositor: don Leonardo Pereyra.



"New Year's Gift", H.B.A. 35134, campeón de 1915, expuesto por los señores Ignacio Goñi e hijos.



El campeón de 1916: "Camp Hero", H. B. A. 36384, expuesto por el señor Pedro T. Pagés.



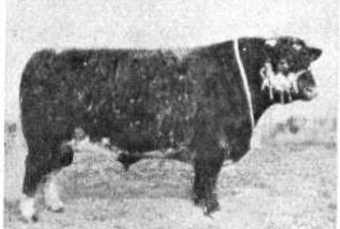
"Best Duke", H. B. A. 40182, campeón del año 1917, expuesto por el señor Eduardo Healy.



"Gabbler 2", H. B. A. 64675, gran campeón de 1922, expuesto por don M. A. Martínez de Hoz.



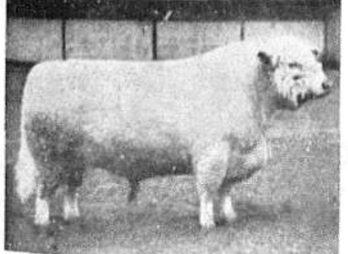
El gran campeón de 1923: "Marion Collynie Knight", H. B. A. 71567. Expositor: don Carlos A. Brown.



"Prince of Sofía 12", H. B. A. 77855, gran campeón de 1924. Expositor: señor Pascual Grondona.



El gran campeón de 1926: "Santa Angela's Red Lad 16", H. B. A. 101713. Expositor: G. Seré e hijos.



"Oakland Defence", H B. A. 136080, gran campeón del año 1931, expuesto por el señor Carlos A. Brown.

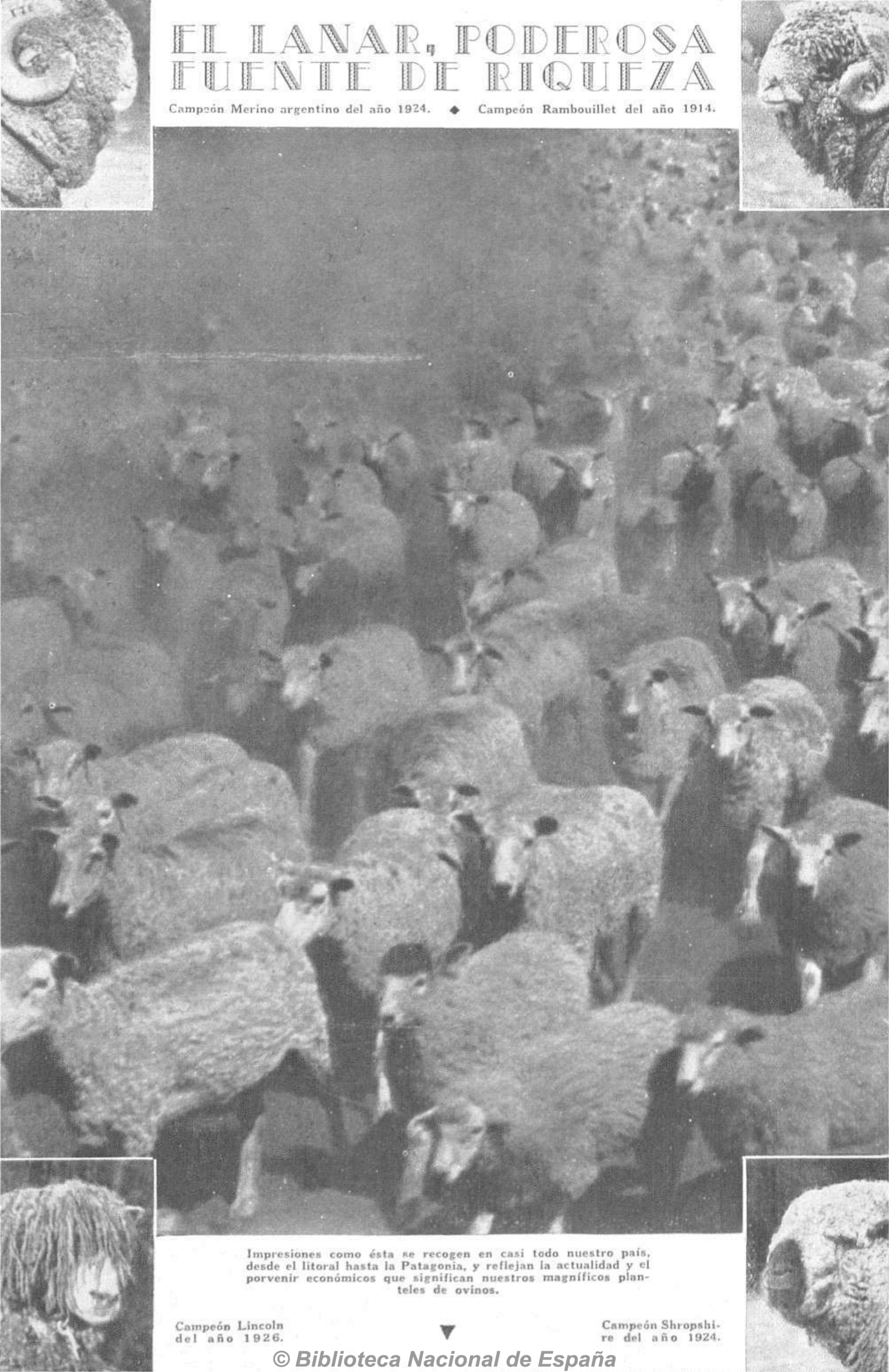


El gran campeón de 1932: "Fortune Butterfly Star", H. B. A. 143364. Expositor: don Enrique Santamarina.



El hermoso ternero de 17 meses que fué gran campeón en 1933: "Pastoril Monitor A. 1728", H. B. A. 160756.

EL LANAR, PODEROSA FUENTE DE RIQUEZA



Campeón Merino argentino del año 1924. ◆ Campeón Rambouillet del año 1914.

Impresiones como ésta se recogen en casi todo nuestro país, desde el litoral hasta la Patagonia, y reflejan la actualidad y el porvenir económicos que significan nuestros magníficos planteles de ovinos.

Campeón Lincoln del año 1926. ▼ Campeón Shropshire del año 1924.

El autor del Himno Argentino, Vicente López y Planes, en cuyo honor lleva su nombre el encantador pueblo costero.

Desde las barrancas, Vicente López ofrece este alegre aspecto, producto de sus lindos "chalets", de sus calles limpias y de sus risueños jardines.

VICENTE LOPEZ

Al norte de Buenos Aires, diversas localidades constituyen centros de progreso, bellos lugares de residencia y maravillosos atractivos para la población de la Capital Federal. Iniciamos esta nota con el de Vicente López, en el que se perpetúa el nombre del autor del Himno.



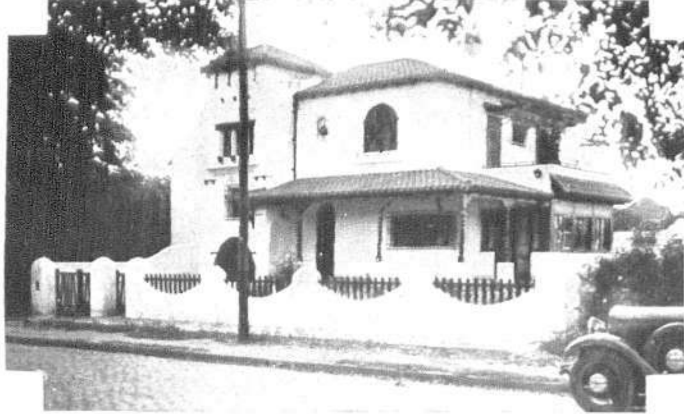
El señor José E. Rubio, intendente de Vicente López, a cuyo empeño debe la localidad el ritmo de prosperidad que la caracteriza.



Frente del edificio de la Intendencia Municipal, sobre una de las amplias calles que cruzan la ciudad. El movimiento de sus oficinas traduce la importancia del pintoresco centro del norte.



Una de las residencias señoriales de Vicente López. Está situada en la esquina de las calles José C. Paz y Capitán Justo Bermúdez.



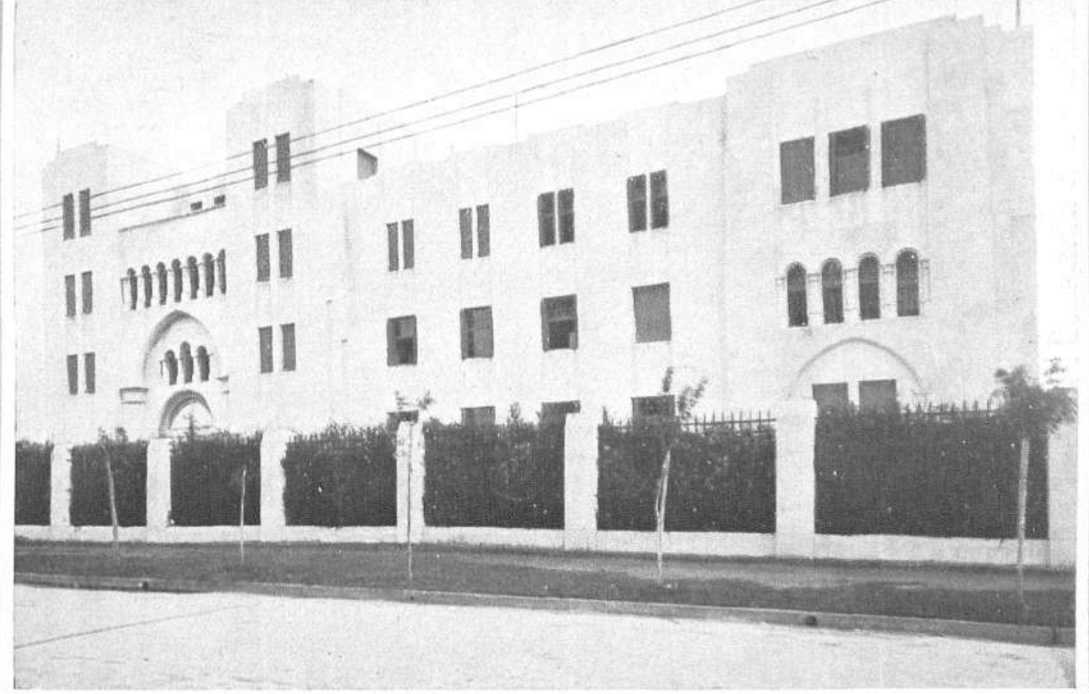
De líneas graciosas y austeras al mismo tiempo, este chalet es un atractivo de carácter arquitectónico del boulevar Roca.



Doctor R. Barreiro Aguirre, presidente y director del Hospital Municial de Vicente López.



El Hospital Municipal de Vicente López, nosocomio que reúne todas las exigencias de la medicina moderna.



Otro de los grandes y atrayentes edificios del bulevar Roca: el del Colegio Incorporado Santa Teresita del Niño Jesús.



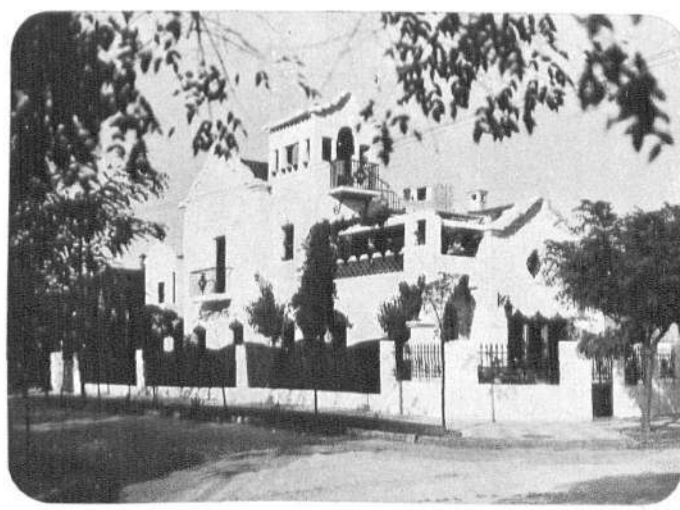
Doctor Aleardo G. Ravazzoli, distinguido facultativo y director del Hospital Municipal de Vicente López.



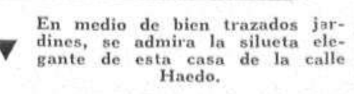
El joven facultativo doctor Carlos A. Urdapilleta, otro de los directores del Hospital Municipal de Vicente López.



Una vista del frente de la iglesia parroquial de Vicente López, la predilecta de la población de la localidad.



En la esquina de las calles Santa Rosa y Soria se alza este chalet, cuyos ventanales y rejas tienen sabor evocativo.



En medio de bien trazados jardines, se admira la silueta elegante de esta casa de la calle Haedo.



Los edificios particulares de buen gusto se suceden en las calles Rawson y Acasuso, dos arterias importantes de Vicente López.

Don Pedro A. Querido, uno de los vecinos más caracterizados, nativo del hoy partido de Vicente López.

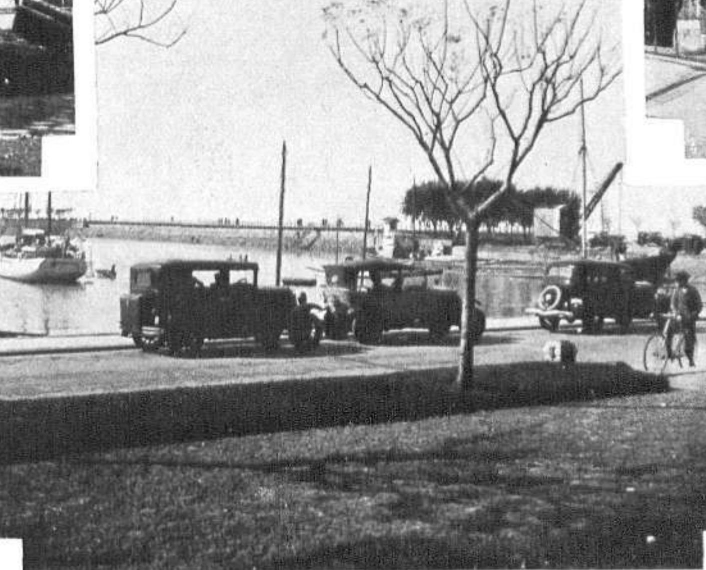
Entre grandes árboles y sobre pulcras piatabandas, ostenta su blancura y su elegancia la residencia presidencial, lugar encantador de descanso.

OLIVOS





Entre una alegre decoración floral, se levanta en la plaza de Olivos el monumento que perpetúa la memoria del gran patricio Vicente López.



Uno de los hermosos palacetes que son ornato de Olivos, pueblo tranquilo y encantador cuya edificación, variada, es una heterogénea nota de buen gusto.

◆

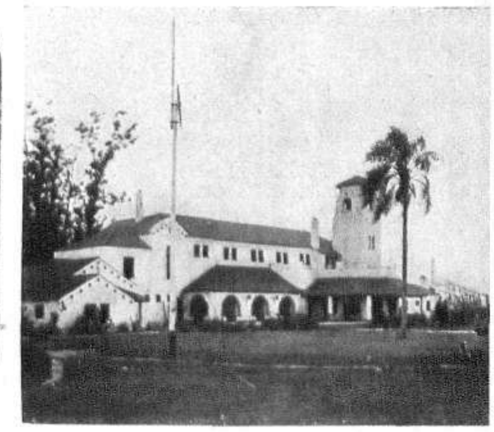
El puerto. Durante la estación veraniega es un rincón alegre y un punto de cita para la sociedad de Buenos Aires, ansiosa de aire puro.



Una de las calles que atraviesan la localidad.



La iglesia parroquial, recogida y luminosa, no obstante los árboles que la circundan.



El magnífico edificio del "Olivos Golf Club", una de las más importantes entidades deportivas del país.



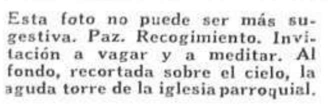
Una vista del Club Náutico, a la entrada del puerto.

▾ ▾ SAN ISIDRO ▾ ▾



Edificio que recuerda los tiempos de la colonia, el del Club San Isidro ofrece en su parte externa una belleza digna de sus interiores suntuosos.

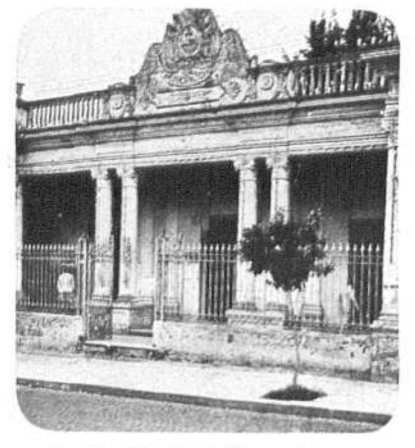




Esta foto no puede ser más sugestiva. Paz. Recogimiento. Invitación a vagar y a meditar. Al fondo, recortada sobre el cielo, la aguda torre de la iglesia parroquial.



El lindo pueblo cuenta, entre otras instituciones de cultura, con la Biblioteca Popular, frecuentemente concurrida por gran número de lectores.



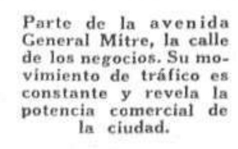
La Municipalidad. Sus verjas, su galería, sus balaustradas y el escudo que ocupa la parte alta y central del frente son de fuerte poder evocativo.



La sucursal del Banco de la Nación. No obstante la apacibilidad que advierte el transeúnte, San Isidro es un pueblo de actividad económica.



El reloj floral de San Isidro, sobre las barrancas, es célebre en la Provincia, por su vistosidad y por el lugar en que está emplazado.

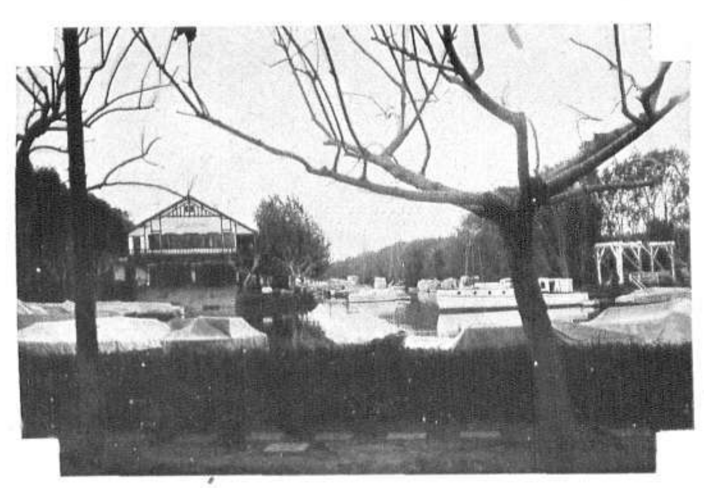


Parte de la avenida General Mitre, la calle de los negocios. Su movimiento de tráfico es constante y revela la potencia comercial de la ciudad.



Un aspecto panorámico de la ciudad de San Fernando, pueblo progresista, social y comercialmente.

SAN FERNANDO



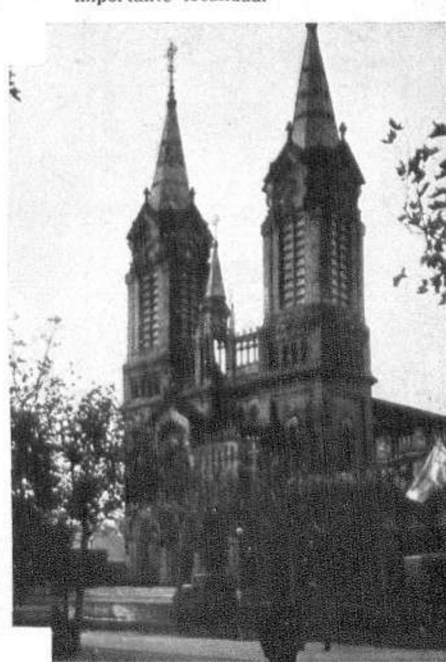
El club y el canal de San Fernando. Su apostadero para yates reúne constantemente crecido número de embarcaciones de recreo.



La sucursal del Banco de la Provincia, frente a la plaza principal de la importante localidad.



La Municipalidad de San Fernando. Desde ella se manejan los problemas edilicios de la ciudad, cuyas calles, bien trazadas y limpias, dan una impresin de pueblo laborioso.



La iglesia parroquial de San Fernando, con su amplio atrio y sus altas torres, es una de las más bellas de la región.

▼ ▼ TIGRE ▼ ▼



Hermosa vista del Tigre y de su canal principal, escenario de las luchas náuticas más reñidas que se realizan entre nosotros.



Frente del edificio de la sucursal del Banco de la Nación, de líneas severas y elegantes.



La estación del Ferrocarril Central Argentino, cuya actividad durante todo el año es realmente extraordinaria.





Una de las importantes arterias industriales: la avenida Cazón, sombreada por grandes árboles.

▼

La avenida España, embellecida por magnífica arboleda, es el camino que conduce a los chalets aristocráticos.



EL CORCEL MEDIADO

POR — ENRIQUE RICHARD LAVALLE

Don Diego de Góngora, del Hábito de Santiago, natural del Reino de Navarra, descendiente de los bandos de Benavente, había sido nombrado primer gobernador de la Provincia de Buenos Aires, independiente del Paraguay, y aquella tarde del 16 de noviembre del año de mil seiscientos dieciocho llegaba, en un navío, frente a la ciudad, luego de zarandeada travesía desde España. Y cumplido y gentil, como cuadra a un personaje de fuste, mandó a tierra una carta enderezada "Al Cabildo, Justicia y Regimiento de la Ciudad de la Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires", en cuya cual, luego de fino saludo a Sus Mercedes, háceles saber de su llegada, y que, como soldado, ha menester poco *alojamiento*, y aguarda aviso de Sus Mercedes para salir a tierra...

No necesitaban tanto los señores del Cabildo, que ya estaban a su espera, y en seguida diputaron a tres dellos, que fueron al navío y cumplimentaron al gobernador, diciéndole con el afán que le aguardaban:

—Y tan patente, que ya ha de ver Su Señoria que no estará alojado como soldado, ni mai recibido — díjole el alcalde Francisco Muñoz.

—¡Muy grato y complacido! — exclamó Góngora. — Que ya tengo noticia de lo muy bondadosos que sois...

—Cortos habrán quedado, si os ponderaron nuestra necesidad — aseguróle el regidor Juan Barragán, en un si no es chancero, — mas, por mucha que sea, más es nuestro deseo de cumplimentaros...

—Andando, entonces — propuso Góngora.

Montaron en un batel y presto llegaron a tierra, en cuya propia orilla aguardaba buen concurso de destacados vecinos, tales como el teniente de gobernador capitán Pero Gutiérrez, alférez real Enrique Enríquez, alcaldes ordinarios capitanes Antón Higueras de Santana, y Francisco Muñoz, doctor Iñigo del Corral, capitán Diego de Salazar, don Sebastián Luis de Salzedo, don Jerónimo Domingo del Carpio y Mate, en fin, cuanto de mejor y bueno de los vecinos.

Presentados y saludados todos con la gran cortesanía de que tanto alardeara el nuevo gobernador, pasóse al Fuerte, donde la parla se hizo más grata y general, contando las vueltas y travesuras de la luenga travesía:

—¡Ancha es la mar, y no se la salva como

»e quiera, señoría! — exclamó Bracamonte. — Sé, para mí, que fué mi viaje de jamás llegar. ¡Y qué turbonadas! ¡Y qué olas!... ¡Los mesmísimos demonios de la mar habríanse soltado!

— Mucho dello he debido sufrir, y en más de un punto juré que allí finábamos... pero cuando no está de Dios... — dijo Góngora. — Pero ¡vaya que es buena compensación hallar tan gentilísimos vecinos!

Recorridos los lugares de la vivienda que le destinaron, aseguró Góngora:

— ¡Pláceme!... ¡Pláceme! Esto es un palacio... ¡un magnífico palacio!

Llevado a la cuadra hiciéronle ver un precioso corcel negro, enjaezado con una riquísima montura, bellamente obrada:

— Este corcel morcillo enjaezado es el presente que hace la ciudad a su señoría — díjole el alcalde Francisco Muñoz. — No lo hay más hermoso en la comarca.

Góngora miró con ojos de entendido, y mandó a un palafranero:

— Hacedle pasear...

Pasearon al corcel de la brida, y luego ordenó que le pasearan montado, y, fuera que el palafrenero quisiera lucirlo, o lucirse, caso fué que pareció de intento como paseo de elegante y gracioso y garboso.

— ¡Bellísimo el morcillo! — exclamó Góngora entusiasmado. — Y no pasará de mañana que le monte... Gracias sean dadas a sus mercedes por presente tan regalado...

Y, en verdad, hermoso era el caballo, y rica y hermosa la montura, con que no iba muy más allá el elogio de lo debido.

Al siguiente día, fuera porque tal era su gusto, o por afirmar sus dichos, a mitad de mañana salió nuestro gobernador Góngora jinete en el corcel morcillo, y acompañado de algunos vecinos hizo su primera visita a la ciudad sede de su mando, y cabeza de la nueva gobernación, y al regresarse hizo más grandes y entusiastas ponderaciones del corcel.

— Es de cualidades como jamás viera. De muelle andar que parece mecedora para damas; suave en la rienda, que le manejaría un niño; y manso que más no lo fuera un cordero... — y volviéndose al palafrenero recomendóle su mayor cuidado.

Pasaron sus tres días, que el primer cuidado del gobernador al dejar el lecho era visitar el corcel, y aquella mañana llegase más tarde que siempre lo hiciera, y con gran asombro halló que una mujer estaba en la cuadra acariciando a su corcel.

— Excusaréis... — dijo Góngora.

La dama se volvió prontamente, e, intimidada, saludó con torpeza.

— Señoría...

— ¿Os agrada el corcel?... Es hermoso, y bien alcanzo...

— Señoría... perdonad. Soy Genoveva de Santana, hija de Manuel de Santana...

— Muy bien, mi doncella... muy bien...

— Y este caballo... señoría — dijo, ya con más ánimos, — es... era mío..., y como no lo hubiera mejor, para regalar a su señoría se lo vendió a Cabildo... Perdone su señoría... yo he venido a verle, porque le quiero mucho...

— ¡Ah! ¡Vamos! Era el compañero de vuestros paseos... Razón había para ser tan dócil y bueno...

— Perdonadme, señoría... Mas como le quiero tanto, vengo a verle y hablarle... — y dijo esto con tal ternura que Góngora se conmovió.

Era la doncella como de diecisiete años, hermosa y graciosa.

— ¡Vaya, pues! — exclamó Góngora tras breve pensar. — No quiera mi suerte que tenga un placer a costa del dolor de una tan agraciada doncella. Y, así, dejadme que os vuelva el corcel... ¡Nada! — atajó la réplica. — Mío es, y dueño soy de regalarlo si tal me cuadra... Aceptadle, y más luego lo tendréis...

No hubo más que decir, y tras breve platicar volvióse Genoveva a su casa, y dió la nueva a su padre.

— ¡En mis días aceptarás el presente! — exclamó Manuel de Santana. — ¿Que no sabes lo que dirán en Cabildo? ¡Les conoceré! ¡Que esto es industria mía! Que fuiste por mi orden...

— Padre... ¿tan malpensados son?

— Muy malpensados — aseguró Santana. — Y si quieres mi deshonor, acepta el corcel...

Genoveva pensó todo aquello, y repuso:

— Bien, bien se está padre mío. Vuelvo por su señoría, y todo quedará como queréis.

Tornóse al Fuerte Genoveva, llegando al tiempo que partía el palafrenero con el corcel, y haciéndole volver grupas, le mandó llamar al Gobernador.

Pocos momentos más tarde hablaba a ésta en su saloncillo de recibimiento.

— Muchísima verdad dice vuestro señor padre — reflexionó Góngora tras escucharla. — ¡Eso pensarán! Pero... yo soy dueño de disponer de lo mío. Soy el Gobernador, y no aceptaré imposiciones. ¡Tendréis el corcel!

— Gracias, señoría, pero... no puedo consentir en dañar a mi padre...

Y allí plantados los dos, miras tenían de no avenirse a razones, cuando Góngora, que por algo era quien era, díjole:

— Bien... haremos esto. Quede el corcel en mi cuadra, y es mío, pero todas las mañanas os lo enviaré a vuestra casa, y montaréis en él, volviéndomelo al caer la tarde. Nadie podrá decir que no es mío...

— Señoría, pero ¿y en qué montaréis?

— Cuenta es que ya remediaré — aseguróle sonriendo, — que para el soldado todo corcel es bueno en marchando... Id, mi buena doncella, y obedeced al Gobernador, que jamás dió orden con mayor agrado...

Fuese Genoveva con la nueva al padre, y así quedó aceptado lo ordenado y concertado. De la siguiente mañana paseó la doncella en el corcel morcillo por la ciudad, y cuando atardecía tornábalo el palafrenero a la cuadra del Fuerte. Y presto se supo cómo y por qué era, y muchos hallaron hermoso el gesto del Gobernador, y otros, que no podrán decir bueno porque no les cuadraba y malo porque no les convenía, ponderaron cómo, por suerte de bondad, había un corcel mediado, que era de dos dueños, y tal decían en chusco cantar:

Un corcel fué regalado,
mas, porque fué de una bella,
un Gobernador honrado
quiso volvérselo a ella...
Y, así, quedóse pactado
que fuera "el corcel mediado"...

Eduardo Ricardo Lavalle

DIBUJO DE ALVAREZ

Otra vez el autor anónimo del falso "Quijote"

Por EDUARDO DEL SAZ

Todo el mundo sabe que don Miguel de Cervantes Saavedra publicó en 1605 su primera parte del "Quijote". Pero medio mundo olvida — con toda justicia — que, en 1614, un autor anónimo, enemigo del glorioso manco, atrevióse a imprimir el llamado Falso Quijote. En 1615, el genial novelista replicó con la verdadera segunda parte. ¿Quién fué el que escribió el "Quijote", firmado por Avellaneda?

▼ ▼

Todo seudónimo es una ecuación literaria con una incógnita. La mayor parte de esos problemas se resuelve fácilmente; otros resultan irreducibles, por ejemplo: *Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda* = *X*.

En dos páginas de CARAS Y CARETAS quise, allá por 1927, resolver la incógnita, basándome en la solución que propuso Menéndez y Pelayo: Avellaneda = Alfonso Lamberto. El admirable crítico vió un anagrama en los cinco primeros vocablos del Quijote apócrifo, y numeraba así las letras:

E l s a b i o A l i s o l a n h i s t o-
11 7 8 10 6 1 2 5 3 4 13 14

r i a d o r n o"
12 9

Como las intuiciones del maestro me parecen dignas de fe, proseguí su investigación, extendiéndola a cinco palabras más:

E L S A B I O A L I S O L A N
2 4 18 5 23 30 7 10 15 32 29 12 20 14 13

H I S T O R I A D O R N O M E N O S
31 54 33 26 16 6 55 21 1 19 9 17 27 22 8 36 34 40

M O D E R N O Q U E V E R D A D E R O
49 37 11 24 25 43 39 3 52 35 5 42 38 41 28 47 44 45 46

D I C E
50 56 51 48

Si el lector pone las letras en el orden indicado por los números hallará lo siguiente: *Deqlaro era don Alonso Lamberto. Así hiso en Oros. D' enero de MDCUVIII.* Es decir: "Declaro era don Alonso Lamberto. Así hizo en Oros. De enero de 1613".

A falta de documentos comprobatorios, esta conjetura no resulta fehaciente. Sin embargo, trataré de sostenerla con otros indicios, hallados en la segunda parte del "Quijote". Serán molinos y no gigantes, rebaños y no ejércitos, pues mi manía es un contagio de la hidalga locura. Pueden los lectores no leerme, pueden reirse de mi quijotera labor...

En el capítulo XLIV Altisidora, doncella de la duquesa y allí aparecida repentinamente, canta a don Quijote un romance burlesco, demasiado burlesco:

¡Oh, tú! que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda,
durmiendo a pierna tendida,
de la noche a la mañana.

Caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el ORO *fino de Arabia.*

Oye a una triste doncella
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas,
DAS LAS HERIDAS, Y NIEGAS
EL REMEDIO DE CURARLAS.

Dime, VALEROSO JOVEN,
QUE DIOS PROSPERE TUS ANSIAS,
Si te criaste en la Libia
o en las MONTAÑAS DE JACA.

Si sierpes te dieron leche,
si a dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
a una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa,
desde Henares a Jarama,
desde el Tajo a Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de ORO *le adornan franjas.*

▼ ▼

L 35	E 6	S 1		P 36	U 21	S 4
I 3	E 11	R 8	O 2	N 12		Y 22
E 24	N 19	C 15	A 16	J 13	A 14	R 20
O 7	N 23		S 10	E 29	N	D 5
O 9	S 17		M 26	A 27	N 28	O 18
J 30	O 31	S 25		D 33	E 34	
A 37	L 38	I 39	A 40	G 41	A 42	S 32

Opina Menéndez y Pelayo que Alfonso o Alonso Lamberto era un estudiantón. ¿Alude a él Cervantes al decir VALEROSO JOVEN? Don Quijote era viejo. QUE DIOS PROSPERE TUS ANSIAS, de acuerdo quizá con aquello que el desconocido autor del falso libro pone en el prólogo: *quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su Segunda Parte.*

Del anagrama propuesto por mí se desprende que Lamberto escribió su obra en OROS, lugar de las MONTAÑAS DE JACA. La palabra ORO repetida, ¿puede ser tomada como una alusión? Los Lambertos pertenecían a señoritos enclavados en las montañas de Jaca. Martín Iñiguez Lamberto es alabado por el cronista Francisco Andrés, entre los poetas de ese terruño. El nombre fantástico de Altisidora tal vez encierre una alusión, ya que el pueblo de Oros se divide en Oros Alto y Oros Bajo. ¿Equivale ese nombre a indicar que la doncella era de Oros Alto?

Agreguen los lectores las palabras chismosas de la dueña doña Rodríguez, la cual murmura en el capítulo XLVIII: *Porque quiero que sepa vuesa merced que no es todo oro lo que reluce, porque esa tal Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida...*

Menéndez y Pelayo reproduce en su estudio un soneto, firmado con las iniciales A. L. El sospecha el nombre y apellido del autor: Alonso Lamberto. El cuarteto inicial dice:

No me pidas Inés, lo que no tengo,
que me enfadas en ello, por tu vida;
pídeme tú que dé alguna herida,
y ocuparé mi brazo lambertengo.

El lambertengo A. L. se niega a darle dinero a su Inés y se ofrece en calidad de valentón. ¿No recuerda ese cuarteto los dos octosílabos de Altisidora: DAS LAS HERIDAS Y NIEGAS — EL REMEDIO DE CURARLAS?

En el mismo "Quijote" hay un pasaje del capítulo LXI, donde al relatar la entrada del famoso hidalgo y su escudero en Barcelona, dice Cervantes que dos muchachos: *traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.*

La palabra *aliagas* ha sido tomada como una alusión, pues fray Luis de Aliaga resulta uno de los candidatos a la paternidad del "Quijote" apócrifo.

LES PUSIERON Y ENCAJARON
SENDOS MANOJOS DE ALIAGAS

son dos octosílabos; el segundo termina en igual asonante que el romance de Altisidora.

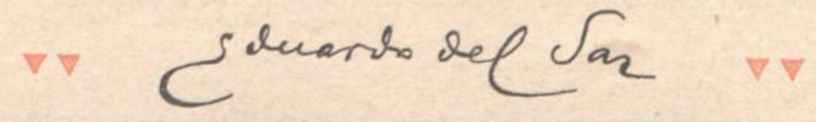
Si se colocan las letras en el orden indicado por los números del cuadrito adjunto, leeremos: SOIS DE OROS, EN JACA. SON RUYNES MANEJOS DEL P. ALIAGA. En ese anagrama sobra una "n" y hay una falta de ortografía, la de la "y" por "i", de "ruines". Esto es "peccata minuta" en cuestiones de anagramas.

¿Casualidades?... Lo que sea. Presento mis conjeturas, sin dar por el pito más de lo que el pito vale.

Mientras no se descubran documentos, que no haya falsificado alguien, la paternidad del falso "Quijote" será discutida.

Ahora, otra conjetura chiquita para agregar a las otras:

El padre del bachiller Sansón Carrasco se llama Bartolomé, anagrama de Lamberto, con sobra de una "o".



El Pericón Nacional y las seguidillas

En el libro "Historia de la música argentina", del profesor Arturo C. Schianca, al hablar este notable folklorista de la más hermosa danza argentina, trae la letra de un antiguo pericón. Consiste en cuatro seguidillas, una de las cuales es la siguiente, verdadera joya de la inspiración popular:

De los cien imposibles
que el amor tiene,
yo llevo ya vencidos
noventa y nueve.
Uno me falta,
y es preciso vencerlo
con la esperanza.

Actualmente, las versadas o relaciones del pericón se hallan encomendadas a la décima, estrofa preferida por el oído y el sentimiento del gaucho. La décima, sin duda, resulta más majestuosa y, por lo tanto, más en consonancia con el precioso baile nacional.

La seguidilla tiene, sin embargo, mayor aire de danza. Puede decirse que han sido injustamente olvidadas. Rodríguez Marín hace la historia de ellas, en su estudio sobre la copla

"Tratemos ya de las seguidillas, que ahora constan de cuatro versos, de siete y de cinco sílabas, alternados, y asonantados o aconsonantados los pares, pero que en lo antiguo solían tener de seis sílabas los impares, especialmente el primero. El origen de las seguidillas es bastante remoto. A no sobrar una sílaba al verso último, seguidilla pintiparada pareceríame aquel cantar en que también se repite como tercero el primer verso, y que, va para cinco siglos, dió ocasión a una glosa de Juan Alvarez Gato, poeta de la décimaquinta centuria:

Quita allá, que no quiero,
falso enemigo,
quita allá, que no quiero
que huelgues conmigo.

Pero, de todas suertes, seguidillas son hechas y derechas, llamáranlas así o no, las coplas de que consta cierta canción satírica del tiempo de los Reyes Católicos, publicada por Barbieri, y de la cual son muestras las que siguen:

Venistes de la guerra:
muy destrozado;
vendistes la borrica
por un cruzado;
comprastes un capuz
negro y frisado,
con que vos honrásedes
las navidades...

Esta casta de coplas eran popularísimas en los años en que escribía Cervantes, y se llamaban indistintamente *coplas de la seguida* (en *El Celoso extremeño*) y *seguidillas* (en *Rinconete y Cortadillo*, en *La Gitanilla* y en la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*); y, ya tomasen estos nombres, como se dice en el *Diccionario de autoridades*, "por el tañido a que se cantan, que es consecutivo y corriente", o ya porque tiempos atrás *siguiesen* a otras coplas, es lo cierto que fueron la letra que se usaba para las tonadillas de diversos bailes más o menos apicarados, tales como *los Valientes, Santurde, el Caballero* y *Juan Redondo*. De las seguidillas dió entera razón el mencionado Correas, "pues también — dice — lo merece su elegancia y agudeza, que son aparejadas y dispuestas para cualquier mote y dicho sentencioso y agudo, de burla o grave, aunque en este tiempo se han usado más en lo burlesco y picante, como tan acomodadas a la tonada y cantar alegre de bailes y danzas, y del pandero y de la *gente de la seguida* y enamorada, de quien en particular nuevamente se les ha pegado el nombre a las *seguidillas*"...

Iniciamos en este número la publicación de la novelesca vida de Manuel Dorrego, obra del poeta Arturo Capdevila. Este trabajo inédito del autor de "Melpómene" que "Caras y Caretas" ofrecerá en su totalidad, ocupando para ello varios números alternados, pondrá de relieve, una vez más, la personalidad de quien, en "La Santa Furia del padre Castañeda", confirmó sus indiscutibles virtudes de narrador, de novelista y de estilista pulcro y vigoroso.



DORREGO EL AJUSTICIADO

CAPITULO I

EL HOROSCOPO DE LA MISA

Donde se cuenta que nace un niño en Buenos Aires — Año de 1787. — Y que se le da por nombre Manuel Críspulo Bernabé.

Por ARTURO CAPDEVILA

Al revés de lo que hice en *La Santa Furia del Padre Castañeda* que fué tomar ya hombre a mi héroe y averiguar después su pasado, debo empezar, ahora que he de escribir la novelesca vida de Manuel Dorrego para los lectores de Caras y Caretas, por los primeros años de mi biografiado. De poderlo, empezaría por su primer vagido. Deploro no saber cómo estaba el cielo cuando él nació; no para astrología de astrólogos, que nada vale, sino de poeta que puede ser gran verdad. Tendría quizás alguna cabal interpretación que hacer. Así me interesan las menores señales de aquella infancia. Pero no se sabe cosa alguna. La tradición, en nuestro suelo, es lo que primero se lleva el viento de la pampa. ¡Quién pudiera, sin embargo, rescatar alguna señal, cualquier signo! Vida que acaba en fatalidad tan tremenda, como acabó la de Manuel Dorrego, debe ser rica de misteriosos anuncios, anticipados espantos y mal sabidos sobresaltos ante la enmascarada suerte. ¿Esto que digo? ¿Esto, o una ceguera total hasta la hora trágica? Presupongo el misterioso anuncio, el anticipado susto, el mal sabido sobresalto ante la máscara del porvenir. Cuando nace un niño que hombre ha de acabar su vida, contra toda aparente justicia, en un banquillo, ¿será que no pase nada? Cuando nace un niño, de padres buenos, de gente honorable, en limpia cuna, y ha de aca-

bar sus días ajusticiado como un malhechor ¿podrá ser que no haga ningún signo la vida? ¿Esa clase de viento fatal no sopla desde el principio? Y si sopla ¿deja quietas las ramas? ¿No pasa nada entonces, pregunto? ¿No pasa absolutamente nada? Pensamos que sí, que sí pasa. De tan dolorosa y fiera suerte, siquiera asome en el aire del destino como funesta contingencia evitable, no hay cómo no haya desde el nacer alguna adivinación, un dolor de ángeles, o no sé qué; y más cuando la personal desdicha va a echar tan larga y fúnebre noche sobre la propia patria.

He aquí, pues, en dos palabras, el asunto y los telones de fondo de mi nuevo trabajo: la predestinación de Dorrego, y su época. Pero todo me propongo, menos ahogar en papeles al lector. Ni en *Las Vísperas de Caseros*, ni en *La Santa Furia del Padre Castañeda*, cometí tamaño desaguisado. Sírvame así de fianza lo hecho en lo por hacer, y nadie busque remedio en la huída. Vengan todos, antes bien, y escuchen estas cosas de las antiguas gestas nacionales, que se holgarán de haberlo hecho, pues tendrán más patria, al final, de la que tenían y mejores razones para amarla.

En suma: lo que una vez más me propongo realizar no encuadra en los límites de la pura y estricta historia, sino que cae en los lindes de lo que llamaremos la evocación. Nunca he deseado precisamente *historiar*, sí, en cambio, *evocar*. Tenemos maestros de la historia a quienes rindo todo mi acatamiento. Pero, en muchos casos la historia suele pasar por entre sepulcros — al menos en nuestros pobres tiempos monográficos — y va diciendo: *Aquí yace*... Así no me interesa. Prefiero con mucho la evocación, pues que alcanza a decir al pasado: *Levántate y anda*... Es lo que pretendo hacer. No parezca vano alarde, lector. Es voluntad de lograrlo.

Y aquí comienza la vida de Manuel Dorrego.

▼

Aquí comienza la vida de don Manuel Dorrego. De enhorabuena está su padre, don José Antonio. Todos en la casona están de enhorabuena. Acaba de nacer con suma felicidad el quinto hijo de sus plácidas nupcias, segundo de los varones, y la madre ha quedado sana y fresca: doña María de la Ascensión Salas. Como que es joven aún, y tan joven. Sólo cuenta treinta y tres años, bien que lleve dieciséis de casada, y es señora muy bien parecida.

Anotad la fecha del nacimiento: 11 de junio de 1787.

Don José Antonio Dorrego habla con énfasis de padre dichoso. Este énfasis le devuelve por momentos el casi perdido acento portugués, de buen hijo de la isla de Barcellos. Veintidós años largos lleva en el virreinato, y vaya si hay tiempo para perder el acento de la lengua natal entre los varios azares que van desde los diecinueve años hasta los cuarenta y uno...

Todos están contentos en la casa: amos y esclavos. Los niños bullen en el patio. Son cuatro: María de las Nieves, que anda en los diez años; Trinidad, que va por los ocho; María Magdalena, de apenas seis, y José Luis, de tres años. Días atrás, cuando la solemne procesión de la otra semana, las tres niñas asistieron al gran acto con su abuelita, y José Luis se quedó llorando porque no le llevaban. Ahora que nació el nuevo hermano, María de las Nieves y Trinidad, y todos finalmente, y aun otros niños del barrio, juegan al recién nacido. Aparejan una cuna, hacen una muñequilla de trapos y la arrullan y mecen.

Y siguen viniendo visitas, y la casa está de plácemes.

(Plácemes... Corrían malos tiempos, sin embargo. Todo era hablar de latrocinios y de peculados, de enfermedades y de muertes, del despotismo del virrey, de la sequía de ese año fatal...)

—¿Cuándo es el bautizo, don José Antonio?

—Mañana.

Y al otro día — que es martes — a la iglesia. A la iglesia de San Nicolás Obispo, la cual queda a la vuelta de la casa. No le hará daño al niño sacarlo. Irá bien abrigado en su mantillón; bien encapuchado en su capucha. El tiempo sigue igual. Ni llueve ni lloverá. La seca es realmente espantosa: una sola polvareda los campos; cien cortinas de polvo la ciudad.

Mirad. Ya salen todos en dirección a la iglesia: el padre y los abuelos maternos... A ver, a ver... ¿cuáles son los abuelos?... Pues, don Juan Bernabé Salas y doña Lorenza Díaz de Adorno, que serán los padrinos. Van tíos y tías también. Y los niños de la casa: las tres mujercitas y el pequeñito de tres años. Y toda la parentela mayor y menor. Además, los esclavos y las esclavas, y lo más distinguido de la mulatería adicta a la familia. Los gandules del barrio, a la espera de la consabida lluvia de menudos cuartillos, forman la cola del cortejo y no cesan de gritar:

—¡Padrino! ¡Padrino!

Pero no es éste el momento de la manchancha. Será a la salida del templo, en el atrio, después del bautizo.

Llegaron. Traspusieron el cancel del templo. Lo traspusieron, quiénes por una, quiénes por otra de las puertas laterales: que la central estaba cerrada para atemperar el frío de las grandes naves. De los brazos de la negra esclava, pasó el párvulo a los de doña Lorenza, que estaba como siempre muy emperifollada. "Buenas tardes, padre Joaquín, aquí estamos..." Se va un buen rato en las salutaciones. Los Santos, mudos en sus peanas, se dijera que no aprueban tanta conversación. Pero el padre Joaquín inicia ya los primeros pasos del exorcismo bautismal, para que salga el espíritu inmundo de aquel cuerpecito y ceda el lugar al Espíritu Consolador. Para ello sopla tres veces sobre aquel rostro de recién nacido que aparece suave, rosado, redondo, entre los encajes de la gorra y la sedosa lana del mantillón. Traza luego el signo de la cruz en la frente y en el pecho del niño que la madrina desabriga, manipulando broches y moños. Después el hombre de Dios le impone las manos sobre la cabecita y le da a gustar la sal con sus dedos índice y pulgar. El pequeñuelo saborea esta sal desde lo hondo de un sueño embriagador, celeste. Suspira. Los Santos, muy tiesos en sus peanas, acaso querrían bajar y mezclarse a la ceremonia. Un niño muestra a otro, señalándole una imagen, la posibilidad de que esto acontezca: — *Mira, parece que quisiera bajar.* Con todo, el sacerdote y lo que hace, les interesa mucho más, por el momento, que seguir atisbando por los confesonarios. Ahora curiosean cada gesto, cada ademán, del bautista. Harán lo mismo a su regreso con sus muñecos de trapo.

El sacerdote alza la extremidad de su estola morada y la posa un instante sobre la tierna cabecita, susurrando las primeras palabras del *Credo*. Luego dice: "Padre nuestro que estás en los cielos..." con palabras apagadas que se corresponden muy bien con esa tenue penumbra del recinto. Al propio tiempo le moja de su saliva oídos y nariz con sus pulpejos, y le unge el pecho y la espalda con el óleo de los catecúmenos. El niño entonces protesta y chilla: que le tumban y le vuelcan y le arrancan y sacan del paraíso de su sueño. Al punto le consuela, meciéndole, la buena madrina. Y de nuevo se aduerme el infante en aquella su embriaguez deliciosa, que es casi el no ser y la nada.

Pero ahora penetran todos al baptisterio. El sacerdote se cambia de estola. Un monaguillo toma de su mano la morada y le sirve una blanca.

— Manuel Críspulo Bernabé — pregunta el hombre de Dios, — ¿quieres ser bautizado?

El padrino:

— Sí, quiere.

Entonces inclinan al pequeñuelo ante la pila bautismal y es dicho solemnemente su nombre:

— Manuel Críspulo Bernabé, yo te bautizo...

▼

Cuidado, cuidado, padre Joaquín. Así decimos ahora, después de un siglo y medio, ya conocida toda la tempestad de aquel destino, desde los primeros relámpagos de sus bellas ambiciones, hasta el rayo que finalmente lo aniquiló. Cuidado con esos nombres, padre Joaquín, que van a traerle desgracia. De veras, Padre. Podríamos hacer con el santoral y las hagiografías cristianas a la vista, una sorprendente onomancía nada gentílica; antes, perfectamente ortodoxa. Onomancía religiosa si las hay... Mire, Padre, que el nombre es la mitad de la vida. En él está latente gran parte de nuestro destino. Los que acuden a un pseudónimo, huyendo riesgos del que les dieron en la pila, aciertan en lo que hacen. ¡A fe que aciertan!

El niño se llamará Manuel Críspulo Bernabé. Está bien. Examinemos estos nombres. Por Manuel, o Emmanuel, puede corresponderle un destino mesiánico, ya que es nombre del Mesías, nada menos que en Isaías profeta. Por Críspulo, puede ser mártir. Tres veces figura este nombre de Críspulo en los cuadros del martirologio cristiano. En cuanto al nombre de Bernabé, que por venir postrero será como el apellido de los otros dos, le está como de antemano y por dos veces dedicado. Dos veces cargará sobre él, buena o mala, adversa o propicia, la influencia de este nombre. Por dos razones tiene que ser suyo. Llámase Bernabé su abuelo materno y padrino, y lo quiere además el día del nacimiento: que San Bernabé apóstol es el santo del día. Si el nombre algo anuncia, el recién nacido será apóstol de una idea. Celo apostólico inflamará su palabra. Así como San Bernabé anduvo coordinando, según es fama, la confederación de las primeras iglesias, Dorrego se dedicará a la causa, para él suprema, de la confederación de los estados argentinos. Como el otro, convertirá a mucha gente. "No im-

pidas a Bernabé que vaya a donde debe, porque allí iluminará a mucha gente y encontrará el martirio". Parecen escritas para él estas palabras de la Escritura... Según lo quiere la tradición, Bernabé acabó sus días ajusticiado en la isla de Chipre, en tiempo de alzamiento y sedición, tras un proceso hecho de prisa por unos hombres que al día siguiente no mandarían más. Tales los tres signos místicos de aquel bautizo, por Manuel, por Críspulo, por Bernabé.

Cuidado con los nombres. ¿Qué anagramas de muerte son capaces de formar las letras de un nombre? Un nombre y un apellido, ¿de qué nuevas combinaciones son capaces en el reino molecular, atómico, de las sílabas humanas? ¿Qué luz de gloria o qué chispa trágica es la que puede saltar? Cuidado con los nombres bautismales. ¿En el principio es el verbo? En el principio es el verbo: se está viendo que sí.

▼

Pero ya no es tiempo de discurrir. Todo está terminado, hasta la ceremonia del cirio encendido. Ya salen todos de la penumbra del templo al día resplandeciente.

—¡Padrino! ¡Padrino! — reclama la turba de gandules del barrio.

—Allá va...

Y llueve una lluvia de menudas monedas, que los rapaces de San Nicolás se disputan a la arrebatiña, sobre las losas del atrio o entre el polvo de la calle.

Todo está terminado; ya no es tiempo de discurrir. Sin duda. Pero hay todavía más qué decir, y no lo hemos de callar. Hay lo que podríamos ir llamando "el horóscopo de la misa..." A ciento cincuenta años de distancia, bien conocido el panorama de aquella vida de predestinado, cobran sumo interés todos los signos de las cosas en torno a la nueva cuna. ¿No lo cobrarán tanto mayor los signos de las cosas sagradas? Sabed, pues, cuáles imágenes se prefiguraban sobre el mantel de los altares el día de su nacimiento. Conozcamos — que no es poca maravilla — aquella prefiguración, sacando oráculo de la misa de aquel día, con sólo trasladar a lo profano las visiones de lo sagrado. No será mucho que lo hagamos. Cada cultura tiene su religión, y toda religión, allá en el fondo, es un asunto tan grave como veraz. Cualesquiera puedan ser en un momento dado la malicia, las simonías, la falsedad de los ministros de una fe, o el desvío irreligioso del pensamiento filosófico de una época, todo culto sigue siendo en el fondo una de las fuerzas más limpias y vivientes de la tierra; agua pura de los primeros manantiales del mundo.

Veamos pues lo que pasaba en los altares el día en que Dorrego nació.

He aquí lo que se lee por palabra de Dios aquel día en el Libro de los Actos: *En aquellos días un gran número de personas de Antioquía creyeron y se convirtieron al Señor. Y llegó la fama de estas cosas a oídos de la Iglesia que estaba en Jerusalén, y enviaron a Bernabé* (de nuevo este nombre) *que fuese a Antioquía... El cual llegó... Y era varón bueno... y lleno de fe... Y mucha gente fué allegada... Y se partió Bernabé a Tarso para buscar a Saulo... Y le trajo a Antioquía... Y enseñaron a mucha gente que por la primera vez llevaron nombre de cristianos... Y fueron... Y volvieron a relatar cuán grandes cosas habían hecho...*

(Mas sobreviene luego contención entre Paulo y Bernabé. Y se apartan el uno del otro. Y cada uno navega por su lado: *Actos*, cap. XV, vers. 39.)

¿No era ya la viva imagen de la desunión argentina?

Pasado el Evangelio, he aquí la lectura del día: el capítulo X, según Mateo.

Escuchemos: *Y en aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: He aquí yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres porque os entregarán a sus tribunales, y en sus sinagogas os azotarán. Y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí...*

Y luego:

El hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres y los harán morir.

¿No pronunciaría Rosas, casi estas palabras mismas, venidos los años trágicos, diciendo que no habría hijos para padres?...

¡Extraño y puntual horóscopo el de la misa de aquel día!

▼

Pero ya salen todos: el padre y sus señores suegros, y los parientes íntimos, y todos los niños de la familia, y los esclavos de la casa, y la mulatería adicta... En el vasto comedor los espera el chocolate espeso, con bizcochuelos. Doña Lorenza le lleva el niño a la madre, que reposa entre cojines en la ancha cama de dosel. La madre toma a su hijo en brazos y le besa. ¿Tendrá hambre el pequeñito? Puede ser que, al calor materno, pida pecho. Pero no. El niño no apetece. En cambio, tiene sueño, mucho sueño. Quiere una sola cosa: dormir.

▼

Una extrañeza más.

— Oiga usted, don José Antonio — señala algún vecino al pasar, — ¿ha reparado usted qué día fué el de ayer?

— 11 de junio... ¿Y qué?

— Pues nada menos que aniversario de la fundación de Buenos Aires... ¿Eh? ¿No anuncia algo para el muchacho? ¿No irá a ser él también fundador de alguna cosa grande?...

De esta suerte — rareza sobre rareza — tenía el calendario, también a este respecto, algo digno de saberse y meditarse.

DIBUJOS DE VALDIVIA

NOTICIA BIBLIOGRAFICA

Para los datos concernientes a la familia del prócer es utilísimo el libro de don Carlos Pearson Horne, "Biografía del coronel Manuel Dorrego", Buenos Aires 1822. Pero pongo en guardia a quien la lea, respecto de una errata sobre la fecha de su nacimiento, en el apéndice documental, donde se transcribe la fe de bautismo. ¿Nació Dorrego el 11 de junio o el 11 de julio de 1787? El texto de la obra trae la primera fecha y el apéndice la segunda. Verificado el dato en las archivos de San Nicolás resulta fidedigna la primera versión.

— Los datos litúrgicos en el "Paroissien Romain Complet, noté d'après le chant grégorien". París, 1860



Caballos en la pista

Por R. KERDYK

El circo blanquea al caballo y lo lleva hasta las nubes. Lo coloca sobre la alfombra mágica del cuento árabe. Lo hace amar por su color y por su olor, cual la supervivencia de mitos divinos. Resucita su nacimiento mitológico bajo el tridente de Neptuno. Lo lleva hasta el deslumbramiento de Pegaso, a las sombrías proezas del hipogrifo y de los encabritados centauros. Lo que la alta escuela no había logrado realizar con su estilo siempre, el volteo en un abrir y cerrar de ojos lo ha hecho con la sola aparición de su prodigio.

El programa anuncia cuatro parejas de caballos, y la esclusa de la caballeriza se abre con un movimiento circular. Ocho relucientes maravillas derrámanse bajo el rutilante sol de la pista, y los belfos espumantes y torcidos por los frenos hacen su aparición sobre el enarenado redondel. Creeríase que van a acometer a todo el mundo. Pero echan a trotar uno tras otro, en fila india, o bien, muy discretamente, desfilan de frente, ya de a dos, ya de a cuatro, a la más mínima indicación del "écuyer".

Entrada inconcebible. Quince caballos blancos, uno sobre otro, derrámanse sobre la pista, empenachados como sultanes de "music-hall". Dan vueltas en redondo, fogosos, tensos, el cuello ondulado como el de un cisne, bajo la desnuda luz de los reflectores. Por un instante, es un como tumulto de grupas, cascos lustrosos, penachos, arneses, crines blondas, colas abundantes y movedizas como las olas del mar. Un desorden inmenso en el que nada queda librado al azar.

La orquesta lunar ataca un vals. ¿Las quince formas blancas han comprendido su magnetismo y la colaboración que tienen en la realización de aquel ensueño que se desvanecerá tal cual ha nacido?... Cada uno de los caballos aguarda su compás y entonces se entrega a la danza, hilo de Ariadna, jaula invisible de su libertad.

El número seis es el cómico del grupo. Atropella a monsieur Loyal, quien, a cada instante, simula muy bien la sorpresa y la indignación. Sabe hacer sus gracias y suscitar las carcajadas bajo su gorro puntiagudo. Niño mimado, mastica un terroncito suplementario por cada una de sus bufonadas. Se acuesta cuando hay que levantarse, se levanta cuando los otros se tienden sobre la alfombra. Vuélvese hacia la derecha cuando el pelotón lo hace hacia la izquierda. No hace nada de lo que debe y hace mucho mas que todo el resto de sus compañeros. Gracias a él el espectáculo desciende del cielo.

En el arte hípico es menester una verdadera personalidad. Es que, además de sus movimientos y de sus impresiones propias, el artista debe atender las de sus caballos, es decir, las de otros seres vivientes, mecánicamente constituídos y sólo obedientes a sus órdenes. Leves órdenes que da con habilidad la más simple vibración de la fusta; pero lucha real y de cada minuto, porque el "écuyer" no es el dueño de las patas de su montura, como el bailarín lo es de las puntas de sus pies.

El talento profesado por los caballistas del circo procede de un don misterioso y secreto. En efecto, no existen métodos escritos para la enseñanza de las acrobacias, de los volteos, de las proezas. Estudio complejo y repetido de siglo en siglo y del que son sólo un indicio las simples y convencionales litografías. Pero labor científica en la que cada salto, cada vuelta, cada paso tiene una fórmula invariable y matemática.

Los temas son eternos y las complicaciones que con ellos se obtienen, desde el trote español, la tensión de las patas para marcar el paso, los círculos para señalar el compás de la danza, no son más que motivos para suscitar los aplausos y halagos del público que, empero, en lugar de la armonía y del ritmo, espera siempre las excentricidades y lo inverosímil.

Para las galerías, el placer visual vale más que esta agradable comprobación de la destreza y de la elegancia instintivas. Si el espectador no es aficionado a los caballos, estará muy lejos de aquilatar el mérito de ciertas secretas finezas. Reclama un trabajo, diríamos, de circo: ruido y estallidos, bullicio y movimientos desesperados. Cuando, en realidad, lo extraordinario está en la euritmia ingenua y sabia que se desprende de los pasos del caballo amaestrado.

ILUSTRACIONES DE RAUL DUFY



Los catrieleros del Azul

Por Héctor Pedro Blómberg

Una tarde entre los indios. — La sombra de Catriel el grande. — Los 125 años de Juliana Román. — Rosa Pérez, "la cautiva".—El romance del lenguaraz Avendaño. — El indio de Curupaity. — Osmar Héctor Mendoza, el último pampa. — Canción de recuerdo en el monte de Catriel.

Una tarde entre los indios

Allí están los pampas, señor... Son los últimos que quedan de la tribu de Cipriano Catriel... Viven en esos ranchitos, pasando el arroyo...

Un sol de fuego caía a plomo sobre el rancherío miserable, en un suburbio de la ciudad de Azul. Todo parecía dormir: los indios, las chozas, los perros, los montes cercanos. En el vasto silencio calcinado sólo se oía el murmullo del Callvuleufú, el río azul de los indígenas, que dió su nombre a la ciudad del Sur.

El automóvil se detuvo frente a un ranchito.

—Aquí vive la mujer más vieja de la tribu, señor... Ese que viene hacia nosotros es su bisnieto.

José Mendoza, el "catrielero", nos dió la bienvenida. Es un indio de 40 años, robusto y gallardo, de facciones agradables y maneras corteses.

Inmóvil y descubierto bajo el terrible sol, el hombre hablaba. Su sonrisa era algo triste.

—Sí, señor... Nosotros, los que vivimos aquí, somos los últimos descendientes de la famosa tribu de Cipriano Catriel, el rey de la pampa. Nosotros lo llamamos "el general"... Pero ustedes querrán ver a mi bisabuelita, ¿no? Cuando yo era muchacho ella andaba ya cerca de los cien años...

Instantes después Juliana Román aparecía a la sombra del rancho. La miramos con cierta emoción. La viejecita inmemorial parecía un bronce antiguo. Su edad se calcula en 125 años. Todo el pasado, toda la historia de la tribu guerrera y poderosa que llenó un largo siglo con el tumulto sangriento de sus luchas, con el clamor pavoroso de sus malones, vivía aún en esa viejecita color bronce que parpadeaba bajo el sol, cerca del río azul. Los ojos hundidos e inmóviles estaban fijos en los campos y los montes del oeste. De allá habían venido un día sus antepasados. En ese mismo monte inmediato, durante muchas generaciones, se alzaron los toldos de Catriel el grande. Allí se organizaban los malones que hacían temblar la Provincia. Allí, al regreso de los caciques victoriosos, los pampas bailaban sus danzas bárbaras y entonaban sus cantos guturales, ebrios de alcohol y de sangre, al resplandor de las lunas indias, y los capitanejos se mataban por el amor de las cautivas...



Fidel Palmares, de 106 años. Hizo la campaña del Paraguay. En 1878 se casó con Rosa Pérez, "la cautiva".

—¿Se acuerda, Juliana?

Sí. La india de 125 años se acordaba. Hasta de los ojos azules de don Juan Manuel de Rosas. Lo vió en 1833. Ella tenía más de veinte años, entonces.

—La mamita vieja está cansada, señor...

José Mendoza, el bisnieto, la condujo dulcemente, casi en brazos, al interior del rancho. Me pareció que guardaba amorosamente una reliquia que todavía respiraba...

La sombra de Catriel

Era otro rancho que se alza cerca del que ocupa la centenaria. Otra viejecita color bronce nos miraba con la expresión triste de los indios. Estaba inclinada sobre un telar humilde, como las indias del tiempo de la Independencia. Y antes... Uno de los hijos, un pampa inteligente y hermoso nos dijo su nombre.

—Es mi madre, señor. Se llama Pascuala Calderón. Ha pasado los ochenta. Siempre está tejiendo, como usted la ve ahora. Hace ponchos, cinchas, fajas, que le viene a comprar un señor de Buenos Aires. Le pagan muy poco... Usted ve cómo somos de pobres los últimos pampas de Catriel, los que éramos dueños de todos estos campos... Somos los últimos argentinos de verdad, los "catrieleros" del Azul...

El indio Simón Calderón, sonreía melancólicamente. La viejecita seguía tejiendo. El silencio del rancherío era profundo.

—¿Se acuerda del "general", Pascuala?

Los ojos misteriosos de la indígena se alzaron del telar. Su mano, rugosa y negra como un sarmiento seco, señaló la pared de barro del rancho. Allí, bajo una estampa descolorida de la Virgen de Luján, amarilleaba un dibujo antiguo, un recorte de diario viejo. Era un retrato a lápiz del general Cipriano Catriel, cacique de los caciques, señor de todas las tribus pampas.

En cada rancho, por misérrimo que sea, existe un retrato del indio legendario que hizo temblar bajo sus lanzas a los gobiernos de la Nación. Su sombra, grandiosa y trágica, caía sobre la obscura miseria de sus descendientes. Su nombre, llevado por todos los vientos de la pampa, temblaba en los labios resecos de los ancianos, y era pronunciado con veneración por los indiecitos que jugaban con los perros.

Rosa Pérez, "la cautiva"

Allí viene "la cautiva", señor... Hable con ella... Se acuerda de todo...

Por el camino polvoriento, bajo el quemante sol, una anciana de aspecto robusto avanzaba con lentitud. Iba de la mano de una pampita agraciada y ágil, su bisnieta.

Al verme, se detuvo en la huella polvorienta.

—Sí, señor... Yo soy Rosa Pérez, "la cautiva"... Así me llaman en el Azul. Pero, venga hasta mi ranchito... Es aquí, no más.

Me invitó a sentarme en la única silla que poseía. Ella se dejó caer en un banquito desvencijado. Y allí, bajo los paraísos, los labios de Rosa Pérez evocaron el horror lejano de los malones.

—Yo ando por los cien años, señor. Nací aquí, en el Azul, junto al Callvuleufú. Mi partida de bautismo está en la iglesia que se ve desde aquí... Un día fuí a pedir una copia para ver si el gobierno me devolvía parte de las dos leguas que el general don Juan Manuel de Rosas le había dado a mi tata, que fué con él a la campaña del Colorado. Pero no me la dieron. ¿De dónde iba yo a sacar los cuatro pesos que costaba? El papel firmado por Rosas dándole a mi tata esas dos leguas lo tenía mi mama... Cuando fuimos llevadas cautivas, en 1870, a los toldos de Manuel Grande, en Puan, después del gran malón de ese año, nos agarró una tormenta y a mi mama se le mojó todo el papel y se borró lo que estaba escrito...

—Hábleme de ese malón, Rosa...

—Fué tremendo, señor... Los pampas cayeron con la luna... Mataron a casi todos los hombres que encontraron en el Azul, y se llevaron cautivas a las mujeres. A mi marido, pobre, lo degollaron. A mi mama y a mí nos llevaron a caballo hasta Puan. Yo ya era casada y tenía varios hijos. De los once que eran, sólo quedan tres. A las mujeres blancas, "las cristianas", como nos llamaban los salvajes, nos hacían trabajar mucho. Teníamos que ir al monte, un monte misterioso donde muchas se perdieron, a buscar piquillines y hierbas, a buscar agua al arroyo... Cuatro años me tuvieron cautiva en los toldos de Manuel Grande, señor... ¡Qué vida!... Cuando los pampas nos dejaron libres, volvimos aquí, al Azul... Los indios nos entregaron a los jefes del fortín, que está allí cerquita, es decir, las ruinas. ¡Viera qué alegría hubo en el fortín y el pueblo! Hicieron música y fiesta, celebrando la vuelta de las pobres cautivas... Poco tiempo después mi mama se murió.

—¿Usted lo conoció a Cipriano Catriel, Rosa?

—Me parece que lo estoy viendo, señor... Y han pasado más de 70 años. Era el general de los pampas. Todos, caciques, capitanejos, indios de pelea, le obedecían ciegamente. Me acuerdo cuando lo mataron. Un hermano de él, Juan José Catriel, le tenía envidia... El quería ser el jefe de las tribus. Junto con otros caciques, lo tomaron preso, lo ataron sobre un cañón, y lo tuvieron tres días llevándolo de acá para allá, hasta que lo acribillaron a lanzazos. Juan José quedó de "cacique grande". Fué entonces también cuando Avendaño, que había vivido muchos años en los toldos de Cipriano, se fué para Buenos Aires.

—¿Usted habla del famoso cautivo Avendaño, Rosa?

—Del mismo, señor... Pero Avendaño no era cautivo. Era lenguaraz de Cipriano Catriel, quien lo apreciaba mucho, porque era un hombre muy guapo y muy bueno, y era él, Avendaño, quien representaba a Catriel en los parlamentos con los militares del gobierno. Todos los indios lo querían al lenguaraz cristiano...

—¿Y usted se volvió a casar, Rosa?

La anciana, risueña, nos señaló un viejo que se acercaba lentamente bajo los paraísos.

—Este es mi segundo marido, señor. Saludá al señor, viejo...

Fidel Palmares, santiagueño, más que centenario, se cuadró en el sol. El también es indio, como casi todos los del rancherío, excepto Rosa. Pero es quichua. Desprecia a los pampas. Fué soldado en la guerra del Paraguay. Los nombres inolvidables de sus jefes, el coronel Gaínza y el capitán Taboada, vuelven a sus labios resecos y marchitos. Peleó en muchas batallas. En sus viejos ojos tristes aun arde el



Juliana Román, quien cuenta 125 años. Es la más antigua sobreviviente de la famosa tribu.

horror de Curupaity. No recibió jamás una herida. Llegó al Azul poco después del malón de Manuel Grande. Y varios años después se casó con la cautiva de Puan. Ahora, a los 106 años, pide limosna en las calles del Azul.

Rosa lo mira con melancólica ternura.

—Pobre mi viejo... Todas las mañanitas, al salir el sol, se va solo a la ciudad, con su palo y su bolsa... Le dan un poco de carne y yerba, nada más. Ahora se le aflojan las piernas, y él no sabe por qué... A veces los indios lo encuentran caído en medio del camino, cuando hace mucho frío y sopla el viento de las Sierras Bayas, que corta como un cuchillo...

El último pampa

Es el nieto de un nieto de Juliana Román. Un lindo y vivaz indiecito de siete años. Se llama Osmar Héctor Mendoza. Es el último pampa de la tribu de Catriel el grande. Va a la escuela, y sabe leer... Y jugar al fútbol... Es muy chico para saber que la gran tribu de sus mayores se dispersó para siempre. Que los caciques famosos cuya sangre corre por sus venas murieron en los presidios militares o acabaron sus días sirviendo como peones en las estancias del sur, ellos, que fueron los amos y señores de la pampa inmensa; ellos, que hacían temblar las poblaciones desde las montañas hasta el mar...

Pero en el último rancho pampa ya no queda ni una lanza.

Canción de recuerdo en el monte

El sol empezaba a ponerse en el oeste. De allá habían llegado las tribus guerreras y feroces. Aquí, en estos pagos apacibles y soñolientos, habían vivido su epopeya de coraje, de rapiña, de fuego y de sangre.

Ahora, alejándome del rancherío, yo estaba en el Monte de Catriel. Pisaba la tierra donde hasta hace 50 años se alzaban los toldos de cuero crudo de la tribu legendaria. Aquí mismo el indómito Cipriano Catriel había soñado su gran sueño de rebelión y poderío, al frente de sus lanzas. Aquí, en este mismo lugar donde hoy arrullan las torcazas, resonó el lamento de los cautivos y llegó el resplandor de las estancias incendiadas.

El sol, el viejo sol de los indios, iba a ocultarse tras los montes lejanos. Los perros de los pampas ladraron a lo lejos. Seguí andando, recordando... Me pareció que me rodeaban las sombras de los caciques muertos... Una lechuza salió graznando de las ruinas del fortín. En la calma del crepúsculo, el Callvuleufú, el río azul de los indios, parecía cantar la vieja canción de guerra y de sangre:

"¡Catriel... Catriel!..."

Héctor Pedro Blomberg

LUIS JOSE CHORROARIN

El presbítero doctor don Luis José Chorroarín, canónigo de la Catedral de Buenos Aires, es uno de los hombres a quien mayores servicios debe la ilustración pública en esta su ciudad natal, antes de la revolución y en los primeros años de ella.

Chorroarín fué discípulo del primer curso público de filosofía que se dictó en Buenos Aires, y cuya apertura tuvo lugar el día 24 de febrero de 1773, bajo la dirección del doctor don Carlos José Montero. En enero de 1776, rindió examen general *de toda la filosofía*, como dicen los registros de aquel tiempo, y en el siguiente mes de mayo defendió en acto público las materias del programa completo de filosofía, para lo cual fué expresamente designado por sus examinadores.

El 5 de marzo de 1783, ocupó a su vez la cátedra de filosofía en el Colegio de San Carlos, rodeado de cuarenta y cuatro discípulos, entre los cuales se encontraban don Manuel Belgrano y don Diego Estanislao Zavaleta, quienes más tarde fueron honra del país y de su maestro.

En 1786 le vemos en el púlpito dando pruebas de su capacidad como orador, con motivo del fallecimiento del doctor Juan Zaras, uno de los primeros rectores del Colegio de San Carlos: Chorroarín pronunció su oración fúnebre en la iglesia Catedral el día 19 de julio del año indicado. En esta ocasión se mostró digno de las delicadas funciones del rectorado, y desde entonces permaneció por largos años al frente de la juventud que se educaba en aquel colegio.

La posición que ocupaba en la sociedad el doctor Chorroarín, le proporcionó oportunidad para tomar parte activa en las asambleas populares del mes de mayo de 1810, y su nombre aparece en las actas del *Cabildo abierto* del día 22, al pie de las opiniones emitidas por los patriotas más decididos, Chiclana, Peña, Viamont y otros, opiniones que las *actas* expresan con las siguientes palabras: — "el virrey debe cesar y reasumir la autoridad el Cabildo como representante del pueblo, interin se forma un gobierno provisorio dependiente del que representase al Soberano".

En el curso de los sucesos posteriores a aquellos días, se le encuentra al doctor Chorroarín ocupado en el desempeño de varias comisiones de interés público, que prueban la confianza de que gozaba como patriota y hombre de luces. Fué miembro de la "Junta conservadora de la libertad de imprenta" a principios de 1812, y en ese mismo año recibió el encargo de preparar un proyecto de constitución y otros trabajos orgánicos, para presentarlos a la asamblea próxima a reunirse. A estas tareas le estaban asociados los señores Vieytes, Gómez, Agrelo y otros más.

En el año 1816, en una de aquellas reuniones de ciudadanos que tuvieron lugar en el templo de San Ignacio, obtuvo mayoría de sufragios, a la par del deán Funes y del doctor don Manuel Antonio Castro, para reformar el Estatuto Provisorio, y en 20 de marzo del siguiente año mereció la confianza de sus compatriotas para representarlos como diputado al Soberano Congreso, en el cual llegó a ser uno de sus presidentes.

Pero no fué en el teatro de la política activa en el que más se ilustró el doctor Chorroarin. Su nombre ha pasado a la posteridad entre los amigos fieles de la juventud estudiosa, ya como rector durante muchos años del Colegio de San Carlos, en donde se formaron tantos talentos distinguidos, ya como director de la biblioteca pública fundada por don Mariano Moreno.

JUAN MARIA GUTIERREZ

En el Museo Histórico llévanse a cabo importantes mejoras

En el año 1889, por encargo de la Municipalidad de la Capital, organizó don Adolfo P. Carranza el Museo Histórico que, poco después, bajo la presidencia de Pellegrini, pasó a depender directamente del gobierno nacional. Con elementos pertenecientes al antiguo Museo público, donaciones de particulares y adquisiciones realizadas por las autoridades, el que es hoy importantísimo repositorio de reliquias patrias, fué creciente, adquiriendo importancia y llamando la atención del público y de los investigadores.

En la actualidad el Museo se halla instalado en el viejo caserón de Lezama y su director — sucesor de don Antonio Dellepiane, que se jubilara no hace mucho en tal cargo — es don Federico Santa Coloma, culto investigador y apasionado por todo cuanto se refiere a nuestro pasado, al que, con carácter de secretario, secunda don Ismael Bucich Escobar, también sagaz cronista de épocas memorables.

Las antaño obscuras y poco acogedoras salas de la casa ocupadas por las dependencias del Museo, presentan en la actualidad un aspecto sencillo, agradable y en toda forma propicio para permanecer largo tiempo ante las curiosidades y reliquias que en ellas se atesora. Es posible contemplar los cuadros y grabados con la iluminación adecuada y, sin que ello implique el haber alcanzado la perfección necesaria, podemos decir que ya no se debe lamentar el amontonamiento a que hasta hace poco obligaba la falta de espacio ni experimentar la pena que causaba el contemplar reliquias venerables y de extraordinaria importancia ubicadas en malas vitrinas y en rincones obscuros y húmedos.

No sólo se ha preocupado la actual dirección de aquello que implica una más apropiada ubicación de las reliquias; ha querido otorgar a algunas el puesto y significado que les corresponde. Así, los muebles y enseres que pertenecieron al general San Martín, ocuparán una sala que será la exacta reproducción de la que ocupó en Boulogne-sur-Mer en las postrimerías de su gloriosa y ejemplar existencia. Con este fin, la Dirección General de Arquitectura ha iniciado los trabajos de calco correspondiente y no está muy lejos el día en que la población de Buenos Aires pueda contemplar la estancia donde falleció el libertador tal cual estaba en su época. Igualmente, en otra de las salas del Museo se agruparán las banderas que obran en poder del instituto. Entre ellas está la que perteneció a Belgrano, y figurará conjuntamente con otras extranjeras arrebatadas al enemigo en diferentes acciones guerreras.

La actual dirección ha realizado, igualmente, una obra encomiable al obtener del Poder Ejecutivo la autorización para custodiar las sepulturas de los próceres. Con esto se logrará evitar errores tan lamentables como el que no ha mucho se perpetró al enviar a la fosa común los restos de los hermanos Maza, víctimas de Rosas, con el consiguiente perjuicio para la misma labor de los historiadores, ya que, según manifestaciones de los empleados municipales que los incineraron, estaban en perfecto estado de conservación — incluso el uniforme y el calzado — y hubiera sido tan fácil como interesante precisar el género de heridas que recibieron.

Es posible que en el actual período de sesiones parlamentarias se considere el proyecto de instalación del Museo en lo que resta del antiguo Cabildo, edificio al que se le harían los necesarios arreglos y ampliaciones para poderlo dedicar a la conservación y exhibición de todas las reliquias pertenecientes a la época de la Independencia.

Y a esto, añadiremos nosotros por nuestra cuenta, habrá que agregar de una vez por todas una legislación que prohiba terminantemente la salida de reliquias, documentos y obras de arte directamente vinculadas a nuestro pasado. Vez a vez son menos los papeles antiguos que quedan y no es una novedad el afirmar que no pocos comerciantes de antigüedades y libros realizan importantes ventas a institutos y bibliotecas del extranjero. Un escritor norteamericano ha llegado a decirnos que, dentro de cincuenta años, para estudiar historia argentina, habrá que dirigirse a las bibliotecas y archivos de aquel país, que no escatiman esfuerzos en adquirir cuanto se les ofrece.

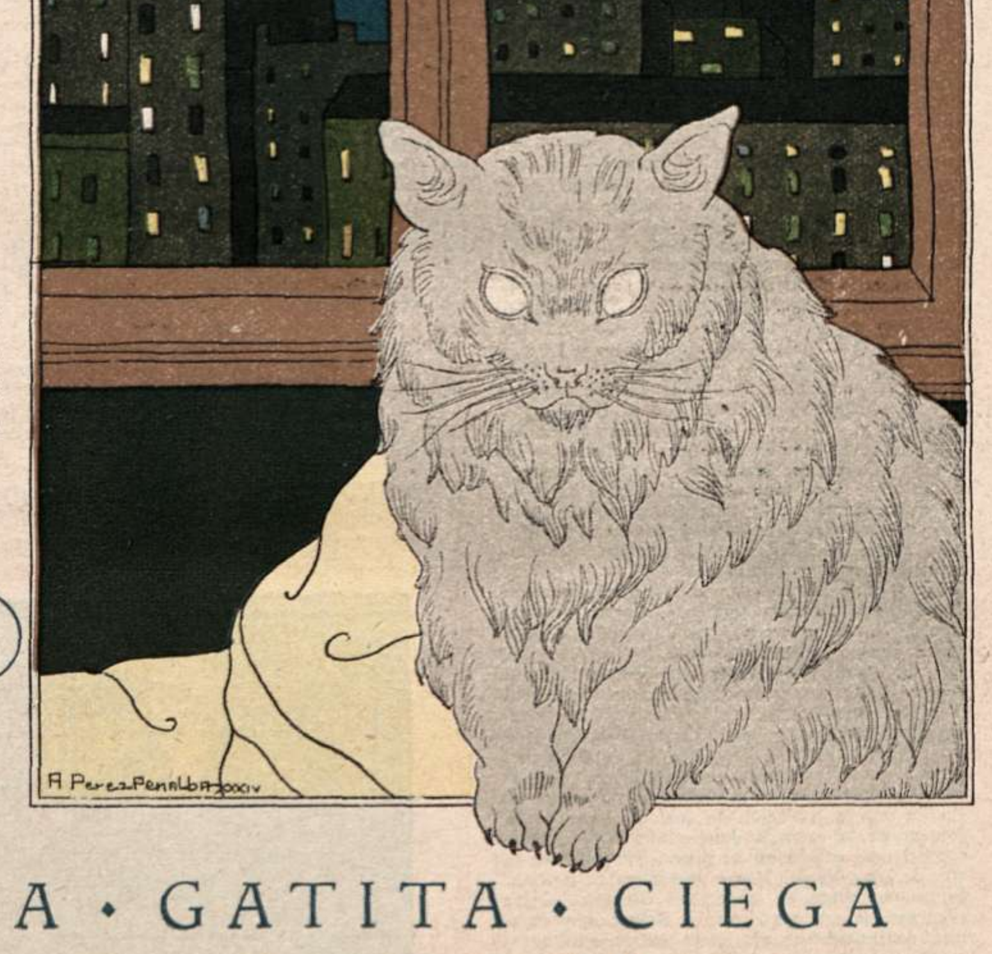
Sobre este particular también deberá extender su acción el Museo Histórico en el que, como decimos, parece predominar una tendencia más moderna y razonable, para bien de la cultura histórica del pueblo, nunca como en el presente tan necesaria.

EDUARDO MARIO



Don Federico Santa Coloma, actual director del Museo Histórico, que ha iniciado importantes mejoras en el mismo y proyecta adquisiciones y traslados que lo convertirán en uno de los más ricos y mejor instalados del continente.

DIBUJO DE
ALICIA
PEREZ
PENALBA



LA · GATITA · CIEGA

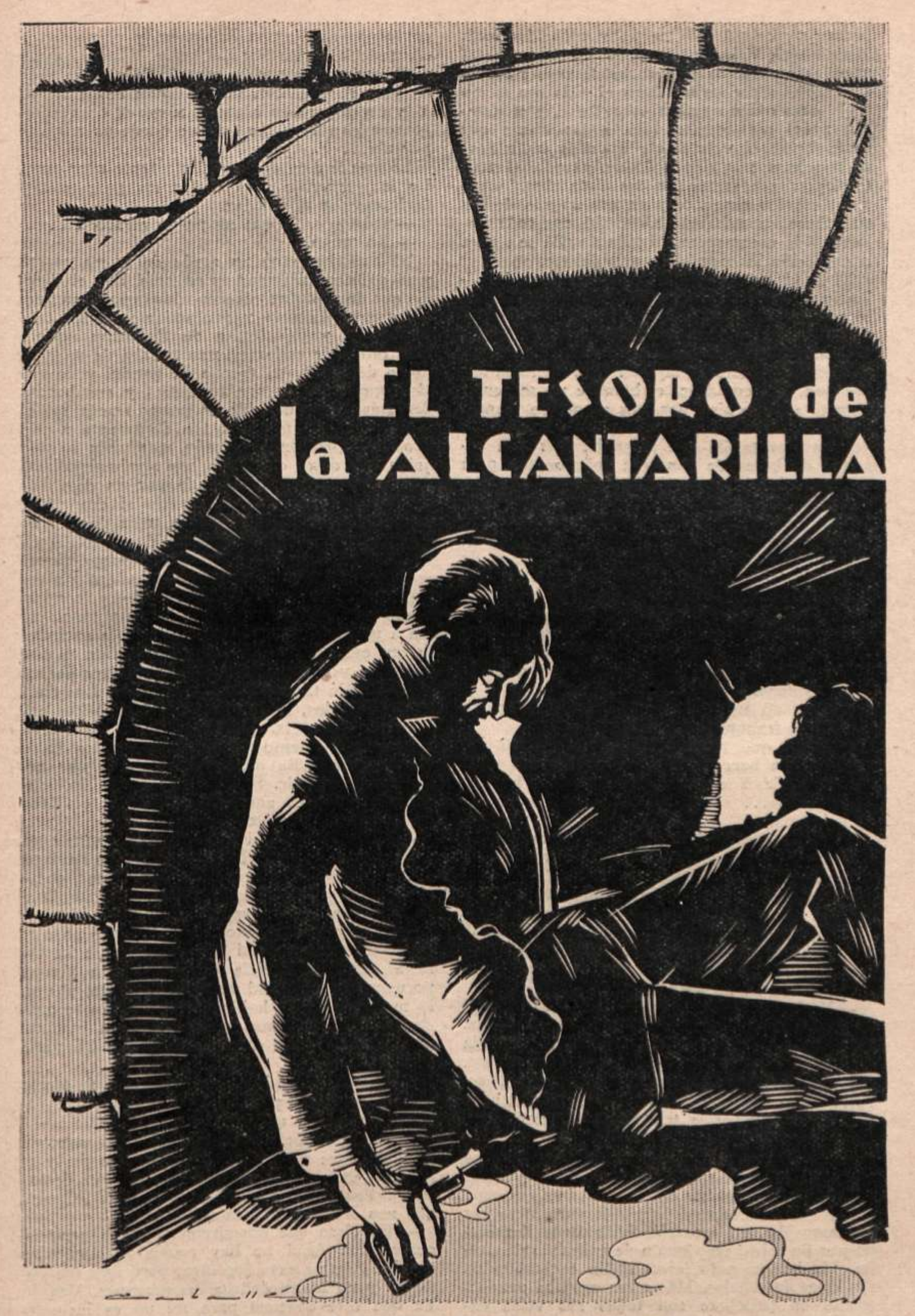
Por ALBERTO GHIRALDO

Ya culminó la noche.
Duerme la casa. En el misterio yace.
Ni un rumor. Nada altera
la paz de la ciudad. Sólo un chirrido
lejano, eco inarmónico,
llega desvaneciéndose
en la calma total. Cesa y diríase
que aumentara la sombra circundante.

De pronto se interrumpe
el silencio. Rasga el aire
un maullido con fuerza de sollozo
humano. Sobre el pecho
del hombre la cabeza
de la gentil mujer que le acompaña
iérguese. — ¡Pobre Nina! —
exclama triste la adorable boca.

Y ante el gesto del hombre interrogante:
— Es la gatita ciega que ha salido
de su jergón — contesta — y, loca, vaga
llamando por la alcoba inútilmente.
Y la gentil mujer va en su socorro.
Pero el gemido sigue obsesionante
llenando de dolor la noche entera.

Cuando el alba se asoma
por el cristal azul de la ventana
se oye en la casa el último gemido.
Y la gentil mujer vuelve llorando
a la vera del hombre que la observa.
Una lágrima aún sobre la muerte
y los besos de amor pueblan de nuevo
la estancia que ilumina el sol que nace.
Ya la gatita ciega no incomoda...



Por JOSE Mª SALAVERRIA

El tren pasó como una ráfaga tempestuosa, y apenas el aire se hubo serenado, en lo alto del talud surgió el rostro vigilante de un hombre que tendía a un lado y otro su rápida mirada exploradora. Lo que vió delante de él debió de parecerle conveniente, porque en seguida despegó el cuerpo del suelo y atravesó la vía a gatas, saltando al lado opuesto de la trinchera. Se dejó rodar por el talud y pronto quedó hundido en aquella especie de rinconada donde todos los residuos de los arrabales habían formado una escom-

brera inverosímil. Allí se veían todas las latas imaginables, todos los harapos y botellas rotas posibles, mezclados con trozos de yeso y restos de vajillas imaginarias. Pero el sitio era admirable para quien quisiera esconderse, y el hombre aquel manifestaba bien a las claras que venía huído. Precisamente a pocos metros de la trinchera por donde había pasado el tren se alzaba otra semejante, sin duda abandonada y sin empleo ninguno, y en ese ángulo de los malecones ferroviarios prosperaba con toda impunidad la escombrera. Al lado de allá se tendía la extensión inabarcable y gris del río.

El Fugitivo se detuvo para descansar. El silencio y la ruina de los despojos prestaban a la rinconada un aire de extraña lejanía, como de estar en los confines del mundo civilizado, cuando en realidad los jardines de Palermo se hallaban muy cerca y la gran urbe alentaba allí próxima. Sin embargo, el hombre no se sentía a gusto a pleno aire, por más silencioso y apartado que fuera el sitio. Miró en torno, y la boca de una alcantarilla que asomaba entre un desastre de botes de conserva roñosos fué para él la más inspirada revelación. Indudablemente, el hombre que se metiera allá dentro podía tener la seguridad de haberse escondido como en las mismas entrañas de la tierra. Penetró, agachado, en la especie de madriguera, y de pronto...

—¿Cómo le va, amigo?

El Fugitivo empuñó rápidamente su revólver y apuntó a la sombra que tenía delante. Pero no era una sombra, naturalmente, sino alguien que se apresuró a levantar las manos y a decir:

—No dispare, señor.

Pasado un momento, la voz añadió en un tono más tranquilo:

—¿Para qué tenía usted que disparar? Yo no le voy a hacer ningún daño ni poseo nada aprovechable. Y en esta cueva cabemos los dos muy anchos... si es que usted trae intención de habitarla.

Para entonces ya había bajado las manos. En cuanto al Fugitivo, guardó silenciosamente el revólver en el bolsillo de la chaqueta y se dejó caer sobre un montón de trapos indefinibles. Se veía que estaba fatigado. Al otro le pasaba al revés; la llegada imprevista del huésped le despertó una animación y una locuacidad pintorescas, como de hombre que habitualmente vive sumido en un silencio de solitario.

—Ya lo creo — siguió; — aquí pueden habitar muy bien dos personas que se entiendan. Esto no es como un palacio de la avenida Alvear, desde luego, pero aquí se está seguro. Aunque llueva a torrentes está aquí uno seguro. Antes servía esta alcantarilla para desagüe, pero cuando levantaron la trinchera del otro ferrocarril y cambió la forma del terreno, por aquí no circula ni una gota de agua. No hay más agua que la del río, que está ahí cerca. ¿Quiere verlo?

Y el extraño habitante, alzando una cortina hecha con un trozo de vieja alfombra, dejó ver la inmensidad del estuario, lívidamente iluminado por un triste crepúsculo de principio de otoño. Un buque, a lo lejos, había encendido ya sus luces de señales. Más cerca cruzaba penosamente un pailebote con todas sus velas extendidas.

—¿Qué le parece, amigo? Aquí se encuentra uno bien, ¿no es cierto? Y cuando uno quiera escapar, ahí está el río, con sus lanchas de remos y sus transatlánticos... Pero ahora me doy cuenta de que no me he cuidado de presentarme. Yo soy Robinsón. No le negaré a usted que yo tuve antes otro nombre; pero en todos estos contornos me llaman Robinsón, y yo no voy a contradecirles. Bueno; Robinsón. El caso es que nadie me molesta y la misma Policía me deja en paz. Para comer, nunca faltan desperdicios. Y a veces consigo algunos níqueles para comprarme ginebra. Creo que me queda un traguito por ahí...

Lo que le quedaba era ciertamente muy poco. Lo indispensable para mojar las gargantas y darle envidia al paladar.

—Tabaco es lo que no puedo ofrecerle...

—*Yo tengo.*

El Fugitivo sacó un atado de buena marca y se pusieron a fumar en silencio. Era el silencio que dos hombres desconocidos necesitan para observarse discreta y profundamente. La calidad social y psicológica de Robinsón no era *muy difícil de esclarecer;* se trataba de un caso típico de atorrante, mezcla de gandul y de misántropo, con sus greñas sucias y sus barbas descuidadas de un rubio de gringo fracasado. El otro ya no se prestaba tan fácilmente a una pronta inspección. Robinsón, que vivía sumido quién sabe desde cuándo en una semi animalidad, de pronto se sintió apresado por un deseo de conocer, curioso y agudo como si despertase de un letargo. El hombre que tenía delante no ofrecía duda: venía huyendo. Y el motivo de su fuga alcanzaba seguramente proporciones muy desesperadas. Porque un caballero tan correctamente vestido, bien afeitado y con un ligero perfume trascendiendo de su persona, no iba a meterse por puro capricho en la suciedad de una escombrera. Le llamó la atención su aire taciturno y el inquieto y sombrío fulgor de sus ojos. Se fijó también en sus bolsillos. Los traía muy abultados, lo mismo los del pantalón que los de la chaqueta. Al ir a sacar los cigarrillos, estuvo un momento maniobrando con los dedos como quien evita que se conozca lo que allí dentro se esconde. Sería lo que fuera; lo indudable era que en aquellos bolsillos se ocultaba un importante secreto.

—El caso es que si usted tuviese alguna cosa para comer... La verdad, tengo mucha hambre.

Robinsón hizo un gesto con las manos, como si quisiera abarcar toda la sórdida amplitud de sus dominios, y respondió:

—Si voy a serle sincero, le diré que en este momento no hay aquí provisiones para hartar ni a un niño. Podría convidarle con alguna porquería; pero usted viene hambriento, y, vea, lo mejor será que hablemos claro. ¿No le quedan a usted algunos pesitos? En un instante voy, vuelvo y nos damos los dos un banquete macanudo...

El Fugitivo le miró con una mezcla de terror y de amenaza y profirió rápidamente:

—¡No quiero que salga de aquí!...

Después, reportándose con disimulo, agregó:

—No hace falta; está muy obscuro ya, y el hambre, después de todo, no me molesta demasiado. Durmiendo se pasa el apetito. ¿Quiere que nos echemos a dormir?

—Es claro que dormiremos, y con perfecta comodidad. Aquí no hay ruidos ni corrientes de aire. Alguna rata que otra; pero ésas me conocen y no hacen daño a las personas. Vea, lo de que esté obscuro para mí no es inconveniente; yo conozco todas las piedras y matas de estos alrededores y estoy acostumbrado a caminar a la luz de las estrellas, o sin luz alguna. Además, usted sabe lo mismo que yo que se duerme bastante mejor con la barriga llena, y mucho más alegre... Y le diré también que si yo me acerco a comprar unas cuantas cosas en el comercio de la esquina, nadie

va a asombrarse; todo el mundo me conoce y saben que a veces tengo plata...

Al Fugitivo debieron de convencerle las insinuaciones de Robinsón, o sería porque el hambre le apretaba demasiado. Echó mano al bolsillo del pantalón, mientras decía:

—Bueno, pero no se entretenga por ahí. Y compre cosas frugales, de las que usted acostumbra comer.

Y al sacar el dinero, Robinsón pudo sorprender en la mano del Fugitivo un grueso paquete de billetes. Por rápido que anduvo en esconderlos el huésped misterioso, Robinsón tuvo tiempo de ver que los billetes eran nuevecitos y de los caros.

—¿No tendría usted una moneda menos valiosa? Porque si el almacenero me ve con tanta plata, entonces sí que han de recelar...

—Tiene usted razón.

Pero esta vez, para buscar en sus bolsillos, el Fugitivo se volvió de espaldas.

—Ahí tiene un billete de cinco pesos. Cinco pesos no asombran a nadie... Y regrese usted pronto.

—¡No voy a tardar ni cinco minutos!

La promesa del banquete que se iban a dar parecía prestarle alas a Robinsón, el cual se encaminó sin un tropiezo hacia el boliche más próximo. Sin embargo, no era la cena inminente lo que más le preocupaba. ¿Quién diablo podría ser el extraño personaje? ¿Qué habría hecho para tener que huir de tan mala manera? Sobre todo, le gustaría saber lo que ocultaban aquellos bultos enormes de los bolsillos. Allí estaba el secreto de lo que le hubiera gustado conocer. No había que pensar en preguntárselo, porque el Fugitivo tenía un revólver de buen calibre y un humor manifiestamente avinagrado. Quién sabe si con la ginebra se suavizarían las relaciones. Pidió un frasco económico, adquirió un pan grande y dos latas de sardinas, con un trozo de queso para postre, y salió corriendo con su rico botín.

Ahí mismo cruzaba un muchacho voceando el diario de la tarde, "¡con el crimen de hoy!"... Era precisamente lo que Robinsón necesitaba. Compró el periódico y lo repasó con rapidez a la luz de un farol. En efecto, lo que él necesitaba saber estaba en los grandes títulos que ocupaban toda la cabeza del diario vespertino.

"Hoy se ha ejecutado en Buenos Aires un asalto escandaloso. En plena tarde y en el mismo centro de la ciudad ha sido robado el Banco Austríaco-Argentino. El autor del robo, que asciende a 650.000 pesos, es el propio cajero del banco. Al ser sorprendido por el gerente y uno de los empleados, el ladrón los ultimó a tiros de revólver, montando rápidamente en un automóvil que tenía preparado. Hasta ahora se desconoce su paradero".

Más abajo aun pudo leer un título que le hizo sonreír: "La policía confía en poder apresar muy pronto al audaz asaltante"... Tiró el periódico y se hundió en el país impracticable del obscuro descampado.

II

El Fugitivo no había exagerado nada; tenía un hambre verdaderamente feroz. Por fortuna para él, porque las sardinas en aceite eran bastante medianas y el queso resultaba un tanto hediondo. No permitió que su compañero encendiese un cabo de vela, y así, alumbrados por el tímido reflejo que se filtraba por el lado del río, comían sin enterarse de la apariencia de los manjares. El alcohol era también horrible de gusto y de calidad, pero fuerte como un demonio. Robinsón hizo la cortesía de limpiar un vaso polvoriento, para no tener que beber los dos del morro de la botella; él se reservó el vaso y dejó al huésped el honor de trincar directamente del frasco.

Con esto conseguía algo que desde el principio se propuso. Si él lograba embriagar al Fugitivo, tenía resuelta la mitad del problema. No le fué difícil simular que estaba llenándose repetidamente el vaso, aunque en realidad no hacía más que humedecer la boca. Por suerte, las sardinas grasientas y el queso picante despertaron la sed del Fugitivo, que estuvo bebiendo a trago limpio y sin contemplaciones. Cuando no quedó nada por comer, se entregaron a la voluptuosidad del cigarrillo.

—¿Vamos a rematar el frasco?...

—¡Bueno!

Y Robinsón hizo como que se servía una gran cantidad de aguardiente.

—A su salud, compañero. Y déle fin de una vez a la botella...

En efecto, el Fugitivo apuró con una ansiedad y una glotonería de beodo lo que restaba de alcohol. Ahora importaba saber por dónde le daría la borrachera. Si el hombre resultaba colérico, muy mal podrían presentarse las cosas. Lo mejor sería que le diese por dormir, y Robinsón conocía por experiencia las profundas y brutales virtudes soporíficas de aquel endiablado alcohol. Pero no parecía dispuesto a dormirse. Al contrario, el Fugitivo adoptó una actitud cómoda, recostando la espalda contra la pared de la alcantarilla, y se puso a fumar cigarro tras cigarro. La sorda y pesada borrachera lo tenía indudablemente abrumado; pero sus ojos se mantenían muy abiertos, como dos brasas expectantes, en una extraña lucidez llena de incomprensibles reservas. Robinsón intentó entonces hacerle hablar.

¡Ah, qué misterio tan grande es el ser humano! ¡Y qué formas tan imprevistas se guardan en el fondo de ese ser misterioso! Una desaforada sed de dinero se había despertado de repente en Robinsón, como si el nuevo sentimiento surgiera por milagro de no se sabe qué profundidades remotas de su derrotada personalidad. ¿Sintió alguna vez en su vida el verdadero anhelo de poseer? ¿No había renunciado a todo, menospreciando los engañosos halagos de la riqueza y feliz de ser un cínico al margen de una sociedad que no admiraba y a la que sólo pedía, como su antepasado Diógenes, que le dejase vivir tranquilo? Y ahora, inesperadamente, se veía dominado por la locura de la codicia. Su ser entero estaba pendiente de aquellos abultados bolsillos del Fugitivo. Sabía que allí se ocultaba una fortuna, y que él podía arrebatarla, y que con aquel dinero todos los placeres del mundo se pondrían a su disposición. Pero el Fugitivo era robusto y sano, medianamente joven, y una lucha con él sería muy peligrosa. Y tenía además un revólver... Se puso a hablar a tontas y a locas, por ver si lo enredaba en una conversación que lo rindiese y le sirviera de soporífero.

—La verdad que este paraje es muy simpático. Yo vivo aquí más de ocho años y no tengo intención de mudarme. ¿Usted lo conocía de antes?... Claro que no es un sitio lujoso; para buscar lindas flores y mujeres elegantes se comprende que los caballeros prefieran el parque de Palermo. Usted se marchará mañana, me figuro. ¿O piensa usted quedarse una temporadita?... No; yo no le voy a molestar con exigencias. Precisamente soy amigo de dejar en libertad a todo el mundo; que cada cual haga lo que quiera, y yo el primero. Usted

ha venido a mi casa, y sus razones tendrá para haberlo hecho. Le juro que no me meto en los asuntos de los demás...

Pero al llegar aquí comprendió que estaba pisando un terreno peligroso, demasiado favorable para despertar la suspicacia del Fugitivo. Entonces empezó a charlar por los codos, en relaciones sin sentido y entre risotadas que fingían un regocijo de alcoholizado. Contó sus aventuras de "pioneer" en el Chaco austral, y cómo habitó cerca de un año en una toldería de indios, sus amores con una hija del cacique y su fuga pintoresca para evitar la venganza del bárbaro. Todo fué inútil. Después de una hora de charla y de haber agotado todos los cigarrillos, el Fugitivo se mantenía en la misma actitud vigilante, con los dos ojos muy abiertos y fijos, materialmente clavados en Ro-

Otra idea se le ocurría ahora: hacerse el dormido. Permaneció mucho tiempo con los ojos cerrados y dando algunas cabezadas, y no satisfecho con esta simulación, se tendió a lo largo contra la pared, cuidando de conservar la cabeza algo levantada sobre un lío de guiñapos.

—El caso es que le va entrando a uno el sueño. Perdone, amigo, que no le hable más; pero yo a estas horas no valgo para nada...

Cerró los ojos nuevamente y esperó. Con toda la precaución del mundo procuró varias veces observar entre las pestañas, y siempre, por más tiempo que transcurría, se encontraba con los ojos abiertos del Fugitivo que le estaba mirando. Le miraban con una fijeza inexplicable y con una vigilancia como alucinadora. Fuera la alucinación de la extraña mirada o el chapoteo de las olas del río al morir en la arena próxima, lo cierto fué que Robinsón terminó por dormirse de veras.

¿Cómo fueron sus sueños de alucinado? Se despertó jadeante y manifiestamente aterrado, y al mirar hacia el huésped, lo vió de pie y con el revólver en la mano. Y los ojos muy abiertos seguían mirándole con la fijeza de siempre. Esta vez habló el Fugitivo.

—Bueno, compañero, vamos a hacer una cosa. Yo me voy a marchar. Y quiero que usted me preste su vestido. ¿Comprende?

—Comprendo a medias nada más. Usted habla de mi vestido; pero esto no es un vestido, sino una combinación de harapos que a mí me sirven de mucho y que a usted, la verdad, no sé si le van a aprovechar...

—Bien, eso es cuenta mía. Usted me entrega su chaqueta y sus pantalones y yo le doy mis prendas. Creo que en el cambio sale usted ganando. Además le regalaré cien pesos. Y como tengo alguna prisa, apresúrese a complacerme.

El tono era demasiado terminante para que Robinsón perdiera el tiempo en digresiones. No; no había tiempo que perder. El más asombroso azar le había traído una riqueza al fondo de su antro, y si la dejaba huir se condenaba a una desesperación perpetua. Había que aprovechar los minutos. ¿Pero cómo? ¿Qué se podía hacer contra aquel hombre armado y prevenido?... Al quitarse los pantalones, por poco se cae de bruces sobre un hacinamiento de guijarros.

—Y para que quedemos en paz —oyó que decía el Fugitivo, —le voy a mejorar la oferta. Le daré trescientos pesos, a condición de que no se acuerde usted nunca de que me ha visto. De lo contrario, quiero advertirle que conmigo las malas jugadas son peligrosísimas...

El atorrante estaba ya desnudo y esperando. Y en aquel momento ocurrió lo más incomprensible. Nadie hubiera podido pensar que un hombre tan alerta como el Fugitivo se enredase al sacar los pantalones y fuera a caer al suelo como un atontado. El mismo Robinsón se quedó estupefacto ante el asombroso acontecimiento. Pero tan instantánea como la caída fué la acción de ponerse en pie. El Fugitivo estaba de nuevo alerta, con el revólver en la mano y la mirada fija en el atorrante. Los separaba una distancia de tres o cuatro metros. Y ese espacio de tierra se veía completamente cubierto de billetes de banco de cien y de quinientos pesos, desprendidos del pecho y de los rebosantes bolsillos en la violencia de la caída.

Si el atorrante hubiese iniciado el menor ademán, es seguro que allí mismo se encontraría con un par de balazos en el cuerpo. Pero no tuvo tiempo de nada, y cuando el Fugitivo se incorporó, Robinsón ofrecía una actitud inmóvil que casi podría confundirse con la inocencia.

—¿Quiere que le ayude a recoger?...

—No hace falta. Espérese ahí. Pero vuélvase de espaldas, ¿me oye?...

Robinsón se volvió de espaldas sin replicar, al mismo tiempo que con una mirada veloz indagaba entre el montón de objetos absurdos que componían su menaje. Allí estaba el cuchillo de larga y ancha hoja. Y parecía que todo el cuerpo se le llenaba de ojos, que veía y vislumbraba con la espalda y con la nuca. Así fué como pudo aprovechar un instante en que el Fugitivo se hallaba vuelto y agachado, en su precipitada faena de recoger del suelo los billetes. No necesitó más que un instante. Empuñó el cuchillo, dió un salto y hundió la hoja totalmente en la espalda, por encima de los riñones.

Cuando retrocedió rápidamente, con el cuchillo goteando sangre en la mano, el Fugitivo no tuvo más que tender el brazo, porque el blanco no ofrecía ninguna dificultad. El último aliento de su vida se gastó en el sucesivo tic-tac de tres disparos. La última bala se perdió contra la pared, porque Robinsón para entonces ya se había desplomado.

Allí sólo quedaban dos hombres muertos entre un admirable revoltijo de billetes. Sería la hora en que los diarios de la mañana comentasen con vivos pormenores el audaz asalto, y en que apareciera entre los sensacionales títulos la noticia de que "la policía asegura que muy pronto caerá el ladrón en su poder". Pero al fondo de la alcantarilla no llegaron los detectives. Quienes llegaron fueron las ratas. De todos los sumideros, cloacas y escombreras del contorno acudieron las ratas a centenares, atraídas por el espléndido botín que la prodigiosa alcantarilla les brindaba. Dos cuerpos inermes que morder, dos grandes charcos de sangre y una alfombra de los más ricos billetes de banco. Todas se abalanzaron sobre los billetes, despreciando los otros manjares, como si la tremenda voluptuosidad del dinero que hace gozar y padecer hasta el frenesí a los hombres se hubiera traspasado a los espíritus nauseabundos de las ratas. De tal modo, que al cabo de unos días, cuando los agentes penetraron en la alcantarilla, sólo pudieron contemplar dos cadáveres roídos y un fabuloso enjambre de chilladoras bestezuelas que huían con los vientres engordados.

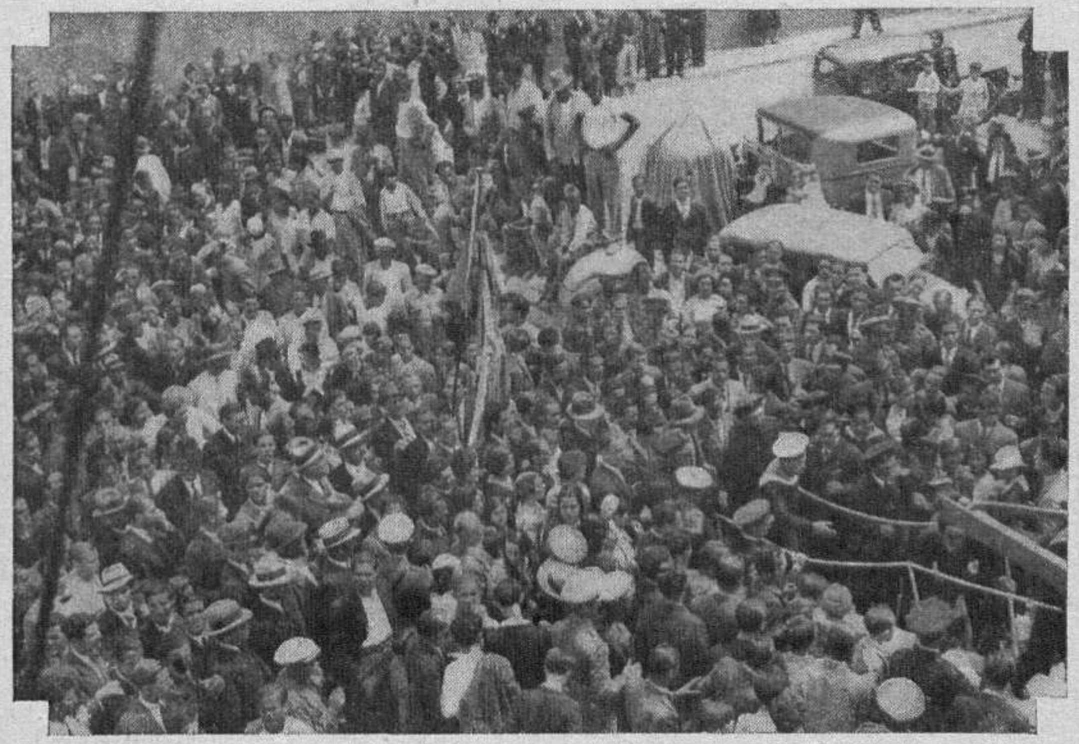
En sus vientres hediondos iba depositado todo el triste capital de reserva del Banco Austríaco-Argentino.

José M.ª Salaverría

Madrid, 1934.

DIBUJO DE CABALLÉ

El transporte "Pampa" en Santa Cruz de Tenerife



Autoridades y representantes de los diversos centros sociales que portaban banderas en la entusiasta manifestación organizada en Santa Cruz de Tenerife para tributar un homenaje de despedida a los marinos del transporte nacional "Pampa".

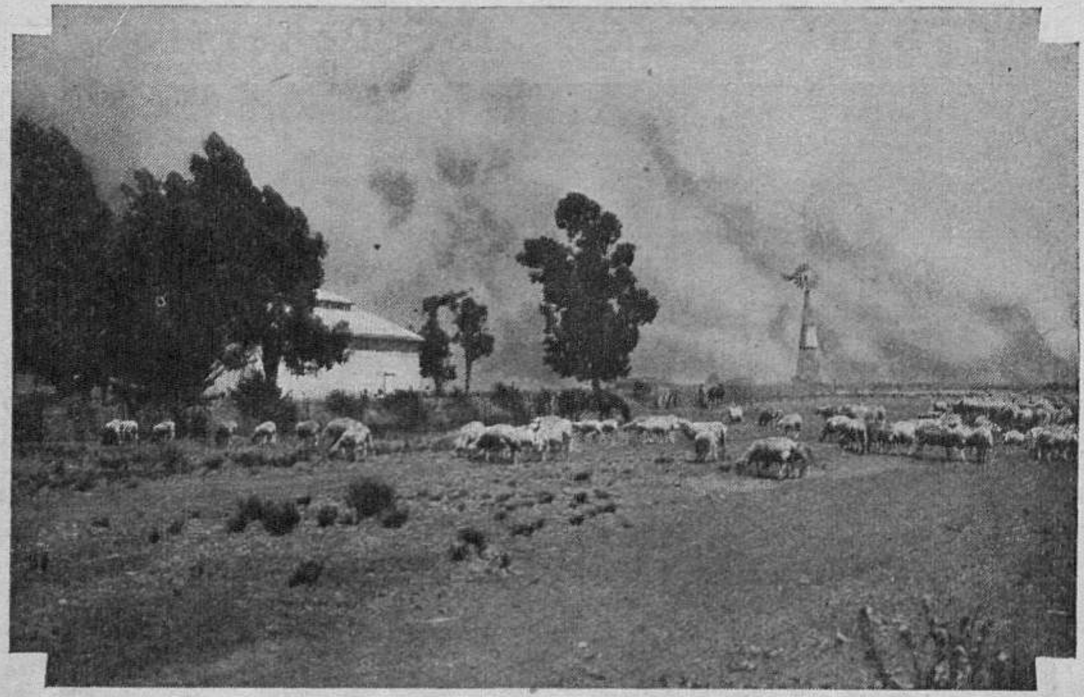


El cónsul de la Argentina, señor C. Martínez Déniz, felicitando al comandante del buque, capitán de navío don Jorge Schilling, por la cariñosa despedida tributada por las autoridades, sociedades y pueblo en general.

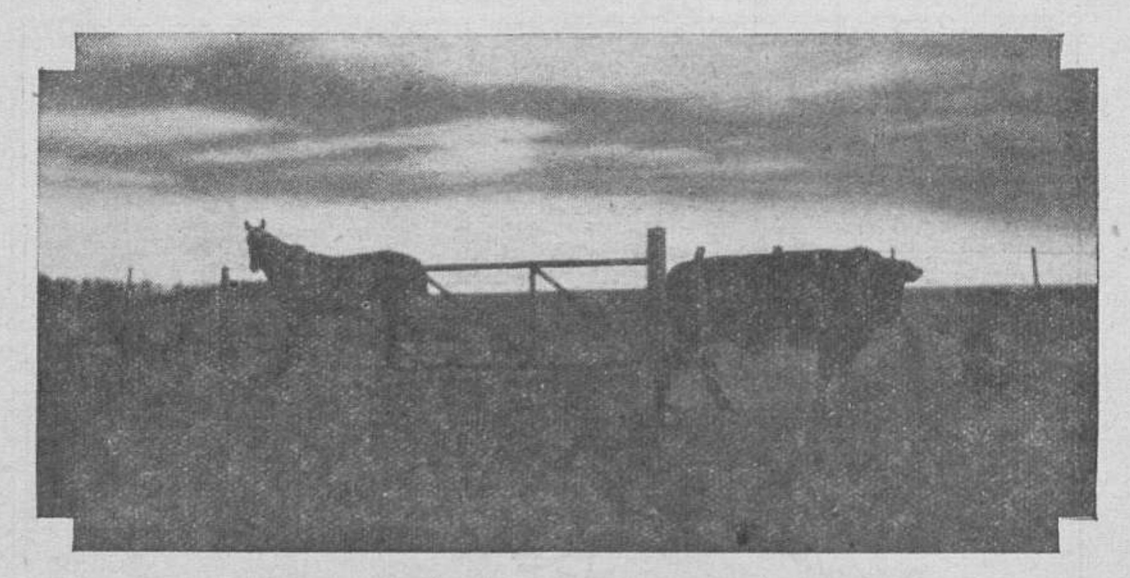


El comandante del "Pampa", señor Jorge Schilling, en la cubierta, con el coronel Vega y su ayudante que fueron a cumplimentarle al siguiente día de su llegada en nombre del Capitán General de las Islas Canarias.

El incendio

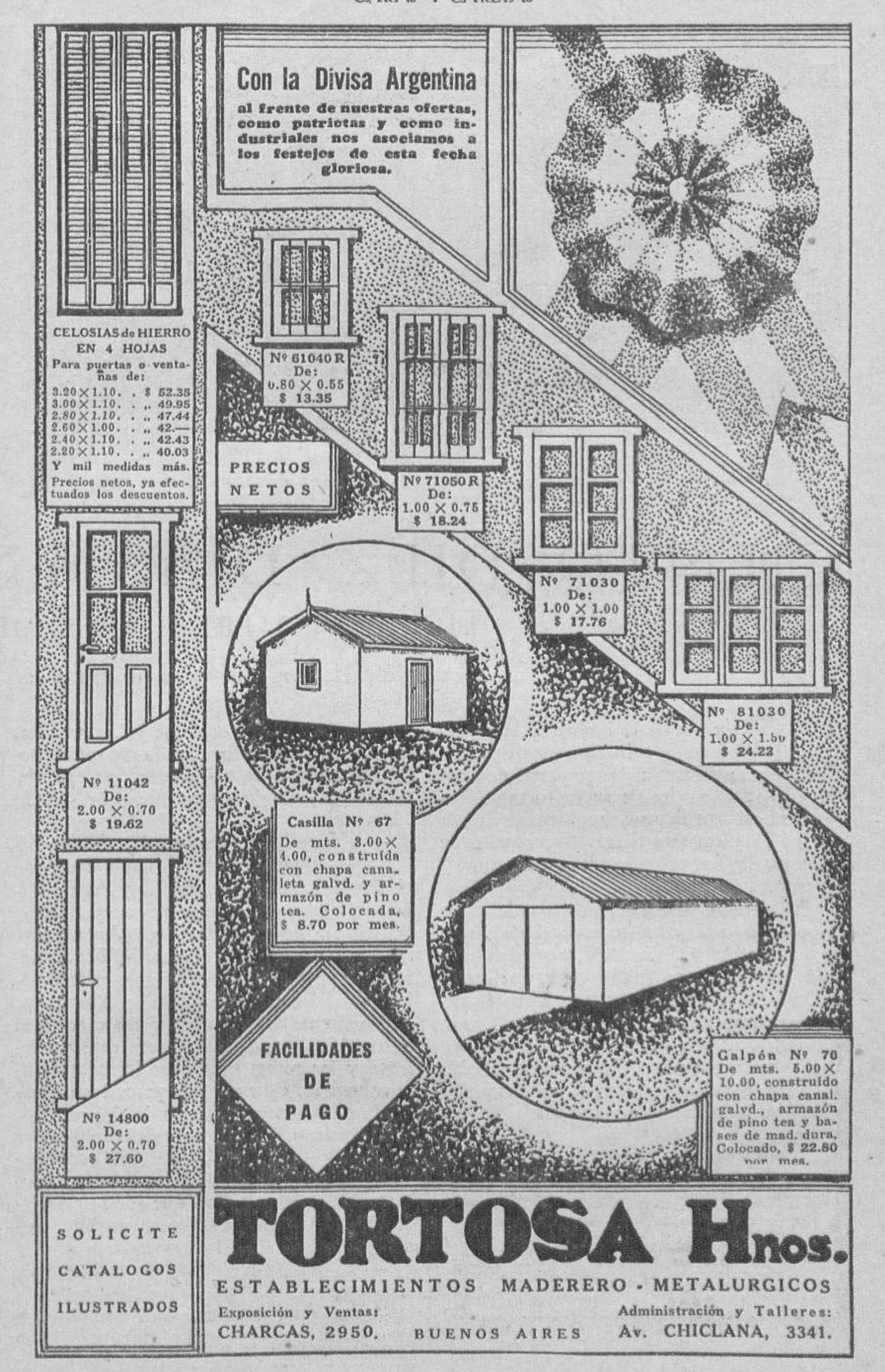


Allá, no tanto que no amenace un peligro para las tierras y el ganado de los vecinos, crece la inmensa cortina de fuego. Allá, desesperadamente, todos los hombres de la estancia combaten contra el espantoso enemigo. Y la barrera de llamas avanza, irresistible. Es la ruina. La gente del pago acude, dispuesta a prestar ayuda. Aquí cerca, el ganado no advirtió aún la proximidad del peligro; prosigue ramoneando el pasto.



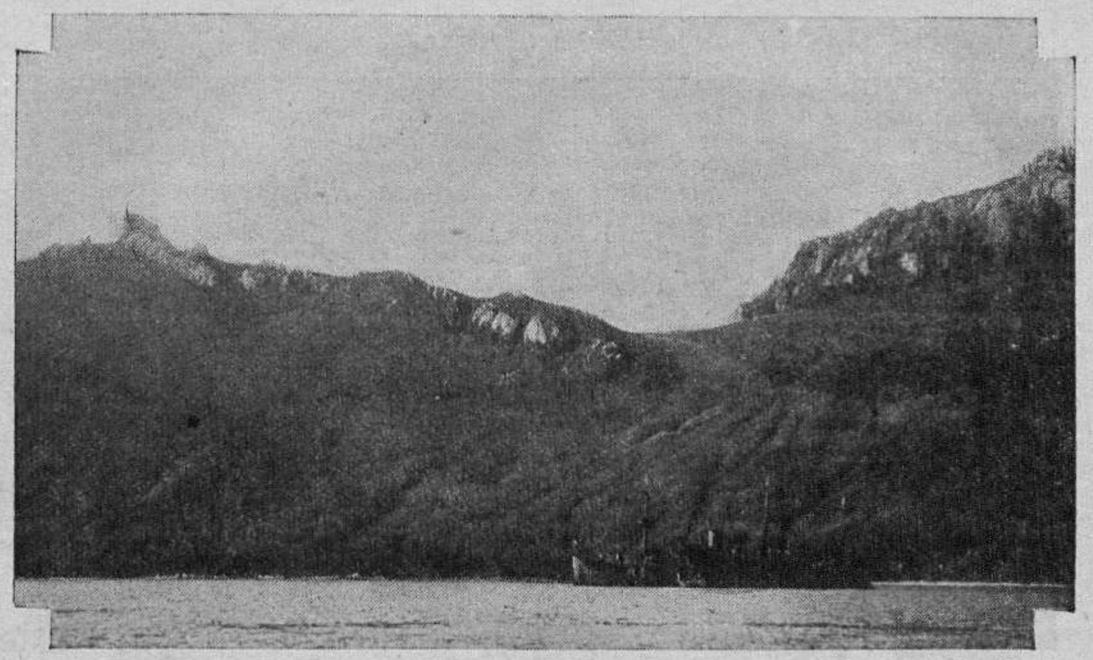
Los dos enemigos

El caballo y el toro, el toro y el caballo; la rapidez y la fuerza. Dos poderes conquistados por la industria y el ingenio de la raza humana. Se diría que son dos fuerzas encontradas, prontas a anularse mutuamente. Si no existiese el alambrado que las separa, estos dos poderes se anularían, tal vez, en la lucha. Pero la prevención del hombre ha sabido separarlos, para que colaboren mejor en la obra del progreso. Existe un símbolo en esta escena sorprendida a contraluz. El caballo y el toro, el toro y el caballo; rapidez y fuerza, unidos en la obra fecunda.


Con la Divisa Argentina
al frente de nuestras ofertas, como patriotas y como industriales nos asociamos a los festejos de esta fecha gloriosa.
CELOSIAS de HIERRO EN 4 HOJAS
Para puertas o ventañas de:
3.20×1.10. . $ 52.35
3.00×1.10. . „ 49.95
2.80×1.10. . „ 47.44
2.60×1.00. . „ 42.—
2.40×1.10. . „ 42.43
2.20×1.10. . „ 40.03
Y mil medidas más.
Precios netos, ya efectuados los descuentos.
Nº 61040 R De: 0.80 × 0.55 $ 13.35
Nº 71050 R De: 1.00 × 0.75 $ 18.24
PRECIOS NETOS
Nº 71030 De: 1.00 × 1.00 $ 17.76
Nº 81030 De: 1.00 × 1.50 $ 24.22
Nº 11042 De: 2.00 × 0.70 $ 19.62
Casilla Nº 67
De mts. 3.00×4.00, construída con chapa canaleta galvd. y armazón de pino tea. Colocada, $ 8.70 por mes.
FACILIDADES DE PAGO
Galpón Nº 70
De mts. 5.00×10.00, construído con chapa canal. galvd., armazón de pino tea y bases de mad. dura. Colocado, $ 22.80 por mes.
Nº 14800 De: 2.00 × 0.70 $ 27.60
SOLICITE CATALOGOS ILUSTRADOS
TORTOSA Hnos.
ESTABLECIMIENTOS MADERERO - METALURGICOS
Exposición y Ventas: CHARCAS, 2950.
BUENOS AIRES
Administración y Talleres: Av. CHICLANA, 3341.



El capitán Alberto Brunet, en la paz del hogar, pocos días después del regreso de la isla de los Estados.



El buque oceanográfico "San Luis", fondeado en Puerto Cook, isla de los Estados.

CIENTO DIEZ DIAS EN LA ISLA DE LOS ESTADOS



LIGERAS IMPRESIONES DEL CAPITAN ALBERTO BRUNET



Por María Angélica Parodi Richelet

La sugerencia de lo ignoto, y la fantasía de una imaginación predispuesta, me resuelven a la empresa de sorprender, a la vuelta de su importante misión, al capitán Brunet, que llega de la isla de los Estados, esas tierras de misterio tan lejanas de nuestro dominio del conocimiento.

Feliz en mi iniciativa de visitarle en su propio domicilio, me concede el privilegio de una entrevista. La peculiar modestia en toda persona de profundo valer, que caracteriza al distinguido marino, le hace eludir cualquier acto de notoriedad. Y con este buen acierto, aunque tal vez un poco inoportuna, me veo acogida en un amable interior, donde un exquisito refinamiento encuadra sabiamente su modernísima decoración.

No obstante la impresión de las emociones que le absorben, en estos momentos, el capitán Brunet se presta complacido a mi interrogatorio.

—¿Cuándo inició el viaje, capitán?

—El 20 de diciembre del año pasado día espléndido de sol, que luego habíamos de extrañar. Excelente travesía. El 27 del mismo mes la isla de los Estados se insinuó con sus cerros y montes escarpados que caen a pique sobre un mar gris, como su cielo. En la pequeña bahía, diminuto refugio de amparo, avistamos complacidos nuestro buque gemelo "San Juan".

—¿Y cuál era su misión?

—La superioridad me había confiado el relevamiento hidrográfico y topográfico de la isla con su mar adyacente. Dicho trabajo lo hemos realizado con buen éxito, en parte, pues nos vimos impedidos de terminarlo debido a las evoluciones meteorológicas no siempre favorables, y, "hay que trabajar cuando se puede y no cuando se quiere." El viento muy persistente y violento y las nubes bajas que frecuentemente cubren las cimas de los cerros eran nuestros peores enemigos, por lo invencibles. Sin embargo, hemos aprovechado bien el tiempo, y vuelvo satisfecho del buen humor que acompañó a la oficialidad y tripulantes en toda su labor, que fué la característica que más animaba a nuestra empresa.

—¿Y qué nos cuenta de la vida por esas regiones?

—La vida nuestra, dirá usted, pues aquella es una zona completamente deshabitada. Bueno, completamente no, pues hay un solitario huésped, envuelto de misterio. Es un hombre que vaga por aquellas tierras, sin que hayamos podido averiguar su finalidad.

"Iniciamos los trabajos inmediatamente después de nuestra llegada. Se instalaron varios campamentos, en tierra, para facilitar la labor, que fué ardua, pues debíamos vencer dificultades contra el elemento, comenzando por rellenar el piso y los caminos de acceso con ramas secas de los árboles y pedregullo que los defendiera de la humedad perenne que contiene la turba que es su suelo. Constantemente lluvias aisladas hacen su aparición, pero siendo un clima muy seco, la evaporación se produce inmediatamente, formando nubes compactas que nos envolvían. La temperatura es bastante estable, haciendo muy soportable el frío una vez familiarizados con él.

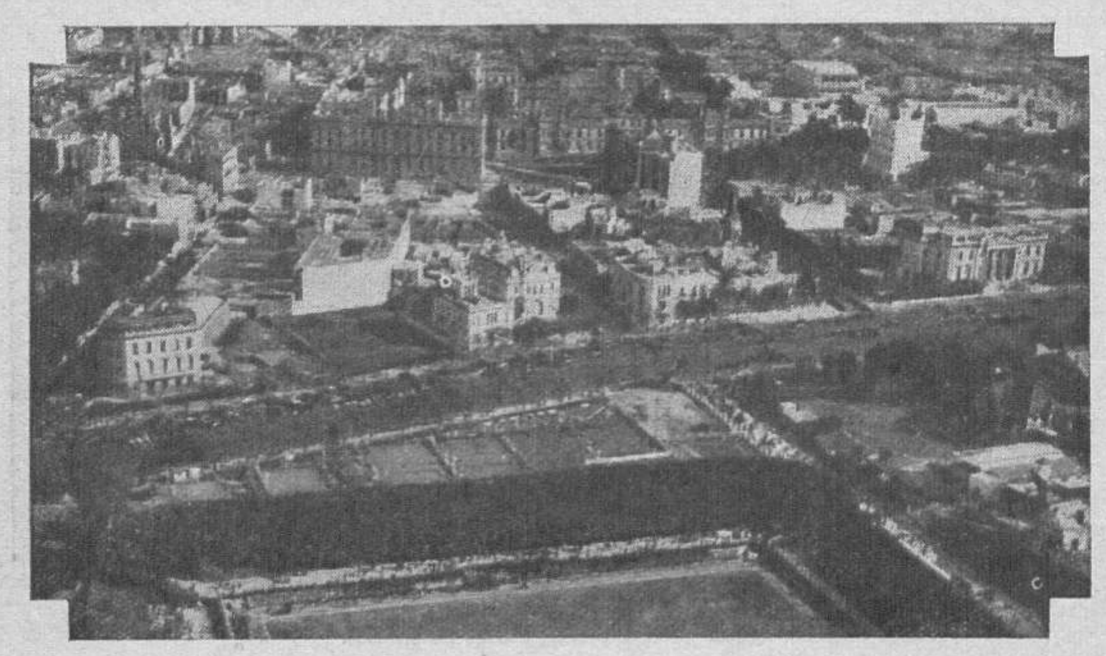
—¿Sin duda la pesca debe de haber sido un gran elemento para ustedes?

—Se equivoca. Aun cuando en la región debe de ser abundante, nosotros no hemos sido mayormente favorecidos, en desmedro de nuestras "gamellas", y ya que estamos hablando de pesca, le voy a referir la forma cinematográfica en que un hombre se vió obligado a trabarse en lucha con un pez de un metro veinte de largo. El encargado de hacer las anotaciones del agua cada treinta minutos, al ver surgir un lobo marino con el pez de referencia en la boca, se propuso disputárselo "mano a mano", es decir, "palo en mano". El lobo, comprendiendo su desventaja, optó, con verdadera filosofía, por abandonar su presa, tirándose al agua, lo que nos ocasionó un festival apetitoso.

—Por último, capitán, ¿tuvieron buena travesía al regreso?

—Excelente, salvo el 16 de abril, el día de nuestra salida que un tempestuoso viento del noroeste nos obligó a "capear" hasta el día siguiente, en que, habiéndonos luego favorecido un cambio sudeste, corrimos el temporal, "largando" todo el paño, el cual nos acompañó y nos ayudó durante toda la travesía. Y a nuestra llegada, un sol radiante nos acogió, contribuyendo a hacer absolutamente grato nuestro regreso.

Y como si el capitán tuviera un recuerdo inesperado, lo sorprendo con la vista fija en las cabecitas de sus dos preciosas criaturas, que juegan a pocos pasos, y comprendo el sol a que se refería...



▼ Una cancha ▼

La apasionada afición del público argentino hacia los matches de fútbol ofrece espectáculos al margen de esos partidos. No es el deporte en sí, sino las pintorescas aglomeraciones de los espectadores a las que nos referimos. En medio de la edificación urbana se ven los pequeños o grandes estadios, que en los días de partidos interesantes se llenan, se sobrecargan de gente bulliciosa. La foto aérea reproduce uno de los conjuntos tan típicos. Es la cancha de Rácing, plena de aficionados, durante el desarrollo de una lucha futbolística, que despertó emoción.



▼ Los jardines de Puerto Nuevo ▼

En las tierras ganadas al estuario hay sitio para el trabajo y para el esparcimiento, que ambas cosas son necesarias. Lindos jardines de otoño e invierno, los niños encuentran amplio campo para sus juegos. En las mañanas y tardes del verano la brisa del río los hace agradables. Pulmones de una ciudad se les dice a las plazas y a los jardines. Estos cumplen a maravilla su acción saludable. Allí donde el agua y las toscas dominaban hasta hace poco, se presenta ahora una nota de color y elegancia, que embellece el acceso de Buenos Aires.

LA SOMBRA DE RAHVU

Por ANDRE CASTAING

▼ ▼

No bien respiro el perfume discreto del clavel, mezclado al fuerte olor de los nardos que crecen bajo mis ventanas, de inmediato vuelve hacia mí, la misma atmósfera perfumada y evocadora que flotaba en la maravillosa y magnífica isla de Rahvu.

De vuelta del largo viaje que acabábamos de realizar a las islas Fidgi, donde habíamos ido a documentar auténticamente un trabajo que filmábamos, al estilo de "Moana", bajo la dirección artística de Browne, recalamos en Rahvu. En una mañana tropical caldeada por un sol de verano, se nos apareció en todo su esplendor; su vegetación exuberante de matices variados, resplandecía en el horizonte, recortada sobre la monotonía de las aguas.

A las doce, el cono volcánico de la isla emergía apenas del mar. Una rara fragancia de flores, embriagadora y penetrante, nos sorprendió, subyugándonos de un modo tan extraño, que decidimos, desoyendo los consejos del capitán, bajar a tierra. Imprudencia que hubiese podido costarnos bien cara, visto la pésima reputación de los indígenas que habitan esos sitios desolados. Suerte fué la nuestra de encontrarnos con una tribu mansa de "papous", hombres fuertes, de recia contextura, que nos recibieron sin entusiasmo, pero tampoco con hostilidad.

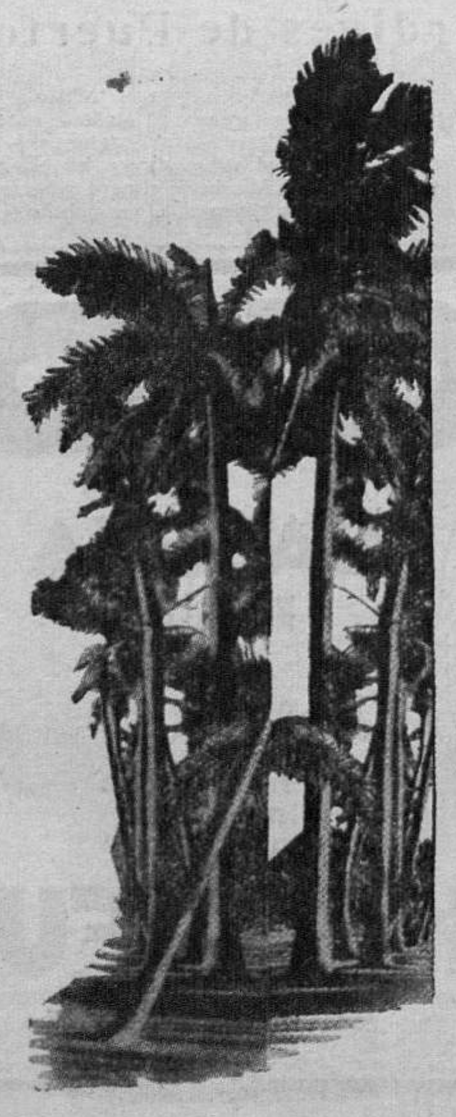
Nos llevaron, tras una larga marcha, a su aldea; pintoresco conjunto de chozas escalonadas a lo largo de una ruta escarpada. No se la divisaba desde el mar, oculta como estaba por una espesa arboleda de pinos y araucarias.

No sabría decir cuál de nosotros fué el primero en descubrir al ídolo: estaba situado en una colina apartada, lejos de las chozas. Era un tronco de árbol de unos dos metros de altura, de una talla primitiva, a semejanza de un hombre, con los brazos apartados del cuerpo, puestos en forma de asa; articulados en los hombros, de donde pendía una larga cuerda de fibra trenzada, sujeta a los puños.

Se desprendía de esa figura grosera y ridícula a la vez, un aire de solemnidad que nos cautivó, despertando nuestra curiosidad. Al instante, despreciando los platos de pescado y frutas que habían preparado en honor nuestro, nos dirigimos todos junto al grotesco simulacro.

Me adelanté a tocarlo, impulsado por no sé qué fuerza ajena a mi voluntad, a pesar de ser algo supersticioso y un tanto pusilánime. En el momento en que me acercaba a hacerlo, un indígena que nos había seguido, se interpuso vociferando furioso, evidentemente nos echaba maldiciones. Con vehemencia señalaba el suelo pisoteado por nosotros.

Armitage, uno de mis compañeros, que conoce casi todos los lenguajes y dialectos de las islas, nos tradujo la severa reprimenda: Rahvu, ídolo que daba el nombre a esa isla, encarnaba una divinidad particularmente violenta y vengativa, cuya imagen era "tabú" y más sagrada aún si posible, era la sombra que proyectaba con la ayuda del sol, su hermano y cómplice.



Como ya lo he mencionado, la gran dosis de buen sentido que en general poseo, parecía haberme abandonado por completo ese día.

De un empujón aparté al sectario de Rahvu, mis pies calzados con gruesas botas de cuero pisaron audazmente la sombra del ídolo, osé hasta llevar una mano profanadora sobre uno de los brazos del temible dios, cuya postura extraña me intrigaba. De pronto me sentí tomar del hombro, sin miramiento alguno. Era Armitage que estaba junto a mí, señalándome con mirada significativa la tribu entera de indígenas: unos sesenta hombres fornidos, armados con mazas y azagayas, formando un conjunto amenazador, estaban ya a veinte pasos de nosotros. El partido más prudente era retornar cuanto antes al barco, todos lo realizamos a un tiempo, tratando de retirarnos sin demostrarles nuestro temor. Llegados a él, el capitán levó anclas. Como no nos preguntara sobre las impresiones recogidas, nosotros los que habíamos participado de la aventura, guardamos el discreto silencio que guardan los niños después de una travesura.

La última etapa de la travesía, hasta Sydney, pasó sin novedades, tranquila y alegre en medio de un buen humor y de una camaradería encantadoras.

No volvimos a comentar más al ídolo de Rahvu.

Armitage, parco en sus ademanes como en sus dichos, a quien indagué un día a ese propósito, preguntándole el significado de la temible divinidad y las costumbres de los naturales de esa isla, me agarró del cuello a modo de demostración gráfica, entre su brazo doblado y su pecho, explicóme de esa manera, con gesto breve: "máquina para sacrificios". El hechicero de la tribu se coloca detrás del ídolo y tira la cuerda; ¿comprende usted ahora? Previamente se agarra a la víctima, para evitar toda resistencia se le emborracha con un aguardiente cualquiera, a menos que se embriague sola, adormecida, insensiblilizada por los efluvios que despiden las flores de la isla ciertos días...

Dos meses después, de vuelta en París, con dos de mis camaradas franceses de la compañía, la vida rutinaria volvía a principiar de nuevo para mí... ¡Qué vida! ¡Pobre de mí! Iba a ser, en efecto, un infierno poblado de fantasmas horrendos, en donde el terror más desmoralizador me perseguía sin tregua, noche y día.

El relato de los sucesos que voy a hacer, tuvo principio, hace cinco semanas.

Una hermosa tarde de otoño de un día glorioso, en que la naturaleza desplegaba sus mejores galas; en que la vida parecía más bella, despertando anhelos y esperanzas; en que todo son sueños e ilusiones, uno de esos días que incitan a vivir; me dirigí a los jardines de las Tullerías. Gozaba de ese atardecer apacible, en medio del bullicio de París, de esa calma, de la tranquilidad que me rodeaba, contemplando los árboles de hojas rojizas, doradas y verdes, las cuales al desprenderse iniciaban su danza loca en el aire hasta tocar el suelo. Me complacía en dejar vagar mi imaginación, alejando de mí todo pensamiento que pudiese turbar el bienestar que me embargaba.

Mientras, me paseaba por la avenida central a la altura de la estación "D'Orsay", dando la espalda al sol que bajaba en el horizonte, de manera que mi sombra me parecía fantásticamente alargada.

De repente ese perfume de flores que tan bien recortaba, se manifestó cerca mío, envolviéndome en menos de un segundo. A un tiempo mis ojos perciben, recortada en el suelo, paralela a la mía, otra sombra... la de un hombre de alta estatura, que llevaba de un modo singular, los codos apartados del cuerpo. Sobrecogido, enloquecido ya, di vuelta lentamente la cabeza; a mi lado sólo se encontraba un niño, con su arco en la mano, que me observaba con curiosidad. Haciendo un esfuerzo traté de dominarme para no caer y seguí avanzando; la sombra trágica había desaparecido, el perfume evaporado.

Y mientras caminaba iba cavilando. ¡Alucinación! ¿Exteriorización, gracias a qué mecanismo misterioso, de un recuerdo grabado, a pesar mío, profundamente en mi memoria? Pensé por un momento consultar al doctor Darrance, gran psiquiatra de fama mundial y mi amigo de siempre. Ya más sereno, después de mayor reflexión, me abstuve de hacerlo. Deseaba, en efecto, esperaba más bien, no volver a ver nunca más el espectro grotesco y horroroso de Rahvu. Tenía para mi cerebro impresionado la visión de ese ídolo fantástico, la fascinación de esa isla de encanto, con la fragancia de sus flores exóticas, que se reveló en toda su magnificencia aquella mañana de sol radiante, ante nuestros ojos maravillados. Presentía que su imagen difícilmente se borraría de mi mente.

Y al siguiente día, a la misma hora, caminando por la vereda de una calle muy frecuentada, respiré de nuevo ese olor delicioso y mortal que como un imán me atraía y espantaba a un tiempo. Vi perfilarse otra vez, sobre el asfalto, la sombra del dios irritado. Sin volverme seguí mi ruta.

Desde entonces, todos los días, sea que me encuentre fuera, entre el gentío, o solo en mi cuarto iluminado por la débil claridad de una lámpara velada (porque si temo la luz que suscita inopinadamente ante mis ojos la forma aborrecida del monstruo, en la noche, la obscuridad total, me espanta aún más). Su presencia viene a advertirme que no me olvida, que su venganza me alcanzará a la hora precisa que él ha fijado y siento en mi garganta el contacto del terrible dios, cuyo abrazo no perdona.



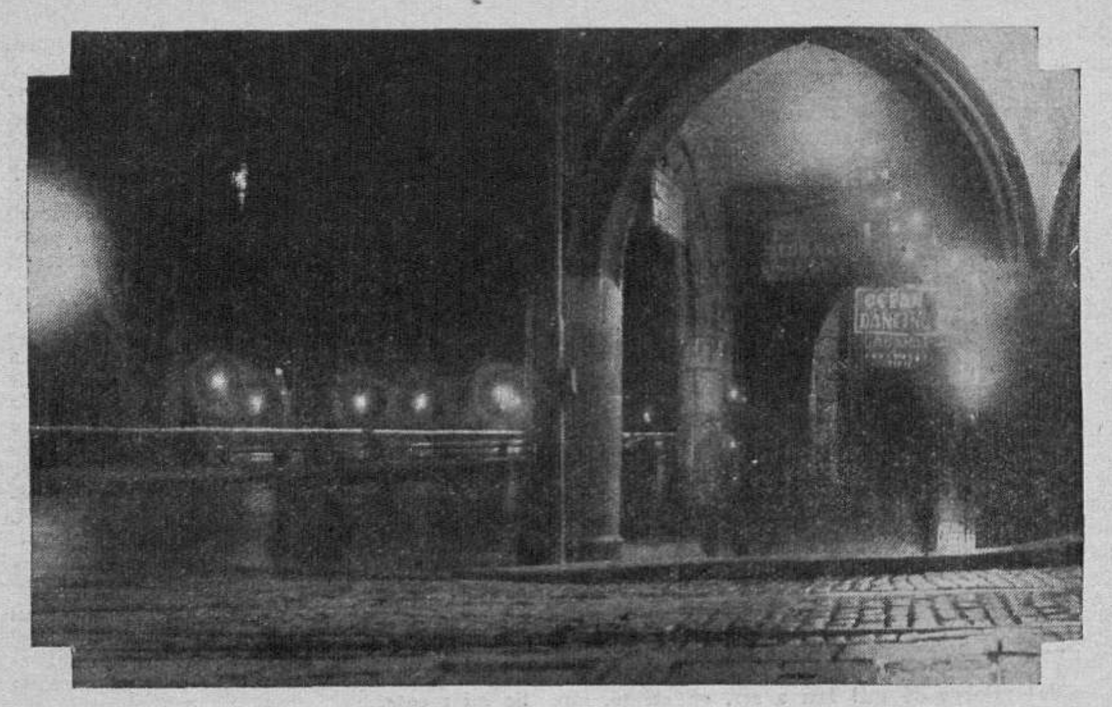
EPILOGO

El 26 de junio de 1930, en el cuarto de un hotel de la villa de Mauvezac, se encontró estrangulado al actor de cine Francis Savinian.

A pesar de las múltiples diligencias de la policía, el misterio de esta muerte nunca fué aclarado.

Entre las páginas de uno de sus libros favoritos, se encontraron unas hojas de papel, en las cuales Savinian describía su extraordinaria aventura.

ANDRE CASTAING



Recovas nuevas

Seguramente, al ver esta foto, habrá quienes no reconozcan en ella un rinconcito porteño. El arco apuntado parece atestiguar que se trata de una villa vetusta, donde, desde hace siglos, se conservan restos de pasadas modas arquitectónicas. Y, sin embargo, pertenece a un trozo de reciente construcción. Las recovas viejas eran refugios útiles, que preservaban a los vecinos contra la lluvia. En cambio, distinguíanse como enemigas de la luz y la ventilación. Bajo el abrigo de una vieja recova gestóse el acto inicial de la Revolución, un día de lluvia.



▼ Los burritos ▼

Regalones de la estancia, a los que nadie exigirá trabajo sobre trabajo, como a sus compañeros irracionales, los burritos campan a su placer, entre toda clase de hacienda. Son lindos, juguetones. En ellos vive la despreocupación. Si se les exigiesen tareas, las realizarían paciente y resignadamente. Bajo los árboles retozan, caprichosos, como chiquilines y aprovechan los buenos tiempos de la juventud. Vienen a ser como un lujo de la estancia.



CALCOMANIAS

◆ *Por* FELIX LIMA ◆

La campanilla de la puerta de calle. ¿Es sorda, Ramona?

—No oí, señora, porque estaba arrejlandu a gaula de "Guanita".

—Deje la cotorra y vaya a la puerta.

Al abrir la puerta que apunta a la calle, apareció un tipo canilludo, rubio, bastante Pantaleón Scarcella, de ojos al ferroprusiato, pamelín con ala de cachirla y tegobín formato Hitler.

—¿Es aquí tonte alquilan una bieza con bensión?

—Prase al livinj, que a señora vendrá de corridu.

El tipo del tegobín hitleriano fijó sus "faroles" al ferroprusiato en un retrato al óleo, dentro de cuyo marco se encontraba aprisionado un militar de luenga Pereira y de napoleónicos mostacholes.

—Caballero...

—Seniora...

—He recifido esdas líneas que subonco suyas, y... ¡bero, caramfo!

El "deutsche" se bolsiquea al divino botón. Luego sonríe, y dice, visiblemente turbado:

—¡Ca... caramfo! En el hotel tonte esdoy paranto accitendalmende tejé su carda te usdé, seniora; bero creo que... que será lo... lo...

—Lo mismo, señor.

—En mi afiso que yo buse en el tiario, tecía: —"Cafaliero alemán tesea alquilar una bieza amueblada con bensión en casa te familia arquentina. Unico inquilino. Se biden y se tan referencios". ¿He encondrado mi iteal, seniora?

—Creo que sí, caballero. La pieza es espaciosa, seca, mucho sol, con ventana...

—¡Muy fien, bero muy fien! ¿Y en cuánto a la bensión, seniora?

—Comida familiar, sana y abundante.

—¿Incluyendo el tesayuno?

—Sí, caballero.

—¿Qué clase te tesayuno, seniora?

—Café con leche, pan y manteca.

—¡Suberior, encandado, seniora! Basemos al almuerzo y a la comita tel noche.

—Tres platos a mediodía y tres nocheros, con vino, postre y café.

—¡Koolosal, seniora, koolosal! ¿Dres blados? ¡Bero simblemende koolosal! Y comita a la criolia, ¿no? Bero si eso es lo que yo anto fuscando, yo que esdoy hardo te las omeledes y te los calios a la antaluza tel hodel y de los resdaurandes. Mi anhelo es comer y chamuyar como un fertatero criolio, ¡ja, ja, ja, jo, jo, jo! Tisculpe el risa que me fiene a la cara, seniora.

—Está usted disculpado, caballero...

—Al baso que famos, feo que no necesido betir referencios.

—Sin embargo... yo soy la viuda del capitán Biterman Gorordo. ¿Y el señor?...

—Max Putz, seniora... Aliá, en Alemania, yo damfién militar, deniende te hulanos, un crado menos que su tifundo esboso; bero aquí, simblemende ardículos te coma, bero no te coma aráfiga. ¡Ja, ja, ja, jo, jo, jo!, y tisculbe, nuefamende, el risa que me fiene a la cara, borque nosodros, los alemanes, somos bero pasdande mucho alecrosos. ¿Ese milidar te frontosa chifa es su finado esboso?

—Mi pobre Gorordo. ¡Y tan bueno qu'era!

—¿Estufo en el Barque bara el refolución tel nofenda?

—No, señor. Mi Biterman nunca fué revolucionario. Siempre defendió los poderes constituidos. ¡Era tan roquista!...

—¿Murió en alcuna refuelda cifil, acaso?

—No, señor teniente: el hígado, ¡el hígado!...

—¡Oh, seniora! Los cálculos al hícato son cosos dremendos.

—Murió en un ¡ay! el pobre, y con el hígado del tamaño de una ponchera. ¡Po... pobre! Ahí lo tiene al óleo, él que era tan po... poco amigo de... de las ensaladas. Pronto hará veinte años, señor teniente. ¡Ay, Dios mío!

—¿La seniora diene bensión tel cofierno?

—Una miseria, porque ha de saber que la mesada de los militares de la guardia vieja era escasona, casi franciscana. De ahí, que viérame obligada por la necesidad a tener un pensionista. Y usted será mi nuevo inquilino, ¿no?, aunque todavía no hemos arreglado precio...

—Ni fisto la bieza...

—Pase, señor, pase...

—¿La seniorida es su hija?

—¡Ven, Leonor, ven!, que te voy a presentar al nuevo pensionista... Mi hija...

—Max Putz, seniorida, aliá, deniente te hulanos, aquí, ardículos te coma, bero no aráfiga.

—¿Tal vez mangueras y guantes?

—Tamfién balancanos y folsas bara acua caliende, seniorida, ardículos "made in Germany"

—Esta es la pieza, señor Putz.

—¡Koolosal, seniora, bero koolosal!

—El precio muy acomodado: cien pesos.

—¡Suberior, seniora, bero suberior! Hoy mismo consdiduyo tomicilio lecal en esda casa. ¿Y qué dal el cuardo te panio? ¿Hay acua caliende?

—Tenemos calefón a gas. ¿Usted toma mate?

—A feces, seniora; cuanto anto te ferfena und farra, y foy te fisida a casa te unos criolios que tocan el pantoneón y hacen una bunda te macanos, ¡ja, ja, ja, jo, jo, jo!

—Leonor: cebale un matecito a este caballero.

—¿Amargo, señor Putz?

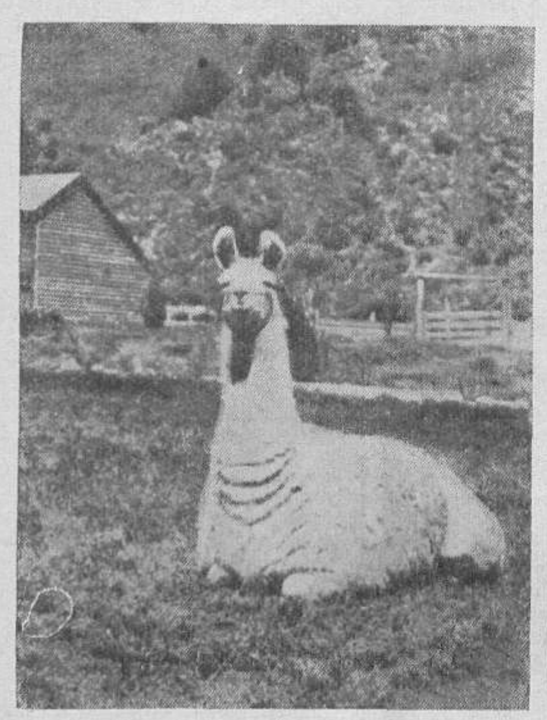
—Tulce, seniorida, tulce como un panqueque y como... como... como un...

—¡Dígalo!

—Hoy no, seniorida. Tesbués, sí, borque siquiento mi dácdica, recién endro en el serficio te exploración; bero maniana, securo que adaco y adropelio en orten afierdo, ¡ja, ja, ja, jo, jo, jo!, borque nosodros, los alemanes, somos muy alecrosos, sofre dodo, cuando hemos fefido un boco te cerfeza.

Félix Lima

Una llama



INMÓVIL, tranquila, mirando atentamente al fotógrafo, parece una esfinge. Hay en ella algo de monstruo simpático y de humana criatura. El cuello grácil, erguido, el cuerpo redondeado, elegante, la mirada dulce, enigmática.

Y sin embargo, la llama, la más elegante bestia de carga después del caballo, poco piensa, o poco creemos que debe pensar. Tal vez, si lográramos entenderla, sabríamos muchas cosas que ahora ignoramos.

Existen innumerables personas en el mundo que deben todo su crédito a una seriedad elocuente y continuada. Adoptan posturas meditativas, miran sin ver, abstraídas en su inconmensurable vaciedad, y de este modo logran crearse fama de sabias. Solamente responden por monosílabos y esta sobriedad de palabras se interpreta como hondura de pensamiento.

Quizás la esfinge clásica, la de garras de tigre, rostro de mujer y cuerpo de felino, ofreció su más difícil enigma en esa taciturnidad que nada dice y poco oculta. El trabajo arduo consiste en dar solución a problemas que ella no proponía.

De todos modos, esta esfinge sudamericana tiene más elegancia que otras esfinges, y por poco que valga su callado pensamiento, resultará superior a muchos. Ella nos habla de trabajos sufridos pacientemente al lado del amo. De abuelos a nietos, la llama transporta cargas ajenas que nada le interesan.

Es como el indio, del cual tiene algo, en la resignación.

Fué cabalgadura incansable, bestia de carga, camello de las sierras andinas y de las pampas. Nadie sabe el enigma que propone a los Edipos modernos. Calla y mira tranquilamente, sin expresarlo.

Un estudiante de hace un siglo

En 1834 terminé mi curso regular de físico-matemáticas (éste era el título oficial que le había dado Rivadavia), y pasé a las aulas de derecho. Este estudio abrazaba seis años: tres de *Instituta* y tres de *Práctica*. Los tres primeros años se ocupaban en tres ramos: Derecho civil (partidas, recopiladas y recitaciones romanas de Heineccio). El profesor era el doctor don Rafael Casagemas, abogado catalán; derecho de gentes, profesor doctor don Valentín Alsina; derecho canónico, el presbítero don León Banegas.

Debo advertir que en el derecho civil entraba el romano, con el texto de las recitaciones de Heineccio. Casagemas era un simple expositor de lo que estaba escrito y comentado: sin ningún incidente que pudiera interesar, como rasgo literario-jurídico o histórico que ligase la ciencia del derecho a la jurisprudencia o a sus raíces en el movimiento de los pueblos. De Inglaterra no tenía noticias: de lo de Francia no se ocupaba: Heineccio y nada más que Heineccio. Don Valentín Alsina no estaba al cabo tampoco de las evoluciones históricas de su materia. El texto (Rayneval) era de una pobreza extrema y lamentable. Era un simple formulario hecho por el autor para uso del ministerio de Luis XVIII del que era jefe de mesa. El texto lo había impuesto don Valentín Gómez, que había tratado y conocido mucho a Rayneval, en su misión de 1818 a Francia.

El texto de Banegas era el tratado de derecho canónico público y privado del alemán Gmeiner, gran canonista alemán liberal, escrito en latín. El infeliz presbítero no entendía ni la materia, ni la doctrina, ni la lengua. Así es que la clase se volvió una comedia imposible de explicar. A la menta de lo que allí pasaba, se hicieron concurrentes una porción de mozos de afuera. El señor Banegas no sabía ni quiénes estaban inscriptos en su curso. Los desórdenes internos de la clase llegaron a punto de que el ministro de Gobierno, don Tomás M. Anchorena, fulminó decretos y castigos contra los autores sin poder poner la mano sobre ninguno. El clérigo aquél tenía la tontera de trepar a una cátedra de aparato que estaba en la clase, para de allí dirigir la clase. Cuando hacía una pregunta, se le contestaba cualquier cosa: él comparaba lo que oía con el texto, y decía *no*... pero antes que continuara, el alumno le decía que lo del texto estaba reformado por la ley tal, etc., etc., y el pobre hombre tenía que callarse; hasta que se informó por fuera de que lo "fumábamos", y en la primera que se le hizo (fué Carrasco) se levantó, lo tomó de la oreja y le dijo: "*¡Potrillito, veamos su ley!*" La clase entera levantó un aplauso de palmoteo y de "¡Bien!, señor catedrático"; y él que era bonachón se quedó muy complacido, de lo que resultó para Carrasco una broma sempiterna sobre el chasco "de la oreja del Potrillito".

Otro día le aflojaron al profesor los pies de la silla de la cátedra, cuyo fondo (el de la cátedra) era una tinaja honda como un púlpito. Cuando él entró todos estaban sentados en gran compostura y seriedad; pero cada uno tenía un cascote en la mano. Subió, se fué a sentar y se hundió. Entonces una lluvia de cascotes resonó en la madera de la cátedra; se levantó una información que no dió resultado. Cuando yo supe lo que se iba a hacer, me fuí a lo del doctor Alcorta para tener un buen testigo de que yo estaba ausente: lo que hice constar y probé con otros que habían hecho lo mismo, sin decir, por supuesto, que estábamos en conocimiento del proyecto.

.. ..

VICENTE F. LOPEZ

Juan Francisco Borges

Las Leyes de Indias prescribían de un modo terminante que en América, los militares estaban completamente exentos de la jurisdicción civil y ordinaria: el Cabildo de Santiago nada tenía que hacer, ni inspeccionar respecto de los despachos de Borges como capitán, ni averiguar si cumplió o no con sus deberes marciales, ni mucho menos imponerle penas. Este fuero era incuestionable. Por otra parte, como Caballero de la Orden guerrero religiosa de Santiago, gozaba de privilegios e inmunidades que el Cabildo y las autoridades violaron patentemente. Recordaremos algunos de esos privilegios.

El papa Alejandro IV mandó a los prelados que "procedieran por censuras eclesiásticas contra los que pusieran manos violentas en las personas de la Orden de Santiago, o se apoderasen de sus bienes"... Felipe V, por decreto de 5 de diciembre de 1706, había prescripto las incapacidades de los *jueces seglares para entender* de las causas criminales y mixtas contra los Caballeros de las Ordenes militares; por otro decreto del 22 de abril y cédula de 12 de mayo de 1707, dispuso que todas estas causas, *por graves que sean* conozcan exclusivamente los Reales Consejos de Ordenes, por los ministros de que se componen. Carlos IV por pragmática de 18 de abril de 1792, autorizó al Consejo de Ordenes para que revea sus sentencias en grado de súplica, reservando a las partes el derecho de interponer recurso de segunda súplica ante S. M. en los casos que estaban prescriptos; y en 1802 declaró: que la pragmática anterior debe entenderse "sin perjuicio del derecho que tienen los vasallos donde están las Ordenes, de interponer, siempre que se crean agraviados, los recursos de injusticia notoria".

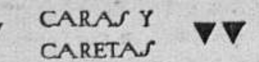
De manera, pues, que a la época en que estos sucesos se refieren, sólo al Tribunal Superior de las Ordenes Militares, que era el Real Consejo de las Ordenes Militares, correspondía exclusivamente la jurisdicción que debía ejercer sobre los Caballeros y miembros de esas Ordenes, bien que de sus sentencias hubiera recurso de apelación al rey.

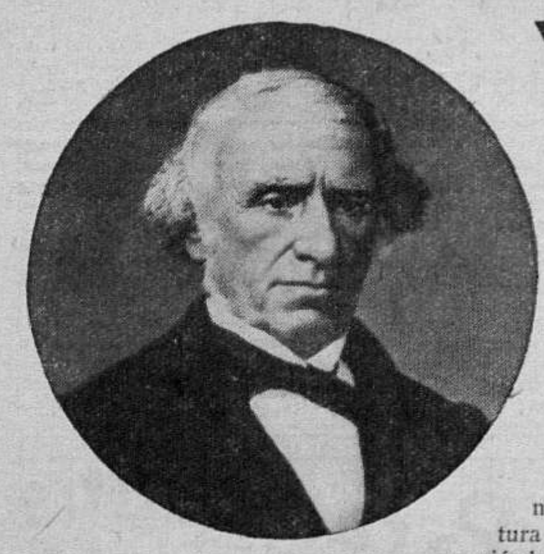
Por consiguiente, el Cabildo de Santiago del Estero no podía ejercer jurisdicción sobre Borges, llamarle a responder a sus extravagantes preguntas, compelerlo a cumplir órdenes vejatorias, ni mucho menos, castigarlo por sus faltas verdaderas o supuestas. Así, las persecuciones reales de que lo hizo víctima, junto con las otras autoridades españolas, con actos coercitivos de su libertad, de violencias sobre su persona y dignidad, eran abiertas contravenciones a las leyes y decretos que estaban obligados a respetar en primer término. No es extraño, entonces, que los tribunales encargados de pronunciar sentencia definitiva, corroborasen lo que queda expuesto, absolviendo a Borges de culpa y cargo.

La comunicación oficial de esta absolución llegó a Santiago recién en febrero de 1810.

MIGUEL A. GARMENDIA







VELEZ SARSFIELD

Por TEOFILO MARTINEZ

LLEVO su imagen inolvidable pegada constantemente a los párpados de mis ojos. Yo era muchacho cuando lo vi por primera vez en la calle Perú, frente a la Legislatura de Buenos Aires. Una vieja fisgona le miró sonriéndose y exclamando: *¡Ahí va el doctor Mandinga!*

El hombre aquel, vestido de negro, que había inmovilizado su pescuezo, encerrándolo en unos grandes cuellos como los que usaba Rivadavia, caminaba tranquilamente, a paso lento, llevando las manos cruzadas atrás, de las que pendía su bastón. Cuando llegué a mi casa pregunté quién era el *doctor Mandinga* y me contestaron con cierta solemnidad:

— El doctor Vélez Sársfield.

Será el doctor Vélez Sársfield, me dije, pero tiene en su fisonomía algo de raro y siniestro como Mefistófeles. Más tarde comprobé que, con las luces que despedían los diamantes de su inteligencia, habría bastado para deslumbrar la juventud de Margarita...

Otras veces veíamos otro, que no era el doctor Vélez Sársfield, sino un hombre de cabeza deforme, orejas grandes, cargado de hombros, que caminaba con extraño desasosiego, meneando la cabeza de un lado a otro para clavar su mirada inquietante en todo el mundo, pero sin ver a nadie, completamente afeitado como Vélez. ¿Quién era? ¡Era Sarmiento que pasaba, reflejando en su frente las bellezas del *Facundo!* Sucedía lo que con Voltaire cuando cruzaba las calles de París. — Ahí va, decían, el defensor de Calas, el historiador de Carlos XII, — y las multitudes, deslumbradas, tributaban admiración a la primera figura de su siglo.

Aquellos hombres que cruzaban también nuestras calles, excitando la curiosidad pública como el patriarca de Ferney, y que habían desaparecido, han vuelto a reaparecer, sobre pedestales de granito.

Pero volvamos a Vélez y penetremos en su órbita. Vamos a encontrarlo de pie, seguramente, en la actitud que su estatua no tiene, entregando su código a la sanción del Congreso y diciendo a los legisladores: "¡Ahí tenéis cincuenta años de mi vida consagrados al estudio del derecho civil!"

Era Vélez un espíritu mordaz, travieso, agudo, formado en la burla de las preocupaciones, y bastante liberal para ser cordobés. Terminó el código en presencia de la Constitución reformada que reconocía la libertad de conciencia y garantizaba a todos los habitantes de la República el derecho de profesar libremente su culto, haciendo del catolicismo la religión protegida por el Estado. Los convencionales de 1860 no avanzaron. Vélez los vió detenerse y dijo: "Yo haré entonces del matrimonio un contrato y un sacramento y dejaré también tranquila la conciencia católica", pero su espíritu liberal dejaba el rastro luminoso y sugestivo en la nota ilustrativa correspondiente, diciendo con elocuencia proverbial: "Cada uno puede invocar a Dios en los altares de su culto."

¡No se desparrama impunemente la semilla sobre la tierra, y mucho menos sobre la tierra virgen, abrasada por los rayos del sol!

La nota, como todas las verdades resplandecientes, obscureció el texto de la ley, que el mismo codificador pretendió cristalizar con un párrafo de lord Roberston.

Vélez no consagró el principio, pero respetó la lógica. Hizo del matrimonio un contrato "sui generis", como decía, mitad contrato y mitad sacramento, estableciendo que el divorcio consistía en la separación personal de los cónyuges, sin afectar al vínculo matrimonial.

El Pucará

Este admirable Pucará, que hoy los naturales llaman "el corral de los incas", sin darse cuenta de su verdadero objeto, es tal vez el modelo más perfecto que llegó a idear la estrategia de aquellos batalladores que disputaron su dominio hasta caer exterminados.

Su situación que lo oculta y lo defiende a la vez; sus escondidos senderos, la aspereza de las rocas y los árboles del camino que le da acceso; su posición en el centro de una serie de avenidas que buscan su única salida por ese valle, y la proximidad al Huaco y a la población indígena de Sanagasta — verdaderas avanzadas de la conquista incásica — le dan a los ojos del observador la más alta importancia como elemento de criterio histórico...

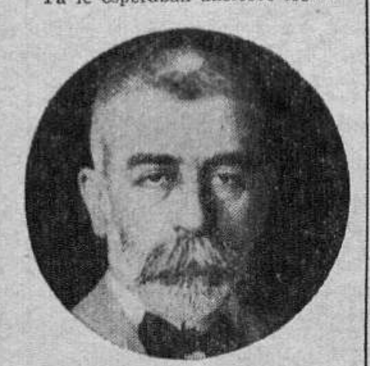
Encima de una cumbre solitaria, sin indicio de morada humana, y como nacido de la piedra, se ve un indio sentado, con la vista fija en el sol poniente, o por la noche en esas vagas claridades, que son como fosforescencias de la noche misma. De pronto se yergue para mirar con ojos de águila el fondo del abismo, o ya aplica el oído a las rocas como para escuchar un ruido subterráneo. Allí está, inmóvil, quemándose con el sol, azotándose con el viento, sobresaltado, nervioso, inquieto; la noche ha llegado, las estrellas comienzan a aparecer en el fondo obscuro como las hogueras en un campamento lejano, y el aire a traer consigo todos los rumores de la llanura y de la montaña. El indio se levanta de súbdito, da un salto, inverosímil hacia abajo, y otro salto y otro más, y haciendo rodar las piedras bajo las pisadas de la *usuta* invulnerable, se aleja por sendas desconocidas, en carrera fantástica como de espíritu siniestro.

Es el centinela avanzado a enormes distancias del campamento; tiene los secretos de la montaña, conoce la voz y el significado de los ruidos que vagan de día y de noche, como extraviados entre las quebradas, y sabe correr por las laderas y los precipicios aun en medio de las tinieblas. ¡Ha escuchado el rumor que anuncia la aproximación del enemigo, y rápido como una flecha, por sendas sólo por él conocidas, corre al Pucará a dar la señal de alarma, la terrible señal, la de la esclavitud y la muerte de su raza!

Ya le esperaban ansiosos los caciques, apiñados en un balcón de granito que la naturaleza formó; ya le esperaban; sus pechos de piedra y sus músculos de fierro se agitan y se estremecen a la vez, con coraje y terror nunca sentidos; sus ojos brillan sobre el abismo lóbrego como si fueran de fieras, con destellos rojizos; sondean las quebradas, las laderas y las cumbres, hasta que un silbido lejano y agudo hiela sus carnes y arranca un ruido: "¡El es! ¡Es la señal!", dicen todos. El centinela ya vuelve pero antes de llegar ha dado el terrible anuncio.

¡A las armas! ¡Es el último combate, es lo desconocido, es lo pavoroso! Pero ya están las trincheras repletas de soldados; montañas de proyectiles de granito, como las balas apiñadas al lado de un cañón, están dispuestas para rodar al fondo y detener el paso de los extraños enemigos, quienesquiera que sean. ¡Estos nuevos titanes no escalarán la cumbre; allí está hirviendo el rayo fulminador de una raza heroica que defiende el hogar primitivo, las tumbas, los huesos venerados; antes la mole de piedra que les sustenta ha de convertirse en menudo polvo, sepultando sus cuerpos cubiertos de heridas.

JOAQUIN V. GONZALEZ



Joaquín V. González.

La casa más vieja

En 1895, recibió el doctor Pastor S. Obligado, el notable tradicionista argentino, una carta del señor José Victoriano Cabral, llena de datos curiosos, comentando la tradición "La casa más vieja". Reproducimos varios interesantes párrafos:

"En cuanto a su apreciable consulta, le diré que las más viejas casas casi todas hoy han desaparecido, pero queda aún una casita intacta en la calle Piedad números 594 y 596, de teja y bastante ruinosa, con tirantes de llave, que es indudablemete de las más antiguas; como lo es la del inolvidable señor doctor don Vicente López y Planes, calle del Perú, de teja española y de dos aguas.

"La que se levanta, Perú esquina a la de Belgrano, con frentes al este y sur, conocida por de la Virreyna Vieja, que fué de doña Juana Cazón de Almeida y quedó a cargo de don Vicente Cazón para pasarla al convento de Santo Domingo — se ve que la construcción de ese edificio de azotea, de parapetos artísticos como los que tiene la casa del señor Constanzó, es antigua y de una época contemporánea con la de este señor que es de 1778.

"En la calle de Balcarce existe otra que se conserva íntegra y fué de la familia de Elía, que hoy tiene el número 521, con un martillo o salida que da frente a la calle de Venezuela, número 374, pues todo ese edificio es de tirantes de llave y palmas, cubierto con la antigua y tradicional teja española, siendo uno de los más antiguos que tenemos.

"Después existen en la calle Defensa algunas casas muy antiguas, como la de don Silverio Ponce de León, y más adelante la que fué de doña Estanislada Tartas de Wright, que está situada al llegar al Mercado y calle del Comercio.

"En cuanto a Santo Domingo, que usted indica en su carta, fué levantado, convento y templo, en 1724; el Colegio de San Ignacio, o sea de la Compañía de Jesús, fué edificado en 1722, es decir, después que el Cabildo, que es de 1711, del cual aun se conserva una parte de su construcción, aunque con ligeras reformas y modificaciones de detalle. Esta es la más antigua de todas las edificaciones en pie, pues del viejo Fuerte, concluído en 1700, no existe nada.

"La casa que fué de don Juan Vandrell y Vivot, calle Defensa número 577, que forma ángulo de esquina a la calle Méjico con frentes al este y sur, haciendo cruz con lo que fué Hospital de Betlermitas, hoy Casa de Moneda, fué edificada toda ella de bóveda para el Convento de monjas de Santa Catalina de Sena, y allí estuvo la comunidad hasta que se trasladó al actual convento, calle de San Martín, esquina a la del General Viamonte; dicha casa es antigua, pero de época mucho posterior a la erección de Santo Domingo.

"Ahora bien, de las casas de azotea verdaderamente antiguas que tenemos y que ha conservado íntegra su primitiva construcción, es la situada en la calle del Perú, formando esquina a la de Alsina con frentes al oeste y sur, hoy pertenece a la sucesión Anchorena; fué una especie de Capilla de los jesuítas, edificada por ellos toda de bóveda, pues conserva su pequeña cúpula y rotonda. Recuerdo que en tiempo de don Juan Manuel Rosas, haciéndose una excavación se encontró un subterráneo de galería o bóveda bajo tierra. Hubo gran novedad. Rosas o la policía pensó en los primeros momentos que acaso los salvajes unitarios habrían hecho esa excavación o subterráneo que llevaba la dirección hacia su casa para asesinarle, o cosa por el estilo; pero hecho un prolijo reconocimiento por personas competentes, resultó que era una galería o pasaje secreto y desconocido para todos, practicado debajo de tierra, por donde los jesuítas de la Compañía podían escaparse en caso de persecución.



Un signo de distinción

Para la raza humana el anillo en la nariz es un signo de esclavitud o de barbarie. Por el contrario, demuestra, confirma, entre los vacunos que el animal es de aristocrática progenie. Mientras sus prójimos plebeyos están de continuo amenazados por el cuchillo, la clase de "élite" hállase colmada de atenciones. Para ella no existen las sequías ni otros cien peligros camperos. Indudablemente es menos libre que las reses del montón; mas su vida resulta regalona; y si la raza ovina tiene también orgullo, estarán los elegidos del anillo satisfechos.

INDICE SEMANAL DE

SIR THOMAS MORE

Por Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz.

Fué un humanista, un caballero y un santo. Le correspondió actuar en una de las épocas más turbulentas y caóticas de la historia de Inglaterra. Fué un estudioso y, entre sus amigos dilectos, contó al noble e inolvidable Erasmo. Arrastrado a los no siempre gratos menesteres de la política, vióse apartado de lo único que estimaba en este mundo: su familia. Colocado entre su credo de católico ferviente y su sinceridad de súbdito consciente, cayó en desgracia y mereció el encono y el odio de Enrique VIII y de la nefasta Ana Bolena. Así, de canciller del reino descendió hasta la máxima pobreza. Pero todo, en las horas de obligado esplendor como en los instantes de miseria, lo sobrellevó con varonil entereza y ejemplar resignación. La vida de Thomas More es el más hermoso de los documentos para probar hasta qué extremo llega la rectitud humana cuando la alienta una fe sólida y conserva el espíritu su máxima lucidez. Es la existencia de un santo laico al que la Iglesia católica, equiparándolo, con justeza, con sus mártires, ha elevado al rango de beatitud.

Y es la existencia de este hombre admirable la que en un libro sereno, comprensivo y bello acaba de presentar a los lectores de habla castellana en general y a los argentinos en particular, el sutil espíritu de Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz, manteniéndose en un término medio discretísimo, tan distante de la folletinesca biografía novelada como del poco asequible estudio erudito y documental. La autora, con la base de los muchos y óptimos estudios que sobre More hay en Inglaterra, así como glosando en parte el muy valioso de Henri Bremond, en prosa no despojada de elegancia y capítulos nítidamente perfilados, presenta al hombre de letras, al patriarca, al dignatario cortesano, al fino humorista y, al final, por singular pateticidad, al mártir de la religión.

Pocos libros aparecen entre nosotros con los caracteres de universalidad que éste de la señora de Sáenz. Es uno de los contados que apartan a nuestras letras del inveterado provincianismo. Es obra que merece los honores de la traducción y mucho más que el breve comentario que impone la premura periodística.

LIBROS ARGENTINOS

Ofelia, por Orestes L. Trespailhie. — Una narración breve, casi un cuento, que recuerda mucho al género que sirvió hace unos años para comprobar la existencia de un grupo de escritores capaces de satisfacer la demanda del público lector. A la brevedad se agrega una notable agilidad narrativa.

El problema de la Liga Beocia, por Clemente Ricci. — Un trabajo erudito sobre el papiro oxyrycho 842, en el cual está descripta la constitución de Beocia y la forma en que se regía aquella organización política. En dicho documento, en el que se narran sucesos del año 396 antes de Cristo, hay detalles verdaderamente curiosos y que seducen hasta a aquellas personas profanas en tan delicada materia.

Racionalización del problema económico, por David Lorenzo Cánepa. — La crisis económica ha aguzado el ingenio de nuestros investigadores y expertos en materia financiera. Todos, casi siempre con patriótico afán, empéñanse en atenuar los males que aquejan al país; y, en este caso, el autor, con tanta valentía como sinceridad, pone en evidencia errores, no para criticarlos, sino para que los que se hallen en condiciones, extraigan de ellos las necesarias enseñanzas.

Recordando el pasado, por Alberto Blancas. — Son contados los libros salidos de la pluma de hombres que han actuado en la vida política y administrativa del país que tengan el interés y la amenidad que éste. No son anécdotas sueltas. Son verdaderos ensayos y croquis biográficos sobre hombres como Avellaneda, Sarmiento, Guido y Spano, Sáenz Peña y otros no menos notables. Páginas hay, como las dedicadas a narrar un entredicho entre Guido y Spano y el ministro Montes de Oca, que no serán fácilmente olvidadas por los lectores. Revive el autor, pues, un Buenos Aires que ya pasó, más caballeresco, más espiritual, más culto; una época en que los políticos no desdeñaban las buenas letras y en que los literatos sabían pasar incólumes por las hogueras de la política.

Historia argentina y americana, por F. Arriola. — En forma sintética y siguiendo el mismo plan que en otras obras anteriormente comentadas, dedícase el autor a trazar una historia de nuestro suelo. Complementan el texto abundantes croquis y cuadros sinópticos de interés para los estudiantes.

LIBROS AMERICANOS DEL SUR

Ricardo Palma, 1833-1933. — La Sociedad de Amigos de Palma, de Lima, ha publicado este interesante volumen en el que se reúne un interesante material biográfico, una muy necesaria bibliografía y muchas piezas del epistolario del gran escritor. Homenaje harto merecido y que evidencia cuán profunda ha sido la huella dejada por el autor de *Las tradiciones peruanas* y cómo los hombres del Perú saben ser consecuentes con la memoria del que dió prestigio literario a aquella nación entre el extranjero.

Veinte poemas, por Pablo Neruda. — Poemas de amor, apasionadas composiciones dedicadas a la mujer amada y admirada tan constante como férvidamente. Es obra ya conocida y aquilatada por la crítica; pero esta edición argentina va aumentada con un retrato del poeta trazado por uno de los nuestros: Lisardo Zia.

Eduardo

LIBROS Y AUTORES

LIBROS ESPAÑOLES

La caída de Alfonso XIII, por Julián Cortés Cavanillas. — Un momento histórico sobre el que el telégrafo ha tejido no pocas leyendas y en el cual es preciso ahondar con pruebas más efectivas y fidedignas. La caída de la monarquía española es de ayer. No es posible hacer su juicio, ni basándose en las informaciones periodísticas ni en libros evidentemente parciales. No ha sonado aún la hora de los documentos.

Coser y cantar, por Francisco Rodríguez Marín. — El insigne cervantista ha reunido en un volumen una abundante colección de retratos literarios femeninos trazados por los más grandes maestros de la lengua. Notas y comentarios completan esta galería tan amena como curiosa.

Amor en vilo, por Pedro Salinas. — En esta época en que los poetas de la nueva generación rivalizan en el encomiable empeño de escribir libros cada vez más pequeños, no hay por qué extrañarse de las reducidas proporciones de este reciente del autor de *Fábula y signo*. Del mal el menos y del temible y contagioso de "arrojar constelaciones al fondo del mar", menos todavía.

TRADUCCIONES AL CASTELLANO

Mi cuna, el mar, por Joan Lowell. — Hay algunas novelas norteamericanas que, una vez leídas, nos dejan el recuerdo de un film. Muchas veces llegamos a suponer que ellas han sido arrancadas de una película más o menos aventurera y truculenta. Esta novela es así. Refiere, con interesantes pormenores, la existencia de una muchacha criada a bordo de un navío y que, al cabo, cuando menos lo piensa, alcanza la plena noción de su naturaleza femenina y descubre la diferencia existente entre ella y los hombres que tripula el barco de su padre. Hay un episodio amoroso y un final de esos que dejan a todos satisfechos. (Y, en el lector, la impresión de que esta misma novela la "vió" con Janet Gaynor, con Lupe Vélez o con cualquier otra estrella...)

El Alcón del mar, por Rafael Sabatini. — No hace muchas semanas leíamos algunos artículos escritos por Eduardo Zamacois, Alberto Insúa y otros escritores de la Peninsula, los que se lamentaban del poco interés demostrado por los editores españoles en publicar novelas de autores de la Peninsula. Mucha razón les asiste a estos escritores. España, hoy por hoy, no produce editorialmente sino un diez por ciento de obras originales. El resto pertenece a las trducciones de novelistas y folletineros extranjeros, particularmente ingleses y americanos del norte. Los escritores españoles no tienen dónde publicar sus novelas. Los han desplazado sus antiguos editores para dar el puesto que tenían a mediocridades como este autor.

Mi vida musical, por Rimsky-Korsakov. — Refiere el compositor ruso minuciosos detalles de su carrera hasta poco antes de componer "El gallo de oro". La obra, además de ser una interesante biografía, constituye un estudio autocrítico y un análisis de la labor de la música contemporánea.

Ben-Hur, por Lewis Wallace. — Una edición más de la interesante novela que evoca el último período de la vida de Cristo y muestra, como *Quo vadis?* y *Fabiola*, muchos aspectos de la vida en la Roma de la antigüedad.

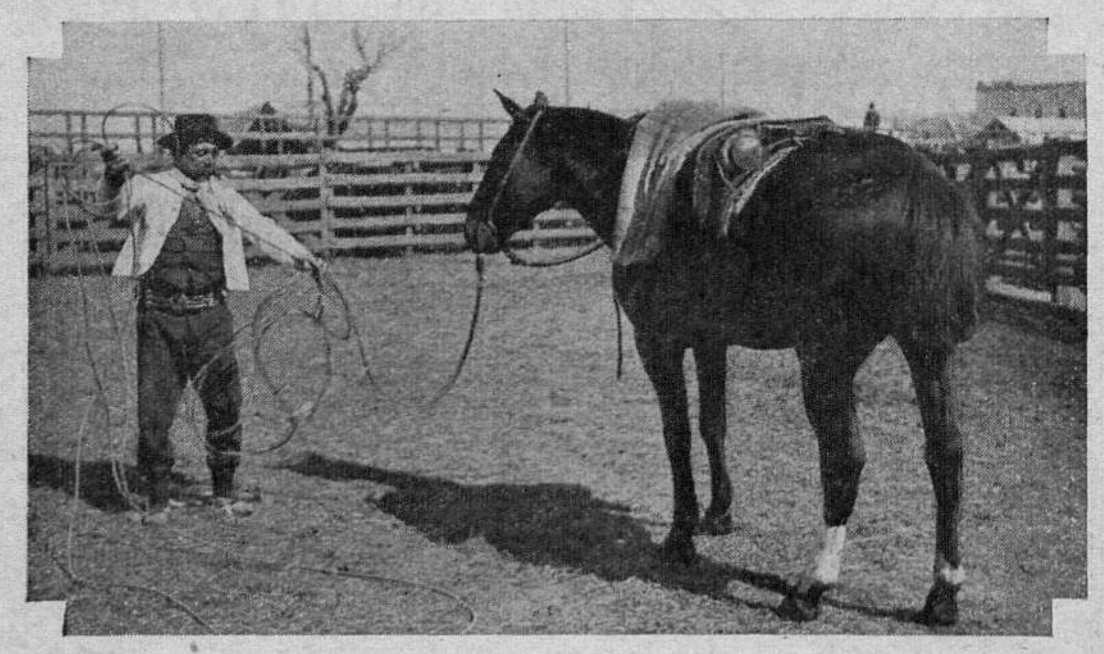
EL DERECHO DE MATAR

Por Ariosto Licurzi.



El distinguido profesor de la universidad de Córdoba aborda en este su reciente trabajo uno de los temas más palpitantes y de más angustioso interés que la ciencia ha planteado en estos últimos años: el de la Eutanasia. Tanto en nuestro país como en el extranjero se ha dado el caso de personas que, con el fin de evitar mayores sufrimientos a los seres queridos, no han vacilado en darles muerte o apresurar la llegada del desenlace fatal valiéndose de diversos medios. Todavía perdura el recuerdo de los cadetes chilenos que, heridos de suma gravedad en el choque de Alpatacal, debieron ser ultimados por sus propios oficiales para evitarles mayores padecimientos en una agonía que no podía mitigar los escasos recursos médicos con que contaban. En las páginas de los diarios se ha hecho repetidamente mención de homicidios perpetrados para arrancar de las garras del dolor a seres queridos. Este es el tema que, en primer término, con abundante información y liberal espíritu, aborda el autor, presentándolo al legislador para que lleve a las páginas de los códigos esa nota de comprensión humanitaria hoy ausente de ellos. En otro orden de cosas, figura en este volumen, el tantas veces discutido y nunca agotado tema de la pena de muerte, la que algunos legisladores propónense reimplantar y la que siempre mereció el repudio de los más preclaros espíritus de la humanidad. Naciones que la habían abolido atemorizadas por pasajeras turbulencias sociales, la implantaron nuevamente; pueblos que contaban con ella para el mantenimiento ilusorio de sus desquiciadas instituciones, recházanla ahora con justificada repugnancia. Como se ve: un tema interesante y actual. El también ha sido escogido por el distinguido profesor de medicina legal de la universidad de Córdoba para cerrar el siniestro ciclo expresado por la interrogante: ¿Tenemos derecho a matar a nuestros semejantes? ¿Cuándo? ¿Cómo?... Y hay que reconocer que la versación del autor llega a agotar la materia así como su espíritu abiertamente liberal alcanza conclusiones confortadores en esta época en que torpemente se aspira a anular una de las cosas que con más dolor y cruentas luchas conquistó en el terreno de la democracia el espíritu humano. ..

Suárez



Recio en el trabajo

Hay tierras donde la haraganería es ley. Filósofos a su manera, los habitantes se limitan a trabajar lo menos posible. Los dineros para satisfacer las más urgentes necesidades, buscados en ratos, y nada más. Si todos fuesen así, habitaríamos aún entre tierras salvajes, como salvajes. Pero el criollo ama su labor; pone en ella amor propio, deseos de superar a los mejores. Esta emulación ha obrado milagros de cultura campestre. El criollo, a quien muchos llaman descuidado, no se descuida jamás, ni se deja vencer en la competencia de los más fuertes trabajos.

UNA BARAJA MEJICANA



Debido al esfuerzo realizado por el señor Manuel Bayardi, fué creada una baraja verdaderamente mejicana. Y lo notable estriba, precisamente, en que sin desvirtuar el espíritu de la baraja española, todos los motivos y temas y dibujos que utiliza para su hechura son auténticamente mejicanos y, por añadidura, históricos.

Hace años el artista empezó, con verdadero ahinco, a buscar en códices e historias, dibujos y relaciones compatibles de aplicación a una baraja mejicana. Por cada carta ensayó diversos esquemas; y, por cada uno de ellos que no correspondía a la idea o la dejaba incompleta, fué necesario emprender otra investigación, otro estudio cuidadoso en códices y manuscritos. Por fín, al cabo de años de trabajo pudo ver concluída su obra con perfección.

Probablemente se tacharán de anacrónicos los indios caballeros sabiéndose que aquéllos no poseían caballos. Para el artista también fué causa de desvelos el encontrar la manera de representarlos o substituirlos. Pero, buscando, halló que, al unirse los españoles con los indios enemigos de los aztecas, les fueron facilitados caballos a algunos príncipes y generales indígenas. Así, el caballo de copas de esta baraja representa a Acazitle, posteriormente llamado Francisco de Sandoval, cacique y señor del pueblo de Tlalmanalco.

Las sotas ostentan las insignias de los Caballeros Aguilas, leones, tigres y serpientes como las llevaban los soldados de estas jerarquías del ejército azteca. Los reyes de la baraja corresponden a personajes históricos, siendo el más digno de notarse el de oros que representa al Moctezuma Xocoyotzin con las insignias y vestiduras por él usadas, fielmente reproducidas del códice mendocino.

CARAS Y CARETAS

AUTO ~ MOTO ~ CICLISMO

Por PEDRO FIORE

ASTERISCOS...

EN tiempo de crisis, vamos a tener corredores millonarios, hinchas también millonarios... en fin, todo el mundo va a tener mucha plata.

Para empezar ya tenemos la "carrera de los millones". Voy a contar algo de esta fantástica prueba en la cual están en juego algo así como cuarenta millones de liras italianas.

Se han jugado en la lotería de la "carrera de los millones" que se disputó recientemente en Trípoli, la friolera de treinta y tres millones de liras en billetes, que se vendieron en todos los países de Europa. Desde luego que la gran mayoría la jugaron los italianos, que le tiene a su colonia de Tripolitania un verdadero cariño que debemos admirar.

Además de estos treinta y tres millones, había más o menos un millón de liras en premios para los mejores clasificados de aquella carrera. — Luego se han invertido más o menos seis millones en organización, preparación del bello circuito que mide 13 kilómetros, y otro millón más se fué en propaganda, gastos, extras, etcétera.

Como se ve, son cuarenta millones, de los cuales seis enteritos le correspondieron al ganador de la lotería, quien había formado una especie de sociedad en comandita con tres compañeros de trabajo. El cuarteto — obreros todos — es hoy millonario.

Aquellos cuatro millonarios ¡se lo deben a "un quinto de segundo" que es la ventaja que conquistó el corredor italiano Aquiles Varzi al segundo clasificado, el alemán Guy Moll!

◆

PETER De Paola y Lou Moore, dos ases de Indianápolis han corrido en Trípoli contra todos los europeos. Les pasó lo que le pasaba a los europeos cuando iban a correr en Norteamérica. ¡Perdieron "de lo más lindo"!

Ocuparon al final el séptimo y octavo puesto, respectivamente, bastante distanciados de los punteros. Tenían máquinas, tenían muñeca, lo que le faltaba era la costumbre de correr en los circuitos de Europa y Africa.

Sin embargo, De Paola es el ganador y "recordman" durante varios años de la famosa carrera de las 500 millas de Indianápolis, y Lou Moore es el que marcó el mejor promedio en las pruebas de selección de este mismo certamen de fama mundial.

◆

DE todos los circuitos-pistas, autódromos, y "dirt traks" argentinos, no nos queda ya nada. El gobierno por su cuenta cerró los caminos y los circuitos, los derrumbes financieros cerraron a la fuerza el "dirt trak", un concurso civil paralizó la actividad del autódromo de San Martín... y hasta el circuito de la Costanera, que apareció un día como la salvación, debió ceder frente al decreto municipal.

Con todo me dicen — y lo aseguran con firmeza extraordinaria — que habrá un autódromo nuevo, no en la Capital, sino en Córdoba.

Ya me parecía que aquellos entusiastas del automovilismo — que fueron los primeros en ofrecernos sus escenarios de la Tablada — no podían estar mucho tiempo callados. ¡Se habla nada menos que de una pista en cemento armado con rectas de mil metros cada una!

◆

LEO en un diario importante de Indianápolis, que el mejor cliente de la industria automotriz de los Estados Unidos de Norteamérica, es precisamente el mismo gobierno de aquel país.

Parecería casi increíble, pero es así. En efecto, la estadística, que allí se lleva al día, acusa una existencia de casi cuarenta mil vehículos a motor al servicio de las diversas dependencias de aquel gobierno. No es el caso de detenerse en los detalles, pero sí citaré algunas cifras: por ejemplo el Correo tiene a su disposición 8.400 camiones livianos y ligeros y alquila otros 2.500 para servicios de auxilio.

Para "hacer andar" a tantos motores, el Correo compra todos los años más o menos cincuenta millones de litros de nafta... y el departamento del tesoro de los Estados Unidos acaba de anunciar que comprará en breve la fantástica cifra de unas setenta y tres mil cubiertas y unas ochenta mil cámaras para los cuarenta mil vehículos a motor del gobierno.

Bueno, a este paso voy llegando a cifras tan largas que el lector hasta podría pensar que las invento. A pesar de todo, es pura verdad lo que digo.

◆

Y ya que estoy con un tema que "prima facie" parece tan fantástico, diré que los gobiernos piensan ir eliminando la caballería de sus ejércitos. Nada ya de aquellos jinetes llenos de botones brillantes y de gorras con plumeros... nada ya de sables largos o del tipo "media luna". ¡Nada! El caballo será poco a poco reemplazado por otros caballos...: por los HP. de los motores. Los franceses, por ejemplo, han organizado una avanzada fantástica en Marruecos, llevando sus tropas coloniales con camiones, sidecars, motocicletas, bicicletas y aviones. En los Estados Unidos el gobierno piensa reemplazar la caballería gastando unos diez millones de dólares en la adquisición de unos ocho mil vehículos a motor para su tropa de rápido movimiento. Y téngase en cuenta que no se trata de camiones pesados, sino de poco tonelaje, con capacidad para diez o más soldados, de motocicletas con sidecars, de máquinas solas, de tractores de trocha ancha y angosta para servir de auxilio a los camiones.

Dicen que los románticos que se exaltaban al ver pasar los bellos jinetes por las bulliciosas calles de las ciudades norteamericanas, van a sufrir un rudo golpe. Paciencia. El motor se impone y no hay nada que hacer.

◆

EL "farol colorado" es una denominación muy conocida en ciclismo europeo. Aun cuando hoy ya no existe el "farol colorado" propiamente dicho, lo hubo en otras épocas. La frase viene de la Vuelta de Francia, luego de la de Italia, más tarde de la vuelta de Bélgica. Hace más o menos 20 años, aquellas carreras contaban con dos listas de inscriptos, la primera de los ases, la otra de los pobres cuyo deseo era una vez por año andar por los caminos de Francia a costa del director de la carrera. En efecto, se daba la largada a una etapa, partían a fondo los corredores y a los diez kilómetros de la partida ya se había formado un pequeño pelotón de cinco o diez corredores a lo sumo que marchaban últimos. Aquellos pedaleaban a 20 kilómetros por hora, sin apuros, sin preocuparse de la gritería de los hinchas y llegaban a la meta a eso de medianoche. Porque debe saberse que en aquellos tiempos el control de cada etapa de la Vuelta de Francia cerraba a las 24 en punto. Llegaban los cinco o seis parias, cobraban los cinco francos y se iban a dormir hasta el día siguiente. Entre ellos se disputaban, sin embargo, un premio, y era el del "farol colorado", que correspondía al que solía llegar siempre último. Y el "farol colorado" se cubría de gloria a su regreso en París y vivía todo el año exhibiéndose a veces como el fenómeno colorado de la famosa carrera mundial. El director del certamen cortó luego esa prebenda, con aumentar el promedio y reducir el tiempo máximo. Y aquellos viejos ciclistas que por regla general son portadores de diarios en bicicleta y los distribuyen en los quioscos de París, siguen pensando en el pasado que para ellos sigue siendo el presente más real de su vida.

QUIZÁ sea Adolfo Pompey el único corredor que llegó solo a la meta final de una gran carrera. Por mucho que busco no encuentro un caso parecido. Han finalizado a veces dos, varios, otras veces tres y cuatro corredores, ha habido luchas muy bravas en el barro y bajo el sol, se han suspendido carreras, pero no encuentro un caso parecido al del siempre popular "Pescatore".

La cosa fué en 1922, en la carrera ciclista de Rosario a Buenos Aires, 365 kilómetros. Pompey sembró todos los demás en el camino y se vino solo, solito y llegó justo a medianoche, precisamente como hacían los "faroles colorados" de la fantástica Vuelta Ciclista de Francia.

◆

ANUNCIAN desde Londres que en el congreso de Ginebra, en Suiza, se trató nuevamente del conflicto que ocupó durante una sesión los congresales motociclistas de Roma, en Italia, los que se vieron abocados al estudio de un serio conflicto que se planteó en Buenos Aires.

Sí señores, es así, como lo digo. Un conflicto netamente criollo, ha movido a cuatro naciones que han tenido que ocuparse de nuestro motociclismo, que, dicho sea en confianza, pasa por un mal momento.

El conflicto es notorio. Ya hablé de él en estas mismas notas semanales y se refiere — para ir recordándolo — a la suspensión de seis marcas de motocicletas. La medida, tomada en Buenos Aires, trasmitida a Londres, retrasmitida a Roma, y luego pasada a Ginebra, ha vuelto a Inglaterra con una solución favorable, no ya para quienes la habían aplicado, sino para el bando opuesto.

No hubo razón en suspender las marcas de motocicletas. Pues bien, borramos lo hecho y lo dicho y que se haga la paz en la pequeña familia motociclista.

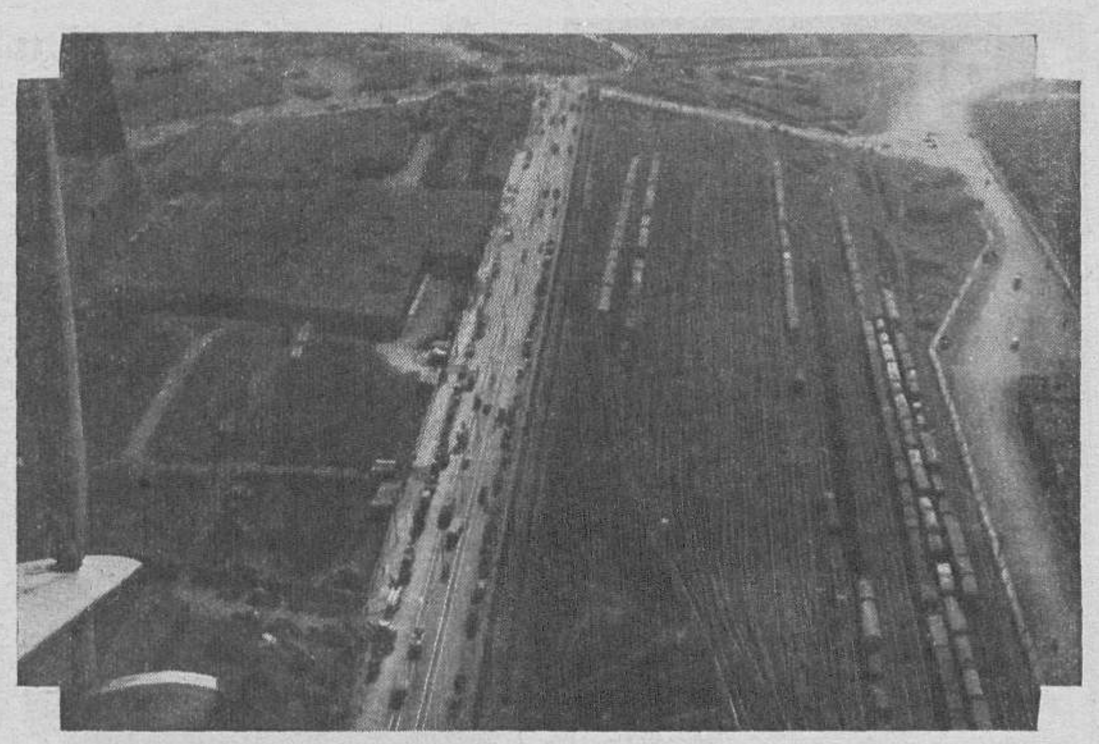
Pedro Fiore



Como en la ciudad

JUNTO a su energía creadora, el estanciero y el agricultor han sabido llevar a la campaña comodidades modernas. Antiguamente, los dominadores del suelo inculto se limitaban a vivir de acuerdo con las necesidades impuestas por el lugar salvaje. Hoy, no; esos que se desvelan al roturar campos, crear cabañas, cultivar tierras, procuran hacer más llevadera la vida. Si no dijéramos que este rinconcito agradable proporciona confort a una estancia, podría creerse que se trata de una casita ubicada en plena ciudad.

Una característica de las razas fuertes y conquistadoras del suelo consiste en preocuparse del bienestar. Mucho se ha dicho de la semejanza que el argentino de abolengo tiene con el árabe; siempre se le compara al nómada, sin recordar que los árabes de las ciudades andaluzas sobresalían por su cariño hacia las cosas gratas y de lujo, que embellecen el hogar. La cultura arábigoespañola es un ejemplo de refinamiento. Los lujos del espíritu y de la perfección física constituían sus ideales. Pocos pueblos han sabido aprovechar mejor lo más excelente de las civilizaciones a las que impusieran su dominio. Córdoba y Sevilla fueron emporios de exquisitez. Sobre esa tradición ha venido reforzándola, la tendencia de la raza británica, amante del "home". De ese modo, hay en plena campaña lugares dignos de la ciudad más culta y cómoda.



Las vías del Puerto

PARRILLAS llama la gente a estas aglomeraciones de vías necesarias para las maniobras de los vagones de mercancías. El nombre resulta apropiado; da perfecta noción del conjunto que él designa. Este espacio, en el que se amontonan los convoyes para esperar destino, ofrece un aspecto original, sobre todo visto desde los aires. Es uno de los testimonios de la importancia del comercio argentino.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELEFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre.	$ 2.50	Trimestre.	$ 3.—	Trimestre . . .	$ oro 2.—
Semestre.	„ 5.—	Semestre.	„ 6.—	Semestre . . .	„ „ 4.—
Año.	„ 9.—	Año.	„ 11.—	Año	„ „ 8.—
Número suelto. . .	20 ctvs.	Número suelto. . .	25 ctvs.		
Número atrasado del corriente año. . .	40 „	Número atrasado del corriente año. . .	50 „		

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año . . . . $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR



Pereyra de Lucena y Artigas



La Pirámide, en la actualidad.

Por iniciativa del señor Eduardo Ortiz Basualdo se colocó el 24 de mayo de 1891, en la pirámide de Mayo, la lámina de bronce decretada por la Junta Gubernativa de 1811.

Dicha lámina mide ochenta y cinco centímetros de largo, por cincuenta y siete de alto y se ha puesto en el costado este nada más que los nombres de *Felipe Pereyra de Lucena* y *Manuel Artigas*.

Fué entregada por el representante de la Comisión popular don Adolfo P. Carranza con este discurso:

"Señor Intendente — señores:

"En julio del año 10 salía de esta capital la columna expedicionaria que iba a propagar sobre el vasto territorio del Virreinato, las ideas, los principios, los derechos proclamados por los iniciadores del movimiento de Mayo.

En sus filas marchaba el oficial Felipe Pereyra de Lucena, niño aun, pero que se había batido ya durante las invasiones inglesas y que cuando se necesitó de corazones animosos y de brazos viriles para conducir los estandartes de la revolución hasta los antiguos dominios de los Incas, abnegado y satisfecho, hizo la fatigosa campaña, bizarramente se condujo al pie de las montañas más altas del continente en Juraycoragua, murió a setecientas leguas de la ciudad natal, y allí quedaron sus restos, marcando con recuerdo glorioso de lo que era capaz el patriotismo argentino.

Simultáneamente con tan dolorosa pérdida para nuestra causa; sucumbía en San José, el valiente y caballeresco Manuel Artigas, que también había custodiado la enseña redentora hasta el reacio Paraguay y levantando con los mismos propósitos y loable esfuerzo a los pobladores de las cuchillas orientales.

Eran los dos primeras víctimas de la guerra de la Independencia y la Junta Gubernativa decretó fuesen inscritos en la columna a Mayo, los nombres de aquellos valerosos, para estimular las acciones heroicas de sus más leales servidores.

Ese acto es la protesta elocuente de que los miembros que la componían se propusieron llevar a cabo la emancipación americana y deseaban que las generaciones venideras pudiesen saludar estos nombres con el entusiasmo de los libres.

Ochenta años han transcurrido sin que el pueblo argentino cumpliese tan justa como honrosa distinción, pero más felices que los que nos han precedido, venimos hoy a realizar uno de los actos cívicos más arrogantes y más simpáticos de tantos como han producido nuestros varones excelsos.

La comisión que me hago un honor en representar, creyó que no debía retardarse esta expiación y deposita la lámina de bronce, costeada con el dinero del pueblo, en un día memorable, como testimonio de que él no olvida el sacrificio de sus buenos hijos, pidiendo al señor Intendente del municipio la reciba y la conserve en homenaje a la memoria de los que la signaron y de los que la merecieron."

He aquí el discurso pronunciado por el Intendente:

Señores:

"Para que cuando las generaciones a las generaciones se sucedan, para que cuando los siglos tras de los siglos pasen, los hombre de ese lejano entonces pudieran contemplar un monumento verdaderamente digno de la gloria y de la grandeza de nuestro histórico Mayo, fuera menester que levantáramos la más elevada construcción humana, hecha con piedras arrancadas de la cima misma de la inmensa cadena de montañas que atraviesa de uno a otro extremo el vasto continente que sirvió de uno a otro extremo el vasto continente que sirvió de teatro a los héroes de la epopeya sudamericana.

Pero para nosotros, herederos cercanos de los ilustres campeones que partieron de esta misma plaza para dar libertad a un medio mundo, esa pequeña y sencilla pirámide simboliza y representa hechos épicos de la gigantesca lucha y el triunfo inolvidable de la generación de Mayo; y cuando nos aproximamos a ella, nos parece escuchar el vocerío que salía de esa vieja casa y se propagaba por todas estas regiones anhelantes de independencia y emancipación.

Del sitio mismo en que se levanta esta pirámide partieron Artigas y Pereyra de Lucena, y para hacer comprender con una sola frase lo grandioso de la lucha y la importancia de la revolución de Mayo basta decir: que uno y otro recorrieron centenares de leguas y que siendo aún casi niños murieron combatiendo por la santa causa en distintas y lejanas comarcas.

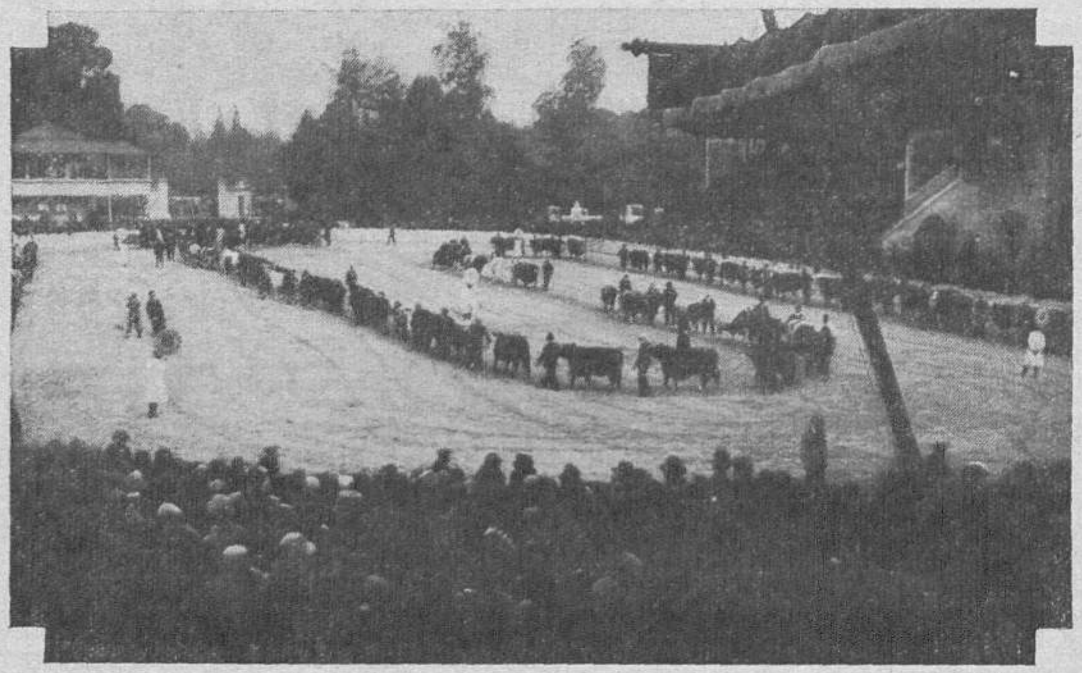
Argentinos, orientales, paraguayos, chilenos, peruanos y bolivianos debemos pronunciar con veneración el nombre de esos ilustres soldados, porque ellos fueron los que primero regaron con su sangre el suelo sudamericano en la hermosa brega de la libertad.

Señores: recibo con legítimo orgullo la lámina de duro metal que se acaba de colocar en la pirámide de Mayo, y agradezco públicamente a los ciudadanos que han iniciado y realizado este acto de justicia, de patriótica reparación, y como Intendente de este municipio, cuna de Pereyra de Lucena, la entrego al cuidado y al amor de mis compatriotas.

He dicho.



Un desfile triunfal en la Rural



SIN "claros clarines" entran en el estadio los irracionales guerreros del gran desfile. Lo mejor de cada cabaña; toros, criados con devota solicitud, productos de cruzas sabiamente dirigidas. Son animales aristocráticos por el nacimiento y la hermosura, apolos de su especie. Tienen ojos de noble y dulce mirar, cabezas bellas, de acarnerado perfil. Sus conductores procuran que durante la marcha el bovino luzca todo el garbo de sus amplias formas. Y el público se amontona en las gradas para contemplar aquel alarde de riqueza, que es una triunfal demostración de energía laboriosa.

LA NOVELA DEL JUEVES

TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"



LA BAILARINA GITANA

POR FERGUS HUME

▼
▼
▼

DIBUJO DE BATLLE

Esta historia es tan inverosímil, que serán pocos los que le den fe. Y, sin embargo, es de lo más auténtico, y su acción no se remonta siquiera a una decena de años. Es verdad que los nombres de los personajes han sido cambiados, que

el escenario ha sido modificado y que, para contarla, me escondo bajo un seudónimo; pero no es menos cierto que los diverso incidentes que la informan están relatados con el más gran ciudado de la exactitud. Por otra parte, puedo garantizar su autenticidad, puesto que he visto con mis propios ojos desarrollarse la mayoría de los sucesos. Y en cuanto a los que no he visto, he obtenido su relato de quien juega el principal rol en este drama.

Siendo médico en Londres y poseyendo una clientela muy extendida, me vi sumido en un estado de "surmenage" casi constante: de tal suerte, era para mí un placer sin límites tomarme, cada vez que me era permitido, algunas vacaciones que me permitieran dar descanso al cuerpo y al espíritu.

Una noche, durante el mes de junio, estaba sentado en mi gabinete hojeando una guía de los ferrocarriles de Europa y preguntábame en qué país iría a pasar mis próximas vacaciones, cuando, abriéndose de pronto la puerta, vi a Hugo Tancred que había hecho irrupción en la pieza. Tancred es mi primo, y como, además, él y yo hemos cursado juntos la escuela primaria y hemos terminado juntos todos nuestros estudios, siempre tuvo entrada libre en mi casa. Sin embargo, yo no esperaba verlo aquel día, pues había partido para España hacía dos meses y nada me hacía esperar que estuviese ya de regreso.

—Mi querido amigo — le grité espontáneamente, tendiéndole la mano, — me siento muy contento de... Pero ¡caramba, querido! ¿Qué es lo que tienes?

Me volví a sentar, asombrado ante el cambio que se había operado en él desde la última vez que lo había visto. Lo había abandonado despierto, vigoroso, de buen porte, y lo encontraba ahora pálido, descarnado, lamentable. Dos meses antes, parecía respirar salud por todos los poros: ahora, se lo hubiera tomado por un convaleciente que se levanta de una grave enfermedad. Además, tenía el rostro inquieto y el aire de una bestia perseguida que busca un refugio. Y, en efecto, era un refugio lo que buscaba, pues, apenas entró, volvió a cerrar la puerta y dió una vuelta de llave; luego, jadeante, con unos ojos de loco, como de quien acaba de afrontar un peligro espantoso, se arrojó en mis brazos y se prendió desesperadamente a mí como para implorarme protección.

—¡Dick! — balbuceó, mirando de nuevo hacia la puerta. — ¡Sálvame!... ¡Te lo ruego!...

—Pero, ¿qué pasa? ¿De qué tienes miedo?

—¡Me persigue una horda de demonios!... ¡Escucha... escucha!... ¿Oyes la guitarra?

Después de haber dicho ese responso singular, se calló e hizo oídos con atención. Y al darse cuenta de que no se oía nada, lanzó un suspiro de alivio, y se dejó caer, exhausto, en el sillón más próximo.

—¡Loado sea Dios! — murmuró con una voz sorda. — ¡Han, perdido mis rastros!...

Yo continuaba mirándolo con estupor.

El brusco retorno de Tancred, su excitación inexplicable, su aspecto enfermizo, me sumieron en la más viva perplejidad.

Cuando me hube repuesto lo suficiente como para hallarme en estado de obrar, mis hábitos profesionales recobraron su dominio. Lo que hacía falta, ante todo, era calmarlo. Me dirigí hacia mi botiquín y le preparé una fuerte dosis de valeriana y bromuro.

—Toma, viejo, toma... Esto te hará muy bien... ¡Atención!... vas a volcar el vaso...

Temblaba tan fuerte, que me vi en la necesidad de sostenerle el brazo para ayudarle a beber. Cuando hubo terminado, le tomé el pulso y noté que éste marchaba de una manera desordenada. Su extrema nerviosidad, la fiebre que lo devoraba, la manera cómo le castañeteaban los dientes, habrían podido hacer creer por un momento que acababa de librarse de quién sabe qué abominable orgía: pero, observándolo más atentamente, se advertía sin esfuerzo que no tenía nada.

—Tú no me abandonarás — me dijo. — Tendrás cuidado de mí — insistió aún, con los ojos fijos en la puerta.

—Quédate tranquilo, viejo. Nadie te hará daño. Vamos, acuéstate aquí y descansa un rato: tienes mucha necesidad de ello.

Al cabo de un momento, los efectos de la poción que yo le había suministrado comenzaron a hacerse sentir y recobró suficientemente la calma para poder explicarme la causa de su agitación. Y lo hizo en voz baja, teniendo sus dos manos crispadas entre las mías, y lo que me contó era tan extraordinario, que creí de pronto que su espanto había sido provocado en gran parte por una especie de alucinación. Sin embargo, aun basándose uno en los datos más admisibles de su historia, era necesario reconocer que ésta era demasiado impresionante para haberlo alterado a tal extremo.

—Hace seis semanas, estuve en Sevi-

lla — me confió. — Viajaba solo: así se disfruta más que cuando se lleva consigo a un charlatán que nos atormenta en toda forma. Descendí en un buen hotel y me procuré un guía que me hiciera visitar todas las curiosidades de la ciudad. Las he visto todas: la catedral, las fábricas de tabaco, la Giralda y la famosa Torre del Oro de Don Pedro. Luego quise conocer el barrio gitano, de cuyas mujeres había oído elogiar la belleza en muchas ocasiones. Mi cicerone no puso ninguna dificultad para conducirme allí, pero sí me recomendó con insistencia que no me mostrara demasiado amable con las mujeres, pues decía que los gitanos eran muy celosos de los extranjeros, y que esto podría traerme algún disgusto. Yo le prometí ser prudente. Pero tú no ignoras, mi querido Dick, con qué facilidad me mareo cuando me encuentro en presencia de una mujer.

—Lo sé, viejo. ¿Y entonces, te ocurrió una malaventura?

—Horrorosa, querido Dick, horrorosa — prosiguió, temblando, — tan horrorosa, que ella me ha reducido al estado en que me ves.

E inclinándose para hablarme al oído:

—¡Quieren asesinarme! — murmuró como en un soplido.

—¿Quiénes? ¿Los gitanos? ¿Cómo es eso?...

—Sí, te lo juro, Dick. Quieren aplicarme la ley del talión...

—Pero, ¿por qué?

Hesitó un instante y luego, resueltamente como un hombre que recupera su coraje a dos manos:

—¡Porque he matado a un hombre!

—¿Tú... has... matado... a un... hombre?... — repetí yo, horrorizado.

—He aquí cómo han ocurrido los hechos — continuó mi primo, expresándose esta vez con mayor rapidez: — Estando en el barrio gitano, entré en una especie de teatro al aire libre. Una joven bailarina allí; una bella gitana con grandes ojos negros y con un cuerpo magnífico. Vestía de rojo, de un rojo color sangre. Hubiera debido desconfiar: era un siniestro presagio.

Se detuvo un instante, sofocado por la evocación de sus recuerdos, y enjugó el sudor que le surcaba la frente.

—Pero, ¡vamos! — prosiguió, — fuí bastante estúpido. Me dirigió una sonrisa y... a mi vez, perdí la cabeza. Nunca en mi vida había encontrado a una mujer tan bella. Su mirada me fascinó instantáneamente. Viéndola sonreír, arranqué la flor que yo llevaba en el ojal y la arrojé a sus pies. Había un hombre cerca mío, un hombre de una rara belleza él también, pero de un aspecto salvaje y bárbaro. Lo oí refunfuñar algo entre dientes al mismo tiempo que se dirigía hacia mí con unos ojos llenos de cólera. Mi cicerone me tiró de la manga del saco para intentar hacerme salir. Pero yo no le hice caso, pues quería conversar a toda costa con Lola, antes de partir.

—¿Ella se llamaba Lola?

—Lola Fajardo. Se aclamaba su nombre en todas partes mientras bailaba. Y yo hice como los demás.

—Una de dos, mi pobre Hugo; o tú habías perdido la cabeza, como lo has dicho, o habías bebido más de lo conveniente.

—Puede ser, pues esto ocurrió después de cenar, y reconozco que no estoy habituado a los espirituosos vinos de España. No obstante, tú sabes que aun en aquellas circunstancias yo sé comportarme generalmente bastante bien. Lo que ocurrió, en verdad, fué que yo estaba simplemente trastornado, pues la belleza de Lola me había turbado hasta el más alto grado. Desde que había aparecido en escena, no tenía ojos más que para ella, y la danza extraña me dejó bajo su encanto, como Herodes en presencia de Salomé.

—¡Todo eso son leyendas, querido! ¡Demasiado poesía!... Yo quiero hechos...

—¡Y, sí! ¡Son hechos también los que yo te cuento!... — exclamó Tancred, fogosamente. — Su danza era, efectivamente, la de Salomé, la hija de Herodías: y ella la bailaba teniendo entre sus manos una cabeza humana disecada que arrojaba al aire para barajarla en seguida, sin dejar un solo instante de evolucionar al ritmo de una música. ¡Y qué música! ¡Ah! ¡Esa música! Es ella la que me persigue sin descanso ahora. Había palabras en aquella música... palabras horribles. Le pedí a mi guía que me las tradujera. Te las voy a repetir. Escucha...

Hugo abandonó el sillón y, balanceando el almohadón que tenía entre sus manos, se puso a bailar, acompañándose con su canto.

La música era en extremo singular y en cuanto a las palabras, había algunas que no sería exagerado calificarlas de horribles.

—¡Hugo!... ¡Hugo!... — interrumpí yo, indignado a pesar mío por este simulacro bárbaro, y forzando a mi primo para que volviera a sentarse en un sillón. — ¡Calma, amigo mío, calma! Te vas a enfermar completamente. Cuéntame, más bien, cómo ocurrió la desgracia de que me has hablado.

—Lola fué la causa de todo — me dijo

él. — Terminada su danza, descendió en medio de los espectadores para recoger las monedas. Al presentarme su pandereta, me miró en el fondo de los ojos y me dirigió una sonrisa provocativa. Yo le arrojé una moneda de oro. Después le apliqué un beso en el brazo.

—¡Insensato!

—Ella retiró su brazo con cólera y el hombre de aspecto salvaje de quien te he hablado, se arrojó sobre mí blandiendo una navaja. Lola lanzó un grito de espanto y entre la multitud se oyeron clamores. El hombre y yo nos trenzamos a brazo partido y no sé justamente cómo fué, pero al cabo de un instante me apoderé de su navaja y... ¡se la hundí en el corazón!...

—¡Dios mío!... ¡Lo mataste!...

—Sí. Cayó en seguida tendido en el suelo. A partir de aquel momento, no conservo más que un recuerdo bastante confuso de la escena, algo así como si ella se me hubiera aparecido simplemente en sueños. Yo veo de nuevo la multitud agitada, clamorosa, las luces amarillentas, y el hombre caído por tierra, bañado en su sangre. Lola se precipitó de rodillas junto a él, y mi guía, arrastrándome de un brazo, me hizo salir apresuradamente.

—¿Y tu cicerone no ha intentado denunciarte?

—No hay peligro: le di cien libras esterlinas para comprar su silencio. Por el contrario, me ayudó a abandonar Sevilla aquella misma noche y me condujo hasta Gibraltar. Desgraciadamente para mí, los gitanos tuvieron noticias de la fuga y me alcanzaron.

—¿Cómo te has dado cuenta de ello? ¿Los has visto?

—No; pero escuchaba sin cesar su música... la música que había acompañado la danza de Lola. Fué una verdadera obsesión. Me embarqué en un vapor que partía para Malta y, apenas estuve a bordo, aquella guitarra infernal empezó a hacerse oír a mi lado. Durante mi estada en la isla, ocurrió lo mismo. De allí pasé a Sicilia, después a la península, luego a Suiza y finalmente a Alemania, para venir luego a París. Pero tenía mucho que hacer y bastante que huir: en cualquier parte donde me hallara, aquella música me atormentaba siempre. Esta noche aún, al retirar mis equipajes de la estación de Victoria, volvió a mortificar mis oídos. Miré en torno mío y no reconocí a nadie entre la baraúnda de los viajeros: y, sin embargo, no cabía duda, yo escuchaba claramente la música. He venido directamente a tu casa, y... vamos, escucha, mejor...

Su voz se extinguió en un sollozo y se arrojó en mis brazos. Había dicho la verdad: se oía, efectivamente, tocar una guitarra en la calle. Y lo que ejecutaban era lo que Hugo había cantado: un aire salvaje, extraño, que atraía asimismo la atención. Yo quise aproximarme a la ventana, pero Tancred me lo impidió.

—¡No, no! — me suplicó. — ¡No abras!... ¡No abras!...

Su voz fué cortada por un hipo y se desplomó a mis pies, desvanecido.

No había tiempo que perder. Me dirigí hacia la ventana. Y tan pronto como la hube abierto, la guitarra cesó de tocar, y cuando fuí afuera para mirar la calle bañada de luna, aquélla estaba completamente desierta.

Entonces, todo desconcertado, perplejo, volví junto a mi primo para hacerle recuperar el sentido.

Durante las tres semanas que siguieron, Hugo, a quien yo había instalado en mi casa, estuvo entre la vida y la muerte. La exaltación que había sido la consecuencia de su crimen, unida a la perpetua insistencia de aquella guitarra, le habían ocasionado una fiebre cerebral. Llamé en consulta a uno de mis colegas, y ambos nos pusimos a la tarea de salvarlo. Por fin, después de muchos esfuerzos, logramos vencer el mal. Pero mejor hubiese sido para él dejarlo deslizar dulcemente hacia la tumba: sin duda, habría sufrido menos. Pues otros, menos escrupulosos y más poderosos que nosotros, se habían propuesto llevarlo a la muerte por todos los medios. Todo lo que pudimos hacer no hizo más que retardar el momento fatal. La condena de Tancred no tenía apelación: la guitarra nos lo había advertido ya.

De ninguna manera era posible explicar aquella música como una alucinación. Así como es verdad que estoy vivo, así la he escuchado claramente.

En vano me esforcé por apoderarme yo solo del encarnizado músico. Nunca acerté a verlo siquiera. Y sin embargo, con frecuentes intervalos, tanto de noche como de día, oía resonar en mis oídos aquel aire maldito que terminé por aprender de memoria, hasta el extremo de que me ocurría a veces tararearlo sin darme cuenta. Dios sabe, que no he perdido ninguna ocasión para echarle la mano al guitarrero: cada vez que lo oía, me precipitaba a la calle

en su busca. Inútil decir que nunca lo encontré. Una o dos veces, le pregunté al agente que estaba de facción no lejos de mi casa: y éste me contestó que el guitarrero era un jorobado a quien acompañaba una muy hermosa dama. Yo tenía la convicción de que esta última no podía ser otra que Lola, y que su objeto era el de perseguir al hombre que había matado a aquel a quien ella amaba.

Poco a poco, Hugo se restableció y se levantó. Pero, con la salud, le volvió también su lucidez de espíritu y se puso a pensar nuevamente en su terrible historia de Sevilla. Cuando me preguntaba a propósito de la guitarra, yo le juraba — y Dios me lo perdone, seguramente — que nunca había vuelto a oírla desde la noche en que cayó enfermo. Yo tenía miedo de que, si él se quedaba en Inglaterra, un día u otro llegaría a escucharla, cosa que no era difícil que ocurriera, y entonces, ¿no perdería la razón para siempre? Era necesario, pues, evitar esto a toda costa, y la manera de conseguirlo estaba en echar mano de recursos enérgicos. Bien pronto tomé una decisión: me hice reservar dos pasajes para El Cabo, y obligué a Hugo a que me acompañara a pasar allí una larga temporada. A fin de estar bien seguro de que él no llegaría a oír la implacable música, le administré un narcótico antes de nuestra partida, y de esta manera se hallaba casi inconsciente cuando fué trasladado a bordo del paquebot.

Buena medida fué aquélla, pues, apenas habíamos dado vuelta la esquina de la calle Harley, los acordes de la guitarra se hicieron oír detrás nuestro.

—¡Ahora estamos tranquilos — exclamé, cuando el barco marchaba a lo largo de la Mancha. — Aquí, al menos, tus queridos gitanos no podrán seguirnos.

—¡Esperémoslo así! — murmuró Hugo con fervor. — ¡Dios quiera que se cansen y vuelvan a España! Yo quisiera saber por qué Lola me persigue de esta manera. Si yo maté a quien ella amaba, no fué sino por accidente, y además, fué él quien me atacó primero, él...

—Viejo — le dije muy seriamente, — si un consejo debo darte es que dejes de hablar de todo eso. Trata de olvidar; esfuérzate cuanto puedas por alejar completamente esa historia de tu espíritu.

El se empeñaba cuanto podía en hacerlo, pero sin éxito. Sin embargo, sabiendo que eso me contrariaba, se abstenía de hacer con respecto a los sucesos la menor alusión, y cuando arribamos al Africa del Sur, este país nuevo para él y todo lo que significaba el cambio de sus hábitos, fueron para Hugo una derivación saludable. Yo tuve la satisfacción de comprobar que sus mejillas volvían a llenarse y recobraban sus bellos colores perdidos. Todo parecía presagiar que iba a recuperar definitivamente la salud perdida: en efecto, al cabo de seis meses estaba ya bastante restablecido, y si bien tuvo a veces horas taciturnas y sombrías, pasa la mayor parte del tiempo mucho más alegre.

—Ahora, Hugo — le dije un día, — ya es tiempo de que regrese para atender a mis enfermos: hace mucho que los he abandonado. Pero tú sigue mi consejo: quédate aquí.

—¡No! — me replicó con acento resuelto. — Yo estoy ya completamente curado de aquella locura. Después de todo, la muerte de aquel gitano fué puramente accidental, y si Lola se obstina aún en perseguirme, me burlaré de ella y de su música, pues, a Dios gracias, he vuelto a ser un hombre con sentido común como todos. Por lo demás, todo permite suponer que desde hace tiempo ella ha abandonado sus propósitos de venganza y que ha vuelto a su país.

Aun cuando le declaré que compartía sus presunciones, procuré todavía hacerle comprender que él obraría muy juiciosamente si a su regreso no fijaba su residencia en Londres; pues me parecía, en efecto, mucho más impresionable que antes de caer enfermo, y consideraba preferible, desde todo punto de vista, que se fuera a vivir al campo.

—Tienes razón, Dick — opinó, — puesto que es así, iré a instalarme a "La Jaula".

Era éste el nombre de una casa aislada situada en medio de los pantanos del condado de Essex, a poca distancia del mar; le había sido dejada en herencia por uno de sus parientes.

Y como yo le objetara que allí tal vez iba a aburrirse, me dijo:

—Evidentemente, no es muy alegre aquello, pero, ¿qué importa? Además, es un rincón apacible y poco frecuentado. Así, admitiendo que Lola estuviera aún en Inglaterra (cosa que dudo), hay cien probabilidades contra una de que no se le ocurrirá ir a buscarme allí.

Viendo que Tancred estaba ya más restablecido, tanto moral como físicamente, no me pareció necesario insistir para disuadirlo de aquella idea.

Algún tiempo después volvimos a Inglaterra, donde pasó de inmediato unos ocho días en mi casa, después de lo cual partió para Essex, tal como lo había proyectado.

En ningún momento, desde nuestro regreso — había comprobado esto con alegría, — se hizo oír la guitarra maldita. Decididamente, las previsiones de mi primo se confirmaban: Lola había abandonado la lucha.

PERO he aquí que Hugo y yo volvimos a reunirnos demasiado pronto.

No hacía un mes que él estaba en "La Jaula", cuando recibí noticias suyas, enviadas aprisa, las que me informaban que había vuelto a oír la guitarra.

"Y eso no es todo — me escribía, — pues he visto también a la bailarina roja, con una cabeza entre las manos, la cabeza de aquel a quien yo maté. En nombre del cielo, Dick, ven en mi auxilio. Siento que me vuelvo loco."

No había más que un medio de responder a aquel llamamiento desesperado. Metí apresuradamente algunas ropas y objetos en mi valija, me puse un revólver en el bolsillo y partí por el primer tren.

Jabez Crane, el encargado de la casa de mi primo, había llegado antes que yo a la estación con el sidecar, y bien pronto nos pusimos en marcha para efectuar las doce millas que nos separaban de "La Jaula".

Este Jabez me ha inspirado siempre una repulsión invencible.

Habitaba desde hacía muchos años, en compañía de la harpía que le servía de mujer, la propiedad de mi primo, de la que estaba a su cuidado. Formaban los dos la pareja menos sociable y más salvaje que pueda imaginarse. Huraños, misántropos, se parecían singularmente a los detestables personajes que Carlotte Bronte ha pintado de tan cuidadosa manera en "Wuthering Heights". Tanto el uno como la otra eran de una maldad sin límites, y uno y otra detestaban cordialmente a Hugo, a causa de una pretendida injusticia de su padre con respecto a ellos. ¡Cuántas veces le aconsejé a Hugo que se deshiciera de ellos! Y a despecho de sus malos caracteres y de la estupidez de ambos, los conservó a su servicio. ¡Pobre Hugo! ¡Era negligente para muchas cosas!...

—¿Así que está enfermo el señor Tancred? — le pregunté a Jabez tan pronto como abandonamos la estación.

—¡Sí, sí que está enfermo! — murmuró.

—¿No ha visto usted a unos gitanos rondar por los alrededores de "La Jaula"?

—¡Qué esperanza!

—¿Un jorobado y una mujer, por ejemplo?

—Nada.

—¿Ha oído usted alguna música?

—¡Ah! ¡Eso sí!

—¿Pero no ha visto usted a ninguna persona?

—Eso, no — reiteró Jabez, que durante esta conversación no me había dado más que respuestas breves.

Desde que me encontré de nuevo frente a Tancred, vi que había vuelto a caer en aquella especie de semidemencia en que lo había sumido el espanto. Sus rasgos descompuestos, su tez lívida, sus ojos huraños no denotaban sino la ansiedad de su espíritu. Cuando nos sentamos junto al hogar, uno cerca de otro, después de cenar, me contó cómo se había producido la nueva ofensiva de los gitanos.

—¡Quieren arrastrarme a la locura! — balbuceó, echándose sobre mí como un niño miedoso. — Lola considera, sin duda, que la muerte sería un castigo dulce por el crimen que yo cometí. Su intención es la de aniquilarme el cuerpo y el alma. ¡Oh! ¡Esa música!... ¡Esa música!...

Y se puso a cantar.

—¡Basta, Hugo! — interrumpí yo, abrazándolo, pues el desgraciado temblaba como una hoja. — Dime: ¿has vuelto a verla a Lola?

—Sí, en la larga galería, debajo de la marquesina. La semana pasada, a medianoche, yo me sentía sacado del lecho por la música y arrastrado en seguida hasta la galería: allá, a la luz de la luna, he visto a Lola que bailaba, con aquella cabeza entre las manos. Y aquella cabeza, yo la he reconocido en seguida: era la del hombre a quien maté.

—¿Cómo has podido reconocer sus rasgos a la luz de la luna?

—Lola la envió rodando hacia mí, como si fuera una bola. Y la cabeza rebotó y vino a detenerse ante mis pies, dando vueltas como un trompo. Entonces vi el rostro del muerto iluminado por la luna, y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, ya no había nadie. La cabeza había desaparecido, Lola había desaparecido, la música había desaparecido, y yo estaba solo.

—¡Querido Hugo, es necesario salir de aquí mañana mismo, por la mañana!

—¿Para qué? No, ¿sabes?, ya estoy cansado de esta tortura. Esos miserables

me han acorralado: no intentaré huirles. Esperaré con resignación el destino que me esté reservado.

Ningún argumento pudo convencerlo.

Aterrorizado, enfermo, rehusaba obstinadamente abandonar "La Jaula". Si hubiera podido, yo lo habría sacado por la fuerza. Pero yo sabía que Jabez y su mujer no harían nada por ayudarme, y no podía dejarlo solo para ir en busca de auxilios. Por otra parte, al alejarme, aunque fuera por un día, no haría más que precipitar el desenlace, que llegaría siempre demasiado pronto...

En todo momento, aquella música singular y obsesionante resonaba acá y allá en la casa. Tanto de un lado como de otro, de arriba como de abajo, se la escuchaba en todas partes, y a pesar de mis esfuerzos, nunca lograba a entrever, siquiera un instante, al invisible guitarrero.

"La Jaula" era una residencia a la antigua, llena de puertas secretas y de pasajes clandestinos, de escondrijos ignorados. Jabez los conocía a fondo, y como los gitanos permanecían siempre invisibles, yo los suponía de acuerdo con él. Intenté acusarlo abiertamente, pero carecía de las pruebas necesarias.

Al cabo de una semana de vanas búsquedas, semana durante la cual no cesaron las torturas de la obsesionante guitarra, me propuse conducir a Hugo hasta la estación con un pretexto cualquiera, y una vez allí embarcarlo para Londres, quisiera o no. Con este propóstio, le anuncié una noche, mientras cenábamos, que yo tenía el deseo de volver a mi casa. Tal como lo había previsto, me suplicó, con las manos juntas, que me quedara con él, que no lo abandonara a su desgraciada suerte.

—¿Qué quieres que haga, querido Hugo? — le respondí. — Yo no puedo quedarme indefinidamente aquí. Mis enfermos tienen necesidad de mí y es necesario que regrese a cuidarlos. Pero te prometo volver dentro de poco.

—¡De aquí a entonces, yo estaré muerto!

—Si tú tienes tanto miedo de morir aquí, no tienes más que hacer una cosa muy simple: venirte conmigo a Londres.

—No, no: ya te he dicho que me quedaré aquí... que me quedaré aquí...

—De todas maneras, ¿me acompañarás a la estación mañana?

Una sombra de desesperación pasó por el rostro de Tancred.

—Entonces, ¿es verdad que debes irte?

—Es necesario, ¡qué diablos! ¿Y mis enfermos? ¿Qué van a hacer sin mí? Si yo pudiera, bien sabes que me quedaría.

—Lo sé... lo sé... Tú has sido muy bueno, muy atento, lo reconozco. Pero ¿volverás pronto? ¿Me lo prometes?

—Sí... sí... Quédate tranquilo. Dentro de unos diez días volveré para pasar algún tiempo a tu lado.

—En ese caso, me resigno a dejarte partir ahora.

—¿Me acompañarás a la estación mañana, Hugo?

—Naturalmente. De todo corazón.

AQUELLA noche, una violenta tempestad se desencadenó en el mar, y la vieja residencia me pareció más siniestra que de costumbre, toda sacudida como fué por el viento que rugía lúgubremente en torno de ella y por las trombas de agua que golpeaban sus ventanas chorreantes, bajo la pálida e intermitente claridad de la luna, que envolvía sin cesar a las nubes dispersas.

La pieza de mi primo se encontraba al lado de la mía. Hacia la medianoche, penetré en ella, como medida de prudencia, y comprobé que él dormía apaciblemente. Estaba literalmente echado en la cama y la fatiga había terminado por rendirlo, lo que era asimismo una satisfacción para mí, pues veía que la naturaleza venía en su ayuda en aquel momento crítico.

Al atravesar de nuevo el corredor obscuro para volver a mi pieza y ganar de nuevo la cama, oí la música fantástica de la guitarra que sonaba clara y distintamente en los intervalos de calma del huracán.

Esto me llenó de rabia el corazón, y, dispuesto a terminar de una vez con los gitanos del diablo, si lograba encontrarme con ellos frente a frente, me puse aprisa algunas ropas, tomé el revólver con una de mis manos y con la otra una pequeña linterna para alumbrarme, y empecé a efectuar una minuciosa búsqueda por toda la casa.

El diabólico músico debía conocer seguramente mejor que yo todos los recovecos, pues lograba huir cada vez que yo me creía próximo a echarle las manos al cuello. Por momentos, la guitarra me parecía muy lejana, y por momentos me parecía oírla a dos pasos de mí y de una manera tan inopinada que yo temblaba sin querer, en cuyo caso mi sobresalto era invariablemente saludado por una carcajada de risas sardónicas.

A menudo, después de un acorde vibrante como el que produce una cuerda que se

rompe, se hacía el silencio. El viento, por su parte, había perdido algo de su violencia y no me hacía oír más que un largo y silbante plañido. Tomando una resolución súbita, volví a descender la escalera de a cuatro escalones y fuí a llamar a la puerta de Jabez. Su mujer y él vinieron a abrirme en camisón de dormir, tal como habían salida de la cama. Las sospechas que habían despertado en mí, se desvanecieron de un solo golpe.

—¿Han oído ustedes la música?

—¡Oh!... Sí...

—Entonces, venga usted, Jabez, conmigo. Vamos a darle caza a esos gitanos.

—¿Gitanos? ¡Ah!... Sí... Diga usted mejor los aparecidos...

—Es lo mismo. Vístase usted y venga a ayudarme a buscar...

Jabez intentó murmurar algo, pero yo había hablado con un tono tan perentorio, que por fin se decidió a ponerse el pantalón y a seguirme.

Marchamos durante algunos minutos en silencio; luego la guitarra se hizo oír de nuevo.

Esta vez, encima nuestro.

—¡Es en la galería! — murmuró Jabez, apretando más fuerte en su mano el bastón con que se había armado.

Por toda respuesta, volví a subir la escalera en pocos saltos, seguido por Jabez, que venía pisándome los talones. Apenas hubimos echado una ojeada en la larga galería, retrocedimos con horror. La luna, por fin libre de las nubes que la habían obscurecido durante largo rato, entraba a raudales por las ventanas, reflejando en la galería una luz argentada, tan brillante, que se veía claro como en pleno día.

En la extremidad opuesta al sitio donde nosotros estábamos, una forma femenina de alta talla bailaba y giraba al acompañamiento de la misteriosa música. Aproximándome hacia ella, me percaté que la bailarina era una joven radiante de belleza y vestida de colorado, y que tenía entre sus manos una cabeza humana, con la cual jugaba y manipulaba como con una pelota.

Este impresionante espectáculo me causó náuseas, y la mujer, como para agregar algo más a esta escena, se puso a cantar con una voz dulce y melodiosa. Incapaz de contenerme por más tiempo, lancé un grito de rabia y me dirigí hacia ella empuñando mi revólver con el que apuntaba en su dirección. Un instante después ella desaparecía y la pelota hacía volar en pedazos los vidrios de la ventana bajo la cual ella se encontraba.

—Señor, señor... — mascullό Jabez, tratando de detenerme por un brazo. — ¡Tenga usted cuidado; son brujerías, seguramente!...

—¡Déjeme, no sea imbécil!

Pero él se prendió desesperadamente de mí, y, con el rostro lívido y espantado, me suplicó que me batiera en retirada. Yo lo rechacé con violencia y me puse a correr: en el extremo de la galería encontré una puerta abierta. Franquear el umbral de esa puerta fué cuestión de un segundo; más allá, había una escalera de piedra y, debajo de la escalera de piedra, otra puerta abierta que daba al jardín. Llegué justamente a tiempo para percibir entre los arbustos dos siluetas que se dirigían a toda carrera hacia el mar. Intenté seguirlos, pero encontrándome descalzo, me desgarré casi en seguida los pies con las piedras y las espinas, tropecé y rodé sobre la hierba al pie de un cerco espinoso. Cuando me levanté, los dos fugitivos habían desaparecido detrás de un montículo formado por las dunas y se encontraban ya fuera de todo alcance. Pero había visto ya demasiado y no podía dudar que eran Lola y su cómplice jorabado a quienes había sorprendido en trance de cumplir su satánica venganza.

Esta idea me hizo pensar en seguida en Hugo, con inquietud, pues me preguntaba qué efecto podía haber causado en él este alerta en plena noche. Encontré a Jabez que, con su lámpara en la mano, me esperaba en la puerta con el rostro descompuesto por el espanto. Al tiempo que dirigía una rápida mirada, volví a subir la escalera de piedra, atravesé de nuevo la galería y me dirigí corriendo hacia la puerta de la pieza de mi primo.

—¡Hugo!... ¡Hugo!... ¿Estás ahí?

Al penetrar en su pieza, lo noté vagamente en la sombra, tendido sobre la cama; pero como no me respondía ni hacía movimiento alguno, pensé que acaso se hubiera desvanecido, y me aproximé para mirar su rostro más de cerca. Ya no tenía rostro; ya no tenía cabeza. El desgraciado había sido decapitado.

Dos años después de la muerte de Tancred, me encontré en España por segunda vez. Mi viaje anterior había tenido por objeto dar con el paradero de Lola Fajardo a quien deseaba hacer detener por la muerte de mi primo. Pero, aun cuando yo me había asegurado la colaboración de un hábil detective inglés y el go-

bierno español me hubo prestado todo su apoyo, había sido imposible poner las manos sobre ella. Supongo que fué a reunirse con los gitanos de Hungría y de Rusia, a menos que se hubiera refugiado en los Balcanes. Siempre permaneció prófuga, y su crimen, impune.

Después de diversas búsquedas organizadas por diferentes detectives, se descubrió que Lola y su jorobado habían establecido su cuartel general en una pequeña villa de pescadores situada a algunas millas más allá de donde se habían embarcado aquella noche para la pequeña ensenada donde yo había revelado sus huellas. De cómo habían descubierto "La Jaula" y de cómo habían tramado su conspiración, no tenía ninguna idea. Pero la verdad debía de serme revelada en ocasión de mi segundo viaje a España.

La vaga suposición de que Lola acaso volvería a Sevilla, me incitó a ir nuevamente a esta ciudad. Sabiendo que los gitanos suelen estar a veces al margen de las leyes, no me sorprendería que, caído el asunto en el olvido, la bailarina volviera entre los suyos.

Una vez en Sevilla, envié en seguida a buscar al cicerone que había acompañado a Hugo la noche de su pelea con el gitano. No pareció muy contento cuando le hice conocer mis intenciones. Tal como lo había supuesto, Lola había vuelto y había ocupado nuevamente, sin ruido, su puesto entre sus congéneres. Pero su cómplice, en cambio, había muerto en Hungría. Con la imprudencia característica de su raza, esta mujer no había cambiado ni su nombre ni sus danzas; y como todo el mundo había olvidado lo sucedido, no era molestada.

El guía Manuel me aconsejaba vivamente no insistir en ir a ver a Lola, aduciendo que ella ejercía una gran influencia entre los gitanos y que esto no dejaría de traerme graves consecuencias. Llegué a transigir con él prometiéndole que iría tan sólo bajo la apariencia de un simple turista, abstrayéndome de todo ruido. Me intención era la de asegurarme "de visu" que aquella mujer era Lola, después de lo cual volvería a ver sus representaciones por segunda vez, acompañado de una buena escolta de policías.

Estas promesas y la suma redondeada que le di, terminaron por vencer las últimas hesitaciones de mi guía, y al día siguiente, por la noche, me conducía a un pequeño teatro al aire libre instalado en el cuartel de los gitanos. Las sillas estaban dispuestas en semicírculo frente a una especie de escalera baja iluminada por grandes lámparas de aceite. Tuve cuidado de ubicarme lo más cerca posible, sin temor de ser reconocido por Lola, que, al fin y al cabo, no me había visto nunca frente a frente.

La función se inició con algunas canciones a las cuales siguieron danzas acompañadas de castañuelas: luego apareció un violinista que tocaba como un ángel y tenía aspecto de demonio, y en seguida una célebre orquesta cíngara venida de Budapest. Por fin, a eso de las nueve, oí unos acordes de guitarra que me hicieron temblar a pesar mío: acababa de reconocer la singular música. ¡La música de la danza maldita!

Lola hizo su entrada en escena en medio de ruidosas y calurosas ovaciones. Era una mujer grande y bella, de tez bronceada, con ojos negros soberbios. Tenía un cuerpo magnífico y de una flexibilidad prodigiosa, cuyas líneas se transparentaban armoniosamente bajo la diáfana y roja tela dorada que la envolvía desde la cabeza a los pies.

Situada en la parte delantera y mejor iluminada de la escena, ella comenzó a hacer ondular su torso y sus brazos sin mover las piernas. Esta primera parte de su danza presentaba alguna analogía con el "nautch" hindú. Luego los violines mezclaron sus notas más dulces a los sonidos bruscos de las guitarras y, a medida que la música se hacía más viva y más ruidosa, los graciosos movimientos de Lola se aceleraban también, sus piernas se agitaban y se puso a evolucionar en todos los sentidos sobre la escena, con rebotes fantásticos y extraordinarias contorsiones, en las que no cesaba, sin embargo, de tener el más vivo cuidado de la armonía y del ritmo. De pronto, se puso a remolinear sobre sí misma siguiendo la línea recta de las candilejas, toda ella pasando y volviendo a pasar bajo el haz de luz cruda que inundaba sus vestidos escarlata y su figura alucinada, y fué entonces que sacó bruscamente de debajo de su chal una cabeza que dirigió, con un ademán violento, hacia el extremo de su brazo desnudo. Apenas mis miradas se posaron sobre los cabellos rubios y la faz lívida de aquel macabro trofeo, me erguí de mi asiento profiriendo un grito de terror. ¡Acababa de reconocer los rasgos de mi primo Hugo Tancred!

Lola, interpretando mi gesto y mi grito como homenaje rendido a su arte, me dirigió una sonrisa llena de reconocimiento.

Pero, casi en seguida, esa sonrisa cedió su lugar a una expresión de indecible mie-

do, y dejando escapar a su vez un grito ahogado, dejó caer la cabeza y se desplomó entre las gruesas lámparas de aceite. Antes de que ningún espectador se diera cuenta de lo que sucedía, el fuego se comunicaba a la tela frágil de su vestido rojo y, en menos de nada, quedó transformada en una antorcha viviente. Yo la vi debatirse desesperadamente sobre la escena, gritando de dolor bajo las mordeduras crueles de las llamas que se encarnizaban en su bello cuerpo. Luego, en un último esfuerzo, volvió a caer inerte, mientras la multitud, repuesta al fin de su estupor primero, se agrupaba a su alrededor. En este momento, aprovechando el tumulto general, Manuel me tiró del brazo y me llevó arrastrando fuera del teatro. Estábamos tan asustados el uno como el otro, si bien por motivos bien diferentes: él, por haber escapado al peligro que nos había amenazado durante un instante, y yo, por haber asistido al final trágico de aquella mujer cruel.

Al día siguiente por la mañana un gitano portador de una valija se presentó en mi hotel. Apenas introducido en mi habitación, sacó de la maleta la cabeza de Tancred y me aconsejó que abandonara Sevilla sin pérdida de tiempo.

— Su vida corre peligro, señor — me dijo. — He aquí lo que Lola me encargó que le enviara. Ella ha pagado muy caramente los crímenes que ha cometido. Ha muerto. Si los nuestros saben que ha sido usted el causante del accidente que le ha ocurrido, téngalo por seguro que lo matarán.

— ¿Dice usted que Lola ha muerto?

— Sí; esta mañana a las seis. Es ella quien me ha enviado a traerle esta cabeza y a recomendarle que huya usted lo más pronto posible. No ha querido tener una muerte más sobre su conciencia.

— Pero, ¿cómo me ha reconocido?

— Lo vió a usted en Londres, y no sé en qué sitio más de Inglaterra, en compañía del hombre a quien mató.

— Pero, ¿por qué torturó de esa manera a mi primo?

— Para castigarlo porque él mató a quien ella amaba. Ella y Pepe, el jorobado, lo siguieron a Gibraltar, a Malta, a Italia y a Inglaterra. Cuando usted salió de viaje con el señor a quien ella mató, ambos se quedaron en Londres para esperar su regreso y vigilaron la casa que ustedes iban a habitar.

— Lo sé, lo sé. Pero, ¿por qué medios han podido introducirse en ella?

— Pagando a quienes la cuidaban, señor.

Así, pues, yo había adivinado justamente, a pesar de todo. Jabez y su mujer habían participado en el asunto y, sin duda, era el dinero de Lola el que les había servido para pagar sus pasajes para América.

— Ellos fueron quienes le indicaron a Lola todos los recovecos secretos de la casa: y ha sido así, señor, cómo han podido observarlos a sus anchas, sin hacerse ver nunca. Desde luego, la mujer la había prevenido que usted deseaba llevarse a su primo a Londres: entonces ella le encargó a Pepe que lo atrajera a usted con su guitarra hacia otras piezas de la casa, mientras ella tronchaba la cabeza del señor.

— ¿Lo mató mientras dormía?

— ¡Eh! señor. ¿Cómo quiere usted que lo sepa? Lola era célebre por su crueldad. Es muy probable que lo haya despertado para burlarse de él antes de cortarle la garganta.

— ¡Qué horror!

—Lola Fajardo era una mujer terrible, señor; pero de ahora en adelante ya no hará más daño. Antes de retirarme, déjeme repetirle, por última vez, la recomendación que he venido a hacerle: abandone Sevilla hoy, si no quiere estar muerto mañana.

Yo seguí su consejo. Por otra parte, nada podía retenerme en Sevilla en adelante. Sin embargo, había todavía una pregunta que lamentaba ahora haberme olvidado de hacer: ¿por qué Lola había bailado en la larga galería durante aquella noche espantosa? Sin duda, con el solo objeto de saborear mejor su venganza dando rienda suelta a sus salvajes instintos. ¡Ah! ¡No haber podido abatirla de un balazo en aquel momento! Pero el destino no lo había querido: le reservaba una muerte más terrible todavía. Y si Lola había perecido en medio de los más atroces sufrimientos, esto no era más que justicia con respecto a todas las crueldades de que se había declarado culpable.

Por mi parte, llevé la cabeza de mi desgraciado primo a Inglaterra y la deposité piadosamente en su sepulcro. Después me he esforzado de todas maneras para olvidar a la bailarina gitana y a todo su cortejo de horribles recuerdos, pero — y quienes lean este relato yo creo que lo comprenderán sin esfuerzo — no lo he logrado hasta el presente, y tengo derecho a temer que continúe visitándome así toda la vida,

FERGUS HUME

PATRON RICO

UN caballo tenía para sí solo todo un potrero bien cercado, de riquísimos pastos, con un buen retazo de alfalfa siempre verde, y en un rincón varias parvas de pasto. En el galpón donde dormía, tenía además, a su disposición y para su consumo, una pila de bolsas de maíz.

Era soltero y, por supuesto, vivía en medio de extrema abundancia, no por codicia, sino porque así era, no más, por un favor de la fortuna. Era bueno y servicial por lo demás, este señor caballo, y un día que un ratón le vino a pedir un poco de maíz para su señora que estaba enferma, le dió permiso para tomar lo que necesitase, pensando que un animal tan pequeño no podía comer mucho; y no quiso siquiera aceptar la promesa de pago que le quería firmar el ratón.

Este, al volver a su casa, encontró al cuis, su amigo íntimo, y entre agradecido e irónico le contó la cosa, diciéndole: "Y tú, ¿por qué no vas? Pedile licencia para estar en el campo y te la va a dar. Poco le cuesta: ¡es tan rico!"

Fué el cuis; ofreció pagar arrendamiento; pero el caballo no aceptó y le dió licencia, no más.

Y el cuis aconsejó a la vizcacha que fuera también, pues era tan rico el patrón que seguramente no le negaría campo. La vizcacha pensó que sin pedir nada, bien se podía establecer allí, y así lo hizo, sin que el caballo, bonachón y rico, le pusiera obstáculo.

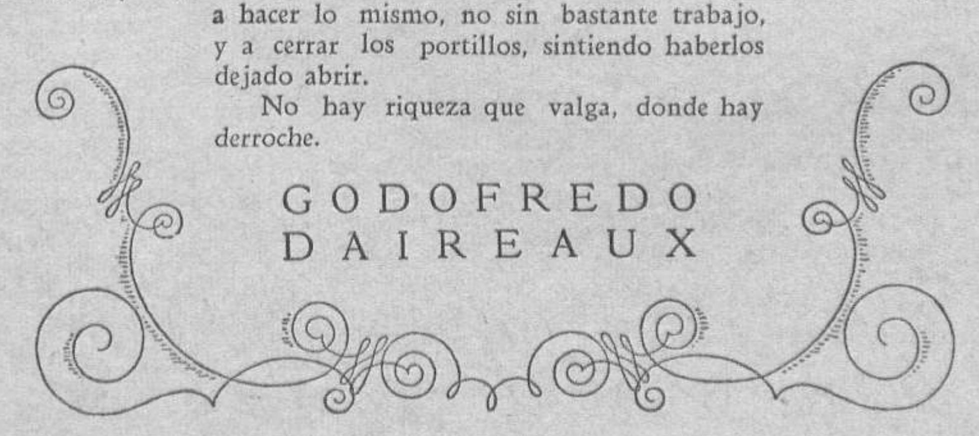
La cabra se coló un día entre los alambres y fué a visitar al caballo, queriendo comprarle un poco de pasto verde; el caballo la convidó a comer y puso a su disposición su retazo de alfalfa.

Pronto la cabra llamó a las ovejas, sus compañeras, y a fuerza de pasar por el alambrado, le abrieron un portillo por el cual pudo entrar la vaca; su ternero no podía quedar afuera, y también se hizo baqueano para entrar y salir.

Y toda esta gente comía, destrozaba, voraceaba, ensuciaba, pelaba el campo, volcaba el maíz, deshacía las parvas, siempre muy zalameros todos con el caballo, a quien llamaban patrón, ponderando su riqueza. "¡Es muy rico el patrón!"

Pero cuando llegó el invierno, se encontró el caballo con que le habían acabado el maíz, que casi no le quedaba pasto seco, que la alfalfa estaba pelada y todo el campo talado, y cuando uno de los intrusos se le vino con la santa palabra: "¡Bah, es usted tan rico, patrón!" él, que ya se veía pobre, se enojó de veras, y lo puso de patitas del otro lado del alambrado; y con todos se apuró a hacer lo mismo, no sin bastante trabajo, y a cerrar los portillos, sintiendo haberlos dejado abrir.

No hay riqueza que valga, donde hay derroche.



GODOFREDO DAIREAUX

Album poético de "Caras y Caretas"



Pedro Mario Delheye, Benjamín Taborga, Francisco López Merino... Suaves y, al mismo tiempo, fuertes figuras de nuestra poesía. Vidas melodiosas y amadas por la muerte, cantaron, sufrieron y, tempranamente, quedáronse adormecidas en sueños de eternidad. Cada uno fué de sí mismo, y cada uno, por pertenecerse, fué de la patria, de la Argentina, hasta Benjamín, que trajo a nosotros desde su Santander su corazón fraterno. Por eso "Caras y Caretas" incluye sus nombres en este número de Mayo. Sincero homenaje a la memoria de quienes, no obstante su lirismo, fueron estrofas en la épica que canta infinitamente las luchas de nuestra conquista de la santa paz.

SONETO BIBLICO

1894 - 1918

Sin fatiga, lo mismo que un agua limpia y clara
surge este verso noble que escribe fiel mi mano,
para buscar acaso un corazón hermano,
que no es torpe mi anhelo ni mi ilusión avara.

Yo quisiera ser río, arbusto y cielo, para
darme en nubes y flores y estrellas; que no en vano
de mi espíritu brota un amor sobrehumano
como al simple contacto de la bíblica vara.

Profundizar el surco labrando el pensamiento,
como aquellos patriarcas del Viejo Testamento
que sembraban los campos y dictaban las leyes;

vivir la vida simple de la primera edad,
feliz con una casa, un árbol y dos bueyes
y el corazón abierto para la humanidad.



♥ *Pedro Mario Delheye.* ♥

DUPLICIDAD DE IMAGENES

1904 - 1928

Una nube dorada y otra nube
color de lluvia que se torna niebla;
un gajo, que la brisa apenas sube,
roto en la hostilidad de la tiniebla.

Un agua obscura y limpia que se asombra
y se estremece como la pupila
de un ser muy débil. Una voz que nombra
un nombre que recuerda una flor lila.

Un pétalo copiado en la cisterna
cuya palpitación altera el viento
que en su motivo monocorde insiste...

Todo esto pasa por la estela tierna
e inalterable de su sueño lento,
mujer que sueñas como un niño triste.

♥ *Francisco López Merino.* ♥

SAN PABLO EN ATENAS

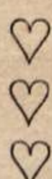
1889 - 1918

Decepcionado y triste se halla Pablo en Atenas
Donde a predicar vino la gloria del Mesías;
Bajo el sol de estos cielos, en la luz de estos días,
No ha triunfado el apóstol de encrespadas melenas.

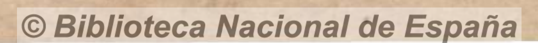
Las gentes que lo oyeron, demasiado serenas,
Ante su verbo ardiente permanecieron frías:
En un helado soplo de suaves ironías
Se apagó el fuego sirio que corre por sus venas.

Esta ciudad pagana, que armonía rebosa,
Rinde culto a Minerva: la equilibrada diosa
De vestiduras áureas y refulgente casco.

Y esta ciudad — ¡oh, apóstol decepcionado y triste! —
No comprenderá nunca la visión que tuviste
En una noche obscura, camino de Damasco.



♥ *Benjamín Taborga.* ♥



CONCURSO INTERNACIONAL TECNICO

ABIERTO POR LA ENTIDAD COMERCIAL-INDUSTRIAL-IMPORTADORA

FREIXAS & Cía. DE BUENOS AIRES

El concepto de **alimento puro** y de alimento **genuino** o **legítimo,** definido por los Congresos *internacionales de la Cruz Blanca en Ginebra y en París, ha preocupado a nuestros Congresos de* Química Sudamericanos, como lo demuestra el Codex Alimentarius Sudamericano, aprobado en la reunión de Diciembre de 1930:

Los progresos de la técnica mal empleados, desviados por el afán de lucro, han permitido disfrazar y ocultar, la naturaleza y el origen de determinadas substancias alimenticias, aún para el examen del hombre de laboratorio;

El concepto de responsabilidad que incumbe a las grandes entidades industriales y comerciales es indiscutible, ante la introducción en los mercados de productos aparentemente genuinos;

El interés bien entendido de los productores consiste en que la genuinidad de los alimentos no pueda disfrazarse;

El público consumidor tiene derecho inalienable a no ser burlado en su buena fe y a ser protegido en este sentido por las autoridades sanitarias y técnicas del Estado;

El lugar de preeminencia, de privilegio y superioridad que ocupa el **Aceite de oliva,** entre las grasas comestibles es bien conocido, pudiendo afirmarse que es por antonomasia EL ACEITE a través de los siglos en todo el mundo civilizado.

Todas estas consideraciones obligan a buscar en la ciencia la colaboración, el auxilio y la protección necesarios, para que bajo el imperio de leyes inspiradas en nobles fines y redactadas con sabiduría, no pueda prosperar ni subsistir el fraude.

Y, con este propósito la entidad comercial-industrial-importadora

FREIXAS & Cía.

ha organizado un **Concurso Técnico Internacional,** llamando a los hombres de laboratorio de todo el mundo, para encontrar un método físico, físico-químico o químico,

a) indiscutible en sus resultados,

b) sencillo y

c) rápido,

que permita distinguir el **Aceite de oliva** del **aceite de orujos** entre sí, ya se hallen aislados o en mezclas.

Las bases del concurso son:

1ª El método premiado será aplicable a **aceite de oliva** y a **aceites** de **orujos de oliva,** de cualquier país, sin que puedan mencionarse en los estudios, en forma alguna, marcas registradas ni nombres de agricultores, industriales o comerciantes.

2ª Los trabajos que opten al premio podrán estar redactados en español, italiano, francés, inglés o alemán y serán recibidos hasta el 31 de Mayo de 1934, debiendo ser enviados a Freixas & Cía. (Bmé. Mitre 1411, Buenos Aires).

3ª En caso de ser dos o más los métodos merecedores del premio se tendrá en cuenta para la adjudicación el orden cronológico de presentación, que se hará constar al acusar recibo del trabajo. El Jurado expedirá su dictamen antes del 30 de septiembre de 1934, el que tendrá el carácter de fallo inapelable tanto en la adjudicación de premios como en la resolución de declararlo desierto por deficiencias técnicas de los trabajos presentados.

4ª El premio consistirá en la suma m$n. 5000.00 c/l. (cinco mil pesos m/n. c/legal) y habrá un accésit consistente en la suma de m$n 1000.00 c/l. (un mil pesos m/n. c/legal).

5ª El Jurado está constituído por los Químicos:

Dr. ENRIQUE HERRERO DUCLOUX.	Académico y Profesor Honorario de las Universidades de Buenos Aires y La Plata en representación de la entidad Freixas & Cía.
Dr. TOMAS J. RUMI:	Director General de Oficinas Químicas Nacionales y Profesor de la Universidad de Bs. Aires.
Dr. ABEL SANCHEZ DIAZ.	Director de la Oficina Química Municipal de la Capital Federal. Profesor de la Universidad de La Plata.
Dr. ANTONIO CERIOTTI.	Profesor de la Universidad de La Plata y ex Director de la Oficina Química Municipal.
Dr. CARLOS A. GRAU.	Director de la Oficina de la Provincia de Buenos Aires.
Dr. FELIPE A. JUSTO.	Presidente de la Asociación Química Argentina, en representación de la misma por designación de la Comisión Directiva.

6ª El método premiado será publicado por la entidad comercial-industrial-importadora Freixas & Cía., y entregado a la Asociación Química Argentina para su difusión en el país y en el extranjero.

Buenos Aires, Octubre de 1933. **FREIXAS & Cía.**- Calle Bmé Mitre Nº 1411 - Buenos Aires